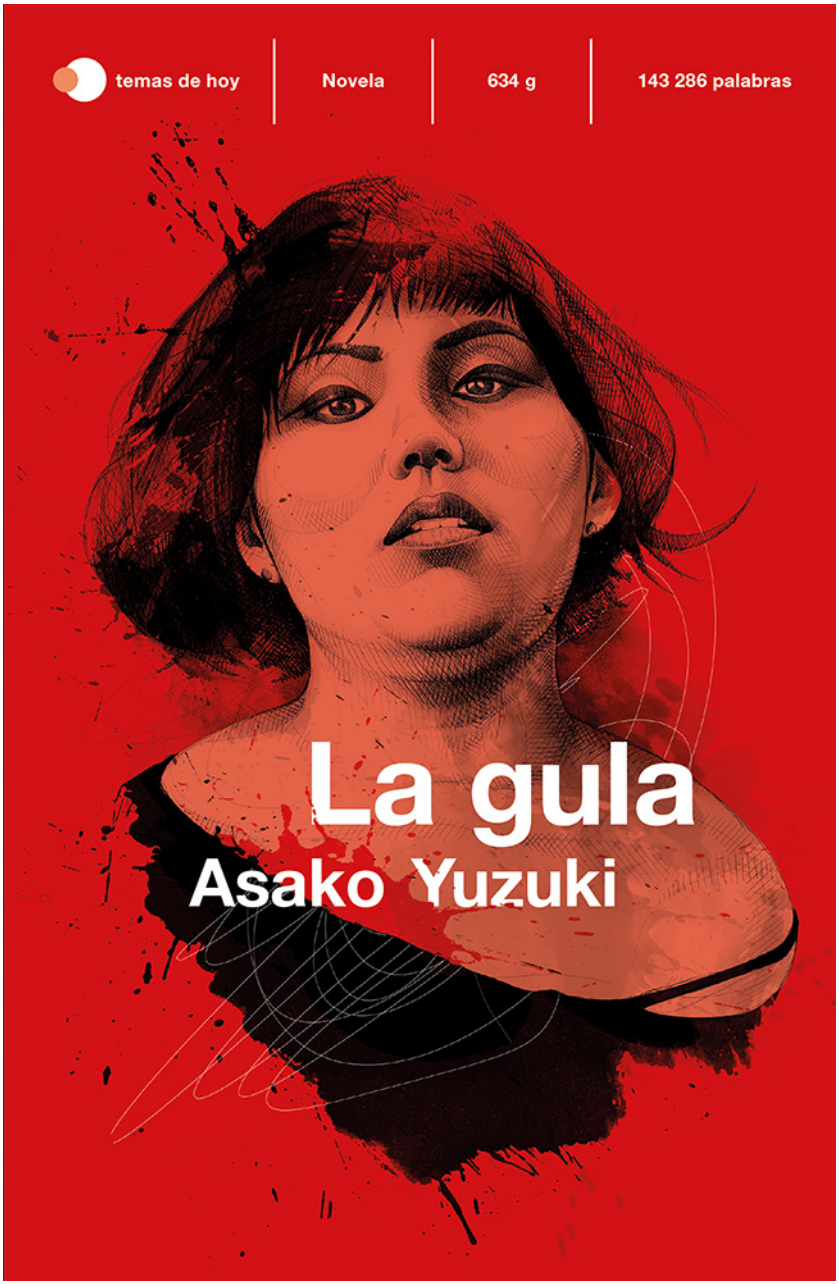
temas de hoy | Novela | 634 g | 143 286 palabras



La gula

Asako Yuzuki

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
Asako Yuzuki
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una versión japonesa de *El silencio de los corderos* con ecos a Emmanuel Carrère.

Rika Machida es la única mujer en la redacción de la revista semanal en la que trabaja. Quizá por eso sea la única que consigue contactar con Manako Kaiji, una mujer en el corredor de la muerte acusada de seducir, robar y matar a sus tres maridos con la intención de usar su dinero para costearse cursos de cocina y comidas lujosas. Así comienza una serie de encuentros entre las dos mujeres que pronto transforman el interés inicial de Rika, meramente profesional, en una extraña fascinación hacia la supuesta asesina. Kaji no encaja en lo que alguien podría esperar de una «seductora de hombres», pero su arrolladora personalidad y su determinación por satisfacer sus deseos resulta más intrigante para Rika que cualquier otro tema que jamás haya tratado. A medida que ahonda en ella, la magnética personalidad de Kaji rebasa los muros de la prisión y empieza a influir en las decisiones y comportamientos de la periodista.

La gula

Asako Yuzuki

Traducción de Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

temas de hoy

I

Las casas alargadas y estrechas color crudo del nuevo desarrollo urbanístico se extienden una tras otra sin fin ocupando la totalidad de una suave colina. A Rika le da la sensación de que da vueltas y más vueltas por el mismo sitio desde hace ya un buen rato, porque solo recibe la misma impresión de orden allá donde mire. Las cutículas de las uñas de su mano derecha se le congelan a causa del frío intenso.

Es la primera vez que se baja en esta estación de la línea de tren Den-en-toshi. Es una zona residencial a las afueras, de esas a las que se considera ideales, modélicas para la crianza de niños, con las calles anchas, casi exageradamente anchas, porque están diseñadas para familias que se desplazan en coche. Rika Machida camina siguiendo las indicaciones del mapa en su teléfono móvil, no demasiado lejos de la estación, rodeada de amas de casa que van y vienen de la compra para la cena. Ya no hay nada que hacer, pero no deja de extrañarle que Reiko se haya comprado una casa, precisamente, en un lugar como este. Hipermercados, restaurantes, videoclubes... No se ve una sola librería, ni una sola tienda que no sea una franquicia, de esas del barrio de toda la vida, y todo ello crea una atmósfera carente de cultura, de historia.

La semana pasada Rika viajó en el día a una ciudad de la isla de Kyūshū para investigar sobre la víctima de un caso de abuso de menores y, en el barrio donde vivía, aparte de un supermercado de una cadena de la que nunca había oído hablar o de los anuncios de varias academias de estudio de apoyo, no encontró nada más que casas y más casas. Se cruzó con un grupo de chicas de instituto con unos uniformes largos que no había visto antes. Mientras caminaba ella sola por aquella ciudad a la que seguramente nunca habría ido de no ser por el trabajo, sintió como si se alejase de su vida

cotidiana, como si su propia existencia estuviese desapareciendo. El cielo color crema no mostraba los relieves de las nubes. Ahora ha vuelto a notar esa misma sensación, como si no hubiera despertado del todo de un sueño sin color.

«Al menos aquí hay un sitio donde me esperan», se dice Rika para tirar de su conciencia, que está a punto de abandonarla. Entra en otro supermercado y decide que será el último donde lo haga. Siente el ligero aroma de las manzanas frías, el del cartón mojado, algo muy característico de los supermercados. Una mujer de mediana edad prepara un plato de carne a la plancha y ofrece pequeñas porciones a los clientes con una voz atiplada. Sin ninguna intención especial coge un paquete de filetes de cerdo. Se pregunta cuánto tiempo hace que no ve tan de cerca todos esos alimentos sin cocinar. La carne de cerdo es rosácea y la parte de la grasa de un blanco intenso. Parece muy fría.

Desde que ha pasado Futako-Tamagawa no deja de enviar mensajes de LINE. Reiko se ha ofrecido a ir a buscarla a la estación, pero Rika le ha dicho que no hacía falta y le ha preguntado si quería que le llevase algo. Hoy ha vuelto a casa muy temprano por la mañana y se ha quedado dormida después de desplomarse en la cama. Luego se ha duchado y ha trabajado un rato en el ordenador corrigiendo unas cuantas cosas. Más tarde se ha reunido con un columnista en Shibuya y, cuando ha llegado la hora, se ha subido al tren a toda prisa. No le ha dado tiempo a hacer la compra y, por mucha confianza que tenga con su amiga, le inquieta ir de visita a la casa de unos recién casados con las manos vacías. La respuesta le ha llegado enseguida en la forma de un *sticker* con la imagen de un conejo. Reiko ha recuperado su espíritu juguetón desde que dejó el trabajo el año pasado.

> Entonces me aprovecho de ti. Si ves
> mantequilla, tráeme un paquete, por favor. Este
> invierno es casi imposible conseguirla, pero si
> no encuentras, no te preocupes, de verdad.
> Prefiero que vengas pronto.

La sección de lácteos está iluminada con una luz amarilla,

cálida, que crea una atmósfera de sosiego. En la estantería inferior hay cinco líneas completamente vacías con un cartel: «Ante la escasez del producto, les rogamos que adquieran un único paquete de mantequilla por persona». Ha ido a tres supermercados distintos y en todos lo mismo. «Qué le vamos a hacer», piensa. No le queda más remedio que optar por una margarina que tiene una densidad similar a la de la mantequilla y se acerca deprisa a la caja.

La nueva casa de Reiko está a cinco minutos a pie de la estación, en una calle ligeramente en pendiente. Es una casa de tres plantas que ocupa casi la totalidad del terreno sobre el que se levanta, de unos noventa metros cuadrados. No resulta nada fácil distinguirla de las de alrededor, y en el aparcamiento el Toyota está encajado como si lo hubiesen metido con calzador. En la rampa de acceso a la puerta de la casa hay varias macetas rectangulares inundadas de flores: crisantemos, violas... La puerta está decorada con una corona de hojas de acebo y sus frutos rojos. Pulsa el botón del telefonillo y al fin respira.

—¡Hola, bienvenida! ¡Ay, Rika, cuánto tiempo! —Nada más abrir la puerta, Reiko aparece con el delantal puesto y le da un abrazo.

Rika responde a su gesto con naturalidad y rodea sus hombros finos. Rika, con su metro sesenta y seis y unos brazos y piernas largas, puede envolver del todo el cuerpo de Reiko, pequeño y delgado. Enseguida nota como de su cabello emana un característico olor a violetas y siente un calor en los lagrimales. Tal vez esté hambrienta de cariño, del calor de otro cuerpo.

Hoy no van a estar tanto tiempo juntas, en realidad. En la universidad se pasaban los días enteros juntas, pero hace ya seis meses que no se veían. A pesar de que Reiko ha dejado el trabajo, no les resulta fácil quedar, porque Rika sigue muy ocupada. Se supone que tiene dos días libres a la semana, el martes y el miércoles, pero ella imagina que el único de entre sus compañeros que realmente disfruta de sus días libres es Kitamura, un chico más joven que ella y que lleva menos tiempo en el trabajo. Hoy es miércoles, de hecho, y aun así ha tenido una reunión y cuando se marche de casa de su amiga tiene previsto pasar por la oficina para

ocuparse de unos asuntos.

Mezclado con el olor de madera típico de las casas nuevas, desde el fondo de la habitación le llegan los aromas de un caldo y de queso gratinado. Se calza unas zapatillas calentitas de andar por casa que le ofrece su amiga y se quita la trenca. Se desliza por el suelo inmaculado y se dirige hacia el interior de la casa iluminado con una luz anaranjada. El salón tiene una extensión aproximada de unos diez tatamis, con cocina americana. Es igual que tantos otros, sin ninguna característica especial, pero gracias al sofá, a las cortinas de estampado *liberty*, a la librería, a una vitrina de aspecto antiguo cargada de platos y a un collage anónimo colgado en la pared, mantiene esa atmósfera acogedora que tenía su pequeño apartamento de soltera en Oyamadai.

El olor de las violetas se intensifica. Le produce una sensación familiar. No ve una sola foto de la boda, de la luna de miel, algo muy propio de Reiko. Nunca le han gustado las fotos, se acuerda Rika. Va al baño a lavarse las manos, se enjuaga la boca en el lavabo y se las seca con una toalla pequeña doblada dentro una cesta como si en realidad fuese el baño de un hotel. Tiene una suave fragancia a suavizante y, aunque no suele prestar atención a ese tipo de detalles, le dan ganas de preguntar de qué marca es.

—Lo siento, además de llegar tarde solo he podido encontrar esto. —Desilusionada saca de la bolsa de plástico un paquete donde se puede leer: «Margarina densa. 50 % de mantequilla».

—¡Ah, qué bien! —dice Reiko. La guarda en la nevera enseguida.

A decir verdad, Rika no conoce bien la diferencia entre mantequilla y margarina.

—He dado un montón de vueltas en varios supermercados y, al final, solo he encontrado margarina...

—¡Vaya, lo siento! Dar vueltas y mantequilla... Parece como ese libro, *Little Black Sambo*.

Reiko se ríe y, cuando vuelve de la cocina, saca un ejemplar de la librería con la cubierta roja.

Rika cree haberlo leído cuando estaba en la guardería, pero solo recuerda vagamente el argumento, aunque el color de la

cubierta y las líneas simples de los dibujos parecen decirle algo.

—Compro cuentos ilustrados que me gustan para cuando nazca el bebé porque las ediciones suelen agotarse enseguida. *Little Black Sambo* ya no se vende tanto como antes, ya sabes, hay quien lo considera racista, pero a mí no me lo parece en absoluto.

Por su forma de hablar da la impresión de que el bebé ya está de camino, casi como si fuera a presentarse en el salón en cualquier momento. El ginecólogo le dijo que el hecho de que después de dos años de casada siguiera sin quedarse embarazada solo se podía achacar al estrés, y a finales del verano del año pasado se decidió, al fin, a dejar un trabajo que no le concedía tiempo para ir al médico siquiera. Rika observa a su íntima amiga mientras ojea con aire divertido las ilustraciones del libro.

Nada en ella hace intuir que esté embarazada, pero sí ha adquirido esa calma tan peculiar de las madres. En comparación con la época en la que trabajaba, su pelo y su cutis apenas maquillado resplandecen, las pupilas marrones se notan frescas y húmedas y sus labios parecen los pétalos de una flor, todo lo cual no hace sino aumentar la atmósfera de paz que transmite. Bajo una falda estampada de florecillas sobresalen sus piernas delgadas enfundadas en unas mallas azul marino y en unos calentadores de lana. Mientras que cuando trabajaba en el departamento de comunicación de una gran productora de cine siempre vestía de forma impecable, ahora se la ve más relajada, casual, muy mona, como una parisina. Parece una niña, y en absoluto aparenta los treinta y tres años que también tiene Rika. Cuando dejó el trabajo, Rika sintió lástima de que alguien tan brillante como ella renunciase, y la sensación de abandono llegó incluso a quitarle el sueño durante un tiempo. De hecho, discutieron más de una vez por teléfono.

Mientras mira las ilustraciones del libro por encima de su hombro, tiene la misma sensación que en su época de la universidad, cuando intercambiaban libros y apuntes en el anfiteatro.

Little Black Sambo cuenta la historia de un niño negro que se topa en la jungla con unos tigres que se lo quieren comer, y para

quitárselos de encima les entrega todas sus pertenencias, pero como los animales rivalizan entre ellos por quedarse con todo, se muerden las colas y empiezan a dar vueltas y más vueltas alrededor de un árbol hasta que, de tanto trasiego, terminan transformándose en un líquido que resulta ser mantequilla. El padre del niño encuentra la mantequilla y los tigres acaban como tortitas en los estómagos de la familia de Sambo. La historia tiene un desenlace inesperado, sin duda, pero también cruel.

—Supongo que la familia de Sambo no se daba por vencida con facilidad. Lo siento por los tigres.

—¿Qué dices? Los malos son los tigres. Son ellos los que se querían comer al niño. Eran unos vanidosos, orgullosos de su velocidad y de su fuerza, y al final acaban destruyéndose a sí mismos. Toda la culpa de lo que les ocurre es suya, ¿no crees?

Mientras discuten sobre la moraleja del cuento se abre la puerta de la casa.

—¡Anda, Rika, ya estás aquí! ¡Cuánto tiempo!

Ryōsuke trabaja en el departamento comercial de una importante marca de dulces y vuelve a casa a una hora impensable para Rika. Cuando estaba en la universidad, jugaba a fútbol americano en la posición de *quarterback* y tiene una envergadura que obliga a levantar la cabeza para mirarle a esos ojos ligeramente rasgados y entornados que dan la impresión de una perpetua sonrisa, con unas mejillas rojas como las de un eterno despreocupado. A primera vista no parece tener nada en común con Reiko, ni siquiera un tema de conversación. Se conocieron durante la campaña de promoción de una película para la que se imprimió la cara de la protagonista en unas pequeñas tartas y se reunieron los dos en varias ocasiones para sacar el proyecto adelante. Reiko se dio cuenta enseguida. Nada más verle pensó: «Es mi hombre». Al principio, Ryōsuke se quedó perplejo ante los avances de Reiko, porque se había hecho la idea de que era una mujer inaccesible. Sin embargo, cuando descubrió esa parte pura y tímida suya, él le abrió su corazón. Ryōsuke se crio con tres hermanos, con unos padres que se llevaban bien y que regentaban una tienda de licores en la prefectura de Saitama, y siempre había

transmitido esa sensación de calma que tanto atrajo a Reiko desde el primer momento. Rika tuvo celos de él durante mucho tiempo, pero ya se habían aplacado, si bien es cierto que cuando vio a su amiga vestida de novia no pudo evitar sentir que le habían robado algo suyo.

Reiko ha distribuido la comida en un montón de platos de diseño. Ha preparado *bagna cauda* de verduras de invierno al vapor, salmuera de cerdo cocido y cortado en lonchas finas, gratinado de leche de soja con puerro, arroz con ostras en cazuela de barro y sopa de miso. Todos son platos de temporada, y aunque la elaboración no es demasiado complicada, sí se notan los matices, la profundidad de los distintos sabores.

—¿No ayudan las ostras para el embarazo? —Rika mira a su amiga de reojo mientras se lleva a la boca el arroz que sabe a salsa de soja y huele a mar.

Tiene más apetito de lo normal. No solo por los platos de Reiko, sino porque ver comer a Ryōsuke despierta sus propias ganas de comer.

—¿Puedo repetir? —pregunta él—. El cerdo está muy tierno, riquísimo. A mí me parece que podrías abrir un restaurante, ¿no crees? —Le acerca el plato vacío a Reiko sin dejar de mirarla con unos ojos de admiración de los que apenas se ve una línea.

Reiko le sirve con un claro gesto de orgullo.

Rika se avergüenza de haber pensado que viven en un barrio sin historia, sin cultura. Debieron de hablar mucho entre ellos antes de decidirse por él, y probablemente lo hicieron movidos por su realidad financiera, por la comodidad y la seguridad. Reiko apenas mantiene contacto con sus padres.

—No quiero parecer superficial, pero a mí también me gustaría tener una mujer así. Es una alegría, ¿no, Ryōsuke?

Lo que Rika siente es envidia de él, no lo dice por cumplir. Él se limita a responder con una sonrisa. Entiende entonces el porqué de ese lustre en la piel de Ryōsuke, de ese aire despreocupado y fresco.

En su trabajo los hombres casados una generación mayor desprenden ese mismo aire de tranquilidad. La mayor parte de sus

mujeres son amas de casa porque ellos están muy ocupados. Ella jamás se ha planteado esa vida, pero cree entender la enormidad de lo que esas mujeres ofrecen a sus familias y a sus maridos, como si cada noche les sanasen y desapareciese así el veneno del día a día. De no hacerlo, ese veneno acabaría carcomiendo sus cuerpos, como el de un compañero que falleció súbitamente el mes pasado y que estaba soltero y vivía solo. Rika piensa en su propio cuarto. Seguro que no se diferencia tanto del de ese hombre. Es una habitación fría que no limpia desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no te traes a tu novio la próxima vez? Aún no lo conozco. Se llama Makoto, ¿verdad?

«Ah, es cierto. Se me había olvidado que tengo novio.»

A Rika le dan ganas de echarse a reír. Makoto Fujimura y ella comenzaron a trabajar en la misma época, pero él está en la sección literaria. Empezaron como amigos, y quizás por eso la dulzura no impregna su relación. Entre semana apenas se cruzan por los pasillos, y cuando duermen juntos al menos una vez al mes, ya sea en casa del uno o del otro, se dan por satisfechos. Sin embargo, es una distancia que ella agradece.

—Oye, Rika, ¿cómo te alimentas normalmente? ¿Te cuidas? Te veo aún más delgada que antes. El otro día leí en alguna parte que las mujeres japonesas en la actualidad ingieren una cantidad de calorías aún más baja que en la posguerra.

—Ya. No tengo tiempo ni margen para cocinar. Ni siquiera tengo arrocera, la verdad. Casi todas las noches me surge algún compromiso y salgo a cenar con gente, con personas que me pueden facilitar algún tipo de información.

—Bueno, en ese caso imagino que al menos comes cosas que nosotros no podemos ni imaginar —le dice Ryōsuke.

Rika se acuerda de una ocasión en que la invitaron a cenar en un restaurante del distrito de Ginza, pero al ser la única mujer la obligaron a atender a todo el mundo. La mayor parte de esas personas con las que se ve a menudo confunden las cosas para su conveniencia hasta extremos realmente increíbles. Tal vez dan por hecho que si una mujer periodista se acerca a ellos es porque les interesan como hombres, no como fuentes de información para

algún tema concreto. De pronto, nota la amargura de un puerro casi deshecho en el gratinado y decide cambiar de conversación.

—Yo no entiendo mucho de sabores. Tengo un paladar como el de los niños. Me vale con la comida preparada de los supermercados o la que ofrecen para llevar algunos restaurantes.

Rika nunca se ha preocupado gran cosa por lo que come ni tampoco por su aspecto, pero como es alta y procura no superar nunca los cincuenta kilos llama la atención. Tal vez influida por su madre, una mujer con una conciencia muy desarrollada de la belleza, intenta comer lo mínimo posible por la noche, y aunque salga a cenar a un buen restaurante no se olvida de empezar siempre por la verdura y por la sopa. En el *konbini* que está justo enfrente de la oficina y al que va dos veces al día elige las cosas más ligeras: yogur, ensalada o fideos de soja. Como no tiene tiempo para ir al gimnasio, trata de caminar lo máximo posible. No es particularmente guapa, pero gracias a su cuerpo esbelto siempre la alaban y todo lo que se pone le queda bien, aunque sea ropa barata escogida de cualquier manera. Se mueve en un mundo en el que se gana y se pierde mucho en función de la apariencia. Los ojos rasgados y la cara angulosa le dan un aspecto varonil, y cuando estudiaba en el instituto femenino a menudo recibía cartas de compañeras de cursos inferiores.

—No creo que tengas mal paladar. Misaki-san siempre me ha dicho que no podía dedicar mucho tiempo a la cocina, pero que te daba lo mejor dentro de sus limitaciones. Te crio ella sola y siempre ha sido una madre mucho más decente de lo que han sido mis padres.

Reiko siempre llama Misaki-san a la madre de Rika, y lo hace con cariño.

Los padres de Rika se divorciaron cuando empezó la escuela secundaria. Su madre se asoció con una amiga y abrieron una tienda de productos gourmet. Su padre no se hizo cargo de nada, ni siquiera de su manutención, y como no podía contar con él a su madre no le quedó más remedio que ponerse a trabajar sin disfrutar siquiera de días libres. Nunca se le dio bien cocinar, pero cuando vivía con su marido al menos se esforzaba y había un poco

de variedad. Sin embargo, cuando estuvieron solas lo primero que le dijo fue: «Lo siento, Rika, a partir de ahora vas a tener que ayudarme». No le importó y lo hizo con verdadero entusiasmo. Antes de que regresase su madre, limpiaba la casa, ponía la lavadora y preparaba el arroz y alguna sopa. Su madre volvía sobre las ocho con comida preparada del Seijo Ishii o del Peacock, justo para una cena un poco tardía. No había comida casera, cierto, pero a cambio no padecían la tensión de cuando aún estaba el padre. Muchas noches quedaban para cenar fuera, como si fuera un juego, y con eso su madre le demostraba lo mucho que confiaba en ella.

Esa vida se prolongó hasta que Rika se fue de casa a los veintidós años. A medida que el negocio de su madre prosperaba, aumentaron sus oportunidades de viajar al extranjero, y por eso algunos meses pasaba más tiempo con sus abuelos en Okusawa que con su propia madre. Pero nunca dejaron de llevarse bien. Rika no pasó por una época de rebeldía y decidió sobre su vida por sí misma. Su madre tiene ya más de sesenta años. Aún trabaja en la segunda tienda que abrió en el distrito de Jiyugaoka. No lo dice abiertamente, pero parece ser que tiene un novio.

Cuando estaban en la universidad, Reiko iba a verlas a menudo a su piso de Hatanodai y cocinaba para ellas. Nunca dejaban de admirarse y sorprenderse con cada uno de sus platos, con esa maña suya con la cocina. Ya se tratase de un simple arroz con té o de un plato de pasta, demostraba un talento y una inventiva fuera de lo normal. Por ejemplo, añadir un poco de piel de *yuzu*[1] o limón con sal para transformar un plato cotidiano en algo excepcional que nadie querría que se acabara. Reiko era la única hija de un matrimonio dueño de un viejo hotel en Kanazawa y tenía un sentido de la belleza y un espíritu rebelde al tiempo que resultaban inimaginables a la vista de su inocente apariencia. Ya desde muy pequeña los padres vivían separados bajo el mismo techo con sus respectivas parejas, reconocidas y toleradas sin que por ello nadie llegase a ocuparse nunca de ella como era debido. Para Reiko, que pasaba mucho tiempo con una sirvienta a quien le gustaba mucho cocinar, esa cocina *terrine*, el corte esmerado, una mesa inundada de platitos con las calorías perfectamente

calculadas, eran algo similar a su familia. Siempre repetía como si fuese una obsesión: «Cuando tenga un hijo o una hija cocinaré todo y haré los pasteles con mis propias manos. De hecho, estoy estudiando qué alimentos son beneficiosos para la salud».

Aunque habían crecido en ambientes muy distintos, tenían en común una infancia en conflicto con la idea dominante de familia. Tal vez por eso hablaron con tanta naturalidad el día mismo de la ceremonia de entrada a la universidad, en cuanto sus miradas se cruzaron. Los ojos de Reiko, de hecho, todavía conservan intacto aquel brillo de curiosidad de entonces.

—Háblame de tu trabajo. ¿Qué pasa con la entrevista que le has pedido a esa tal Manako Kajii?

Manako Kajii es la principal acusada de varios asesinatos aún por resolver ocurridos en Tokio y que, desde hace años, causan una gran conmoción en la sociedad. Al parecer contactó con sus víctimas a través de una página de contactos, les robó todo su dinero y después los mató. Tenía un blog muy popular sobre alta cocina, sobre un estilo de vida lujoso que llamó mucho la atención antes de que la detuvieran. Salía a menudo a comer fuera y pedía platos típicos o ingredientes de distintas regiones de Japón. Y no solo eso, ella misma tenía muy buena mano para la cocina. Los medios de comunicación no se han olvidado de ella y de momento no dan muestras de hacerlo. En la actualidad está presa en una cárcel de Tokio.

A Rika el caso le llamó mucho la atención desde el primer momento, pero cuando salió a la luz ella estaba en otra sección y no pudo trabajar en él. En cualquier caso, no se olvidó de él, y menos ahora que ha cumplido los años que Kajii tenía cuando fue detenida. Como ya han pasado las elecciones al fin puede permitirse ocuparse de ella.

—Tengo entendido que esa Manako Kajii, como la llama todo el mundo, come muchísimo, ¿no? Por eso está tan gorda. ¿Cómo es posible que una mujer así pudiera engañar a todos esos hombres? ¿Será por lo bien que cocina?

Reiko frunce el ceño por un instante en un gesto casi imperceptible y Rika se queda helada. Siempre ha sido muy

sensible a cualquier forma de menosprecio hacia las mujeres, mucho más que Rika, pero esa clase de comentarios no son exclusivos de Ryōsuke. Con toda seguridad es la típica reacción de cualquier hombre en cualquier lugar del mundo. Si el incidente ha llamado la atención más de lo normal ha sido, precisamente, porque Kajii ha manejado a los hombres a su antojo y durante el juicio se ha comportado como una reina, a pesar de no ser ni especialmente joven ni especialmente guapa. En las fotos se notaba sin ningún género de duda que superaba sin problemas los setenta kilos.

—No se trata solo de cómo cometió los crímenes, sino del trasfondo, de algo que afecta a la sociedad en su conjunto... Da la sensación de que tanto sus víctimas como ella misma y otros hombres implicados en todo esto tienen en común el desprecio a las mujeres, aunque no sé si seré capaz de transmitir esos matices en una revista semanal como la mía dirigida a un público masculino. De todos modos, aún no he obtenido respuesta a pesar de que le he escrito varias veces. Me he presentado en dos ocasiones en la cárcel, pero parece ser que no tiene ninguna intención de verme.

Antes de morir, las víctimas comentaron con sus seres más cercanos:

«Siempre he estado solo y me da igual que sea fea con tal de que se ocupe de mí en la vejez.»

«No me importa quién pueda ser siempre y cuando sea una mujer casera que cocine para mí.»

«Está gorda, en efecto, pero es muy distinguida, inocente y ajena a las miserias de la vida.»

De sus declaraciones se deduce que todos ellos dependían emocionalmente de ella, gastaban mucho dinero, y, a pesar de todo, no les dolían los comentarios desdeñosos de terceras personas. Durante el juicio, el fiscal ignoró las pruebas y coartadas y se centró en atacar la concepción de fidelidad de la acusada, por lo que se alejó a menudo del asunto central a juzgar y el proceso no dejó de alargarse en el tiempo. En determinado momento interrogó incluso a una de las testigos, una geriatra, y la trató

como si la acusara de agresión sexual. El resultado de todo ello fue que tanto el caso como el proceso judicial suscitaron un debate público del cual surgieron opiniones divergentes, ya se tratase de hombres o mujeres. Un conocido comentarista llegó a decir algo que indignó a las mujeres y se vio obligado a pedir perdón públicamente.

—¿Cómo se llamaba su última víctima, ese *otaku* de internet? Parece ser que justo antes de que le atropellase el tren se acababa de comer un estofado de ternera que le había preparado Manako Kajii. Me pregunto si aprendió a cocinarlo en ese curso de cocina francesa tan famoso, el Salon de Miyuko.

Reiko es una lectora voraz de revistas semanales de todo tipo, así como de cualquier cosa que se publique en internet. Siempre le ha interesado la crónica social, el cotilleo, aunque no por ello desatendió nunca sus estudios. De hecho, sacó tan buenas notas que se planteó hacer un doctorado.

El Salon de Miyuko es un curso de cocina dirigido a un público femenino muy concreto a cargo de Miyuko Sasazuka, chef del restaurante Balzac, en Nishiazabu. Los días que cierra el restaurante usan la cocina para las clases, los hornos profesionales, los utensilios e incluso los ingredientes. Son tres lecciones al mes a razón de quince mil yenes cada una, lo cual suma para quien asiste durante un año más de medio millón de yenes. Cuando finaliza el curso no se obtiene ningún título ni tampoco acredita para trabajar como profesional. Solo es un lujo accesible para mujeres con ingresos altos o amas de casa en una situación muy desahogada. Manako Kajii estaba entusiasmada con asistir a las clases, y una de sus víctimas se las financió. Acudió sin falta hasta dos meses antes de ser detenida. Después de realizar una simple búsqueda por internet aparece su fotografía en el curso junto al resto de las alumnas. Ella llama mucho la atención en el mal sentido de la expresión, con un vestido ajustado como si quisiera destacar a propósito su corpulencia respecto al resto de las mujeres, todas ellas vestidas muy chic y con un gusto exquisito. El caso es que, ante la presión de los medios de comunicación, se han visto obligados a suspender temporalmente las clases.

—Por cierto, su última víctima envió un mensaje a su madre para decirle que el estofado de Kajii estaba buenísimo, y el abogado defensor aprovechó ese detalle para poner en duda que una mujer capaz de cocinarle a su novio semejante estofado pudiera empujarlo después a las vías del tren. ¡Ay, se me acaba de ocurrir una idea! La próxima vez que le escribas, ¿por qué no le pides que te dé la receta? No creo que pueda negarse.

Rika parpadea sorprendida. Jamás se le habría ocurrido semejante idea. Se acuerda de cuando Reiko trabajaba en el departamento de comunicación de la productora y siempre terminaba estableciendo una especie de complicidad con los agentes de los actores, e incluso con directores con reputación de hoscos, gracias a su atención a los detalles, a su humor y a los regalos inesperados.

—Es que a las mujeres a las que nos gusta la cocina nos encanta que nos pregunten por recetas, y acabamos hablando de cualquier cosa. Es casi una verdad absoluta. A mí me pasa, sin ir más lejos.

—Es cierto —confirma su marido—. Hace poco vino un compañero de trabajo con su familia y todos se volvieron locos con las empanadillas al vapor de Rei-chan. Les dio la receta, les explicó las distintas formas de prepararlas, les habló de varios aparatos para cocinar al vapor... Habló tanto que hasta yo me quedé sorprendido. —Ryōsuke se ríe al recordarlo.

—Oye, Ryo-chan, yo también quiero ir al Salon de Miyuko.

—¡Eso es imposible con mi sueldo!

Como postre sirve un *marron glacé* hecho por ella, un bizcocho de harina de arroz con sake dulce sin alcohol y té chai con jengibre. Rika le da la enhorabuena por el bizcocho, por su textura, y Reiko deja caer los ojos con un gesto de enfado.

—Queda poco para Navidad, y en realidad quería preparar un *bûche de Noël* con una crema de mantequilla bien contundente. Por cierto, Ryo-chan, le he pedido a Rika que me trajese mantequilla, pero es imposible de encontrar por aquí. No voy a poder preparar bizcochos durante una buena temporada. Me tengo que conformar con este *chiffon cake*, que se hace con aceite vegetal.

—¡Pero si está blandito, buenísimo! Dicen que no habrá mantequilla durante una buena temporada. Parece ser que el verano pasado hizo demasiado calor y eso provocó mastitis a las vacas. Este año ha sido aún peor y han tenido que importarla de fuera. Me pregunto dónde habrá ido a parar toda la que había antes. Además, cada vez hay menos gente dedicada a la producción de lácteos. A lo mejor pronto nos vemos obligados a importar todos los productos lácteos del extranjero. Para una empresa pequeña como la nuestra esta situación es un gran perjuicio.

Rika asiente a las palabras de Ryōsuke y de pronto se acuerda de que a Kajii le gusta mucho la mantequilla. Lee por encima las entradas de su blog y se le ha quedado grabado que habla hasta la saciedad de mantequillas de primera categoría. De hecho, durante el juicio se demostró que había comprado un lote enorme de cerca de dos mil yenes con la tarjeta de crédito de una de sus víctimas sin que él lo supiera. Nació y se crio en el norte, en la prefectura de Niigata, rodeada de vacas y productores de lácteos, de ahí su afición por ellos. En internet hay muchos comentarios y burlas al respecto. Por ejemplo: «Lo más seguro es que se ha puesto así de gorda de comer tanta mantequilla»; «A lo mejor la usaba con propósitos obscenos».

Rika se marcha pasadas las nueve de la noche a pesar de que sus amigos le piden que se quede más tiempo e incluso le ofrecen pasar la noche allí, como si no quisiesen despedirse. Pero ella vuelve directamente a la oficina con un pedazo de *chiffon cake* y un *onigiri* de arroz con ostras que le ha preparado Reiko.

«Solo quiero mantener relación con personas capacitadas para entender lo auténtico. No hay demasiada gente auténtica.» Es una frase de Manako Kajii que aparece repetida muy a menudo en su blog, una frase que se ajusta a la perfección a alguien como Reiko. Antes de atravesar el torniquete de acceso a la estación se da media vuelta para echar un último vistazo al barrio. Las luces de las casas dispersas por la colina producen ahora una sensación más cálida que antes. Cuando saca la tarjeta del metro nota un cierto brillo en las puntas de los dedos. Incluso las cutículas de las uñas están mejor.

—La discusión sobre el asunto de la pornovenganza solo se centra en la equivocación cometida por las víctimas, en el hecho de haber permitido que se tomaran imágenes comprometidas, pero al enfocarlo de ese modo perdemos la verdadera esencia de la cuestión. Mientras insistamos en la responsabilidad de la víctima, este tipo de incidentes no dejarán de aumentar.

Los brazos del comentarista enfundados en las mangas de la americana del traje y apoyados de cualquier manera en la mesa destacan por la longitud desde los codos hasta las muñecas. Tiene las mejillas morenas, delgadas, el pelo entrecano, y bajo sus grandes ojos, que de abrirlos un poco más se le saldrían de las órbitas, se aprecian con toda claridad unas ojeras negras que le dan a su rostro un aspecto poco saludable. Cada vez que relaja el gesto adusto o mueve la nuez arriba y abajo por toda la extensión de su cuello consigue que Rika sea incapaz de quitarle los ojos de encima. El magacín televisivo donde colabora le ha pedido opinión sobre el estrangulamiento de una mujer que trabajaba en el distrito de Hamamatsuchō, asesinada después de que su exnovio colgara fotos suyas desnuda en internet.

—No sabía que el Shinoi ese participase en programas así. Tiene cara de *yakuza*, y desde luego no es un tipo joven, pero sus puntos de vista parecen muy próximos a los de las mujeres y seguro que a las amas de casa que ven estos programas les encanta. No tiene mal aspecto para su edad.

Rika oye a su espalda el comentario de su compañero Kitamura. Es cuatro años menor que ella.

—¿Tú crees? —Fuerza una sonrisa para aparentar que no le interesa el asunto y agarra el mando de la tele tirado de cualquier manera encima de un desvencijado sofá.

Yoshinori Shinoi es un conocido periodista que trabaja para una gran agencia de noticias y últimamente se prodiga en la televisión. Siempre ha sido la persona indicada a la que acudir en determinados casos y es un viejo conocido de la revista. La tele está en un rincón de la redacción apañado con un sofá en forma de

U, el lugar ideal para tomarse un descanso. Si uno no se preocupa por las miradas ajenas, se puede incluso echar una cabezadita de vez en cuando. Rika baja el volumen y se fija en la pared amarillenta por culpa de la nicotina que se cuela por debajo de la puerta de la sala de fumadores justo delante de ella.

De todo el edificio de la editorial Shūmeisha, este, la redacción del semanario *Shūkanshūmei*, es el único departamento que cuenta con una sala de fumadores. De ahí entra y sale gente sin parar, porque los fumadores empedernidos de la sección literaria y de ventas se toman la molestia de venir aquí para fumar. El único momento en que puede pasar un rato sola y distraída es por la mañana temprano, cuando aún no hay mucha gente en la oficina. Rika ha venido pronto a buscar unas cosas y, como le sucede siempre que se sienta en el sofá, acaba relajándose demasiado. Saca el desayuno: un *onigiri* del *konbini*. Quita el celofán que lo envuelve. Aún está caliente, porque la dependienta lo ha metido en el microondas. Mientras rebuscaba en la estantería repleta de comida, de pronto ha sentido nostalgia por el cálido recibimiento de su amiga Reiko la semana pasada, y por eso se ha decidido por un sabor que, en condiciones normales, no elegiría nunca.

—Respecto al crimen de Hamamatsuchō... Fuiste tú quien dio la primicia de que la policía no admitía como agravante el hecho de que el sospechoso ya hubiera seguido y acosado a dos exnovias. ¿No es así, Machida?

Kitamura se ha sentado a su lado no sabe cuándo y se dirige a ella de un modo informal, como si tuvieran la misma edad. Viste una camisa de rayas bien planchada que destaca sobre su cuerpo delgado sin un gramo de grasa, sin tan siquiera una ligera protuberancia. Su pelo suave y ligeramente castaño produce un llamativo contraste con su piel blanca. Kitamura en realidad tiene pinta de señorita de buena familia: duerme más que nadie, no bebe alcohol, no fuma y tiene un olfato increíble para las películas y los libros a los que nadie presta atención aún. No parece el típico periodista de un semanario, jamás se le ve cansado, de mal humor o enfermo; de hecho no muestra el más mínimo entusiasmo por el

trabajo. Aunque, por extraño que suene, le cae bien a todo el mundo.

—Bueno, eso fue un golpe de suerte. No me apetece ir a la reunión de redacción de hoy. Esta semana no he encontrado nada decente, y ya me dan igual las primicias: suponen demasiado sufrimiento. Y, total, no importa lo que hagas, no tardan ni un segundo en aparecer en internet.

—Si en una revista como la nuestra dirigida a hombres adultos publicamos algo sobre las novedades en el impuesto de sucesiones o sobre la prevención del cáncer, se venderá más o menos. En realidad, basta con mantener un cierto nivel. No hace falta que nos esforcemos por escribir sobre las diez mejores maneras de seguir teniendo relaciones sexuales hasta la muerte.

El jueves es el día en el que se presentan los temas sobre los que trabaja cada cual. El viernes, es decir, mañana, el jefe de redacción decide los artículos que llevará el próximo número y durante el fin de semana hay que terminarlos. Todos los meses toca hacer cuatro sprints, los cien metros lisos, lo cual a lo largo de un año suma un total de cuarenta y ocho carreras. Tras diez años en la revista, Rika se ha acostumbrado a ese ritmo, lo ha interiorizado y nunca deja de tener esa sensación de correr a todas horas ya esté dormida o despierta. De los setenta empleados de la revista, hay diez fotógrafos, ocho de administración, once editores y el resto redactores. Rika es la única mujer con contrato fijo y la única que queda de las cinco que entraron a trabajar al mismo tiempo. Dos pidieron el traslado a otro departamento y las otras dos renunciaron por problemas físicos o psíquicos. Tenía otras compañeras algo mayores y le enseñaron algunos trucos del oficio, pero también se trasladaron a otras secciones después de casarse. Compatibilizar un embarazo o la crianza de los hijos con un trabajo como ese es imposible, a no ser que una esté dotada de poderes sobrenaturales.

—Oye, Machida, si sigues publicando primicias llegarás a convertirte en la primera editora jefa de la revista. De verdad te admiro.

Firmar un artículo en el semanario *Shūkanshūmei* es algo a lo

que solo tienen derecho los editores. El objetivo de Rika es publicar en algún momento y firmar con su nombre.

—¿Qué dices, Kitamura? A ti eso de los ascensos te da exactamente igual.

La desidia de Kitamura hacia el trabajo le impide desarrollar una dedicación verdadera, como si su único propósito fuera volver a casa lo antes posible, pero, al menos, es tan evidente, demuestra tanta integridad en ello, que todo el mundo le respeta. No consigue primicias, pero su falta de emoción hacia el trabajo le lleva a ser sumamente preciso, rápido, a no cometer un solo error. Sin embargo hoy, cosa extraña, parece muy interesado en hablar con Rika.

—Manejas mucha información, la verdad. Da igual si se trata de crónica social, deporte... lo que sea. No quiero ser descortés, pero desde mi perspectiva... no sé, no me parece tan sencillo que la policía o los funcionarios faciliten información a una mujer periodista, por mucho que la aprecien, ¿no crees? Aunque dedique el mismo tiempo y la misma energía, al final son siempre los hombres quienes terminan ganándose la confianza de los clientes.

En el mundillo suelen referirse a las fuentes de información como «clientes». El *onigiri* solo era una masa de arroz inodora e insípida, nada que ver con el de Reiko. Sí ha notado la temperatura en la punta de la lengua, pero nada más atravesar la garganta se ha transformado en algo frío en dirección al interior de su cuerpo. Ayuda a pasarlo con un poco de refresco de té verde y luego trata de quitarse un grano de arroz perdido entre los dientes con la lengua.

Con el rabillo del ojo ve al señor Shinoi en la televisión. Asiente ligeramente cuando escucha el comentario del presentador.

—Estás en clara desventaja y, a pesar de todo, consigues una primicia tras otra. Debes de tener una fuente excepcional, supongo, aunque seguro que no quieres revelar su nombre.

«Este Kitamura no entiende nada, y aun en el caso de que lo hiciera, tampoco creo que le importe demasiado», se dice Rika a sí misma mientras contempla sus ojos más claros de lo normal sin perder una ligera sonrisa.

—Disculpe, señorita Machida. ¿Cuándo va a recoger esa caja? —Una universitaria en prácticas, Yuu Uchimura, se lo pregunta en voz alta con un tono de molestia. Desde que le ofrecieron un contrato fijo a partir del próximo año ya no mantiene tantas reservas como antes.

En cualquier caso, Rika aprovecha la situación para levantarse y deja a Kitamura en el sofá.

—Pediré que me la manden a casa pronto, lo siento.

Se dirige a su mesa a toda prisa, coloca la caja debajo para que no interrumpa el paso y se sienta. Un blog de tres años impreso en papel equivale a una caja grande de cartón. Manako Kajii tenía la costumbre de escribir mucho y, por si fuera poco, publicaba varias entradas al día, es decir, una montaña de papel impreso. Lo eliminaron de internet, pero una de las fuentes de Rika lo había guardado y gracias a eso ahora lo tiene en su poder. Saca de la caja las entradas correspondientes a cinco días y les echa un vistazo. Esa vida que describe de salir a comer por ahí e ir de compras parece propia de una aristócrata. Se suceden las descripciones de tiendas famosas de Tokio, de dulces y vinos que cualquiera identificaría como de primera categoría: Senbikiya, New York Grill, Joël Robuchon, Nadaman, Maxim's de Paris y L'Écrin. Son nombres clásicos, e incluso alguien como Rika los reconoce a la primera, pero las opiniones de esa mujer no le llegan, como si las hubiera sacado de otro sitio. Lee y relee las frases que no consiguen impresionarla, incapaz de retenerlas. Hay mucho copiado de libros o de otros blogs.

Manako Kajii nació en 1980 en Fuchū, una ciudad dentro del área metropolitana de Tokio, pero su padre decidió echar una mano en el negocio del abuelo, una agencia inmobiliaria, y se mudaron a Yasudamachi, en la prefectura de Niigata. Su madre era profesora de arreglos florales y tenía una hermana siete años menor. Creció en un ambiente desahogado y nada más terminar el instituto se fue a Tokio para estudiar en la universidad, aunque dejó los estudios a los tres meses. A partir de ese momento no trabajó en nada, o al menos no tenía profesión conocida, se dedicó a vivir de los hombres y fijó su residencia en Fudōmae, en el

distrito de Shinagawa, al amparo de una peculiar red de hombres ricos, todos ellos a las puertas de la vejez. En el año 2013 la detuvieron acusada de tres asesinatos acaecidos en el transcurso de tres meses. Las víctimas eran hombres solteros entre los cuarenta y los setenta años, todos ellos residentes en el centro de Tokio, y a los tres los contactó a través de páginas web. Los tres se plantearon muy en serio el matrimonio. Ella les pedía dinero con la excusa de pagar un curso de cocina, o por algún problema familiar, y así logró reunir, poco a poco, una suma enorme. En los tres casos las causas de la muerte parecieron fortuitas: un suicidio al tirarse a las vías del tren, una sobredosis accidental de somníferos y muerte por ahogamiento en la bañera. Las pesquisas llevaron hasta ella porque en los tres casos se encontraba con las víctimas justo antes de que murieran. Se la acusó también de fraude a otros cinco hombres. Las pruebas materiales no resultaron concluyentes, pero la condena fue a cadena perpetua. Nada más dictarse la sentencia recurrió, y en la actualidad está encarcelada en Tokio a la espera del juicio de apelación fijado para la próxima primavera. Es bien sabido que no acepta ningún tipo de entrevista y siempre ha mostrado una abierta hostilidad hacia los periodistas.

El incidente llamó mucho la atención del público, y en gran medida fue por su aspecto. Antes siquiera de plantearse si era guapa o fea, todo el mundo se fijaba en que estaba gorda. Fue una auténtica conmoción para muchas mujeres, y en los hombres provocó una reacción casi anormal de asco, de odio. Desde que un individuo empieza a tener conciencia, la sociedad le hace entender que, si una mujer no está delgada, no cuenta para nada. En un contexto así, estar gorda y no someterse a la tiranía de las dietas se convierte en una elección para la que hace falta tener mucho valor; implica resignarse a algo, pero, al mismo tiempo, ganar algo.

Sin embargo, y por encima de cualquier otra cosa, Kajii es una mujer que se perdona a sí misma. Ignora su condición física y se acepta porque se considera decente. Demanda con toda naturalidad ser amada, incluso adorada, recibir regalos y guardar la máxima distancia posible con las cosas que no le gustan, ya sea el trabajo o cualquier tipo de colaboración. Como resultado de

todo ello, ha creado un medio ambiente confortable para sí misma y ha mantenido en todo momento una actitud indiferente ante todo lo que pasaba a su alrededor. A Rika nunca ha dejado de sorprenderle todo eso y, más aún, el hecho de que haya obligado a los hombres a entregarle cantidades de dinero que sumadas superan los cien millones de yenes. Cualquier mujer tiene el derecho de perdonarse a sí misma, obviamente, demandar cuidados, pero algo tan elemental resulta difícil de llevar a la práctica en este mundo. Las mujeres de éxito a las que Rika ha conocido con motivo de alguna entrevista así lo demuestran. Todas tienen miedo a algo y lo aguantan estoicamente a pesar de su éxito. Al mismo tiempo hacen gala de una modestia fuera de lo normal, como si por encima de cualquier otra cosa quisieran protegerse. Por mucho que los demás la valoren y la alaben por su trabajo, Rika también es incapaz de darse la aprobación general a sí misma. Las noches que se siente insegura, aun cuando tiene ganas de llamar a su novio, tiende a aguantarse porque piensa que no tiene derecho a comportarse de una manera tan egoísta. Con los años ha ganado tranquilidad, pero de joven se sentía inquieta, insegura, inhábil a la hora de abordar cualquier cosa. Solo en contadas ocasiones logró vivir de veras el amor, y tanto ella como Reiko siempre se han valorado poco, nunca han sabido cómo pedir las cosas con naturalidad a los hombres. Tal vez tenga algo que ver la relación con sus padres en todo ello. Manako Kajii, por su parte, siempre mantuvo una excelente relación con su padre hasta su muerte hace ya algunos años. Incluso en algunos aspectos se comportaba como si fuera su novia.

En el caso de conseguir una entrevista con ella, Rika no solo tiene intención de acercarse a la verdad de los hechos por los que ha sido condenada, sino también de hablar sobre las dificultades de la vida que ella misma ha sufrido.

No obstante, no olvida la soledad y el sufrimiento de los hombres a los que engañó. Después de cenar en casa de Reiko comprendió a la perfección que el simple hecho de preparar una buena cena y escuchar las preocupaciones de los demás resultan imprescindibles para limar las asperezas del corazón. Visto desde

esa perspectiva, entiende mejor la indiferencia de Kajii por el aspecto físico, por su personalidad. Quizás sus víctimas eran conscientes del engaño, pero la relación con una mujer de cuerpo cálido y suave pesaba más. Así y todo... siempre que llega a ese punto siente una aspereza, como si tocase papel de lija con la yema de los dedos, como si entre las grietas de su piel alcanzase a ver una ira oculta, sepultada desde hace mucho tiempo. No sabe contra quién va dirigida esa ira, y se pregunta si no será contra ese ambiente que solo espera de las mujeres que sean capaces de hacerse cargo de las tareas domésticas, como si tal cosa fuera lo más normal del mundo, y eso a pesar de que ella nunca lo ha hecho ni tampoco nadie se lo ha pedido.

Reprime un grito cuando le da media vuelta a un sobre muy ligero como los pétalos de una flor que Yuu le ha dejado encima de la mesa de cualquier manera. En el remite consta la dirección de la cárcel de Tokio. Sin duda es de Manako Kajii. No había recibido respuesta hasta ahora. Mira a su alrededor y lo abre con un cúter. En el interior solo hay una nota en un papel de un ligero color carmesí:

> No me importa recibirla si es usted. Tengo la impresión de que no es como los demás periodistas. Venga a verme cuando quiera. Un saludo.

Nada más. Tan solo el sello del supervisor de la cárcel. Está escrita con una caligrafía fluida, equilibrada, casi hipnotizante, como aseguraron varios testigos. Rika se esfuerza por reprimir un grito de emoción y, de repente, lo ve todo blanquecino y se pregunta qué habrá pasado. Intenta recordar si escribió algo distinto a lo habitual en la carta que le envió la semana pasada. La única diferencia fue añadir a vuelapluma la sugerencia de Reiko: «P. D.: Tengo mucho interés por la receta del estofado de ternera que le preparó al señor Yamamura. ¿Podría dármela?».

Agarra el móvil sin perder un segundo para confirmar los horarios de visita de la cárcel. De ocho y media de la mañana a cuatro de la tarde con un descanso de media hora a las doce. Si sale en ese mismo instante llegará a eso de las diez, y aun así es

incapaz de calmarse.

—Volveré antes de la reunión de redacción —dice a Yuu y a Kitamura.

Sale de la oficina mientras introduce los brazos por las mangas de su trenca.

El viento seco y frío de la calle la estremece y se dirige con pasos rápidos a la estación de Kagurazaka. Duda por un momento si apearse en la estación de Ayase o en la de Kosuge, pero al final decide cambiar a la línea Chiyoda en Ōtemachi. Nada más dejar atrás Kitasenju, el tren sale a la superficie y el interior del vagón se ilumina de repente. Después de pasar el viaducto de Arakawa aparece en su campo de visión la inmensa prisión de Tokio. Del conjunto de edificios destaca uno central con un ascensor exterior, y a partir de ese eje otros dos a izquierda y derecha en disposición radial. Imagina que visto desde arriba debe de tener el aspecto de un murciélago con las alas extendidas. Se baja en la estación de Ayase y levanta la mano para parar un taxi. El río Ayase, famoso hace tiempo por ser el más sucio y contaminado de todo Japón, ha mejorado mucho la calidad de sus aguas en los últimos años. Aunque la ventana está abierta, no huele a cloaca como antiguamente. El taxi cruza el río y se dirige a la entrada de visitantes. El perímetro del edificio está rodeado por un riachuelo y en él reina una atmósfera triste, si bien no de desolación. Hay muchas casas en los alrededores, pisos con terrazas donde se mece la ropa tendida, y cerca un parque donde varias familias se divierten. Frente a la puerta de la cárcel se ve el río y justo enfrente un dique pintado en color verde que parece el escenario de una famosa serie de adolescentes de la tele. A lo lejos resplandece el Skytree.

Rika se baja del taxi, pasa por la puerta donde hay dos policías y sube una ligera pendiente que conduce al edificio principal. La cárcel alberga a una gran cantidad de presos potencialmente peligrosos cuyas condenas aún no son firmes. Quizás por eso dispone de los últimos avances en seguridad tanto en el interior del recinto como en el exterior. Está construida en un sólido hormigón, pero produce una impresión elegante.

Cumplimenta todos los trámites en la recepción de la primera planta y va a la sala de espera con un número. Al cabo de media hora su número aparece en una pantalla y oye una voz que la llama por megafonía. Deja todos sus objetos personales en una taquilla excepto la libreta y un bolígrafo. Después pasa por el detector de metales. La conducen por un pasillo largo hasta el ascensor exterior del edificio principal. Cuando se abren las puertas se dirige a una habitación con un número en la puerta. Es una sala pequeña separada por una mampara de seguridad. Al otro lado hay una silla vacía. Mientras se sienta con calma en una silla de pésima calidad nota toda la tensión que acumula al pensar que Kajii la observa desde alguna parte. Es en ese momento cuando los reos deciden si aceptan o no la visita. Ser examinado por un reo es una sensación indescriptible a la que nadie puede acostumbrarse nunca.

—Siento haberla hecho esperar.

Kajii aparece junto al funcionario de prisiones. Agacha un poco la cabeza y junta sus manos carnosas. Su voz suave ligeramente atiplada suena dulce y le provoca una tensión en el rictus que le hunde un poco las mejillas.

Nada cuadra en ese espacio desolado. Hay algo elegante en ella, como si estuviera a punto de caer un telón para descubrir a una princesa.

—Encantada, soy Rika Machida, periodista del semanario *Shūkanshūmei*. He venido nada más recibir su carta. Muchas gracias por atenderme.

Kajii se sienta al otro lado de la mampara. El funcionario se queda en pie detrás de ella.

—Soy Manako Kajii. Encantada.

No está tan gorda... Rika la observa con cuidado de no resultar indiscreta. Aunque apenas sale de la celda, el hecho de comer todos los días las tres comidas a la misma hora con las calorías perfectamente calculadas y de llevar una vida disciplinada en la que es obligatorio un ejercicio moderado la hace parecer más delgada que en el momento de su detención. Aunque está rolliza, como no es muy alta no impone demasiado. Puede que el volumen

de su cuerpo apenas supere un poco la media del de las mujeres japonesas. Tiene una apariencia femenina, ciertamente, tan solo sus cejas pobladas a punto de conectarse una con otra y sus grandes pupilas negras producen una impresión de testarudez. Lleva una falda larga de aspecto suave, un jersey salmón que se abulta a la altura del pecho. El pelo le cae sobre los hombros y las puntas se ondulan hasta darle movimiento. Está prohibido maquillarse en la prisión, pero en su piel blanca no se aprecia una sola mancha, como si una luz emergiese de su interior, y su boca pequeña de labios carnosos es de un rosa intenso. A Rika le parece que su aspecto general resulta mucho más fresco que el suyo, con el pelo recogido en una coleta y la cara maquillada con una *BB cream,* antiarrugas con un poco de color, para animar su piel cansada. Manako Kajii aparenta más de sus treinta y cinco años, pero en ella destaca por encima de todo una actitud tranquila, elegante. ¿No habrá visto el príncipe a Rapunzel en lo alto de su torre? No sabe si es una especie de complejo de inferioridad por tenerla enfrente después de tanto suplicarle o, quizás, agradecimiento por que la haya elegido precisamente a ella entre todos los periodistas que quieren verla, pero Rika tiene una evidente predisposición a hacerse una idea de ella más positiva de lo que esperaba. Se repite a sí misma una y otra vez que debe mirarla con objetividad y, al final, quien interviene primero es Kajii. Sus ojos redondos como uvas maduras se abren como si quisiera engullirla.

—No voy a hablar sobre los casos por consejo de mi abogado así como del resto de las personas que me apoyan. A usted le interesa la cocina, ¿verdad? En tal caso accedo a verla y así, al menos, me entretengo un rato. Después de todo, nadie me ha planteado un encuentro en los términos en los que lo ha hecho usted. Estoy ansiosa por hablar sobre comida, y no me importa que venga a verme más veces si es para eso.

Rika se queda muy turbada, sin saber cómo reaccionar ante una forma de expresarse tan teatral. Ya era consciente de que no iba a ser fácil ganarse su confianza, y por eso ha investigado mucho sobre comida antes de abordarla. En ningún caso podría

hablarle del *onigiri* del *konbini* que acaba de comerse.

—¿Por qué no me dices primero qué tienes en la nevera?

Manako Kajii la tutea de repente y su pregunta le alivia. El tiempo de la visita depende del día, del número de solicitantes; a veces solo se conceden diez minutos y otras veces media hora. Sea como sea, no puede permitirse el lujo de que termine en un intercambio estéril, aunque se da cuenta de que la química entre ellas no le beneficia.

—¡Ah! Pues tengo zumo de verduras, alguna bebida energética y un poco de margarina. No soy como usted, no tengo la costumbre de cocinar a menudo... Se me dan mal las tareas de la casa. La verdad es que me dedico a trabajar y trabajar y poco más. Me sorprende mucho que en su blog siempre prestase tanta atención al día a día... —Rika tiene la impresión de ser demasiado transparente, pero no puede dejar de hablar como si le hiciera cumplidos. No sabe por qué, pero en su presencia se siente como una payasa obligada a entretenerla, a ofrecerle algo.

Las cejas gruesas de Manako Kajii se mueven.

—¿Has dicho margarina?

—Sí, tiene menos calorías que la mantequilla... Y es más saludable, porque tiene menos colesterol, ¿no? Además, últimamente no es fácil conseguir mantequilla.

—El problema es que una persona como tú, que no conoce ni distingue el sabor de la mantequilla, se atreve a afirmar que no es buena para la salud. La margarina es mucho peor para la salud, es un ungüento falso lleno de ácidos grasos transgénicos. Escúchame, en origen los lácteos... —Su voz vibra apenas, y empieza a explicarle en detalle las razones que convierten la margarina en un veneno.

Habla en el mismo tono que transmitía en su blog. Escribía hasta el hartazgo sobre lo que sabía, sobre la actitud que deberían tener las mujeres según ella, pero enseguida el menosprecio se hacía evidente y quedaba claro que buscaba siempre la más mínima oportunidad para humillar a los demás aun por cosas insignificantes. Tras esa suavidad cremosa de su forma de hablar, Rika entrevé una intención feroz y permanece callada. Trata de

sobreponerse y mueve la lengua seca con la intención de decir algo, pero Manako Kajii no le da oportunidad.

—Mi difunto padre me enseñó que las mujeres deberían ser siempre generosas con los demás. Hay dos cosas que yo no tolero: las feministas y la margarina.

Rika deja escapar una risa un poco forzada y murmura un «lo siento».

—Prepara arroz con salsa de soja y mantequilla.

Durante unos instantes no comprende lo que dice, y casi sin querer se le escapa en voz baja un «¿qué?».

—Prepara arroz recién hecho con salsa de soja y mantequilla para comer. Aunque no cocines a diario, me imagino que serás capaz de eso. Es la forma más sencilla de descubrir lo deliciosa que puede llegar a ser la mantequilla. —Habla en un tono solemne, incompatible con cualquier asomo de broma—. Compra mantequilla con sal de la marca Échiré. Hay una tienda de la marca en Marunouchi. Ve allí y elige cualquiera de sus productos. Como ahora escasea, es un buen momento para probar una de primera categoría importada del extranjero. Cuando la como, siento como si me precipitase al vacío.

—¿Al vacío?

—Exactamente. No es la sensación de flotar y elevarme, sino la de caer, como cuando estás en un ascensor que baja muy rápido. Siento como si todo mi cuerpo se hundiera en las profundidades.

Rika recuerda esa sensación de pérdida de gravedad que acaba de notar en el ascensor y se olvida de apuntar en la libreta lo que le dice, obnubilada por su forma de hablar, por su lenguaje corporal. Le sorprenden sus labios y sus ojos humedecidos, la vista puesta en un lugar muy lejos del aquí y el ahora.

—Prueba la mantequilla fría recién sacada de la nevera. Cuando es de primera calidad hay que apreciar su textura, su olor cuando aún está fría y dura. El arroz caliente la deshace enseguida, y deberías probarla antes de que ocurra eso. La mantequilla fría y el arroz caliente. Es muy importante apreciar ese contraste. Se deshace en la boca, se mezcla con el arroz y se transforman en una fuente dorada. No importa que no lo veas, se nota que es dorada,

como su sabor. Gracias a eso cada uno de los granos de arroz impregnados de mantequilla manifiesta su existencia con toda claridad, y el aroma pasa de la garganta a la nariz. La dulzura de una especie de leche densa se enreda poco a poco en las papilas gustativas...

Rika empieza a salivar. Si se le ocurre tragar, seguro que se oye el ruido con toda claridad, así que se esfuerza para que no suceda. Kajii se reacomoda en la silla y entrelaza sus dedos rellenos a la altura del pecho.

—Si tenemos oportunidad de volver a hablar, será solo cuando hayas tomado la decisión de no volver a comer margarina nunca más. Solo quiero relacionarme con personas capaces de entender lo genuino. Además, no es un «estofado de ternera», sino *boeuf bourguignon*, un plato de la cocina francesa. Lo tuve que explicar varias veces en el juicio. No comprendo que pueda haber tanta ignorancia sobre la comida, pero basta por hoy. Estoy cansada. Disculpe, agente, ya hemos acabado.

Rika anota enseguida el nombre de ese plato del que nunca había oído hablar. En condiciones normales, es el funcionario de prisiones quien anuncia el final de la visita, pero en este caso ha sido Kajii quien ha puesto el punto final. Se siente avergonzada, porque de principio a fin ha quedado anulada, absorbida por el ritmo impuesto por ella. Exactamente la misma actitud descrita en las actas del juicio. Rika observa con estupor su espalda carnosa al dejar la sala, las puntas resplandecientes de su cabello.

Cuando baja en el ascensor hasta la salida recuerda sus comentarios sobre la mantequilla. No entiende lo de «precipitarse al vacío». Atraviesa el mismo corredor largo por donde ha entrado y decide coger el tren en la estación de Kosuge, un poco más cerca de su destino. No le funciona bien la cabeza y su cuerpo parece haber estado nadando sin parar. Tiene ganas de tumbarse, de echarse a dormir, pero hace acopio de energía como buenamente puede. De pronto ve una flor blanca debajo de un guardarraíl. ¿Significa que alguien murió nada más salir de la cárcel o se trata de un accidente? No logra quitarse de la cabeza esos dos ojos con forma de uva, esa voz dulce, y cuando al fin sube al tren tiene la

sensación de flotar.

Antes de volver a la redacción compra una arrocera pequeña en una tienda de electrodomésticos y un kilo de arroz. Después de la reunión en la que se deciden los contenidos para el próximo número le toca ir a una entrevista a Kasumigaseki, y luego aprovecha para acercarse a Marunouchi, a la tienda donde venden Échiré que, desde fuera, parece más bien una joyería o una tienda de decoración. Paga mil yenes por un paquetito de apenas cien gramos. Jamás ha gastado semejante cantidad de dinero en un producto de alimentación. Tanto el paquete como la bolsa de papel donde lo meten le producen una impresión romántica, demasiado elegante para lo que está adquiriendo en realidad. Se lamenta de no haber llevado algo así a Reiko. Pide un poco de hielo para que la mantequilla no se deshaga y nada más volver a la redacción la guarda en la nevera de la cocina. Se siente como la heroína de un juego de rol que va adquiriendo sus ítems poco a poco.

Ya de noche se la lleva a su piso en Iidabashi, a quince minutos a pie de la oficina. Hace tiempo que no regresaba tan pronto a casa. Desde mañana y hasta el fin de semana va a estar ocupada, sin un minuto de descanso. No le queda más remedio que prepararse el arroz con mantequilla esta misma noche.

Ha sido un fallo por su parte no tener listo un tema del interés de Kajii, pero, al menos, no ha dicho que no quiera verla más, lo cual significa que, en función de su comportamiento, existe alguna posibilidad de que le abra su corazón. Se mete en la cocina casi por estrenar a pesar de vivir ahí desde hace ya casi diez años. Lava una medida de arroz con toda la fuerza de su mano para quitarle el almidón. Saca la arrocera de la caja, la enciende y, mientras espera a que el arroz esté listo contempla su casa con calma como no hacía desde hace mucho tiempo. En realidad, no tiene la oportunidad de pasar mucho tiempo en ese piso de alquiler de ochenta y cinco mil yenes al mes que eligió, fundamentalmente, por la cercanía al trabajo. Nada la retiene ahí, pero tampoco encuentra una razón de peso para mudarse. Aún tiene las mismas

cortinas de color gris azulado y el cubrecama que eligió Reiko por ella cuando terminaron la universidad y empezaron a trabajar. Le llega un aroma dulce de la arrocera y se despiertan en ella las ganas de hacer cosas. Limpia un poco con un trapo húmedo, pone la lavadora y, cuando acaba, ya está listo el arroz.

Abre la tapa de la arrocera y emerge una bocanada de vapor tras la cual aparece el arroz resplandeciente. Su brillo, la transparencia del arroz recién hecho, la deja fascinada. Como no tiene cuenco para el arroz, se lo sirve de cualquier manera en una taza de café. Según le ha indicado Kajii, saca la mantequilla bien fría de la nevera, abre el paquete y observa detenidamente ese producto de color amarillo suave. Lo que la espera a partir de ese momento es tierra desconocida para ella. Ya ha probado arroz con mantequilla servido como guarnición de una hamburguesa, pero nunca con salsa de soja. Y, obviamente, nunca ha comido arroz con una mantequilla de primera calidad.

Pone un trozo encima del arroz y deja caer una gota de salsa de soja desde un paquetito de plástico de esos que dan con la comida preparada y que acumula por decenas. Como le ha especificado, se lo lleva a la boca antes de que la mantequilla se deshaga.

De las profundidades de su garganta emerge algo desconocido. La mantequilla fría ha chocado primero contra el paladar. El contraste de texturas y la diferencia de temperatura es evidente. La mantequilla aún fría ha acariciado después sus dientes. La sensación al morder es suave y parece alcanzar la raíz de los dientes. Como le ha dicho Kajii, la mantequilla fundida se entremezcla con los granos de arroz. Es un sabor dorado, en efecto. Solo se puede calificar así. Oleadas de color dorado con una profundidad de sabor realmente increíble impregnan el arroz, empujan su cuerpo y la transportan a un lugar lejano.

Tiene la sensación de caer, cierto. Mira atenta la taza de arroz con mantequilla y salsa de soja a medio comer y exhala un profundo suspiro que huele a leche densa.

La comida de Reiko estaba tan deliciosa que aún es capaz de recordar todos sus matices, y se le antojan muestras de cariño de

alguien abrazando su cuerpo cansado. La cena a base de productos de temporada de Reiko le proporcionó una gran energía para el día siguiente, pero este plato de ahora resulta aún más energético, más astuto por así decirlo, como si la arrastrasen de la punta de la lengua para llevarla a un lugar desconocido. Cuando quiere darse cuenta ya se lo ha comido todo y tiene ganas de más, como si con cada porción hubiera descubierto un nuevo mundo que le exige más y más.

La mantequilla por la que Manako Kajii siente devoción. El símbolo del dinero robado a los hombres. Un sabor dorado, luminoso, como los tigres de *Little Black Sambo* fundidos en uno hasta transformarse en una masa deliciosa.

Se levanta.

«Reiko me ha dicho que coma más. Estoy demasiado delgada. Además, si me doy un lujo de vez en cuando nadie va a regañarme. Es parte de mi trabajo, después de todo. No me queda más remedio. Tengo que conseguir que Manako Kajii me abra su corazón.»

Saca el vaso metálico de la arrocera aún caliente y abre el grifo.

«Me voy a preparar otras dos medidas. ¿Es demasiado? Da igual, si sobra lo congelaré.» El reloj marca medianoche pasada.

II

La pasta debe de estar ya cocida.

Rika despega los ojos de la pantalla del ordenador alertada por la alarma del móvil. Se abre camino entre el vapor de agua y agarra la cazuela por las asas para verter su contenido sobre el colador que ha colocado dentro del fregadero. El acero inoxidable hace un ruido de gong y las ondas del sonido terminan alcanzándole las caderas. El vapor se eleva hacia el techo en un instante hasta cegarle la vista y teñir de blanco la atmósfera de la cocina de un solo fuego en plena medianoche. Expuestas al vapor, las mejillas y la nariz se le cubren de humedad. La pasta resplandece como si hubiera cobrado vida propia. Del colador la sirve en un plato sopero, después abre la nevera para sacar un paquete de Calpis Butter, una bandeja de huevas de pescado y unas hojas de *shiso*[1] de un verde demasiado intenso para esta época del año.

La semana pasada tiró la margarina que tanto odia Manako Kajii.

Desde su primer encuentro ha vuelto a la cárcel en una sola ocasión y le ha enviado dos cartas. En una de ellas le decía:

> He probado la receta que me dio. Estoy emocionada. Jamás habría creído que existiera algo tan delicioso tan al alcance de la mano. Nunca más volveré a comer esa masa transgénica. Me gustaría mucho continuar con nuestra conversación sobre comida y ampliar así mis conocimientos.

Para acercarse a ella, Rika busca las palabras más adecuadas, pero aún no ha recibido respuesta. De todos modos, no piensa darse por vencida. Tiene que derrumbar su coraza como sea,

atraerla hacia sí.

Solo encontró este paquete de mantequilla en un supermercado de Kagurazaka famoso por sus productos importados, donde compran muchos extranjeros y amas de casa con aspecto de apariencia desahogada. Está envuelta en un llamativo paquete de color marrón y blanco donde destaca la palabra *especialidad*. La Navidad está al caer. La segunda semana de diciembre ya ha quedado atrás, pero la mantequilla sigue brillando por su ausencia en toda la ciudad, si bien los productos de primera categoría aún se consiguen con cierta facilidad.

Rika se ha enganchado al sabor del arroz caliente con mantequilla coronado con una gota de salsa de soja, y como también ha untado una cantidad generosa en las tostadas del desayuno, el paquete de cien gramos de Échiré ha desaparecido. Ahora no tiene tiempo de ir hasta Marunouchi a comprar más. El final de año está cerca y lleva varios días restando horas al tiempo de sueño. Sea como sea, es incapaz de resistir la tentación y se propone conseguir cualquier mantequilla en los alrededores. Esa marca, Calpis Butter, a pesar de la considerable densidad de la leche cocida, tiene un sabor muy ligero. Le gustó nada más probarla precisamente por ese toque distinto al de la mantequilla francesa, con un regusto más denso y persistente.

En el blog de Manako Kajii ha descubierto que también ella la apreciaba mucho, y se ha sentido muy orgullosa por la coincidencia de sus gustos. Antes le costaba leerla, no le entraba en la cabeza lo que decía por mucho que leyese y releyese, pero desde que experimentó ella misma el sabor de la mantequilla es como si sus frases se le impregnaran en el cuerpo.

La caja de cartón que tanto molestaba a su compañera Yuu le ha llegado a casa hace unos días después de enviársela a sí misma por correo. Como apenas tiene sitio para guardar nada, ha tenido que plegar la mesa y, aunque odia hacerlo porque le da la impresión de pobreza, ha puesto encima de la caja un mantel y una bandeja. Al menos así tiene un sitio donde comer.

Las recetas del blog de Manako Kajii de platos de la cocina francesa y de repostería son demasiado complicadas para ella. Se le

antojan hechizos llegados de un mundo desconocido. Sin embargo, la pasta con huevas en cuya preparación solo hace falta mezclar le ha parecido fácil nada más leerla y por eso ha ido a un supermercado cercano abierto hasta la medianoche para comprar los ingredientes. Últimamente vuelve a casa sin comprar la cena en uno de esos restaurantes de cadena. Le basta un poco de mantequilla encima del arroz caliente, una rebanada de pan, una ensalada preparada, sopa de miso o cualquier otra sopa instantánea, para arreglarle la cena, aunque, hablando con propiedad, no se puede decir que esté cocinando. Por lo menos ya no le molesta entrar en la cocina, porque hasta hace bien poco le irritaba hasta el simple acto de echar agua caliente en el recipiente de *noodles* instantáneos.

Las huevas de color rosa pálido que ha sacado de la bandeja brillan y, por momentos, le recuerdan a la pequeña boca de Manako Kajii. Sin molestarse en quitarles la piel, las pincha con el tenedor para mezclarlas sin más con la pasta. Corta un generoso trozo de mantequilla y lo coloca encima de la pasta para observar detenidamente cómo se reblandece y se extiende por los lados hasta convertirse en un líquido denso y dorado que se mezcla con las huevas. Con todas sus fuerzas inhala el olor de la mezcla, el aroma a lácteo meloso de la mantequilla mezclado con la fragancia a mar de las huevas. Luego añade una buena cantidad de hojas de *shiso* y se sienta con el plato a la improvisada mesa de cartón. El rosa de las huevas produce una impresión de transparencia, e incluso después de formar un todo con la mantequilla no llega a tener un aspecto consistente. Enrolla la pasta en el tenedor y se la lleva a la boca.

Cada uno de los espaguetis mezclados con los distintos sabores parece rebotar en su lengua como si se lo estuvieran pasando en grande dentro de la boca. Están salados, pero con margen para matices más sutiles. La cocción está en su punto, está orgullosa de eso, de la textura *al dente*. En los restaurantes no cocinan con tanta mantequilla. Cuanto más cara es, mayor calidad en el resultado, y cuanta más se utiliza, más intenso es el sabor. El gusto de esa mezcla, generoso y profundo, aleja y despeja su ira

después de haberse comportado en el día de hoy como una cobarde.

En la revista han decidido que el tema de apertura sea un reportaje sobre un joven político cuya popularidad crece día a día y el director le ha insistido mucho a Rika en que le busque las cosquillas, cualquier desliz, por pequeño que sea. Rika ya le ha seguido durante una campaña electoral, pero la idea general que se formó de él es que se trataba de un hombre agradable. No obstante, en sus crónicas exageraba cualquier detalle, una expresión facial, un cambio de actitud, cualquier cosa por inapreciable que fuera y que pudiera abrir una pequeña grieta en sus gestos francos y producir una impresión de arrogancia.

Mordisquea los espaguetis como si quisiera disipar sus dudas. La frescura de las hojas de *shiso* estimula aún más su apetito y no puede evitar decir en voz alta: «¡Delicioso!». El hecho de haber sido ella misma la creadora de ese sabor convierte ese momento en algo aún más valioso.

«Nunca me había sentido tan saciada —se dice a sí misma—, qué sensación tan agradable. Cocinar las cosas que me gustan como a mí me gusta. ¿Acaso no es eso la verdadera riqueza? Hasta ahora ni siquiera sabía qué comer, y ahora solo con entrar en la cocina me basta para imaginar posibilidades, por muy vagas que sean.»

Aunque el blog de Manako Kajii desprende afectación, Rika comprende algo mientras avanza en la lectura. Solo cuando habla sobre mantequilla deja traslucir verdadera pasión. Mientras termina de cenar busca entre los archivos una de las entradas:

> Las huevas maridan a la perfección con la mantequilla. Esas huevas crujientes, cristalinas como yemas microscópicas, se mezclan con la mantequilla y pierden el aroma a pescado para transformarse en una salsa de un sabor difícil de expresar con palabras. Los hidratos de carbono de la pasta también juegan su papel y favorecen una variedad de matices indescriptible, una profundidad del sabor desconcertante. Pero lo que más me llama la atención es ese color rosa suave como un amanecer (el rosa es mi color preferido). Cada uno de los espaguetis se tiñe de ese rosa típico de las huevas, con el amarillo de la mantequilla, y todo junto potencia al máximo el aroma de la sémola de trigo. Está tan rico que noto cómo

> brota el amor desde las profundidades del corazón. A mí personalmente me gusta añadir una buena cantidad de *shiso* bien cortado, porque el color rosa y el verde componen un fresco con la imagen de un campo en el mes de abril. No soy partidaria de añadir algas porque su color negro acaba matando al rosa. Además, resultan muy molestas, porque terminan pegadas a los dientes.

No se puede decir que la foto de móvil de dos platos de pasta con huevas esté bien hecha, ni siquiera por cumplir. Es una imagen borrosa, como si la hubiera hecho una mujer de ochenta años para enviársela a su nieto. Los platos finamente decorados parecen de la marca Royal Copenhagen, pero no casan con el color del mantel. La decoración, en general, no es gran cosa, aunque Rika tampoco tiene mucho que decir al respecto. El gusto de Kajii es muy clásico y da la sensación de que se ha gastado un montón de dinero en la vajilla. Aun así no logra tapar un carácter poco detallista. Rika lo compara sin poder evitarlo con una de las comidas de Reiko, a base de productos de temporada que se consiguen fácilmente en cualquier parte y que, por mucho que den la impresión de estar colocados de cualquier manera en platos normales y corrientes, sorprenden por su refinamiento. Revisa la fecha de publicación de la entrada del blog de Kajii: 20 de abril de 2012.

El mes de mayo del año siguiente, Tadanobu Motomatsu, la primera de las víctimas, de setenta y tres años, murió en su casa frente al santuario de Shōin tras ingerir una sobredosis de somníferos. Era un hombre soltero, rico, propietario de una gran cantidad de inmuebles y tierras, como el difunto padre de Kajii. Arrastraba un grave problema de insomnio desde hacía años, pero las pastillas que lo mataron no se las había recetado su médico. Eran somníferos a base de ácido barbitúrico, y todo indica que se las había conseguido por sus propios medios. La joven asistenta que trabajaba para él testificó que días antes de morir parecía siempre ausente. Pudo ser un desgraciado accidente a causa de una senilidad incipiente, pero también había una alta posibilidad de que hubiera sido un suicidio. Fuera como fuera, sí se pudo confirmar que Kajii lo había extorsionado y que la víctima había empezado a sospechar de ella desde el momento en que no se

decidió a contraer matrimonio con él, lo cual le llevó a adoptar una actitud agresiva, como si fuera un detective empeñado en buscar la verdad. Rika no llega a entender por qué Kajii salía con varios hombres a la vez, pero está casi convencida de que Motomatsu había probado su pasta con huevas de pescado.

Comer a placer platos exquisitos preparados por esa novia que bien podía ser su nieta y morir como si se quedase dormido. ¿Tan trágico fue morir así como para montar todo ese alboroto? Por mucho que se ponga en la piel de las víctimas no cambia el hecho objetivo de lo deliciosa que está la pasta con huevas de bacalao. Rika vuelve a pensar en ello y sorbe ruidosamente a propósito. Cuando la mantequilla se enfría se transforma en una especie de nata que pega las huevas a la pasta y le otorga una nueva textura. En el momento en el que está a punto de arrepentirse de no haber cocido más pasta suena el móvil que está encima de la mesa-caja de cartón. Es un mensaje de LINE:

Siento molestarte. ¿Puedo ir a verte? Hemos celebrado una fiesta con un autor al que acabamos de publicar y como la cosa se ha alargado he perdido el último tren. Mañana entro pronto a trabajar. ¿Me dejas dormir en tu casa?

El mensaje es de Makoto Fujimura, su novio. Hace tiempo que no le escribía. Rika no vacila. Es su costumbre buscar un sitio de última hora donde pasar la noche.

De acuerdo. Pero trae tú lo que quieras beber. Tengo un cepillo de dientes nuevo. Voy a sacar el otro futón.

Se le ocurre volver a poner la cazuela en el fuego. Saca su ropa de estar por casa y el futón metido a presión en el armario. El agua hierve justo en el momento en el que ha terminado de colocarlo todo. Añade sal al agua y echa la pasta en la olla formando una especie de flor. Mientras se cuece aprovecha para

limpiar el espejo del lavabo; saca el cepillo de dientes y recoge la habitación. Echa de nuevo la mantequilla y las huevas como antes y, justo cuando está decorando con las hojas de *shiso*, suena el telefonillo.

—¿Cómo? ¿Has cocinado tú?

Makoto se presenta vestido de traje y, mientras se afloja el nudo de la corbata, se fija en la caja de cartón a modo de mesa. No puede disimular su sorpresa.

—Sí. He aprovechado para prepararte a ti también pasta con huevas de bacalao. Come si quieres. Yo acabo de terminar. Es un plato muy fácil, solo hay que cocer y mezclar.

Makoto tiene las mejillas y la punta de la nariz muy rojas. Quizás se ha pasado con la bebida. Desde que le hicieron responsable de atender los asuntos de un famoso escritor no cesan las celebraciones, los agasajos, los actos sociales y las cenas opulentas. De hecho, se le empieza a notar la papada. Cuando comenzaron a trabajar en la empresa le llamaban «el príncipe de la editorial Shūmeisha», pero con el paso del tiempo el príncipe bajó del pedestal para convertirse en alguien más accesible. Se crio con su madre y su hermana mayor, y por eso se le dan mejor que a Rika las tareas domésticas. En el trabajo no muestra el más mínimo interés por los juegos de poder del mundo editorial y jamás se vanagloria de sí mismo ni menosprecia a los demás cuando discute, como esos que parecen empeñarse en derribar a sus oponentes. Todo eso despierta una gran simpatía entre sus compañeros, entre las personas con las que mantiene contacto. Rika y él tienen una relación esporádica, pero, a decir verdad, no se acuestan desde hace más de un mes, aunque el corazón de Rika se ablanda con solo agarrar su mano o acariciarle ese pelo rizado y teñido de castaño, quizás demasiado juvenil para su edad, pero que le queda bien con sus luminosos ojos redondos.

—Hacía mucho que no venía a tu casa. ¡Mmm! ¡Este olor!

—¿Qué pasa, huele raro? Lo siento, a lo mejor debería limpiar.

—No, no. Huele a ti. Me gusta. Me hace sentir bien.

Se pone la ropa de estar por casa que Rika le ha preparado y,

cuando ella ve su espalda desnuda, su piel suave un poco enrojecida a causa del alcohol, le dan ganas de acariciarla. Al principio solo eran buenos compañeros de trabajo que hablaban de todo, pero cuando Rika le abrazó por primera vez sintió que algo dentro de ella se relajaba, derretido por la calidez del cuerpo de Makoto. Ya en ese primer abrazo él dijo que le gustaba mucho su olor, pero quizás a causa de su larga amistad, les dio vergüenza esa intimidad y aún hoy se resisten a abandonarse a la ternura. De todos modos, a Rika le gustaría tener más tiempo para olerle también ella, para aspirar su aroma, deleitarse con la temperatura de su cuerpo como hacía cuando empezaron a salir juntos. En aquel entonces no le costaba tanto ir a trabajar después de toda una noche sin dormir. Lo cierto es que nunca ha tenido una relación tan larga como con Makoto.

Makoto cuelga el traje y le echa un espray antiarrugas, se relaja y adquiere el aire de un universitario. Cuando se pone a comer, Rika no puede evitar fijarse en los movimientos de su boca. Acaba de caer en la cuenta de que es la primera vez que cocina algo para él.

—¿Está buena?

—Buenísima.

Su forma de enrollar la pasta en el tenedor resulta un tanto forzada. Luego se la lleva a la boca y la mastica sin decir nada. Rika está un poco desilusionada. Pensaba que se mostraría más entusiasmado después de salir por ahí y encontrarse con una comida rica. Termina en un abrir y cerrar de ojos, junta las manos con un ligero ruido y se vuelve hacia ella.

—Gracias por la pasta. Estaba buenísima. Me has sorprendido. Es la primera vez que cocinas para mí, ¿no?

—¡Pues sí! —Rika se ríe mientras lleva el plato al fregadero.

Está a punto de confesar que, en realidad, es parte de un trabajo de investigación, pero prefiere callar. Es su novio, pero trabaja en la misma empresa y nunca se sabe por dónde puede terminar circulando la información. Tampoco quiere decírselo y obligarle a guardar silencio, porque así daría la impresión de que no confía en él. No quiere que nada ni nadie interfiera en sus

entrevistas con Manako Kajii.

Makoto se asoma desde el lavabo para decirle algo mientras se lava los dientes.

—No hace falta que te tomes tantas molestias cuando vengo. No quiero que te ocupes de mí ni obligarte a tenerlo todo en orden. Solo quería verte, y podía haber comprado algo de comida para llevar. Debes de estar cansada, queda poco para fin de año.

—¿Ocuparme de ti? ¿Ordenar? ¿Quién, yo?

Nada de eso guarda relación con ella, y por eso se ha quedado boquiabierta, pero enseguida sonríe y se sienta en la cama. No sabe qué añadir. Diga lo que diga, tiene la impresión de que solo servirá para que el abismo entre ellos se haga aún más profundo.

Makoto hace gárgaras ruidosas y después se acerca a ella con la cara humedecida y limpia oliendo a menta.

—No te pido nada. No quiero que tengas más cargas, porque trabajas igual que yo. Ya he visto cómo sufría mi madre por eso. —Le da un beso en la mejilla y se tumba en el futón que Rika ha extendido en el suelo junto a la cama.

También ella se mete en la cama después de murmurar un «buenas noches». Makoto extiende el brazo para acariciar su mano, pero enseguida se queda sin fuerza.

Mientras se tapa con el edredón, Rika se pregunta por qué da tanta importancia a esas conversaciones tan banales. Él no ha dicho nada extraordinario. Al contrario, se puede decir que piensa en ella, que la entiende más que nadie. ¿Se siente mal porque no haya alabado su comida como esperaba? No, en realidad nunca ha pensado en serio en la posibilidad de casarse con él. ¿Por qué reacciona así por un simple plato de pasta? Repasa punto por punto lo que haya podido hacer mal y sus ojos se abren cada vez más en la oscuridad. Oye unos ronquidos demasiado lastimosos y sonoros para la edad de quien los emite. Es como si la tierra se abriera bajo sus pies.

El viento del norte acaricia la superficie del río Ayase y traspasa sin dificultad el grosor del abrigo de Rika hasta alcanzar sus

huesos, sacudiéndola con todas sus fuerzas. Tiene las yemas de los dedos congeladas, las cutículas levantadas. Es la tercera vez que va a la cárcel en un mes. Deja a su espalda la puerta reservada a las visitas y se sube el abrigo para protegerse del frío. Se fija en un cartel al otro lado de la calle donde está escrito «Masuda-ya». Está colgado en un viejo edificio de madera de ambiente nostálgico que le recuerda a una papelería que había justo enfrente de su colegio. Se trata de una tienda donde se pueden comprar productos autorizados para los presos y, como la tienda de al lado, tiene las persianas medio bajadas. Mira el reloj. Son casi las cuatro. Aún falta mucho hasta su siguiente cita. Antes de pensarlo siquiera cruza la calle. También hoy se mecen al viento las flores depositadas bajo el guardarraíl de la calle.

Es la tercera vez que Kajii se niega a verla. Si últimamente no está de buenas no puede ser solo culpa de Rika. La próxima semana es Navidad, y Rika comprende que para alguien como ella es una verdadera desgracia no poder moverse con libertad, ir a donde le plazca, verse obligada a comer solo el menú de la cárcel.

La última entrada de su blog está fechada el 28 de noviembre del año pasado. Un día antes de su detención.

> Se acerca la Navidad. Me gusta mucho esta época porque la ciudad se embellece como nunca. Este año asaré un pavo relleno de arroz y castañas según la receta que hemos aprendido en clase. Yo le voy a poner salsa *gravy*. En esta época todo el mundo empieza a reservar tartas de Navidad y yo nunca sé cuál elegir, pero este año ya lo he hecho, jajajaja.

Esa última anotación desprendía un tono alegre, pero esta es ya la tercera Navidad que va a pasar encerrada. Debe de estar al límite, imagina Rika.

El interior de Masuda-ya está repleto de viejas estanterías de madera y, en ellas, no hay apenas un hueco libre entre objetos, artículos de papelería, toallas, ropa interior, dulces y revistas. Los dulces son los mismos de su infancia. Le sorprende que aún existan.

Los productos de alimentación de esa tienda en concreto y de

la de al lado se pueden llevar a la cárcel. Es necesario, eso sí, dar el nombre del preso, y son los funcionarios de la prisión los encargados de entregarlos. La dueña tiene el pelo blanco y mira fijamente a Rika desde la caja situada al fondo. No le queda más remedio que comprar algo, pues no quiere que se dé cuenta de que solo ha entrado para curiosear. «Tranquila —se dice a sí misma—. Manako Kajii sabe de sobra que si es comida solo puede ser de aquí. ¿No es más fácil elegir así?»

El surtido de dulces expuesto en una vitrina es el mismo que ella compartía de niña con sus amigas del colegio. Le llaman la atención unas latas de conservas de color verde de la marca Sanyo. Hacía tiempo que no veía fruta enlatada. Cuando estaba en secundaria y se ponía mala, su madre le dejaba una lata de melocotón en almíbar en el frigorífico antes de irse a trabajar. No sabe si Kajii dispondrá de una nevera, pero seguro que disfrutaría de todo esto: *manjū*[2] de castaña, gelatina de frutas, *fugashi*,[3] bizcocho con mermelada de judía... De entre los dulces tradicionales de una marca desconocida, son las cajas de galletas Morinaga las que parecen reclamarla: galletas tipo María, Moonlight, Choice... ¿Cuál podría elegir? Las ha probado todas, aunque ya no recuerda el sabor. Le gustaría abrir las cajas para ver cuántas hay dentro, pero duda de que la dueña de la tienda con esa mirada severa vaya a permitirlo.

—Me llevaré una lata de melocotón en almíbar y un surtido de galletas Choice. —Se decide por Choice porque en la caja aparece una foto de un pedazo de mantequilla.

La dueña hace los cálculos con un ábaco y le entrega un papel y un bolígrafo. Escribe el nombre de Manako Kajii en la parte reservada a los reclusos y después rellena el resto de los datos que se requieren en la hoja. De pronto se fija en la nevera y, antes de pensarlo dos veces, pregunta:

—Disculpe, ¿no tendrá mantequilla por casualidad?

—Teníamos, pero últimamente no se consigue —le contesta sin ganas.

Rika sale de la tienda después de pagar. Aun en el caso de haberla tenido, solo habría sido una mantequilla común. Pero, de

todos modos, el mejor de los regalos para Kajii. Quizás tengan en la próxima ocasión.

Para un taxi y en la estación de Ayase toma la línea Chiyoda con la intención de bajar en Hibiya. Va directamente al baño que sabe de sobra dónde se encuentra. Se planta delante del espejo, saca del bolso unas toallitas desmaquilladoras y se limpia la cara. Tira una toallita ennegrecida por el rímel a la papelera que está debajo del lavabo.

Una chica joven sale del baño y se coloca frente al espejo al lado de Rika. Se pinta los labios de rosa y sonríe. A Rika le invade un sentimiento de dulzura. No le quita los ojos de encima hasta que se marcha.

Se extiende crema con energía sobre la piel limpia. Se quita las lentillas, las guarda en la caja, se pone las gafas y se recoge el pelo en una coleta con una goma negra. Ahora se siente profundamente satisfecha frente a esa mujer alta que se refleja en el espejo y que produce una impresión áspera, asexual, por la palidez de su rostro y su aspecto cansado. Ayer solo durmió tres horas por una suma de circunstancias.

Sabe de sobra que tiene que hacer más ejercicio, de manera que cuando sale a la superficie en Shinbashi decide caminar en paralelo al viaducto del ferrocarril. Aún es temprano para salir del trabajo, pero el barrio de Yūrakuchō está lleno de gente que va y viene al atardecer. Se oyen toses secas por todas partes, pero, como la mayoría de las caras van tapadas con mascarillas, Rika se fija en los ojos de las personas con las que se cruza. Ha llegado el momento de vacunarse contra la gripe, recuerda. El viento seco y frío golpea su piel hidratada y siente como si alguien le pasase un cuchillo por la mejilla. Las líneas Yamanote y Keihin-Tōhoku discurren sobre su cabeza sin cesar.

Ha oído rumores de que algunas periodistas mantienen relaciones sexuales con sus fuentes, pero, sea como sea, a ella le parece un asunto personal sobre el que no hay nada que comentar. Las supuestas afectadas no lo admiten y, además, tampoco hay pruebas fehacientes.

Inventarse una relación de fronteras difusas, justificarse.

Nunca ha llegado a preguntar abiertamente a ninguna de las protagonistas de esos rumores, por supuesto, pero imagina que recurren a todo tipo de argumentos para evitar sentirse culpables.

De hecho, ella misma no puede asegurar no haberse mostrado condescendiente o incluso aduladora con algún funcionario o algún policía a los que puede sacar información. No hace mucho se enteró de que una veterana periodista de otra revista a la que siempre ha respetado mucho por sus primicias sobre la política y sus escándalos mantenía en realidad una larga relación con un político de quien obtenía todas las informaciones, y fue una gran decepción para ella. Como no sabe a quién acusar ni de qué, levanta la vista al cielo para contemplar el atardecer entre los edificios.

Tal vez ahí reside la razón de su desdén y su menosprecio hacia Manako Kajii. En el juicio aseguró que su cuerpo tenía un valor especial y por eso los hombres disfrutaban con ella de una experiencia fuera de lo común. Obtener dinero a cambio solo era algo lógico, nada reprobable. Rika no tenía forma de comprobar por qué era tan especial ese cuerpo, y el comentario la paralizó.

Intenta ahora recordar la cara de esa mujer que estaba hace poco a su lado en el lavabo para darse cuenta de que solo retiene una bruma. Es lógico. No ha sido su aspecto lo que tanto la ha atraído, sino el halo de seguridad en sí misma que desprendía. A Reiko le pasa lo mismo desde que se casó.

La vieja taberna con salas privadas de paredes amarillentas está bajo el viaducto del tren. Es el lugar que eligen para quedar el tercer jueves de cada mes a las cinco de la tarde, antes de que se llene de gente. Su cita suele prolongarse durante una hora y media y nada más terminar regresa al trabajo. Nunca se emborrachan. No se trata de un encuentro para beber.

Desde el fondo de la cocina llega el aroma y el borboteo de un aceite ya usado. Oye la voz tranquila del dueño, un hombre de más de setenta años, que le da la bienvenida. Se sienta en el suelo de tatami frente a una mesa escondida por un biombo y bien alejada de la cocina.

—¡Vaya! Sabía que ibas a fracasar en tu intento de dejar el

tabaco. —Rika se ríe con toda la intención.

Se acomoda bruscamente frente a él, que lleva un traje y luce un cigarrillo High Light entre los dedos. Deja el bolso encima del tatami. Se limpia la frente y las mejillas con la toalla caliente que hay sobre la mesa. Ha decidido no servirle la bebida como suelen hacer las mujeres, no elegir por él, no ponerle por las nubes. En lugar de eso va directamente al grano. Yoshinori Shinoi trabaja en una gran agencia de noticias y también como comentarista en televisión, donde resulta muy locuaz. En privado, sin embargo, es un hombre tranquilo. Muchas veces se da cuenta de que es solo ella quien se queja sin parar, pero él no parece aburrirse especialmente ni tampoco divertirse. Come y bebe a su ritmo sin dejar de asentir. Cuando lo ve en la tele siempre le parece un hombre astuto, de mirada penetrante y constitución robusta, pero la persona que tiene enfrente en ese momento, por el contrario, es solo un hombre de mediana edad, delgado y tranquilo. Su pelo entrecano tiene pinta de ser suave. Sus extremidades son largas y tiene la espalda ligeramente encorvada, a pesar de lo cual produce una impresión despreocupada. Las arrugas de su camisa resultan llamativas sin llegar a dar la sensación de suciedad.

—No he dicho que haya dejado de fumar, solo he bajado el ritmo —murmura antes de apagar el cigarrillo en el cenicero y llevarse a la boca el vaso empañado.

—Sales tanto en la tele que no debe de quedarte tiempo ni para dormir. ¡Vaya! Hoy te ha dado por esos aperitivos típicos de los hombres de cierta edad.

Shinoi está bebiendo *shōchū*[4] de trigo con agua caliente y, para picar, salteado de raíz de bardana con zanahorias, *edamame*,[5] un poco de pescado asado y tofu caliente. A Rika le extraña que empiece a preocuparse por su salud, porque cuando le conoció siempre tomaba cerveza y pollo frito. A ella tampoco la vuelve loca la cerveza, así que pide sake caliente, mazorca de maíz con mantequilla y huevas de bacalao asadas y picantes. Levanta con los palillos algo desconocido de aspecto blando que acompaña la jarrita de sake y el vaso.

—Nunca he sabido qué es esto en realidad. ¿Almejas,

konnyaku?[6]

Se trata de algo cocido, dulce y picante al mismo tiempo, que siempre le sirven con la bebida. La taberna no es especialmente buena ni mala, tan solo les resulta adecuada porque nunca hay demasiada gente.

—Hoy he mandado por primera vez un regalo a la cárcel de Tokio. Galletas y una lata de conserva. Es para una reclusa, porque debe de ser muy duro no poder comer un simple trozo de tarta o de pollo en esta época del año.

Aún no le ha contado nada sobre el asunto de Manako Kajii, pero quizás no está tan lejos el día en que deba recurrir a él. Tal vez él sea la única persona con quien puede hablar de trabajo sin esconder nada.

—No te creas. La comida de la cárcel no está mal. Algunos presos se hacen cargo de ella, se sacan el título de cocineros e incluso he oído que algunos delinquen a propósito atraídos por la comida.

—¿De verdad? Yo siempre he oído que se come un arroz que huele fatal.

—A lo mejor eso pasaba cuando el arroz blanco era el no va más en cualquier menú. En la cárcel siempre han mezclado el arroz con trigo. Puede que lo odiaran por eso. Pero ahora se sabe que la mezcla, ya sea con trigo, mijo o panizo, es buena para la salud. Yo creo que en realidad se alimentan mejor que nosotros.

—Puede ser. Seguro que la comida allí es más sana y nutritiva que la mía. Yo nunca cocino y siempre acabo comiendo cosas preparadas del súper.

No sabe por qué, pero no quiere decir que en los últimos tiempos ha empezado a cocinar. Desde luego, no es por la reacción que tuvo Makoto.

—Tengo que investigar sobre esos menús tan especiales de la cárcel.

Shinoi se lo apunta en una vieja agenda de cuero marrón. «Este hombre siempre está cansado», piensa Rika. Le lanza una mirada inquisidora desde detrás de su vaso de sake. Su cara tiene un color terroso y el blanco de sus ojos luce turbio. Ella misma

puede tener un aspecto similar, pero en el caso de él parece más una suerte de resignación, una mancha indeleble en algún lugar profundo. Le han llegado rumores de que se separó hace muchos años, pero nunca hablan de sus asuntos privados y no conoce la verdad.

—Después de que mi padre se separase de mi madre —dice Rika sin reservas—, comenzó a abandonarse y terminó alcoholizado. Murió solo en casa. Ten cuidado. Tenía más o menos tu edad. ¿Cuántos años tienes, por cierto?

—Cuarenta y ocho... No digas esas cosas tan terribles. A lo mejor no me preocupo demasiado por la comida, pero vigilo mi salud y he empezado a correr todas las mañanas por los alrededores del palacio imperial. Cuando me acuerdo, me compro zumos de verduras en las tiendas de las estaciones.

Ha debido de ofenderle de algún modo, porque se le desata la lengua, algo poco habitual en él. Es cierto que parece cansado, pero su aspecto dista mucho de la decadencia. Lo más probable es que sea lo suficientemente inteligente como para sobreponerse, y eso tranquiliza a Rika, la ayuda a relajarse. A Makoto le pasa algo semejante. Quizás es lo que se conoce como tener un tipo de hombre. Le cae bien, y está segura de que el sentimiento es recíproco. Siempre encuentra un hueco para verla. Su relación, por tanto, es igual que la de otros dos periodistas varones cualesquiera.

—Para ser un hombre de tu edad te preocupas, es cierto. ¿No te resulta extraño? ¿Por qué cuando nadie se ocupa de los hombres estos son incapaces de evitar la inminente decadencia? ¿Por qué tanta indulgencia con ese no saber cuidar de uno mismo?

Recientemente, un exdeportista ya en la cincuentena y lejos del ojo público desde hacía tiempo a causa de una serie de oscuros episodios reapareció para dejar perplejo a todo el mundo con su vida degenerada. Su mujer e hijos lo habían abandonado después de muchos años juntos y en un abrir y cerrar de ojos su vida perfecta cayó en picado hasta el punto de dar con sus huesos en varias ocasiones, borracho, violento, a altas horas de la madrugada, en barrios de pésima reputación. Se cree que anda enredado en asuntos de drogas, y a uno de los periodistas que le

entrevistaron le confesó en un tono lastimoso: «Cuando comes solo, todo sabe fatal; me deprime. Por eso salgo por ahí y acabo bebiendo. Ni siquiera sé cocer arroz. No sé dónde está la sal, no sé si tengo siquiera. ¿En qué me he equivocado para terminar así, para llevar esta vida tan patética? Quiero que vuelva mi familia». Mandó un mensaje a sus hijos, a quienes no podía ver a causa del proceso de divorcio. Los semanarios dirigidos a un público masculino lo tomaron como el arquetipo de la decadencia, de la tristeza después de haber tocado la gloria. Hablaban de él en tono compasivo para afirmar que nadie estaba libre de caer en una debacle parecida.

Rika nunca ha compartido en absoluto esa condescendencia. No es por su mala vida, ni por su fama de mujeriego que tantos sufrimientos ha causado a su familia. Es porque no entiende esa incapacidad de hacer nada por sus propios medios, de cambiar, de enfrentarse al menos a la urgencia de alimentarse. Aún es joven y, aunque ya no tenga trabajo, sí dispone de tiempo, y de dinero si se le compara con cualquier persona normal. Tiene relaciones, contactos... En una ciudad como Tokio existen infinidad de restaurantes abiertos hasta bien entrada la noche, todo tipo de opciones. Se puede encontrar buena comida sin dificultad, menús saludables a precios razonables, verdura en abundancia.

La decadencia, el abandono, son para Rika una forma de venganza contra sus fans, contra los medios de comunicación que lo alabaron un día para dejarlo tirado a la primera de cambio. Pero, por encima de cualquier otra cosa, es una venganza contra su mujer y sus hijos, que han tenido el arrojo de empezar una vida nueva. «Mirad el miserable en quien me he convertido, y todo es culpa vuestra...» Jamás ha pedido ayuda, pero, eso sí, se dedica a alborotar hasta que alguien termina echándole una mano. Es tenaz y se niega a cambiar por mucho que las circunstancias le obliguen. Asegura que su familia le importa mucho, pero lo cierto es que le trae sin cuidado el hecho de que lo hayan dejado en la estacada. Rika cree que en realidad le da igual tirar su vida por el inodoro con tal de no molestarse en hacer las cosas de otra manera. ¿No sucedía algo parecido con las víctimas de Manako Kajii? Rika

repasa mentalmente los hábitos de las víctimas antes de morir, lo que dijeron a sus conocidos, los testimonios de los testigos durante el juicio:

«Me da miedo hacerme viejo y estar solo. Mi vida solo empeora. Quería una mujer que me cuidase, que me diese de comer. Me daba igual quien fuera. Claro que sospecho de ella, y estoy casi seguro de que me engaña. Mi familia no para de decirme que la deje, pero a mí me da igual. Me quedaré con ella, aunque eso signifique romper con mi familia.»

«Esa mujer se aprovechó de la debilidad de sus víctimas, hombres con una vida triste. ¿No les parece que los hombres son incapaces de vivir sin la ayuda de las mujeres?»

«Las mujeres deberían aprender de Manako Kajii. Si eres cariñosa y encima cocinas bien, ya te has ganado a cualquier hombre. ¿O no? Siempre se ha dicho que para conquistar a un hombre lo primero es conquistar su estómago.»

El denominador común de los testimonios es, a juicio de Rika, siempre el mismo: una exagerada compasión, un acento desmedido en la soledad. Se esfuerza por no perder la objetividad, pero su lástima flaquea. Después de todo, ella tiene salud y trabajo. Además, su madre se separó y la crio sola, experiencia que no le evita tampoco el riesgo de acabar sola o incluso engañada por un chico joven.

«No. En mi caso... cuanto más sola me vea, más procuraré no abandonarme. Me ocuparé de mis ahorros, me cuidaré de las dulces tentaciones. Un hombre sin oficio ni beneficio al que conoces por internet, por ejemplo, muchos años menor y que te pide dinero desde el primer momento. ¿No es el candidato ideal para el premio a la desconfianza? En el peor de los casos, si a pesar de mis precauciones me van a engañar, es seguro que Reiko se dará cuenta enseguida y hará saltar las alarmas. Si muere antes y no tengo a quien recurrir, encontraré en internet alguna asociación de gente mayor en el barrio y me uniré a ellos. Ellos me ayudarán a comprender cuándo actúo mal, cuándo lo hago por ser una mujer.»

Sea como sea, a dos de las víctimas de Manako Kajii no se las podía considerar en absoluto ancianas y, de hecho, disponían de

suficientes recursos financieros como para llevar una buena vida. Bueno, es mejor no pensar más en ese asunto.

Rika apura el sake para no dejarse llevar por la melancolía. Mientras contempla el plato de hierro caliente donde aún burbujea la mazorca de maíz con mantequilla que acaban de servirle, habla de nuevo:

—Por cierto, ¿conoces la historia de *Little Black Sambo*? La he vuelto a leer hace poco en casa de una amiga. Es un cuento infantil en el que unos tigres terminan convertidos en mantequilla.

—Sí, lo conozco. Es un cuento difícil de encontrar hoy en día, porque se considera ofensivo.

—Sí. ¿No te dan pena los tigres? ¿No te parece cruel la familia de Sambo?

—Se trata de la selección natural. No hay nada que hacer, ¿no crees? No hay nadie malo en esa historia. Al fin y al cabo, si un tigre no mata para alimentarse, morirá de hambre.

Shinoi no deja de comer *edamame* mientras habla, y Rika se fija en su dedo corazón, largo, moreno.

—No hay artificio en Sambo —continúa—, simplemente se enfrenta a la situación como puede, y en esas los tigres mueren. ¿No pasaba algo así? Si terminan comiéndose la mantequilla es porque el padre la lleva a casa sin saber lo que ha sucedido en realidad. La naturaleza mantiene el equilibrio entre vencedores y vencidos sin llegar a forzar las cosas por muy cruel que nos pueda parecer a nosotros. La evolución se considera positiva, pero la realidad es que sobreviven las especies capaces de adaptarse a los cambios y ocurre por pura casualidad. Las demás simplemente se extinguen. También se habla mucho en los últimos tiempos de que los medios de comunicación tradicionales desaparecerán, al menos tal y como los hemos conocido hasta ahora. En Estados Unidos ya está pasando, pero a mí eso no me parece una evolución positiva.

En la mente de Rika la expresión «selección natural» da vueltas y más vueltas como los tigres alrededor del árbol en la historia del pequeño Sambo. Shinoi no aparta los ojos de la comida y sigue hablando sin cambiar de tono.

—¿Conoces La Vie, un club de Ginza exclusivo para socios?

Alguien ha visto a la dueña en la consulta de una famosa ginecóloga en el distrito de Kioichō.

Rika decide meter los pies en esa jungla que se abre frente a ella y lo hace con mucho cuidado de elegir bien las palabras.

—Ya veo... Me han llegado rumores. Está soltera, ¿verdad?

—Es una mujer muy atractiva. En otros tiempos trabajó como modelo.

—En tal caso, imagino que sus clientes serán hombres muy distinguidos.

A Rika le da la sensación de que las pupilas de su interlocutor se contraen ligeramente.

—Tomoki Ootani, un antiguo ídolo de las jóvenes, y Toyohashi, el jugador de béisbol, y también... —Cuando pronuncia el nombre del tercer hombre, un político con serias posibilidades de resultar elegido en las próximas elecciones generales, se le tuercen ligeramente los labios.

—Gracias.

Nunca le da la información ya elaborada. Shinoi le da pistas, a veces ambiguas y siempre esparcidas alrededor del meollo del asunto, como si se tratase de una conversación casual. Se conocieron hace dos años en una fiesta de fin de año de la revista. Él estaba invitado porque tenía una columna por aquel entonces, y se sentaron uno al lado del otro por pura casualidad. Desde el primer momento le llamó la atención esa forma suya de ser, tan tranquilo, tan alejado del alboroto, muy distinta de la que hace gala cuando aparece en televisión. La siguiente vez se lo encontró frente a la casa de un diputado. Llovía. Rika le invitó a tomar algo porque estaba investigando un tema sobre ese diputado. Fue en aquella ocasión cuando entraron en esta taberna por primera vez para protegerse del chaparrón, y a partir de entonces Rika empezó a publicar primicia tras primicia.

—No te he dicho nada. —Shinoi ríe por primera vez, dejando a la vista unos dientes blancos y sanos a pesar de su vida descuidada. Sus ojos casi le desaparecen de la cara y surgen infinidad de arrugas alrededor de su boca.

Su risa hace que Rika tome conciencia de que está a solas con

él, y de pronto siente como si la sala donde están sentados se hiciera aún más estrecha.

Hay ciertas cosas que jamás llegan a publicarse en los grandes medios. Casos de adulterio entre los políticos, por ejemplo, la vida íntima de víctimas de delitos o el historial de los condenados por la justicia, pero alguien como Shinoi no va a renunciar nunca a la utilidad de toda esa información aunque no pueda publicarla. Quizás es natural ofrecérsela a una colega como Rika, como si fuesen las sobras del día anterior.

«Pero ¿por qué a mí si no tengo nada que ofrecerle a cambio?» Piensa a menudo en la imagen de ella que tendrá, si la verá solo como acaba de verse ella misma reflejada en el espejo del baño de la estación, sin un solo adorno que llame la atención de un hombre. Nunca la ha cortejado hasta ahora, y tampoco da la impresión de ir a hacerlo en el futuro.

—¿Me das uno? —Le pide un cigarrillo y, como el mechero de Shinoi no prende, llama a la camarera, una mujer de mediana edad sin demasiado afán por el trabajo.

Con el cigarrillo entre los labios inclina un poco la cabeza para acercarse a la llama. Procura no toser a causa del humo. Normalmente no fuma. Le alivia la expresión atónita de él.

«Solo recojo las migas que él deja delante de mí. Igual que el padre de Sambo cuando se encuentra la mantequilla en la jungla.»

El maíz con mantequilla desprendía un agradable aroma mientras aún estaba caliente, pero al enfriarse deja un regusto molesto en la garganta.

Querida Rika Machida:

Cuánto tiempo. Gracias por la lata de melocotón en almíbar y por la caja de galletas. De las galletas Morinaga, esas son mis favoritas. La gente suele preferir las Moonlight, pero tanto en esas como en las María usan margarina. Ya se acerca la Navidad. Hace dos años estaba a punto de encargar una tarta de Navidad de Ouest, aunque lamentablemente no pude comérmela al final. La crema de mantequilla está deliciosa, pero por desgracia no se encuentra estos días. ¿Por qué no la pruebas por mí? Me gustaría saber tus impresiones después de probar «lo genuino», sería algo interesante de compartir contigo.

Rika se encontró ayer la carta de Manako Kajii sobre la mesa de su oficina. La leyó dos veces seguidas y sacó el móvil de inmediato, pulsó el número de teléfono que aparecía en la página web de Ouest y, tras unos cuantos tonos, contestó una mujer de voz tranquila que se le antojó la presidenta de una asociación estudiantil.

—Lo lamento mucho, pero aceptamos reservas para las tartas de Navidad del uno al veinte de diciembre. Este año no damos abasto. Lo siento mucho, de verdad.

La mujer al teléfono hablaba poniendo un evidente énfasis en huir de ese tono maquinal de tantos dependientes, pensó Rika. Encendió el ordenador sin dejar de darle vueltas a la posibilidad de que la escasez de mantequilla jugara un papel en todo esto. Tecleó: «Ouest tarta de Navidad», y pronto aparecieron infinidad de comentarios en todo tipo de blogs personales, de *influencers* de comida. Todos ellos alababan la tarta, su sabor rotundo, elegante, clásico, pero nada de eso le servía para asumir las opiniones como propias. No quería que Kajii se diese cuenta de que hablaba por boca de otros. No tendría ningún sentido hablar de ello de no hacerlo con sus propias palabras. Rika sabía que alguien como Manako Kajii detectaría enseguida la mentira. Sabía que la estaba poniendo a prueba, así que se esforzó en encontrar el modo de que alguien le echara una mano, algún funcionario, un policía, alguien de la tele, incluso algún periodista deportivo... Nada. Nadie conectaba ni remotamente con esas famosas tartas. ¿Y si pagaba el doble a alguien que fuera a recoger su pedido a la tienda?

De pronto le llama la atención una pila de revistas amontonadas en una estantería junto a la mesa del jefe. Por número de ventas, la suya debe de ocupar el tercer puesto. Se acuerda entonces de la selección natural de la que le hablaba Shinoi hace poco. Se habla a menudo de que las revistas ya no venden como antes, pero en el sector todos están pendientes de la competencia. ¿No será que sobreviven gracias a los profesionales de los medios y no a los lectores?

—¡Eso es! —dice sin querer en voz alta.

Teclea en la pantalla del móvil y enseguida oye la voz de Reiko.

—Qué raro que me llames a estas horas. ¿No estás en el trabajo? ¿Te pasa algo?

Por el ruido de fondo imagina que debe de estar preparando la cena.

—Quería preguntarte una cosa... ¿La empresa de Ryōsuke compra tartas por Navidad a la competencia?

—Sí, claro. En Navidad, en San Valentín y el Día Blanco. Las llevan a la sala de reuniones, les sacan fotos y después todo el mundo las prueba. Cuando sobra algo me lo trae a escondidas.

Le explica brevemente la situación y Reiko, que es una mujer despierta, no tarda en hacerse cargo.

—La tarta de Navidad de Ouest. De acuerdo. Es un clásico, seguro que la tienen. Se lo pregunto, no te preocupes.

—Te lo agradezco, de verdad —le dice Rika entusiasmada—. Ya te lo he dicho antes, pero gracias a tus consejos Kajii empieza a abrirme su corazón. Muchas gracias, en serio.

Nada más colgar recibe un mensaje de Ryōsuke.

Es Nochebuena. Rika está de visita en la sede central de una fábrica de dulces cerca de la estación de Gaienmae. Nada más subir las escaleras del metro y enfilar la calle 246 empiezan a caer copos de nieve. En la primera planta del edificio hay una cafetería, y enseguida ve a Ryōsuke al otro lado del cristal vestido de traje hablando con una mujer que parece la encargada del local. El interior está decorado en tonos rojos y verdes. Parpadean las luces de un árbol de Navidad y le llaman la atención varias parejas bien vestidas que comparten sus tartas. Ryōsuke levanta la mano nada más verla. Tiene mal color de cara, ni rastro de esa vivacidad tan habitual en él. Rika le agradece el favor y seguidamente le hace un comentario sutil sobre su aspecto al que él responde con una risita ahogada.

—En Nochebuena siempre nos obligan a venir por la noche a

la fábrica para ayudar a decorar las tartas. Después, sin pegar ojo, hay que ir a los centros comerciales del centro de Tokio para hacer una investigación de mercado. Trabajar con dulces puede parecer idílico, pero nada más lejos de la realidad. Esta es una empresa familiar, y el trabajo termina siendo muy físico.

—Siento molestarte con mis asuntos. Al menos a ti te espera en casa una cena estupenda preparada por Reiko. ¡Qué envidia!

—Sí, es verdad. —Ryōsuke sonríe como si le diera un poco de vergüenza y enseguida la acompaña hasta el ascensor de empleados al fondo de un pasillo. Es un ascensor estrecho que huele a nata fría.

—Para agradecértelo publicaré un reportaje sobre tu empresa en la revista. Parece que a nuestros lectores les gusta mucho conocer los entresijos del mundo de la alimentación, los secretos del marketing.

—No te preocupes. Es un favor para una amiga de mi mujer. De todos modos, no puedo negar que te estaría muy agradecido. Tenemos pocos recursos para publicidad, y aparecer en una revista tan importante como la tuya sería todo un acontecimiento. En fin, los dulces no dejan de ser algo prescindible cuando una familia pasa por un mal momento. Hoy en día se encuentran cosas muy decentes en cualquier supermercado y eso nos pone las cosas aún más difíciles. Solo somos una empresa media.

A Rika le parece que interesarse por productos de calidad, de lujo incluso, exige más actitud y dedicación en realidad que dinero. Manako Kajii es un buen ejemplo de ello. Tiene un carácter tenaz que casi constituye el motor de su vida. En su caso, Rika, por mucho tiempo y dinero del que dispusiera, jamás actuaría así.

El ascensor se detiene en la cuarta planta y Ryōsuke le abre la puerta de la sala de reuniones. Huele a fruta fresca. En la mesa alargada que ocupa el centro de la sala vacía hay todo un despliegue de tartas famosas de distintos pasteleros. Una visión gloriosa.

—Ya he hecho las fotos para nuestro archivo, así que puedes probarla; pero no te la comas entera, eso sí. Menudo lío si desaparece. Luego vienen los de la sección de desarrollo de nuevos

productos. Coge un pedacito.

La tarta de crema de mantequilla de dieciocho centímetros de diámetro que Ryōsuke le señala con una sonrisa en los labios no tiene nada que ver con las demás pomposamente adornadas con fresas, hojas de acebo o muñequitos de azúcar. Está decorada con crema a modo de corona de adviento, con tres velas y tres galletas que imitan llamas. Unas pocas nueces y unos cuantos pistachos completan la creación. Tiene un aspecto suave, como de paisaje nevado, y aun siendo invisible a los ojos se intuye la presencia de una mantequilla de primera que parece resplandecer desde el interior, como una estrella en el cielo de mediodía.

—No hay tartas de crema de mantequilla sin fresas, sin Papá Noel, sin una sola pieza de chocolate donde se lea «Feliz Navidad». Por eso esta destaca tanto entre todas las demás. En Ouest nunca escatiman la calidad, aunque eso les genere pérdidas.

—Entiendo... De esa pastelería solo había visto un hojaldre con forma de hoja.

Sí. Hojaldres con forma de hojas en una caja blanca que había en la sala de descanso de la oficina. En la revista casi todos son hombres y ni aun así la tuvieron en cuenta. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos sin que pudiera probarlos.

—Esa cafetería del distrito de Meguro que cerró hace dos años, por ejemplo. Siempre estaba llena y aun así nunca tuvieron beneficios. Me parece increíble. Hay mucho que aprender de ellos.

Meguro está a un paso de Fudōmae, donde vivía Kajii. Rika supone que sería cliente habitual de aquella cafetería, y lo más seguro es que comprase su famosa tarta de Navidad.

Ryōsuke corta una porción con la maña de un profesional. Después se la sirve en un plato de papel con un tenedor de plástico. Ella le da las gracias y corta un pedacito sin esperar un segundo. Nota una ligera resistencia en la muñeca. El corte descubre un tono amarillo claro, elegante, un detalle que le provoca una sonrisa.

—Si te digo la verdad, es la primera vez en mi vida que voy a probar una tarta de crema de mantequilla.

Es posible que haya estado refrigerada hasta hace poco, porque la crema mantiene su consistencia. La mantequilla se

deshace al calor de la lengua y se extiende poco a poco entre cada una de las papilas gustativas, alcanza las células del cuerpo de Rika que al entrar en contacto con ella parecen flotar, disfrutar del goce de algo fuera de lo común. Podría ser que nunca volviese a degustar algo así. Cierra los ojos para grabar a fuego en su memoria ese sabor.

—Qué seria estás. —La voz risueña de Ryōsuke parece llegarle desde un lugar muy lejano.

Cuando sale del edificio aún nieva. Le da pereza perder tiempo comprando un paraguas, así que aprieta el paso hasta la estación de Omotesandō mientras la nieve se posa en su abrigo. Toma la línea Chiyoda hasta la estación de Ayase. Una vez allí sube a un taxi que la lleva hasta la cárcel y vuelve a realizar todos los trámites de costumbre. Después de atravesar el detector de metales, cruza un largo corredor para subir en ascensor hasta una planta fijada de antemano. Frente a una puerta numerada nota un repentino calor en el pecho por la certeza de que hoy sí podrá verla. Poco más tarde aparece Manako Kajii con aire tranquilo acompañada de un funcionario de prisiones como si fuera su escolta. Han pasado casi tres semanas desde la última vez que la vio.

«¡Vaya! ¿Qué le ha pasado?», se pregunta. Su piel luce aún más blanca, más suave. Las mejillas y los párpados están ligeramente teñidos de color rosa y da la impresión de estar hinchada, pero todo ello le imprime un encanto, como si las lágrimas acabasen de humedecer su rostro. Lleva un jersey blanco y una falda larga de cuadros, un conjunto casi monacal. Sea como sea, le queda bien, está elegante y, por encima de cualquier otra consideración, resulta de lo más adecuado para el día de hoy. Vuelve a acordarse de la selección natural de Shinoi. «Aunque se declare una guerra o acaezca una hambruna —piensa—, esta mujer será capaz de sobrevivir.»

—Cuánto tiempo... He venido para hablarte de mis impresiones, para darte las gracias por empujarme a probar la famosa tarta de Navidad de Ouest.

Los ojos somnolientos de Kajii no logran enfocar. El jersey

voluminoso le da un aspecto de bola de nieve. Hoy no le produce miedo. Su lengua aún conserva el recuerdo del sabor de la tarta. Rika se esfuerza por no impacientarse y abre los labios todavía impregnados de mantequilla.

—Es un diseño muy sencillo, como una corona de Navidad con unas velas encendidas en el centro. Parece una escultura. Aparte de unos cuantos frutos secos y esas galletitas en forma de velas, no tiene mucho más. No sé gran cosa sobre dulces, pero sí que apenas se usa mantequilla con sal para la repostería. ¿Me equivoco? En Ouest sí, sin embargo. Sabe ligeramente salada. Me da la sensación de que así reducen el dulzor y le dan aún más profundidad y textura. El bizcocho es denso, pesado, sacia. Se nota mucho el aroma de la harina y del huevo, persisten en la lengua. Hasta ahora solo había comido tartas de Navidad normales, quiero decir, con una nata demasiado suave e inconsistente, con fresas de sabor agridulce que terminan matando el aroma y la textura del bizcocho. En nuestro anterior encuentro dijiste que la mantequilla te hacía sentir como si te precipitaras al vacío, pero esa tarta... —Rika sabe que en algún momento escribirá sus propios artículos y por eso se esfuerza en huir de las expresiones manidas, de los lugares comunes. Debe buscar la palabra justa, no dejarse engatusar por lo de siempre. De pronto se acuerda de la nieve que caía en la estación de Gaienmae, de esos cristales diminutos que no paraban de dar vueltas en su descenso desde un cielo gris—. Es un sabor extraordinario, como si cayeses sin fin girando y dibujando espirales, como en un vals.

Los ojos negros de Kajii miran fijamente a Rika. Aunque la ve detrás de una mampara de seguridad de metacrilato, Rika se da cuenta de que tiene los labios húmedos. Su garganta carnosa y llena de pliegues se mueve, no hay duda.

«¡Ah, tiene hambre!», Rika cae en la cuenta. Ha pasado ya tanto tiempo que no se acuerda de la última vez que estimuló el apetito de alguien.

De pronto le viene a la cabeza algo largamente olvidado. Cuando estaba en el instituto una de sus compañeras le suplicó entre lágrimas: «Déjame besarte, aunque solo sea una vez». Ella

rehusó con delicadeza, pero no pudo evitar sentir perplejidad. Unos años más tarde se la encontró en una reunión de antiguos alumnos. Se había convertido en una mujer casada y madre de dos hijos. «En aquel entonces —le confesó con toda sinceridad— estaba deseando enamorarme, pero como no había chicos a mi alrededor terminé prendándome de ti, que eras la más guapa. Estaba como loca, no cabe duda.»

Con sus palabras intentaba hacerle frente a aquella vieja historia, sublimar sus sentimientos de entonces como si solo se tratase de una anécdota, pero Rika se acordaba bien de aquello y no sin algo de malicia. Su compañera querría haber ido más allá, su deseo era evidente, e incluso al cabo de los años, como le pasaba a Manako Kajii, sus labios y ojos se humedecían, la miraba con ardor. Rika se daba cuenta. Se daba cuenta de que muchas chicas se habían sentido atraídas por ella y, aun a sabiendas de que solo era el reemplazo de los chicos ausentes, le enorgullecía ser una existencia singular, tener el reconocimiento de las demás, sentirse aceptada.

Siempre se había tomado muchas molestias para no ganar volumen, formas. Se comportaba con cierta rudeza y despreocupación, como habría hecho cualquier chico, pero se esforzaba más que nadie para ser la mejor en los estudios y en los deportes, para satisfacer las expectativas de ese príncipe añorado por las chicas. Quería destacar en todo y hacerlo con la cara fresca y, de vez en cuando, delante de sus más entregadas admiradoras, incluso se desabrochaba el botón de la camisa del uniforme para enseñar sus clavículas, su cuello esbelto. Agarraba a las chicas del brazo con toda naturalidad y las atraía hacia ella. Percibía entonces el pulso acelerado de sus corazones a través de los uniformes.

Seducir es divertido ya se trate de un hombre o de una mujer. Las membranas del otro resplandecen, se le nota un dulce apetito. Rika creía que usar su poder de seducción tenía en el fondo algo de malo, de rastrero, de sucio. Pero ¿qué o quién la hacía pensar semejante cosa? Con el tiempo seducir a alguien que le resultaba indiferente empezó a provocarle una suerte de estremecimiento, de

repugnancia hacia sí misma.

—Feliz Navidad, señorita Machida.

La voz de Manako Kajii resuena dulce como un *savarine*[7] e impregna poco a poco las frías y sólidas paredes de la sala donde se encuentran.

III

En la cárcel de Tokio sirven para el día de Año Nuevo un menú especial fijo a base de sopa, pastel de arroz y dulces de mermelada de judía. En función del presupuesto cambia, y este año han añadido tempura, verduras cocidas, un guiso de carne de cerdo, pescado asado, langostinos, huevas, gelatina, tortilla, pasta de pescado, boniato al vapor con castañas, frijoles negros y fruta. Es el único día que no mezclan trigo en el arroz. Te deseo un próspero año.

La primera felicitación de Año Nuevo que recibe Rika es la de Shinoi. Asoma la cabeza entre el edredón y un futón tan fino que casi se nota la dureza del suelo sin ninguna amortiguación. Sostiene el móvil junto a la almohada y sonríe al leer ese texto de alguien que parece poco acostumbrado a escribir algo que no sean mensajes de trabajo. Una luz transparente se cuela a través de las persianas y anuncia un nuevo año aún sin un solo rasguño. Le alegra que Shinoi se haya acordado del pequeño favor que le pidió. Toca la pantalla para contestar al mensaje, pero decide esperar a la noche. Aunque solo sea por hoy le gustaría descansar, olvidarse de sus ocupaciones, porque a partir de mañana toca volver al trabajo.

Son las diez de la mañana. Cuando el taxi la trajo anoche hasta aquí, apenas había terminado en la tele el clásico programa musical de todos los años y quedaba poco para que empezasen a sonar las campanas en los templos a medianoche. Su madre veía la tele y se rio con la imagen de su hija incapaz de caminar recto por haber bebido más de la cuenta. Le ofreció el típico plato de *soba*[1] de fin de año con un poco de piel de *yuzu* para darle aroma.

Después de comérselo se metió en la bañera para calentarse hasta sudar. Ha dormido nueve horas seguidas al lado de su madre que rechina los dientes, pero se siente renacida tras una sucesión de fiestas de fin de año a lo largo de toda una semana.

¿Le habrá gustado a Manako Kajii el menú especial de Año Nuevo de la cárcel, el tercero de su vida? Trata de encontrar la respuesta a la pregunta mientras contempla un techo al que no está acostumbrada. Según su blog solía juntarse con su hermana pequeña en Año Nuevo para cocinar. Preparaban un plato tradicional de Niigata, su ciudad natal, llamado *noppe*, una especie de cocido a base de verduras. También *hizunamasu,* cartílagos de cabeza de salmón con vinagre, una sopa especial de Año Nuevo receta de su abuela con salmón y huevas y un caldo a base de raíz de bardana y flor de loto muy sabroso. Solo de pensar en semejante comida preparada por una mujer con esas manos pequeñas, blancas y un poco rechonchas le despierta el apetito.

Se levanta, dobla el futón y echa un vistazo al cuarto de su madre al que no había vuelto desde el año pasado. Hay un cartel de una vieja película de Jeanne Moreau, un libro ilustrado con fotografías de elegantes mujeres neoyorquinas, unas orquídeas descuidadas en un jarrón y unos cuantos discos de jazz. La casa donde su madre vive sola tiene un ambiente parecido al de la suya, aunque no sabría decir exactamente por qué. Rika ha leído en alguna parte que las mujeres como ella suelen intimar con otras mayores del estilo de su madre. Es el caso de Reiko, sin ir más lejos. Siempre se han llevado bien ellas dos. Su madre trabaja tres días por semana en la segunda tienda, en Jiyugaoka, donde venden desde pequeños objetos decorativos hasta ropa de importación para mujeres de entre cincuenta y sesenta años.

Su madre se ha levantado. Hay una nota encima de una mesa redonda de IKEA: «Feliz Año Nuevo. Voy a casa de tu abuelo. Ven cuando te despiertes y cierra con llave».

Un alquiler de setenta y ocho mil yenes. A Rika le duele cuando piensa en su madre, a punto de cumplir sesenta y tres años, viviendo en un apartamento más pequeño y un poco más barato que el suyo, pero, por mucho que insista, ella se niega a aceptar

una ayuda mensual. «Siempre dice lo mismo: "Nunca se sabe lo que puede ocurrir en la vida de una soltera". Si me sobra dinero para dárselo, según ella lo mejor es que lo guarde para mí.» Se planteará el asunto de la casa cuando muera su padre y reciba la parte de la herencia que le corresponde. Hasta entonces le basta con ese apartamento. El negocio marcha bien y nunca gasta dinero en cosas innecesarias. Los muebles y objetos de decoración no lo parecen a primera vista, pero son todo cosas baratas o que le han regalado.

Cuando su madre consiguió por fin acabar el proceso judicial y hacer oficial el divorcio con su padre, Rika estaba a punto de entrar en una escuela secundaria privada. Por eso nunca han ido juntas de viaje, pero no guarda mal recuerdo de su vida en el piso de Hatanodai de una sola habitación donde vivieron hasta que Rika se graduó. Era aún más pequeño que ese apartamento y costaba sesenta y seis mil yenes al mes. Cuando supo lo que ganaba su madre por aquel entones, no daba crédito.

Se cambia de ropa y bebe despacio un vaso de agua. Su abuelo vive en un edificio de ladrillo rojo que se ve desde la ventana, en la misma planta donde viven también su tío y su mujer.

Sus abuelos vendieron su casa de toda la vida y se mudaron al piso hace doce años. Está a diez minutos a pie de la estación de Okusawa. Su abuelo va a cumplir noventa y tres años y aún está en forma, si bien ya se le notan los primeros síntomas de senectud y empieza a tener algunas dificultades en el día a día. Su tío y su madre ayudan en lo que pueden con el apoyo de una asistenta. Su madre siempre se ha llevado bien con su cuñada, y se llaman la una a la otra por sus diminutivos. Duerme a menudo en casa de su padre, pero no tiene intención de dejar su apartamento porque, como dice ella, «quiere mantener su territorio».

Oye el ruido de la llave en la cerradura y, cuando se asoma desde la cocina, ve a su madre en la entrada quitándose el abrigo. Lleva la cabeza cubierta con un fular estampado, un jersey de cuello vuelto negro y un collar grande por encima. Siempre elegante en cualquier situación, hasta un extremo que a veces

puede parecer inadecuado.

—¿Qué pasa? —le pregunta—. Estaba a punto de ir.

—No te preocupes, no hace falta. Tu abuelo está de mal humor, insoportable. Está en la cama tapado con el edredón y se niega a levantarse. —Deja un paquete de *mochi*[2] encima de la mesa. Se coloca debajo del extractor de la cocina y enciende un cigarrillo. Su rostro al otro lado de la ligera cortina de humo empieza a dar muestras de cansancio—. No le ha gustado la comida. Ecchan la ha comprado en unos grandes almacenes y le ha dado por decir que cuando tu abuela vivía lo hacía todo ella y que no soporta tanta dejadez. Por eso estoy divorciada. Eso me ha dicho.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué se enfada contigo y no con Ecchan, si es ella quien ha comprado la comida?

Sus preguntas no reciben respuesta. En lugar de eso señala el paquete de *mochi*.

—¿Quieres? Están recién hechos. Son de una pastelería del barrio. Los había reservado.

El abuelo se preocupa mucho por su nuera, pero con su única hija siempre ha sido muy estricto, más aún desde que se divorció. La abuela lo hacía todo ella sola, en efecto, desde cocer frijoles hasta preparar tortitas. Y así hasta su muerte. Al contrario que a ella, la cocina se le daba bien, pero en aquel entonces Rika no comprendía aún la importancia de aquello y se lo comía todo sin pensar en nada más. Las comidas de Año Nuevo de su abuela solían tener siempre un color apagado.

De pronto se acuerda de algo. Cuando estaba en sexto de primaria, el día de Nochevieja su padre se fue de repente de casa porque no le había gustado nada el pato al vapor que había preparado su madre. Se había criado entre algodones, enseñaba literatura inglesa en la universidad y siempre había tenido tendencia a menospreciar todo cuando hacía su mujer. Había gente que tenía a su padre por todo un gourmet, pero ella aún recuerda el episodio con dolor, con un nudo en el estómago, porque aquella Nochevieja lo estaban pasando bien, viendo la tele, y, de pronto, la situación se tensó y su madre empezó a sollozar. Desde aquel día

Rika odia el pato al vapor.

Su madre había sido alumna de su padre. De joven, durante la época de los movimientos estudiantiles, él fue un firme opositor al sistema, un auténtico ídolo para muchos de sus compañeros. Se casaron como si solo se tratara de un juego, a pesar de la oposición de sus respectivos padres.

Rika pensaba que ese malestar de entonces había caído ya en el olvido.

—Por cierto, me ha dicho Ecchan que una compañera de la universidad se come los *mochi* con salsa de soja, azúcar y mantequilla. Qué cosa más asquerosa, ¿no te parece? Por lo visto se ha puesto de moda entre los jóvenes.

—Hmm... Mantequilla...

—Ecchan me ha dado mantequilla. Aún tengo mucha.

Rika nota como se le hunde el interior de las mejillas, cómo empieza a salivar. Cuando los hidratos de carbono se mezclan con la mantequilla producen una explosión de matices difícil de expresar con palabras. Seguro que funciona bien con el *mochi*. Se lava las manos y pone uno en la tostadora ligeramente espolvoreado con una fina capa de almidón de boniato.

—Tu abuelo está de mal humor porque es Año Nuevo y no viene la asistenta. Es una chica joven muy mona y siempre le escucha con una sonrisa en los labios. A tu abuelo le gusta mucho. Ahora le ha dado por decir que uno de estos días saldrá por ahí con ella.

La nevera está impoluta, casi vacía, como la suya. La mantequilla está almacenada en un recipiente de cristal. No debe de llevar mucho tiempo guardada porque al quitar la tapa brota un olor dulce, fresco. Le entristece pensar que su abuelo tiene un cierto parecido con las víctimas de Manako Kajii.

Mientras observan cómo el *mochi* se redondea en el interior de la tostadora bajo una luz anaranjada, madre e hija guardan silencio.

Vuelve a recordar su conversación con Shinoi. Como la mayor parte de las especies son incapaces de adaptarse a los cambios del medio ambiente, le explicó, terminan extinguiéndose, y es así

como el planeta se renueva cada cierto tiempo. No son pocas las especies supervivientes de ese proceso de selección natural, pero la gran mayoría desaparece. Morir y extinguirse son fenómenos necesarios. Visto desde esa perspectiva, el hecho de que su abuelo, un hombre ya mayor, se siga enfadando siempre en la misma época del año es un hecho irrelevante en la historia natural. El *mochi* se tuesta y se hincha poco a poco. Rika lo saca cuando el centro se vuelve casi transparente. Unta una considerable cantidad de mantequilla y en un platito mezcla la salsa de soja con el azúcar. Al ver cómo se funde la mantequilla le suenan las tripas. Le parece de mala educación, pero, a pesar de todo, se lo come de pie.

El aroma le atraviesa la nariz. La superficie se deshace al morderla y se adhiere con fuerza al interior de su boca. La mantequilla caliente se mezcla con la salsa de soja y el azúcar y se enreda con la masa que parece empezar a flotar, como si buscase una nueva forma. La mantequilla, el crujido de algunos granos de azúcar aún no deshechos del todo y el fuerte sabor de la soja se hacen uno. Cada mordisco es como una inyección de placer, un temblor que le sacude hasta las raíces de los dientes. Rika suspira.

—Pues es verdad, es un sabor que engancha. ¿Quieres más? ¿Cuatro? ¿Seis? —Su madre, que también lo ha probado, parece convencida.

—¿No decías que tienes el estómago revuelto de tantas fiestas y celebraciones? —pregunta Rika.

La madre de Rika la mira ojiplática mientras mete los *mochi* en la tostadora.

—¿Por qué no vamos a dar una vuelta? Podemos ir a rezar al templo de Meguro Fudō y luego tomar un café.

Cuando las cosas se tuercen, es mejor salir a pasear, aunque tenga que llevarla un poco a rastras, porque al menos así se distrae. Rika ha sido testigo de cómo las palabras de su marido primero y de su padre después la han herido, de sus esfuerzos por recomponerse para que nadie se dé cuenta. Parece ausente. Vuelve a ponerse el abrigo y sale de casa sin convicción. Paran un taxi nada más salir a la calle, se suben al asiento de atrás y, en cuanto le da la dirección al taxista, Rika habla con un tono decididamente

ligero.

—¿Por qué dejas que el abuelo te trate así? ¿No te molesta? Me da igual si ya está medio ido.

—Claro que me molesta. Me irrita profundamente, pero como no vivo con él y además están Ecchan y la asistenta, al menos no me hundo. No sé qué sería de mí si tuviera que estar a solas con él. De todos modos, soy demasiado sensible para cuidar a nadie.

Mientras Rika escucha sus quejas, el taxi se detiene frente a un lujoso edificio de pisos con conserje en mitad de una calle en cuesta flanqueada por cerezos, no lejos de la estación Fudōmae. Su madre hace un gesto de extrañeza y Rika le habla al oído con aire divertido.

—¿Sabes? En este edificio vivía Manako Kajii. Quería pasar por aquí en cuanto tuviera algo de tiempo libre. Al parecer el alquiler ronda los trescientos mil yenes al mes.

—Vaya, no sabía por qué me habías traído hasta aquí, y resulta que al final es por trabajo. —Tuerce los labios como si estuviera a punto de dejar atrás la tristeza que se había apoderado de ella. En eso es como Reiko, con una curiosidad innata y siempre atenta a los cotilleos—. Es esa mujer de los matrimonios fraudulentos a la que le gustaba tanto cocinar, ¿no? ¡Pues no vivía mal con el dinero de esos hombres! ¡Menuda lista!

Su madre habla en tono divertido sin apartar la vista de unas jardineras perfectamente cuidadas, del tronco seco de un árbol expuesto como una pieza de museo en el interior de una gran vitrina y la decoración navideña en la entrada del edificio. Sale un hombre de repente, les lanza una mirada aviesa y ambas se quedan heladas. Rika se alegra al menos de que el humor de su madre haya cambiado.

Una vez más examina el edificio de doce plantas, si bien en esta ocasión lo hace con ojos de periodista. Es un edificio de pisos de lujo, cierto, el típico sitio donde suele vivir gente famosa, pero no le dice nada nuevo de Manako Kajii.

Después de bajarse del taxi, pasean un poco por los alrededores y luego se dirigen hacia el templo. Su madre jadea ligeramente. Tiene las mejillas enrojecidas, una tersura y un brillo

en la piel que no se corresponden en absoluto con su edad.

En el templo reza mucha gente. Toman un poco de sake caliente sin alcohol que les ofrecen y se dirigen a coger un *omikuji*.[3] La tensión ya ha desaparecido por completo. De camino a la estación de Meguro pasan delante de una repostería y Rika se acuerda del sabor de la tarta de Navidad.

—Antes aquí había un Ouest. Era la pastelería favorita de Manako Kajii.

En la puerta han colgado el cartel de cerrado por vacaciones por Año Nuevo. Los ojos de la madre de Rika aún brillan de excitación, curiosidad y sorpresa. No quiere ir a un Starbucks porque está prohibido fumar, así que deciden entrar en otra franquicia justo delante de la estación. Hay tanta gente que no parece Año Nuevo. La mayoría de los clientes están solos, y no tienen claro por qué están ahí exactamente. Rika se pregunta qué clase de relación pensarán ellos que tiene con esa mujer de aspecto tan joven. De hecho, su madre pasaría sin problemas por una mujer de cuarenta y cinco años, y no es porque ella la mire con la benevolencia de una hija. Normalmente las toman por amigas, a pesar de la diferencia de edad, y cuando Rika salía de la adolescencia, por hermanas. Les sirven los cafés en tazas grandes y a la madre de Rika parece como si se le soltara la lengua.

—A decir verdad, entiendo por qué Manako Kajii ha tenido tanto éxito con los hombres. Te voy a contar algo, pero no se lo digas a nadie, ¿de acuerdo? —Se echa a reír como una chica de instituto y se inclina sobre la mesa para contarle algo más al oído.

Rika da un largo sorbo al café con leche.

—¿Has ido a una fiesta para buscar marido? ¿Cómo es eso? Me interesa mucho.

—No pongas cara de periodista y ni se te ocurra escribir nada sobre esto, ¿entendido? Solo te lo cuento si me guardas el secreto. —Saca un paquete de cigarrillos y se enciende uno.

Le habla de una fiesta a la que la invitó una conocida suya, la dueña de una agencia matrimonial a quien conoce porque es cliente de la tienda y suelen salir juntas de vez en cuando. Se lo pidió como favor especial porque es una mujer llamativa, según

ella. Su madre aceptó por pura curiosidad. Era una fiesta para personas de más de sesenta años que se celebraba en un hotel del distrito de Roppongi. Al parecer, un verdadero infierno. No obstante, se lo cuenta con una mezcla de hastío y morbo.

—Jamás habría imaginado que a mi edad fueran a tratarme como a una chica de compañía. En la vida se me ocurriría escuchar esas historias insoportables de los tiempos gloriosos de esos viejos de la generación de posguerra. No quiero saber nada de ellos, solo de hombres con los que sí se pueda hablar. Bueno, al menos yo no era la única que estaba hasta las narices. Como poco había otras dos tan hartas como yo. Unas miradas nos bastaron para entendernos sin necesidad de palabras y, después de la maldita fiesta, fuimos juntas a un salón de té con aire nostálgico. Si se trata de Roppongi, nosotras lo conocemos mucho mejor que esos vejestorios.

—¡Ja, ja, ja! Eso es muy tuyo. Imagino que triunfarías a pesar de todo.

—No te creas. Lo que buscan esos hombres no son parejas estables, sino audiencia para sus historias, alguien que les diga: «¡Uy, qué maravilla, jamás había conocido a alguien como tú!». De hecho, hay mujeres así contratadas por los organizadores de la fiesta, es decir, profesionales. No quiero decirlo en voz muy alta, pero parece ser que últimamente existe una forma de prostitución medio oculta en ese tipo de fiestas. Me lo contaron las mujeres con las que tomé el té, y a lo mejor había algo de eso allí. Ahora que lo pienso sí que había una mujer extraña muy cariñosa con todos los hombres.

—Profesionales...

Las víctimas de Manako Kajii tal vez confundieron un servicio profesional con un cariño espontáneo, y ese podría haber sido el desencadenante de la tragedia.

—Son profesionales con un aspecto más amateur aún que las verdaderas amateurs. Es decir, deben parecer señoras normales y corrientes. Seguro que a su alrededor tienen una buena cohorte de pretendientes. No veo mal que personas cuyas necesidades coinciden disfruten juntas.

La voz de la madre de Rika suena seca al exhalar el humo del cigarrillo. Es en ese momento cuando su hija comprende que ha terminado la relación con su novio. Una desventaja es que parece una mujer demasiado libre a pesar de toda su seriedad y honradez. Tanto su exmarido como su padre siempre se lo han reprochado, y ella lo ha encajado con una sonrisa. Sabían que es una mujer que piensa antes en los demás que en sí misma, que se lo guarda todo dentro y jamás explota.

Después de divorciarse la mayor parte del dinero que ganaba se esfumaba en el alquiler del piso de Hatanodai y en los gastos mensuales, de manera que, a pesar de que la escuela privada donde estudiaba Rika era de las más baratas, su padre tuvo que ayudarla en algún momento a pagar las mensualidades. Todavía hoy Rika se lamenta por ello, porque por su culpa su madre fue incapaz entonces y ahora de plantarle cara a su abuelo.

—Por cierto, Rika, ¿has ido a visitar la tumba de tu padre últimamente?

—Intento sacar tiempo, pero la verdad es que no lo consigo.

—Deberías ir alguna vez. Es tu padre. Yo me divorcié de él, me convertí en una extraña y, a pesar de todo, el año pasado fui dos veces.

Sorprendida por su naturalidad al hablar, Rika no puede despegar los ojos de ella. No es que su padre sea una especie de tema tabú entre ellas, pero no suelen hablar de él.

Cuando le pidió el divorcio, él no daba crédito, estaba confundido, parecía un niño perdido y solo al cabo del tiempo se enfadó tanto que ya nadie pudo calmarle. Rika tiene una imagen grabada en la mente: la espalda de su madre pedaleando en la bici, ella sentada detrás, su camiseta medio pegada al cuerpo por el sudor, los omóplatos salidos. Cuando no trabajaba, solían recorrer en bici las bibliotecas del barrio para recoger las novelas literarias que su marido había reservado. Podían ir a cinco distintas en un solo día. A Rika le divertían mucho aquellas excursiones, pero si se olvidaba algo su padre se enfadaba mucho, y por eso su madre siempre tenía un gesto un poco desesperado. Al pensarlo ahora comprende que ya por aquel entonces el matrimonio atravesaba

dificultades económicas, y cuando a Rika le quedaba poco para acabar el colegio, su madre empezó a trabajar por horas a pesar de la oposición frontal de su marido. No solo eso, sino que se negó a seguir yendo por obligación de biblioteca en biblioteca. «No hay tantos libros por los que merezca la pena pagar dinero», decía el padre a menudo, como si quisiera dejar prueba de su mezquindad. Si se trataba de películas, esperaba a poder alquilarlas o las grababa de la tele. Si no le quedaba más remedio que ir al cine, buscaba salas donde se proyectaran clásicos a precio reducido. Se vanagloriaba de conocer el arte a un precio muy reducido. Si no le gustaba lo que fuera, lo criticaba hasta tal extremo que a Rika le daban escalofríos, y eso a pesar de que casi siempre le salía todo gratis. Su padre se quedó solo en el piso de Mitaka donde había crecido Rika después de que las dos se marcharan.

Su madre confunde el silencio de Rika con culpabilidad.

—No pongas esa cara. Tenía que ir a Minato Mirai para visitar al representante de una marca de importación y aproveché para pasar por el cementerio en Yokohama. Está cerca. No conservo buenos recuerdos de tu padre, ¿sabes? Cuando estabas a punto de entrar en secundaria le dio por decir que quería dejar el trabajo en la universidad, cumplir su sueño de escribir una novela. Siempre fue un hombre muy problemático. No sé si llegó a darse cuenta en algún momento de lo mucho que nos hizo sufrir.

A pesar de quejarse de él, lo hace en un tono ligero, como si ya no le pesara. Rika se pregunta, eso sí, si eso no le afectará después de todo. Se ríe porque suena una música que le trae viejos recuerdos, pero mira el reloj, preocupada quizás por volver cuanto antes a la casa del abuelo.

Ocurrió la noche de un 4 de enero, cuando al fin contestó Momoe Ooyasu, la propietaria de La Vie, el exclusivo club de Ginza, después de que se plantase frente a su piso en Hiroo a la espera de una respuesta. La había avisado con antelación de que se disponía a publicar una foto suya a todo color entrando en una clínica ginecológica, y otra más acompañada de un político cliente

habitual suyo.

—Apenas han terminado las vacaciones de Año Nuevo y ya tiene usted tanto afán por trabajar.

Rika llevaba dos días debajo de su casa. La mujer aceptó de mala gana hablar con ella de pie en la calle. Llevaba un elegante abrigo bajo el cual se intuía un cuerpo delgado como el de una niña, imposible detectar la redondez de la tripa. Como solía hacer la madre de Rika, se cubría la cabeza con un pañuelo y en la oscuridad resplandecía su frente blanca y despejada. El mentón fino y los ojos grandes la intimidaban un poco. Era una mujer bella de una edad indescifrable, y Rika no encontraba la más mínima grieta por donde atacarla.

—Es cierto que es un cliente asiduo, pero jamás nos hemos visto en privado. Esa fotografía nos la tomarían de camino al club. No desmiento mi embarazo y no tengo ninguna intención de revelar el nombre del padre, pero le diré que ahora que me voy a convertir en madre, dejaré el club en manos de las chicas, me retiraré del mundo de la noche y abriré un negocio de estética.

A Rika le conmovió la valentía de esa mujer al admitir abiertamente su embarazo. Sin embargo, el artículo que firmó su jefe con los datos que ella le había proporcionado no desmentía su relación con el político. Una buena primicia con tintes de escándalo para el primer número del año.

Sin tiempo siquiera para disfrutar de los típicos platos de Año Nuevo, el ambiente festivo se desvanece en una sucesión de días ocupados. «Hoy debería salir a comer algo por ahí sí o sí», piensa Rika mientras golpea el teclado del ordenador con tanta fuerza que casi le da vergüenza.

—¡Vaya, Machida! ¿No has engordado un poco?

Rika se da media vuelta en dirección a esa voz que mezcla burla y curiosidad. No es el primer comentario de ese estilo en el día de hoy. Incluso Kitamura, normalmente al margen de los asuntos de los demás, se dirige a ella sorprendido.

—¿Cómo has podido engordar tanto si ni siquiera has tenido vacaciones?

El comentario no deja de ser cierto, y quizás por eso Rika

decide ignorarlo. Tal vez empezara a engordar antes de las vacaciones. Su madre le dio una enorme cantidad de *mochi* que se habían convertido en su cena diaria.

Ella misma se ha dado cuenta de los cambios experimentados por su cuerpo. Nota un peso desconocido en las mejillas, el pecho más voluminoso, una presión constante debajo del sujetador. La tripa ha adquirido una cierta redondez y tiene un mal presentimiento cuando va a pesarse en la balanza del cuarto de enfermería. El número que aparece en la pantalla es insólito, todo un récord. No puede creérselo. Sube y baja varias veces para confirmarlo. Por si todo eso no bastara, el mensaje de Makoto a altas horas de la madrugada la amarga todavía más:

> ¿Puede ser que... hayas ganado
> un poco de peso?

Y encima ha añadido una carita con gesto de horror, lo cual la molesta aún más. «Si me ha visto por ahí, podía haberme saludado en lugar de mandarme mensajitos a estas horas.»

> Debe de ser por esa pasta tan pesada que comes a medianoche, ¿no crees? De todos modos, si ya ha ocurrido no hay nada que hacer. Aún estás a tiempo de arreglarlo si te moderas un poco.

«¿Qué quiere decir "que estoy a tiempo"?» Es la primera vez que Makoto muestra interés por ella desde que empezaron a salir juntos, pero ese novio suyo es incapaz de felicitarle en persona el Año Nuevo y se contenta con hacerlo con un mensaje.

> Tú tampoco estás para hablar.
> Bebes demasiado y has echado
> tripa. Además, roncas.

> No es lo mismo un gordo que una gorda, Rika,
> ¿no te parece? Lo digo
> porque pienso en ti.

Cuando enfatiza su nombre suele ser porque está enfadado o

molesto por algo. Rika decide poner punto final ahí al intercambio nocturno.

Por la mañana llega un nuevo mensaje. Más presión:

> Lo digo por tu bien. No deberías engordar.
> A mí no me importa, pero la gente pensará que
> no te controlas y eso va a afectar a la confianza
> que tienen en ti.

Termina con lo que tiene entre manos a duras penas. Se pone el abrigo y corre por las calles de Kagurazaka. Como le falta entrenamiento, una carrerita de diez minutos la hace sudar, pero se consuela con la esperanza de que, al menos, le servirá para bajar un poco de peso.

Entra en una cafetería y pide una infusión. Contempla el canal frente a la estación de Iidabashi al otro lado de la ventana. Reiko la ha invitado a comer. Tiene que ir al ginecólogo en Suidōbashi. En cuanto ve su pelo cayendo por un jersey color té rojo suave, Rika nota como su corazón se tranquiliza. Se felicitan el Año Nuevo y se concentran en el menú para pedir.

—Has venido hasta muy lejos —dice Rika.

—No te preocupes. Se desplaza quien puede hacerlo y ya está.

Reiko observa a un hombre vestido de traje que se come un plato de pasta en la mesa de al lado. Rika le hace un gesto.

—¿Qué pasa?

—Quería fumar y una chica le ha regañado —murmura—. Me da pena. Seguro que se ha confundido porque uno de los platos que hay encima de la mesa tiene forma de cenicero. Yo no fumo, pero me parece que esta persecución antitabaco ha llegado demasiado lejos.

Es cierto. A Rika le da la impresión de que el hombre se encorva y agarra el tenedor con un gesto de incomodidad, como si sintiera que no debe estar ahí.

—He ido a una clínica con buena reputación para empezar un tratamiento de fertilidad —dice Reiko—. No dan cita previa y lo normal es esperar tres o cuatro horas hasta que te atiendan. He dejado todos mis datos y me han dicho que vuelva dentro de dos

horas.

—Ya veo. Pues sí que debe de ser famoso ese médico. ¿Tienes que ir más veces? Si me avisas antes, me tomaré el día libre y así podemos comer juntas.

—No sé. Depende de la consulta de hoy. El tratamiento varía en función del periodo de ovulación, o sea, que a lo mejor me pide que vuelva mañana. La verdad es que no tengo ni idea. Antes, cuando trabajaba, todo esto era un problema. Salir a mediodía varias veces al mes por asuntos propios terminó molestando a los demás. Al menos ahora dispongo de un montón de tiempo libre y puedo organizarme como quiera.

No es la primera vez que oye a Reiko hablar de tiempo libre.

—¡Ay, lo siento! No lo digo por quejarme. Si me he convertido en ama de casa ha sido por decisión propia. Decirlo así puede sonar como si me quejara. ¿Tienes alguna novedad?

Rika prefiere no cambiar de tema, pero no le queda más remedio que hacerlo.

—Últimamente como sin parar por culpa de Manako Kajii y he engordado cinco kilos. Ahora peso cincuenta y cuatro.

Le habla avergonzada de los comentarios de los demás y Reiko se aparta un poco para mirarla con perspectiva.

—A lo mejor estás más rellena, pero mides un metro sesenta y seis, ¿no? Con tu altura, cincuenta y cuatro kilos ni siquiera llega a la categoría de rolliza. La gente que trabaja en medios de comunicación tiene un baremo de la belleza muy estricto, pero si estás preocupada, haz más ejercicio. Te recomiendo ejercicio muscular más que aeróbico. Siempre se te ha dado bien el deporte y seguro que bajas un par de kilos en un abrir y cerrar de ojos. Es divertido, y así definirás el cuerpo en lugar de estar simplemente delgada.

El mensaje de Makoto de anoche le ha provocado un enorme rechazo, pero acepta las palabras de Reiko con toda naturalidad. De pronto se siente una estúpida por dejarse influir así por los demás, por perder la confianza en sí misma hasta ese extremo.

—Es increíble el caso de Manako Kajii. Ha conseguido cambiarte, despertar algo en ti. Sin duda es una mujer con carisma,

ya sea para bien o para mal. Casi tengo ganas de conocerla yo también.

—Manako Kajii y tú... Una serpiente venenosa contra una mangosta. No creo que os cayeseis bien.

—¿Qué quieres decir? ¿Me consideras más fuerte que a una asesina? —Reiko hincha las mejillas en un gesto cómico y Rika se ríe.

Puede no parecerlo a primera vista, pero es una mujer que cuando decide algo no se aparta de su camino, no le importa nada a su alrededor. Su maña en la cocina tampoco desmerece a la de Manako Kajii. Por eso a Rika le parece imposible que esa mujer obsesionada con ser la mejor en todo pudiera a llegar a intimar con Reiko. Al verlo de ese modo se da cuenta de que ella, al contrario, no se obstina en nada, no explota su atractivo, y por eso Manako Kajii actúa libremente con ella sin necesidad de rivalizar.

—De todas formas, en esta época en la que vivimos no es fácil encontrar el punto de moderación. Es lo que ocurre con el tabaco.

¿A qué se refiere con «moderación»? Rika se lo pregunta y Reiko agarra el azucarero y echa media cucharada en su taza.

—¿No te has fijado en que en los libros de cocina suelen recomendar un poco de sal, una cantidad moderada de sal? Un conocido mío trabaja en una editorial especializada en libros de cocina y me ha contado que decirlo así provoca incertidumbre en los lectores, aumenta su inseguridad, la desconfianza en uno mismo, en su capacidad de moderarse. Por lo visto necesitamos saber las cantidades exactas para no caer en esa espiral, pero yo creo que la cocina consiste en probar y en equivocarse.

—Yo me siento más cercana a esa gente de la que hablas.

Reiko deja la taza encima de la mesa, sonríe ligeramente y desvía la mirada hacia el tren de la línea Chūō que circula al otro lado del canal. A Rika le da la impresión de que cada vez que la ve la nota más pequeña, más frágil, no por mala salud, sino porque parece regresar poco a poco a su infancia. Entre la mujer casada que tiene frente a sí y la chica de dieciocho años que conoció en la universidad apenas hay diferencia. ¿Eso es algo bueno o algo malo? No sabe qué responder.

—No hay por qué contentarse con una sola cosa, con obsesionarse con ser como los demás. ¿No basta con disfrutar uno mismo, con que cada cual se modere como le venga en gana y se contente con su vida? No pasa nada por fumarse un cigarrillo después de comer, y si engordas un poco, ¿a los demás qué les importa? Cuando digo estas cosas todo el mundo se enfada conmigo y me acusa de ser una holgazana.

Rika tiene ganas de agarrar su mano blanca. Ninguna de las dos ha cambiado gran cosa desde que se conocieron, y no es que se sienta especialmente orgullosa de ello. Más bien al contrario, aunque no sabe por qué.

—De todos modos, para llegar a ese punto antes hay que conocerse una misma, interpretar qué significa la moderación para cada cual, ¿no te parece?

—Sí —dice Reiko—. Por eso la variedad es importante en la comida, descubrir el gusto propio. ¿Por qué no nos dedicamos nosotras a investigar restaurantes y así aprovechamos para comer juntas más a menudo? En esta zona hay muchos y muy buenos. Es estupendo que hayas despertado a los placeres de la buena comida. Al menos le agradezco eso a Manako Kajii.

—Tienes razón. Debería ampliar más mi territorio de sabores.

Les sirven la pasta y la ensalada que habían pedido. La lámina de agua del canal que se extiende frente a sus ojos parece tragarse el cielo azul que a duras penas conserva ya la atmósfera del Año Nuevo.

—Mmm... *Mochi* con mantequilla. Suena bien. Tiene que estar buenísimo, porque el sabor y el aroma de la mantequilla seguro que funcionan con el suave gusto a arroz, con esa textura blandita del *mochi*.

Los ojos de Manako Kajii resplandecen de inmediato, sus labios se humedecen. Es la primera vez que va a verla en este nuevo año. Por lo visto el menú especial de la cárcel era aceptable, y cuando le pregunta le explica que las verduras no estaban bien cocidas, pero los boniatos con castañas sí estaban ricos. Rika logra

llevar la conversación con toda naturalidad hacia el asunto de las comidas de Año Nuevo de su familia.

—Lo bueno del *mochi* es lo blando que está, la suavidad, ese arroz que ya no conserva la forma pero que aún parece reclamar su existencia. En casa de mis padres solíamos comerlo asado al fuego con mantequilla con sal, al estilo del norte de Japón. Allí no se machacan del todo los granos de arroz para que se noten, y la mezcla de aspereza y suavidad al contacto con la lengua es emocionante. Incluso te acelera el corazón. Cuando se añade la mantequilla ya no hay palabras para expresarlo.

El funcionario de prisiones echa un vistazo a Kajii cuando suspira y se mueve ligeramente en la silla. Ante el repentino interés de Kajii, a Rika se le suelta la lengua casi sin poder evitarlo.

—Mis compañeros de trabajo se ríen de mí porque dicen que como demasiado y he engordado. Me estoy planteando bajar de peso.

En la cara blanca y rellena de la mujer al otro lado de la mampara de seguridad se dibuja enseguida una sombra. Agacha la cabeza y su papada crece.

—No hay nada tan banal, absurdo y en las antípodas de la inteligencia como las dietas.

«¡Maldita sea!», piensa Rika mientras se aguanta las ganas de darse un golpe en la cabeza. Comprende a la perfección que acaba de cerrarse ella misma una puerta que estaba a punto de abrirse.

—Mi madre es una mujer poco inteligente que se enganchó a las dietas y, encima, nos obligó a sus hijas a seguirlas. Siempre ha sido pobre de espíritu, una mujer fría, sin nada de lo bueno que tenemos las mujeres, obsesionada con el trabajo, con las relaciones sociales, con aficiones sin sentido y siempre ignorando a su marido. Es una mujer miserable sin el más mínimo atractivo. Supongo que mi padre nunca la quiso en realidad.

«Es una confesión trascendente —piensa Rika—, porque en el juicio no decía nada cuando se hablaba de su madre.»

—¿Para qué demonios quieres adelgazar? ¿Tanto te preocupan las miradas de los hombres? En ese caso, olvídate. A los hombres les gustan las mujeres rollizas, exuberantes. Me refiero a

los hombres de verdad, los que tienen espíritu y disponen de suficientes recursos materiales. La mayor parte de esos tipos a los que les gustan las mujeres delgadas con cuerpo de niña no confían en sí mismos, son seres serviles, sin excepción, unos inmaduros tanto sexual como espiritualmente y, por si fuera poco, no tienen recursos.

Manako Kajii huele a alcanfor, un olor característico de las mujeres que se relacionan con hombres ricos y mayores.

—No me preocupan especialmente las miradas de los hombres. Lo que le voy a decir ahora es solo un comentario general, así que espero que no se enfade. En Japón la delgadez equivale a la belleza, a lo saludable. Es lo ideal para vestir bien...

—Deberías leer el libro de Madame de Pompadour.

—Pues... según creo, era la amante del abuelo político de María Antonieta.

A pesar de sus dudas, Kajii hace un mohín de menosprecio.

—Los que trabajáis en los medios de comunicación no sabéis nada de nada por mucho que os hayáis graduado en buenas universidades.

A pesar del tono despectivo, Rika no se ofende tanto como cabría esperar. Más bien se sorprende al darse cuenta de que le divierte que le hable con esa superioridad.

—Fue la amante oficial de Luis XV, una mujer que solo pensaba en darle reposo, agotado como estaba de tantas guerras. Estudiaba sobre temas muy diversos y todos los días se le ocurría una genialidad. Fue la pionera de la llamada «cultura de salón», quien convocó a los artistas a la corte. Produjo obras de teatro y ella misma se subió al escenario para demostrar a la nobleza lo divertido que podía llegar a ser el teatro. Se interesó por los vinos y fue ella quien estableció lo que hoy conocemos como denominaciones de origen. Algunas de sus ideas se convirtieron en fundamentos de la cocina francesa y han pervivido hasta hoy.

Rika se plantea buscar bibliografía sobre esa mujer y su historia le recuerda vagamente a la situación de la que le habló su madre hace poco. ¿No será, después de todo, que lo que buscan los hombres en realidad no son mujeres de carne y hueso, sino una

especie de divertimento profesional?

—Sin embargo, nunca tuvo la ambición ni la necesidad de demostrar a nadie lo brillante que era. Han pasado cientos de años y su figura permanece porque despertó el cariño entre sus congéneres, una voluntad sincera de entrega. Fue todo un modelo a seguir.

A Rika no le queda más remedio que admitirlo: dentro de cien años nadie se acordará de sus artículos, de sus esfuerzos. Se acordarán de ella, de Manako Kajii, de sus crímenes y el misterio que la rodea. Pero no. «No debo dejarme arrastrar por ella», se dice siempre Rika cuando se pone a escribir sobre sus encuentros. No para de darle vueltas a cómo podría lograrlo. Sabe que debería encontrar la oportunidad de entrevistarla por mucho que no lleguen a abordar la verdad de su caso. En primavera arranca el segundo juicio y el tiempo apremia.

—¿Me estás escuchando?

La conciencia de Rika regresa a la estrecha sala de visitas arrastrada por el tono irritado de Manako Kajii.

—Para que los hombres aprecien de veras el atractivo real de la naturaleza femenina, la comida francesa pura usa una enorme cantidad de mantequilla. Este Japón que alaba tanto conceptos como la moderación, la dulzura, los sabores ligeros, lo hace solo porque desconoce lo auténtico. Lo aceptaría de quien lo afirmase después de probar la mantequilla de verdad, pero todos los que cacarean esas ideas ni siquiera llegan a distinguir entre margarina y mantequilla. La gente como yo, con una profunda aspiración por lo genuino, se siente sofocada. Al menos una vez en tu vida deberías probar la comida francesa clásica. Vete a Joël Robuchon, en Ebisu.

—¿Adónde? ¿A ese edificio que parece un castillo de Disneylandia en Garden Place? —Rika está sorprendida por la súbita aparición en la charla de un nombre tan conocido, tan obvio de alguna manera, y su interlocutora pone un gesto de ofendida.

—Exactamente. Lo clásico es el camino más directo. He ido muchas veces a comer allí acompañada de distintos hombres. Estuve en dos o tres ocasiones con el señor Yamamura, por cierto.

Rika cree que es la primera vez que de su boca sale el nombre de una de sus víctimas, y se da cuenta de que le sudan las manos. De pronto comprende que ha pasado todo un mes sin dejar de comer mantequilla como una poseída solo a la espera de este momento.

Tokio Yamamura. La última de sus víctimas, el hombre que murió atropellado por el tren en noviembre de 2013, un hombre solitario de cuarenta y dos años empleado en un importante laboratorio de ideas. Se conocieron ese mismo año en el mes de julio a través de una página de internet y enseguida empezaron a salir juntos con idea de casarse. No solo es famoso por ser el más joven de sus víctimas, sino también por su afición desmedida por los trenes. Tenía un blog donde escribía sobre los trenes de las líneas Hankyū y Odakyū, hacía gala de un conocimiento exhaustivo y eso le valió el respeto de la gente. Vivía con su madre en el centro de Tokio, pero nada más empezar a salir con Kajii se mudó a un piso cerca de la línea Odakyū, no muy lejos de la estación, desde donde veía las vías. En sus fotografías se ve a un chico joven, delgado, de aspecto impoluto con el cuello del polo levantado y las mejillas traslúcidas de tan bien afeitadas.

—¿El señor Yamamura conocía la cocina francesa?

—No, en absoluto. No sabía cómo elegir un buen vino y debió de probar conmigo por primera vez la caza, porque cuando lo hizo se quedó mudo, perplejo, y recuerdo que me dio mucha vergüenza. No se podía disfrutar con él de una buena conversación sobre comida, pero, al menos, expresaba sus sentimientos, y sus intenciones conmigo eran serias.

Rika tiene la impresión de que si la deja hablará sin más prevenciones y se esfuerza por no desviarse del tema.

—Igual recuerdas que confundí un *bourguignon* con un estofado de carne, ¿no? He investigado un poco y *bourguignon* se refiere a ternera al estilo de la Borgoña, es decir, con vino. Si uno no es un experto, es fácil confundirlo con un estofado de carne...

El sonido de la palabra *bourguignon* tiene el efecto de transformar el gesto de Kajii. En realidad, Reiko tiene razón. Si el tema de conversación es la comida, se pueden manejar los

sentimientos de esta mujer sin mayores dificultades.

—Son cosas completamente distintas. Fue lo primero que aprendí en el Salon de Miyuko. Cociné uno para él porque era quien pagaba las clases. Era mi forma de agradecérselo.

La intuición de Reiko se vuelve a demostrar cierta. Tal vez todo empezó en aquella clase de cocina, en ese gineceo que Kajii acabó por odiar. De repente, mueve la cabeza en un gesto de hartazgo.

—Por si fuera poco, me dijo que quería arroz en lugar de pan. Tomaba mi *bourguignon* por un vulgar salteado de ternera o algo por el estilo. No se puede ser más descortés.

—Tengo entendido que le gustó mucho. Justo antes de morir le mandó un mensaje a su madre para decirle lo rico que estaba.

—Más que por el sabor de mi comida, creo que lo que de verdad quería era estar conmigo. Aunque a veces decía: «Prefiero morir a verme obligado a alimentarme de platos preparados».

Rika tiene la impresión de que para las víctimas de Manako Kajii solo había dos clases de comida: una preparada con cariño, atención y tiempo, y otra industrial, triste, pobre, destinada a ser ingerida en soledad. La moderación tampoco iba con ellos. Rika intenta plantearle esa cuestión de una manera directa.

—¿Por qué cocinabas así para hombres con los que no tenías intención de estar mucho tiempo? ¿No te daba pereza?

—Está claro que no entiendes nada.

Si sus oídos no la engañan, acaba de chasquear la lengua. Tuerce el gesto, agacha de nuevo la cabeza y su papada vuelve a hacerse visible.

—Hacer felices a los hombres me resulta muy divertido, no es una cuestión de pereza. Cuidar, apoyar y dar calidez a los hombres es una misión que los dioses nos han encomendado a las mujeres. Para cumplir con ese mandato nos embellecemos. Digamos que es el camino para transformar nuestra existencia en la de una especie de diosas. ¿No lo comprendes? En los últimos tiempos cada vez más mujeres se muestran ásperas, y eso es porque al escatimar su amor por los hombres son incapaces de sentirse satisfechas consigo mismas. Debemos aceptar que jamás podremos rivalizar con ellos

en fuerza, y eso no es motivo de vergüenza. Admitir la diferencia, proporcionarles diversión, apoyarles, nos aporta riqueza, una sorprendente libertad. Si sufrimos tanto es por nuestro empeño de ir contra natura.

Al hablar, su cara contradice sus palabras, se tuerce llevada por una profunda ira e irritación. La boca y la nariz se desfiguran, la carne de sus mejillas se deforma hasta el extremo de no parecer más una cara. Los ojos se le enrojecen, las pupilas se le dilatan.

—Esa obsesión con el trabajo y con la independencia solo puede traer frustración, solo significa alejarse del amor por el afán de querer superar a los hombres. No deberíamos perder nunca de vista que es imposible ser felices sin el otro sexo. ¿Cómo es posible no entender que la ausencia de feminidad, de espíritu servicial, empobrece la relación con un hombre? Sucede lo mismo cuando se escatima mantequilla. Si mi caso llama tanto la atención es porque hay demasiadas mujeres incapaces de cumplir con su misión en la vida, pero se dan cuenta de que se pierden algo y por eso les molestan tanto mis palabras, mis comentarios, que son libres y no están condicionados por nada.

A medida que habla se excita cada vez más y golpea las palabras al final de las frases. A Rika le sorprende que le importe tanto lo que los demás piensen de ella, porque imaginaba que le traía sin cuidado.

—¡Son todos unos inútiles!

La acusada de tres delitos no solo ha vencido a los hombres, sino al país entero, y por eso grita con la cara completamente roja. El funcionario se levanta, se acerca a ella a toda velocidad y anuncia mientras la inmoviliza:

—¡Fin de la visita!

Manako Kajii acaba de abandonar la actitud indiferente que había mantenido hasta ahora. Tiene las fosas nasales muy abiertas, sus hombros suben y bajan al ritmo de una respiración agitada, y cuando ve los ojos de sorpresa de su interlocutora, dice con aire indulgente, como si volviera en sí:

—Estoy cansada.

A Rika le ha costado mucho levantarse de la silla. Después de

atravesar un larguísimo corredor y salir de la cárcel, el desolado paisaje urbano sin nadie a la vista le parece más hostil de lo normal.

Alguien ha sustituido las flores del guardarraíl por unas de color amarillo. No sabe mucho de flores, pero sí que se trata de *fukujusō*,[4] flores típicas de Año Nuevo.

Entretener a los hombres sin mostrar jamás lo que se cuece entre bambalinas solo puede hacerlo una profesional, como Manako Kajii en su momento. Para ello no queda más remedio que renunciar a una vida autónoma, a la maternidad. Momoe Ooyasu, por ejemplo, profesional entre las profesionales entregada a los hombres, nada más tomar la decisión de ser madre asumió que estaría sola a partir de ese instante y cortó su relación con todo.

Hombres que buscan mujeres profesionales y mujeres que buscan un compañero con quien compartir la vida. A Rika le da vértigo pensar en el abismo que hay entre ellos. No. No solo existen ese tipo de hombres. Makoto, por ejemplo... Quiere salir en su defensa, pero de repente se acuerda de los mensajes del otro día y siente como si estuviera mordiendo el polvo después de darse de bruces con el suelo.

Cuando se conocieron, hablaban sin parar durante horas seguidas, se contaban la vida con pelos y señales, los libros que les habían gustado... Rika se dio cuenta enseguida de que con cada nuevo descubrimiento a él se le iluminaban los ojos aún más. Pero desde hace tiempo solo mira atrás, a la época cuando comenzaron a salir juntos. Ahora, por el contrario, es incapaz de ver el futuro con él, de imaginar algo divertido, y si ya no confía en su relación es porque se va desvaneciendo por culpa del poco tiempo que dispone para estar con él. «Este año que empieza —piensa— debería esforzarme más en prestar atención a nuestra relación.»

Esfuerzo, esfuerzo, esfuerzo... Es una palabra que persigue a Rika durante las veinticuatro horas del día. ¿Cómo puede esforzarse aún más de lo que ya lo hace? Ni siquiera tiene margen para ver a su familia, a su mejor amiga, a su novio. Durante el Año Nuevo solo disfruta de un día de vacaciones y, por mucho que se lo haya aconsejado Reiko, ni siquiera tiene hueco para hacer un poco

de ejercicio. Angustiada por las calorías, ha comido a mediodía con total desgana una triste ensalada de algas. Las algas frías en pleno invierno solo han conseguido congelarle hasta la mismísima médula.

Como dice Manako Kajii, la mejora profesional de las mujeres dentro de las empresas constituye una amenaza muy real para los hombres. «¿Soy tan fuerte como para afirmar que me da igual lo que piensen los hombres?», se pregunta Rika. Está claro que aún no entiende a qué se refiere Reiko con «moderación».

Saca el móvil y llama al restaurante Joël Robuchon en Ebisu. Duda un poco y al final reserva una mesa para cenar sola la semana que viene. Le gustaría ir con Reiko, pero no sabe si será demasiado caro para ella ahora que se ha convertido en ama de casa. Su madre suele estar ocupada entre semana, porque después de trabajar debe hacerse cargo del abuelo. Makoto seguro que no quiere ir porque le aburren ese tipo de restaurantes y tampoco le va a hacer gracia esa comida inundada de mantequilla.

Ya que se trata de gastar dinero, a Rika le gustaría ir con alguien con quien disfrutar de veras, con quien compartir la experiencia. Si no es posible, prefiere ir sola. Su pensamiento está en las antípodas del de Manako Kajii, para quien comer fuera significa hacerlo siempre acompañada de un hombre. A Rika, por el momento, le basta con ver a su novio cuando surge la oportunidad. Tal vez a él le ocurra lo mismo, y si es así, no tiene nada que reprocharle.

Alza la mano para parar un taxi. Desde la superficie del río se levanta un viento gélido que le golpea las mejillas e incluso daña sus vías respiratorias, como si esos azotes de frío le recordasen que debe esforzarse más aún, y luego más aún, y así para siempre a pesar de que nunca llegará a cumplir lo que se exige de ella.

IV

Recorre un pasillo mecánico exterior batido por un gélido viento invernal que parece empeñado en arrebatarle no solo la ropa sino también la carne del cuerpo, y no contento con eso le golpea hasta los huesos. Nada más cruzar un paso de cebra tiene una panorámica del Ebisu Garden Place con un cartel iluminado en primer plano: Joël Robuchon. Está colgado de un edificio con aspecto de palacio a unos pocos pasos de distancia de ella. Es un espacio abierto, sin barreras ni interrupciones, que la hace sentirse retraída. Le gustaría volver a casa, cenar arroz con mantequilla y salsa de soja y huevos fritos, un plato al que se ha aficionado últimamente. La entrada del restaurante está a su derecha y, cuando al fin llega allí, ya está cansada por culpa del frío, de la tensión. Después de darle muchas vueltas se ha decidido por un traje de *tweed* color marrón tostado que solo usa en ocasiones especiales. Debe de ser la única mujer que va a cenar sola a un lugar como ese, imagina.

«¿Qué van a pensar de mí?»

—Bienvenida. La esperábamos, señorita Machida.

Una mujer alta con el pelo recogido en un moño la ayuda a quitarse el abrigo frente a la recepción. Actúa con tanta soltura que su viejo abrigo se le antoja un simple pañuelo. Sube unas elegantes escaleras rematadas por un pasamanos siguiendo a la esbelta mujer.

Una puerta de cristal se abre. Rika parpadea ante una luz cegadora cuyos ojos absorben como si se hubiera caído de repente en una copa de champán. La sala resplandece en una atmósfera color miel. Se oye el ligero entrechocar de los cubiertos, de las copas al brindar, como si todo actuase en armonía con el entorno.

La acompañan hasta una mesa en un rincón acogedor y se

sienta de espaldas a una pared decorada con cristales de Swarovski. La mujer le expone un menú repleto de palabras desconocidas, imposibles de retener. Hunde su cara en la carta y pide la copa de champán más barata. No está ahí por trabajo y no puede pedir factura para pasarle el gasto a la empresa. Sin grandes ostentaciones, la cena le va a salir por más de treinta mil yenes.

Observa la lámpara de araña de cristal colgada del techo. Parece a punto de desplomarse de tan recargada como está. Entorna los ojos y mira a su alrededor. Ya lo había supuesto: solo hay parejas. Aunque no se trata solo de eso. Tres de ellas, al menos, están formadas por hombres mayores acompañados de mujeres jóvenes. Es obvio que no se trata de padres e hijas. El pelo de las tres brilla de un modo extraordinario y ninguna viste de manera normal. Los hombres tienen toda la pinta de ser muy ricos.

De entrante le sirven una gelatina transparente en un sofisticado plato que parece muy pesado. Quienes estén familiarizados con este mundo seguro que saben apreciarlo como merece. Los cubiertos están perfectamente colocados, resplandecientes, pequeños espejos que reflejan la luz de la lámpara de araña. Se lleva un pedacito a la boca con la cucharilla y enseguida nota el sabor amargo del limón como si resbalase en la lengua hasta caer directamente en la garganta. No hay rastro de dulzor, los pedazos de gelatina alcanzan uno tras otro su estómago y desde allí, desde lo más profundo, se despierta en silencio el apetito. Le han servido una especie de poción mágica, imagina, para afinar su gusto, todos sus sentidos. Prueba fehaciente de ello es que de pronto oye con toda claridad la conversación de la mesa de enfrente a pesar de no prestar especial atención: «Ya he reservado la habitación». ¿Se referirá a una habitación en el hotel Westin, a menos de diez minutos a pie? Cuando el hombre de pelo blanco se lo dice a su joven pareja, ella baja ligeramente el mentón sin llegar a cruzar su mirada con la de él mientras mastica con delicadeza un trozo de pescado. Rika no puede evitar acordarse del ambiente que la rodeaba cuando aún era una adolescente. En aquel entonces se hablaba mucho de las llamadas «relaciones de mutua ayuda». A veces pasaba por Shibuya vestida con el uniforme del

instituto y hombres de la edad de su padre la desnudaban con la mirada y no fueron ni una ni dos las ocasiones en las que le mostraron tres dedos de una mano como primera oferta.[1] Es un recuerdo que aún le produce escalofríos, un agujero negro de un tiempo por lo general tranquilo en el que siempre estuvo rodeada de chicas.

Manako Kajii es dos años mayor, y de algún modo debió de afectarle también ese ambiente. No sabe qué hacían las chicas de instituto en la ciudad de Niigata, cuáles eran sus intereses, pero según su testimonio en el juicio fue entonces cuando tuvo su primera relación con un cuarentón casado. Kajii tenía diecisiete años. El hombre era agente comercial e iba y venía a menudo por trabajo de Tokio a Niigata. Al final, ella dejó su ciudad natal arrastrada por él. «Lo que tiene ella y yo no —piensa Rika— es una tierra natal.» Ella nació en Tokio, perdió la casa de su infancia tras la muerte de su padre, ha vivido siempre en una gran ciudad y siente que no tiene un lugar que dejar ni tampoco a donde volver.

Alza la vista del plato y ve como un camarero le sirve una masa de mantequilla de un color amarillo suave guardada en un recipiente de cristal cerrado.

—Últimamente apenas se consigue mantequilla y aquí me sirven esta cantidad... —Rika lo dice casi involuntariamente, en un susurro.

El *maître d'hôtel* le sonríe y levanta ceremonioso la tapa del recipiente.

—La traemos en avión. Sírvase cuanto quiera, por favor.

Poco después llega hasta su mesa un carrito con una variedad de panes que la deja perpleja; no sabe cuál elegir y al final se decide por el que le parece más simple, una clásica *baguette*. «Debería haber venido con Reiko», vuelve a pensar. De haber estado con ella no le habría costado tanto decidirse. Unta mantequilla en el pan a placer. Es tan suave que podría deshacerla con la lengua, se extiende con suma facilidad sobre la superficie del pan tostado, lo impregna todo. Piensa que solo eso basta para darle sentido a su cena.

A continuación le sirven un plato frío, una especie de delicada

tarta donde destaca el aguacate, la granada y la carne de cangrejo acompañada de una generosa cantidad de caviar. La acidez de las semillas de granada al estallar en la boca enfatiza la dulzura del cangrejo y potencia la densidad del aguacate. El color rojo acentúa la composición del plato, le añade un toque de ostentación. El champán ayuda a dispersar los sabores como si fueran rayos de luz.

Si da por cierto lo declarado por Manako Kajii, de joven vivió amparada por redes de hombres mayores y ricos. Vivió una existencia similar a la de una musa. Para tratarse de un caso de prostitución, las reglas resultaban demasiado laxas, pero costaba creer que ese entorno fuera solo un «salón inteligente donde solo podían salir y entrar personas inteligentes que conocían lo genuino», como decía Kajii, Rika se pregunta cómo era esa joven recién llegada a Tokio desde el «país de la nieve».[2]

Pide una copa de vino tinto mientras espera a que le retiren el plato. De nuevo, su único criterio es el de guiarse por el precio. Le sirven uno con un aroma algo ahumado que se expande a lo largo de la garganta y le adormece cálidamente la lengua.

Cuando Manako Kajii echó la vista atrás, declaró que a sus veinte años «parecía Holly Golightly, de *Desayuno con diamantes*». De entre todos los comentarios que hizo durante el juicio, ese fue el que más impresionó a los asistentes. El fiscal le preguntó sin ambages si acaso quería decir que vivía de la prostitución y ella contestó muy calmada: «Mi vida era como la de Holly. Yo no pertenecía a ninguna parte, ni física ni espiritualmente. Digamos que estaba de viaje». Algunos medios que seguían su caso con interés se mofaron de ella. ¿No se había mirado nunca en un espejo?, se preguntaban. Esa mujer se comportaba como si no se conociese a sí misma. Sin embargo, el hecho de que se tuviera a sí misma por alguien como Audrey Hepburn ayudaba a Rika a cuadrar muchas cosas.

Antes de asistir al Salon de Miyuko, Manako Kajii participó también en Le cordon bleu, en Daikanyama, una escuela de cocina con sede en París en la cual se ambientó otra de las películas protagonizadas por Audrey Hepburn, *Sabrina*. La protagonista allí no solo aprendía a cocinar, sino también el sentido de la vida. En

determinado momento de la película el chef le pide que se quite de una vez la goma con la que siempre se recoge el pelo y se lo corta entonces a lo *garçon* para transformarse en una chica bella, refinada, capaz incluso de preparar los suflés que se le habían resistido hasta entonces. Mantener relación con hombres tan mayores quizás hacía sentir a Manako Kajii como Audrey Hepburn en la película, cuando se enamora de Humphrey Bogart o de William Holden. En su blog contaba que su padre la llevaba en ocasiones a la filmoteca de Niigata. ¿No contribuyeron películas como *My Fair Lady*, *Una cara con ángel* o *Vacaciones en Roma* a que se formara una peculiar escala de valores?

Holly Golightly. Un abismo separa a la protagonista de la novela de Capote y la de la película. Con Audrey Hepburn el personaje adquiría tintes de hada en la gran ciudad, pero la verdadera Holly era una prostituta de alto nivel, actriz fracasada, una mujer entregada a los hombres que revolotea de acá para allá en búsqueda de nuevos placeres. También Rika anhelaba en su adolescencia la imagen de esa Holly idealizada que camina por las calles de Nueva York. Un *Desayuno con diamantes* local protagonizado por Manako Kajii en el Japón de nuestros días. ¿No será esa la esencia real de lo ocurrido?

Le sirven un plato de *foie gras* con marcas de la parrilla acompañado de un caqui seco salteado con mantequilla salada. La sal potencia el sabor de la carne del caqui con su textura pegajosa, que persiste como no suelen hacer los frutos de los árboles. Parece más bien carne azucarada, tan suave que al deshacerse en la lengua despliega aromas ocultos. Por pura casualidad encaja a la perfección con el vino tinto y su ligero toque ahumado. Rika suspira. Es una verdadera lástima cómo el *foie gras* desaparece de su boca en un abrir y cerrar de ojos.

—Las trufas están buenísimas, ¿no crees?

El hombre de la mesa de al lado, en la frontera de la vejez, se lo pregunta a su joven acompañante como si quisiera confirmarlo. Ella come sin responderle. Es la prueba evidente de que la conversación no fluye entre ellos a pesar de la cara de satisfacción del hombre. A Rika le recuerda a su abuelo, a sus constantes quejas

dirigidas sin tregua a su madre. Rika piensa desde hace algún tiempo que las mujeres deberían tener todo el derecho de hacer reclamaciones y expresar sus quejas por tener que aguantar a los hombres.

De pronto se acuerda de un rostro, el de Hisanori Niimi, la segunda víctima de Manako Kajii. Es el segundo caso que se juzga cuya investigación sigue abierta. Antes está el de Tadanobu Motomatsu y después el de Tokio Yamamura. Hisanori Niimi murió ahogado en la bañera de su casa en el distrito de Hatagaya a mediados del mes de agosto de 2013. Rika se pregunta si las citas de Manako Kajii y él, un hombre de sesenta y ocho años, serían como la de la pareja de la mesa de al lado. Le ha contado que estuvo aquí con Yamamura, pero seguro que con Niimi vino también en muchas otras ocasiones.

Se conocieron por internet mucho antes de que ella contactara con sus otras dos víctimas. Su relación empezó cuando apenas tenía veintitrés años. Rika no se explica qué necesidad tenía de matar a ese amante con el que había mantenido una plácida y cómoda relación en la que ninguno de los dos pensaba en el matrimonio. Era la situación ideal, «un hombre adulto con suficiente margen espiritual y material». Así lo declaró en repetidas ocasiones la propia Kajii. ¿No era ese también el caso de Niimi?

El siguiente plato es pescado, una platija acompañada de una salsa blanca con aroma a limón de un sabor ligero y fresco como de principios de verano que tiene el efecto de aliviar su tensión.

Hay otra diferencia entre Niimi y los otros dos hombres. Él estaba divorciado y tenía un hijo con su exmujer. Era un hombre de talla media, rasgos viriles, tez morena a causa de su afición al golf, en buena forma física. Era el dueño de una pequeña empresa de importación que había dejado en manos de su único hijo, tenía un carácter abierto, sociable, y le gustaba presumir de su relación con Kajii. De hecho, se enorgullecía con sus trabajadores, o con quien mediase, de mantener una relación con una chica joven que no sabía nada del mundo y que bien podría ser su hija. Le gustaba mucho comer y disfrutaba saliendo con ella.

El plato principal es un asado de cerdo cubierto por una fina

capa de crujiente de caramelo acompañado de un puré de maíz y trufa. El sabor del caramelo se infiltra por todas partes, despierta a Rika y hace que se le escape un «¡ah!» de admiración y que una ola de calor le alcance las mejillas. Tanto el entrante de gelatina como todo lo demás se le antojan pociones mágicas más que comida propiamente dicha. Un prólogo lento seguido de valles e insinuaciones casi ocultas, para terminar en un verdadero clímax, una especie de Disneylandia gastronómica, aunque la metáfora no sea del agrado de Manako Kajii. En cualquier caso, Rika es consciente de que aún no es capaz de apreciar toda la riqueza y los matices de la trufa, tan solo siente como si mordiese una hoja seca y aromática de un bosque otoñal.

El postre consiste en un confit de higo y queso mascarpone presentado como un cuadro impresionista. Ya estaba llena antes de que apareciese el carrito de postres repleto de delicias, pero ha sido incapaz de resistirse a ese festival. Ha llegado la hora de marcharse. Se toma un café bien cargado y, cuando piensa en el trayecto hasta casa, en el frío, le asalta una inmensa pereza. Le gustaría apoyar la cabeza en la mesa y dormir ahí, pero se conforma con cerrar los ojos unos instantes. Nota tensión en la tripa, la piel estirada y, a pesar de ello, repetiría desde el principio. Al menos espera haber estado a la altura de la comida y haberla apreciado en su justa medida. Pueden pasar años hasta que vuelva a comer en este lugar, incluso podría no hacerlo nunca más, y el solo hecho de pensarlo le produce una gran tristeza. Tras sus párpados cerrados cree notar los movimientos suaves de la lámpara de araña meciéndose, como si la incitase a la acción.

—Es solo pesadez de estómago, no te preocupes —le dice Reiko—. Te he preparado una sopa especial. Espero que te guste.

Saca un termo del bolso con gesto satisfecho y le sirve una sopa blanca y espesa en la taza que hace las veces de tapa. Tiene un toque de jengibre y enseguida le calienta la garganta. Se nota el sabor del puerro, del nabo, de las bayas de *goji*.[3] Ese sabor ligero apenas salado en el que se entremezclan los distintos ingredientes,

un dulzor delicado y repleto de matices, le sienta bien. Se miran y se ríen. El estómago de Rika ruge como un animal pequeño.

Habían quedado para comer juntas cerca de la oficina porque Reiko tiene consulta con el ginecólogo en Suidōbashi, pero Rika aún no se ha librado de la pesadez de la cena de ayer en Robuchon. Se siente hinchada de toda la sal y la grasa que ingirió, apática, como si el cerebro se le hubiera cristalizado. Reiko se ha presentado en la redacción por la mañana, poco después de enviarle un mensaje, con el termo de sopa guardado en el bolso. Juntas han ido al comedor de la empresa a la hora del almuerzo y han examinado la vitrina donde exponen los menús.

—¡Qué maravilla! Se nota que es el comedor de la editorial Shūmeisha. Este cerdo agridulce con vinagre negro sabe como el de cualquier restaurante. ¡Qué envidia! Y todo por cuatrocientos yenes. Dicen que la prensa escrita está en crisis, pero se nota que a los grandes medios aún no les afecta del todo. —Reiko sonríe con aire inocente, los labios brillantes por el vinagre negro, el plato de plástico delante de ella.

Rika observa atenta a su amiga íntima con un sentimiento extraño. Con ese jersey de *mohair* parece un conejo blanco, una desconocida. Nunca se había imaginado comiendo con ella en el comedor de su empresa. Hasta hace apenas un año y medio Reiko siempre estaba muy ocupada por culpa del trabajo. Ahora, por el contrario, disfruta del tiempo libre como una niña de excursión con el colegio.

—¡Qué envidia! ¡Una cena en Robuchon! Siempre han tenido una relación muy especial con Japón y usan bien los productos de aquí. Caqui y *foie gras*. ¡Menuda mezcla! Debe de estar buenísimo.

—No sé qué decir. La vajilla y la decoración me dejaron atónita. Quizás tanto lujo me intimida y eso me impide disfrutar de la comida, prestar atención a los detalles. A lo mejor ya no tengo edad para eso. En fin, lo que más me sorprendió fue que para la carne usaban esos caramelos que estallan al contacto con la lengua, como los que comíamos en el colegio. ¿Te acuerdas?

—Sí, es verdad. Cualquier cosa les sirve para cocinar. No tienen reglas fijas. Umm... Caramelos que estallan en la boca... Si

te digo la verdad yo nunca los he comido. Mis padres me dejaban a mi aire, pero nunca me permitieron comer ese tipo de cosas.

Reiko parece lamentar de veras no haber ido con ella a cenar. Tiene la misma inclinación de Manako Kajii por enriquecer sus experiencias gastronómicas y, desde luego, hace falta energía para eso.

—Esa mujer es una fuerza de la naturaleza. Después de semejante cena se acostaba con el hombre en cuestión en el hotel Westin y al día siguiente iba a comer a no sé dónde para escribir sobre ello en su blog... —Rika siente una repentina extrañeza y levanta la vista. Mira a Reiko con incomodidad, un poco perpleja, y enseguida se da cuenta de la razón. Casi nunca ha hablado con ella de nada relacionado con sexo. De hecho, Reiko es tan reticente en este asunto que ni siquiera admite que los hombres cuenten chistes un poco subidos de tono. La primera vez que contaron chistes de este tipo, ella fue muy ambigua e imprecisa.

—Vayamos juntas un día a Robuchon, ¿te parece? He ido a algunos restaurantes de Roppongi más o menos informales para comer en la barra. —Las comisuras de los labios de Reiko se levantan un poco al hablar, como si con ese gesto pudiese cortar la conversación anterior, pero Rika insiste.

—Debía de ir a menudo con el señor Niimi, la segunda de sus víctimas. Me parece increíble que esos hombres tan alejados ya de su juventud pudieran seguirle el ritmo en todo. No podía dejar de darle vueltas cuando estaba allí. De hecho, había varias parejas de ese estilo.

—Ese señor Niimi se tenía a sí mismo por todo un gourmet, ¿no? Lo he leído en una de esas revistas del corazón.

—Mmm... Eso creo, pero en su actitud había algo de vanidad, un claro esfuerzo por desplegar sus virtudes delante de ella. Con semejante dieta y ritmo de vida yo tampoco duraría mucho. Ese hombre tenía una salud delicada, la tensión por las nubes. Visto desde esa perspectiva, el accidente en la bañera pudo ser algo fortuito. Cualquiera que coma así...

—¿Qué quieres decir en realidad? —Los ojos de Reiko ya no sonríen en absoluto, y Rika nota de pronto toda la grasa del *foie*

gras aún por digerir descontrolada por sus intestinos—. ¿No la defiendes demasiado? ¿De verdad crees que esos hombres murieron por causas naturales, por culpa de su mala salud o de sus hábitos? ¿Estás diciendo que es inocente?

A Rika le parece como si el ruido ambiente del comedor se desvaneciera, como la marea cuando se retira. Reiko usa palabras como afilados cuchillos que se abren paso entre lo superfluo para atacar lo esencial, pero gracias a ser tan clara entiende su razonamiento. Ella misma se lo ha planteado últimamente. Tadanobu Motomatsu ingirió una sobredosis de somníferos; Hisanori Niimi murió ahogado y Tokio Yamamura se tiró al tren. En ninguno de los casos existen pruebas materiales, tan solo está claro que justo antes de fallecer Manako Kajii estaba con ellos. Reiko tiene el ceño fruncido, como si se arrepintiera de lo que acaba de decir. Rika la mira a los ojos con un gesto vacilante.

—A ti también te cae bien. Cuando fui a tu casa hablamos de *Little Black Sambo*, ¿te acuerdas? Tú dijiste que los tigres se destruyeron a sí mismos por su vanidad, por eso terminaron convertidos en mantequilla. Lo que quiero decir es que...

—Quieres decir que los hombres son como los tigres —la interrumpe Reiko como si le diera igual que se le enfríe la comida y se eche a perder—. Lo que quieres decir es que Manako Kajii no es culpable de nada porque su única falta fue llevarse a casa la mantequilla que se encontró y comérsela tan ricamente. Como no tiene conciencia de haber mentido, resulta que no es una mentirosa. Como no tiene conciencia de haber matado a nadie, resulta que no es una asesina. ¿Es eso lo que piensas? ¿Quieres decir que su desbordante energía para la comida y el sexo vuelve loco a todo el que se acerca ella? En tal caso, ¿no te habrás vuelto loca tú misma?

Rika no sabe si será capaz de mantener la compostura. El ataque de Reiko es despiadado. Durante los catorce años de su amistad han discutido algunas veces, pero nunca se ha enfrentado a un gesto así de severo, a un callejón sin salida que no le deja margen para reaccionar.

—¿No será que en el fondo la admiras?

—¿Admirarla? ¡Qué dices! ¿Cómo voy a admirar a una sospechosa de asesinato?

«¿Por qué me tiembla la voz? —se pregunta Rika—. Reiko no tiene ni idea de lo que dice, se equivoca», pero sus ojos grandes y resplandecientes le impiden escapar.

—Sus víctimas comieron a placer, sin límites, murieron por estar con ella. Es una especie de «crimen gourmet». —Reiko le clava la mirada mientras le habla, con las comisuras de los labios tensas como si la desafiase, pero al final renuncia—. Últimamente pareces cansada. Da la impresión de que no haces nada de ejercicio.

Reiko la escruta de arriba abajo, con una malicia en los ojos poco habitual en ella. ¿Incluso ella insinúa que debería adelgazar? «No puedo negar que he subido de peso», parece admitir Rika con un gesto poco claro ante el cual Reiko decide cambiar de tema.

—Bueno, dejemos eso. Lo siento. Por cierto, ese Joël Robouchon es un francmasón, ¿no? Eso cuenta en su autobiografía.

Hasta que llega el momento de irse a la consulta, Reiko no para de hablar en un tono forzado. Rika la acompaña a la salida del edificio, se despide de ella y su amiga echa a correr por las calles de Kagurazaka con el bolso colgado del brazo. Nada más volver a su mesa, Yuu le entrega un documento para que le eche un vistazo.

—Esa chica que estaba contigo, ¿es una becaria?

A Rika le dan ganas de soltar una carcajada.

—¿Qué dices? Es mi mejor amiga. Tenemos la misma edad. Estudiamos juntas en la universidad y ya está casada. Hasta hace dos años trabajaba en el departamento de comunicación de una gran productora cinematográfica. Debe de tener diez años más que tú.

—¿En serio? Lo siento, no lo aparenta para nada. Además, con ese bolso... —Yuu abre exageradamente los ojos.

—¡Ja, ja, ja! Seguro que se lo toma como un cumplido. Siempre ha aparentado menos edad de la que tiene en realidad.

—Mmm... No sé cómo decirlo. Parece joven, sí, pero no se trata solo de su aspecto. —Yuu levanta la vista como si buscase

algo a su alrededor, como si viese a Reiko en algún sitio.

Rika se pregunta si estará ya con sus delgadas piernas abiertas delante de ese ginecólogo del que tan bien habla. Es una imagen inesperada, desconcertante, y trata de borrarla de inmediato de su mente.

—No sé. Debe de ser su aura. Me da la impresión de que no se rinde ante nada. Tiene una mirada limpia, y más que mirarte como una amiga parecía hacerlo con admiración.

—¿Qué dices? Ella es mucho mejor que yo, e incluso tiene un marido cariñoso.

Rika enciende el ordenador. La mayor parte de sus compañeros se incorporan al trabajo a partir del mediodía y es la hora más concurrida en la redacción. A pesar de todo, Yuu no parece dispuesta a dejar la conversación.

—En alguna medida a todo el mundo se le pone un gesto de resignación con la edad, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir con «resignación»? Te han contratado y tienes el futuro asegurado. ¡Ah, sí! Ya entiendo. Lo que te pasa es que te ha dado un bajón después de decidirte a aceptar el trabajo. A mí me pasó lo mismo.

—¿De verdad? ¿Me entiendes? Es como si en mi futuro solo hubiera un camino, pero si lo digo en voz alta todo el mundo se enfada, me dicen que soy una caprichosa. Bueno, al menos esta noche voy a ir a un concierto de un grupo que me gusta mucho. Recargaré las pilas y mañana vendré con toda mi energía.

—¿Es un concierto de uno de esos grupos de *Johnnys*?[4]

—No. ¿Te suena un grupo de chicas de secundaria que se llama Scream? Aún no son muy conocidas, pero imagino que dentro de poco aparecerán en unos de esos programas de la tele en Nochevieja y se harán famosas en todo Japón, porque son realmente buenas. Aunque nuestra revista sea para hombres, seguro que acabamos escribiendo de ellas. ¡Son brutales!

Rika la mira desde su silla sorprendida por su entusiasmo a pesar de que suele ser más bien seca. De pronto Yuu se pone roja de vergüenza y sacude la mano izquierda para darse un poco de aire.

—No soy una de esas fans locas que andan por ahí sueltas. Hay compañeros que también las siguen, el señor Makoto Fujimura, de la sección literaria, por ejemplo. Empezó a ir a sus conciertos para acompañar a uno de los autores con los que trabaja.

—Vaya, vaya —dice Rika para no parecer muy severa—. No me esperaba que le gustara semejante cosa.

En realidad, nunca han hablado de temas así entre ellos. En cuanto Yuu le da la espalda, saca el móvil para enviarle un mensaje. Apenas pasan unos segundos cuando oye la señal de respuesta, en un tono que se le antoja aturdido. Hace rato que ha dejado de sentir el estómago pesado.

Makoto ha elegido un *dining bar* en la calle principal de Kagurazaka muy de moda últimamente. Nada más bajar la escalera que conduce a la sala en un sótano, Rika comprende que no es el típico restaurante clásico que tanto le gusta a Manako Kajii. Suena música de jazz por los altavoces, los camareros hablan demasiado alto. Los acompañan a un reservado iluminado con luces indirectas. Rika no está cómoda. Makoto se ha sentado frente a ella y asiente con calma mientras extiende la servilleta.

—Ya entiendo. Así que todo era para conseguir una entrevista exclusiva con Manako Kajii. Por eso comes tanto últimamente. Es admirable que lo hayas logrado.

Hacía tiempo que no quedaba con él para cenar. La excusa no es solo lo del grupo de música. Quiere hablarle de Manako Kajii, confiar en él. Tiene la necesidad de compartirlo.

—Me tranquiliza escucharte. Siento haberme puesto tan pesado con ese tema. Ahora entiendo que hayas engordado. No debería haber insistido. Lo siento de veras, he sido un necio.

Rika se pregunta por qué razón sus disculpas no la convencen.

Por la forma que tiene de hablar con el camarero, Rika se da cuenta de que él ya había estado antes aquí. Su especialidad es la cocina saludable a base de verduras ecológicas. Rika vuelve a sentir la presión de adelgazar, pero hasta deprimirse le da pereza.

Es cierto, está molesta. Le molesta vivir pendiente de lo que piensen los demás, siempre atenta a hacer lo correcto. Les sirven un vino orgánico que entra como el agua.

—¿Has visto? La comida de aquí tiene muy pocas calorías, así que puedes comer tanto como quieras. —Makoto sonríe.

Es una comida insípida que pone de mal humor a Rika: *caprese* de requesón de tofu, *ratatouille* de tubérculos, platos aburridos, en fin, sin ton ni son, pues no es ni comida japonesa ni occidental, con un sabor ni denso ni ligero. Cuando la ve inapetente delante de una paella de arroz integral con chirlas, Makoto se extraña.

—Hacía tiempo que no salíamos a cenar —le dice—. Olvidémonos de las dietas y disfrutemos de la comida.

¿Cómo es posible que no se dé cuenta de sus propias contradicciones? Está convencido de que entiende a las mujeres. Hasta hace poco ella también lo creía, le conmovían sus comentarios que interpretaba como consideración hacia ella.

—Si comes, engordas. No hay nada que hacer. Puede tratarse de arroz integral, pero no deja de ser un hidrato de carbono.

—¿Aún estás enfadada por lo que te dije? No me malinterpretes, no digo que tengas que estar delgada por obligación, solo digo que no es bueno abandonarse. Si has engordado por culpa de esa entrevista, entiendo que no tenías otro remedio, ha sido por el trabajo. También yo he engordado por culpa de tantas cenas y obligaciones sociales.

Rika le escucha y tiene la sensación de que solo son compañeros, confidentes. Ya no quiere hablar más del asunto.

—Por cierto, ¿en serio te gusta el grupo ese, Scream?

Rika ha buscado información sobre ellas. Es un grupo de cinco chicas de secundaria que ha salido de una pequeña empresa de promoción de talentos. Su aspecto es más bien corriente, pero se transforman cuando actúan, y eso es lo que vende.

Makoto asiente.

—¡Ah! Te lo ha contado la friki esa, Yuu Uchimura, ¿verdad? Sí, me gusta. Si quieres podemos ir a un concierto con unos compañeros. Son buenas, y tiene muchas admiradoras jóvenes.

—Chicas de secundaria... Dudo mucho que me vaya a entusiasmar un grupo de niñas que podrían ser mis hijas.

—No te creas, no tienen nada que ver con lo de siempre. Tienen verdadero talento, se esfuerzan mucho y no dejan de mejorar. Están muy pendientes de sus seguidores y no son nada engreídas. Cuando las veo actuar, yo también pienso que debo esforzarme más.

Makoto saca el móvil para mostrarle unas fotos. Tiene un aspecto cómico con esa camiseta del grupo que se pone cuando va a los conciertos. Siempre habla de las cosas de un modo muy enunciativo, como si no quisiera desagradar a quien le escucha. Ahora, sin embargo, se empeña en destacar la modestia de esas chicas, y Rika no puede evitar que le chirríe algo. Es como si no pudiera gustarle algo sin más, sin una razón concreta. A estas chicas las valora por lo mucho que se esfuerzan. ¿Y si no fuera así? ¿No las valoraría? Ella se lo tomaría de otra manera si simplemente dijera: «Me gustan porque son monísimas».

—¿A ti no te gusta ningún grupo?

La pregunta le cae por sorpresa. Deja de pelearse con las chirlas empeñadas en no separarse de sus conchas y levanta la vista del plato. Los encantadores ojos redondos marrones de Makoto son los de un hombre cariñoso. Resplandecen bajo las luces indirectas. Se le ocurre que debe de haber muchas mujeres dispuestas a salir con él, como si el asunto no fuera con ella.

—No parece que te interesen esas cosas. ¿No te dan envidia esas existencias que nunca alcanzarás? ¿No te infunden valor, esperanza? ¿No te pasaba de adolescente?

Se le vienen a la mente las palabras de Reiko y en ese instante aplasta con la lengua un trozo de tofu salado, tan duro como si estuviera plastificado. Nota un sabor desagradable en la boca.

—¿No te resulta dura la vida sin anhelos, sin amor?

—Pues... Yo también era una especie de ídolo para mis compañeras cuando estaba en el instituto. No lo sé, la verdad.

Después de pagar la cuenta se dirigen a la salida y, antes de salir a la calle, Makoto le pregunta:

—¿Puedo dormir en tu casa?

Siente una ligera emoción. Hace tiempo que no pasan la noche juntos, pero aún nota el estómago pesado tras la cena ligera. Incluso le cuesta subir los peldaños de la escalera, poner una pierna delante de la otra.

—Lo siento. Mañana tengo que levantarme muy temprano.

Se da media vuelta. Makoto se resigna y contesta con un simple «de acuerdo». Alarga la mano para tomar la suya. Que sea tan comprensivo le provoca una punzada de arrepentimiento.

—Es un tacaño, tanto en lo material como en lo espiritual.

Manako Kajii lo afirma sin contemplaciones. Hoy está de muy buen humor y no parece la misma de su visita anterior, cuando se mostró tan severa. Rika le ha escrito una carta con sus impresiones sobre Robuchon, tal como le había pedido, y ella le ha contestado aceptando verla de buen grado. Después le ha hablado de la cena fallida con su novio y Kajii se lo ha tomado no solo como un problema del restaurante, sino más bien de Makoto, a quien le reprocha muchas cosas.

—¿Has tenido alguna relación con un hombre adinerado, con desarrollo espiritual?

—No. Puedo contar con los dedos de una mano los hombres con los que he salido.

En algún momento Rika ha desistido de guardarse los episodios de su vida privada. Por carta ya le ha explicado que sus padres se divorciaron cuando estaba en secundaria, su madre abrió una tienda con una amiga, después su padre falleció, estudió en un instituto femenino, conoció a su mejor amiga en la universidad y ahora sale con un compañero de trabajo de su misma edad. De entre todo ello, la historia de Makoto es la que más parece aburrirle.

—Dejemos eso y hablemos de Robuchon. Los manteles negros realzan el color champán de las paredes. ¿No te parece un detalle precioso? A mí me encanta ese lugar, sus rincones.

—¿Fuiste con el señor Niimi?

—No lo sé. He ido muchas veces. No recuerdo los detalles.

—Ya veo. Para mi gusto es demasiado lujoso. Estaba deslumbrada, no sabía dónde mirar.

Rika no tarda en comprender que son sus impresiones sinceras las que de verdad le llegan al corazón. De hecho, Kajii relaja el gesto. «Ojalá siempre tuviera esta cara», piensa. Ahora entiende los sentimientos de sus víctimas, incapaces de quedarse indiferentes ante sus cambios de humor.

—Machida, pareces un chico, un estudiante de secundaria.

Debe de ser la segunda vez que se dirige a ella por su apellido, lo cual le provoca un cosquilleo a pesar de su aire burlón.

—Deberías quererte un poco más. En ese caso comprenderías que si una relación no funciona solo te hace mal. Te valoras muy poco.

—No lo sé. No sé si soy capaz de eso. No confío en encontrar a otro hombre si le dejo escapar a él. En conjunto es buena persona. Ya sé que muchas mujeres se gustan a sí mismas y demuestran una gran confianza, pero a mí eso me resulta algo muy lejano.

—Es muy sencillo. Dan igual los esfuerzos y las teorías espirituales. La clave es comer lo que te apetece cuando te apetezca y sin pensar en la cantidad. Nada más. Aguza el oído, pregunta a tu corazón, a tu cuerpo. No comas nunca algo que no quieres comer. Cuando tomes esa decisión, todo cambiará.

Una ensalada de algas del súper que se come a toda prisa sin levantarse de la mesa de trabajo, frutas deshidratadas para picar mientras va de acá para allá, una cena informal con Makoto... Últimamente Rika come cosas que no le apetecen solo por el temor a engordar aún más. O, mejor dicho, en sus treinta y tres años de vida, ¿acaso había comido una sola vez lo que de verdad le pedía su cuerpo? Desde que ha conocido a Kajii ha descubierto un nuevo mundo, y si ha probado cosas desconocidas ha sido por recomendación suya, nada más.

Kajii se arremanga el jersey, se descubre los antebrazos carnosos y empieza a acariciarse con los dedos. Es consciente de que Rika observa sorprendida la blancura de su piel y habla de nuevo con su voz nasal.

—Tanto mis antebrazos como mis pechos y hasta el culo están formados por las cosas que me gustan. Por un chuletón del New York Grill, por ejemplo, un *sukiyaki*[5] de Imahan, un hojaldre relleno de carne especialidad del Imperial Hotel. Todo eso ha formado este cuerpo. Me acaricio y me pellizco cada vez que me harto de la comida de este sitio. A veces creo que voy a volverme loca de tanto imaginar todas esas cosas deliciosas. Mis brazos están siempre fríos, ¿sabes? Son suaves, y cuando los lamo noto una ligera dulzura.

Le guiña un ojo juguetón a Rika, que se ha quedado boquiabierta. Se acaricia de nuevo el brazo, luego se agarra los michelines por encima del jersey y le lanza una mirada provocadora. Rika la imagina desnuda, llevándose el pecho a la boca para chuparse los pezones, ansiosa por comerse a sí misma...

«Seguro que se masturba a menudo a escondidas de las miradas vigilantes de los funcionarios de prisiones», piensa. Su objeto de deseo no son los novios del pasado, tampoco hombres famosos, sino ella misma, su propio cuerpo. ¿Por eso está siempre tan satisfecha? ¿Por eso desprende ese intenso aroma de mujer, como si fuera una planta hermafrodita? ¿No es ella, precisamente, quien no tiene ninguna necesidad del sexo opuesto?

—Siempre me han picado los bichos —le cuenta—. Cuando hace calor, se me pegan. El señor Motomatsu, de hecho, decía a menudo que incluso mi aliento era dulce.

Exhala con toda la intención y a Rika le da la sensación de que la mampara de metacrilato que las separa se empaña un poco.

—Tu oficina está en Kagurazaka, ¿verdad? Conozco un buen restaurante allí. ¿Te gusta el *teppanyaki*, la comida a la plancha? Preparan un solomillo de ternera de Miyazaki estupendo, bien maduro, pero lo mejor de todo es el arroz con mantequilla y ajo que te sirven al final. Deberías probarlo. Ya me contarás qué te ha parecido. ¿De acuerdo? En este momento mi única diversión es escucharte.

Sonríe con un aire inocente y Rika siente una inesperada lástima por ella. Le gustaría romper la mampara en pedazos, sacarla de allí, verla comer con fruición, dejarse estremecer.

Nada más salir de la oficina, Rika se da cuenta de que no solo se ha olvidado de desmaquillarse, sino que incluso se ha pintado los labios en el lavabo, y está a punto de darse media vuelta, porque se había impuesto la regla de renunciar a toda coquetería femenina en sus encuentros con el señor Shinoi. Se había planteado invitar a Reiko a ese restaurante, pero ha preferido dejar pasar un tiempo, pues solo con escuchar el nombre de Manako Kajii se pone de mal humor. Después ha pensado en Shinoi, en ir con él de vez en cuando a un buen restaurante en lugar de a esa taberna barata, pero lo que más le importa ahora es consultarle algo. De todos modos, ha decidido cambiar y hoy se verán allí.

En Kagurazaka abundan los callejones laberínticos plagados de tentaciones. Se cruza con una pareja de turistas occidentales. Junto a un pequeño *torii*[6] alguien ha colocado un gran ramo de flores. De la cocina de un restaurante emerge un olor a caldo. Contempla el cielo nocturno y le cuesta creer que sea el mismo lugar por donde pasa de día camino de la oficina. Ha estado en algunas ocasiones con compañeros de trabajo, pero esta noche es la primera vez que se toma tiempo para contemplar los detalles.

—Siento haberte hecho esperar. No he podido salir antes.

Apenas se ha retrasado cinco minutos y Shinoi, sentado al final de la barra, ya se ha pedido una cerveza. El crepitar de la carne en la plancha y el olor que desprende le hacen salivar como si se hubiera abierto un grifo. «Me estoy convirtiendo en una tragona», piensa. Es incapaz de refrenar su ansia de comer carne a pesar del vivo recuerdo de su estómago pesado. Le preocupan los labios pintados, y antes de saludarlo busca los aseos escondidos tras una cortinilla.

—He engordado, ¿verdad? —Ha decidido declararlo ella antes de tener que escucharlo por boca de otros.

—Ah, ¿sí? —Shinoi ladea ligeramente la cabeza y la examina con sus grandes ojos, sin duda el rasgo más característico de su fisonomía.

Hace tiempo que un hombre no la observa sin reparos, y nota

un calor en la espalda, la sangre corriendo por sus venas, y todo a pesar de ser ella misma quien lo ha provocado. Shinoi, en cualquier caso, no tarda en dirigir de nuevo los ojos hacia la plancha y dice en un tono seco:

—Lo siento, no suelo fijarme en esas cosas. Siempre he sido muy torpe con el aspecto de las mujeres, pero no me parece que sea tu problema.

En un recipiente de cristal sirven unos aperitivos a base de brotes de flor de loto que en la garganta producen la impresión de una fuente de agua clara.

Mientras bebe su primera cerveza, Rika se acuerda de su cita de ayer por la noche con un funcionario del Ministerio de Finanzas en un club privado de Akasaka. Después se vio obligada a ir a un karaoke a cantar con él a dúo y, de repente, él alargó sus manos hinchadas con el anillo de matrimonio metido a presión en el dedo anular bien visible para acariciarle la cara interior de los muslos.

Ya había intentado seducirla en alguna otra ocasión con mayor o menor sutileza, pero ayer fue la primera vez que lo hizo abiertamente, quizás porque sí ha cambiado algo en ella. Lo cierto es que no le desagrada su cuerpo con algún kilo de más. Cuando contempla en la bañera sus piernas y su tripa salpicadas de gotas de agua, se le viene a la mente la imagen de la mantequilla Échiré. Si la gente de a su alrededor no se lo hiciera notar tanto, ella no se preocuparía en absoluto.

La actitud comedida de él hasta ese momento cambió de repente cuando ella apartó sus manos. Empezó a insultarla, a criticar su aspecto: «¡No te lo tengas tan creído, mira cómo has engordado!». Estaba borracho y Rika tuvo que aguantarse las ganas de reír, porque le daba pena, le parecía incluso ridículo. Pensó que debía de ser como uno de esos hombres que financiaban a Manako Kajii. Si no llegó a atemorizarla más fue porque evitó a tiempo algo más que el contacto con su piel. De haberle ocurrido algo semejante tan solo unos meses antes, se habría hundido, se habría aborrecido a sí misma por haber dado pie a una situación así. El hecho de mirarlo con frialdad, con un aire burlón, de no apartar los ojos en un claro desafío, inquietó mucho a ese hombre. Hoy por

la mañana, de hecho, le ha enviado un mensaje:

> Anoche me emborraché y no recuerdo de lo que hablamos. Te pido disculpas si no me comporté como debía.

Es la primera vez que Rika consigue que sea el otro quien se «rebaja» sin tener la sensación de que le han arrebatado algo. A lo mejor gracias a eso obtiene la información que anda buscando sobre los presupuestos generales para el próximo ejercicio.

Ahora ya le da igual el pintalabios. Seguro que desaparece con la comida.

Cuando terminan unos espárragos blancos muy carnosos acompañados de una salsa cremosa, les sirven verduras asadas. Jamás habría pensado que una simple cebolla asada pudiera tener esa dulzura, esa textura que se deshace al primer contacto con la lengua. Los pimientos no suelen gustarle, pero los que tiene en el plato se le antojan un manjar exótico. Con Makoto cenó hace unos días a apenas unas decenas de metros de aquí, en un restaurante de comida saludable, pero la cantidad de verduras que come ahora es incomparable.

El cocinero prepara después la carne a la plancha. El chisporroteo e incluso el olor de la grasa consumida con el calor le resultan algo dulce, armonioso. Observa atenta cómo el rojo se transforma en rosa, las partes blancas en texturas transparentes. La plancha parece muy caliente, pero la carne en la boca está a la temperatura justa, produce una sensación agradable, como un beso en una noche de amor. La superficie tostada y el interior en su punto realzan el sabor y le provocan un ligero estremecimiento. Tiene la impresión de que todo se tiñe de rojo delante de sus ojos.

—Tengo entendido que el arroz con mantequilla y ajo que sirven aquí no tiene igual porque lo preparan con el jugo de la carne asada y mucha mantequilla.

Cuando el cocinero empieza a saltear el arroz en la plancha no se pierde detalle. Los granos parecen bailar cubiertos por el color amarillo de la mantequilla. Añade un chorro de salsa de soja y se oye un pequeño estrépito que pone fin al intenso y breve baile.

Se queda absorta con el color oscuro del arroz que les sirven en un cuenco. Cada uno de los granos resplandece con su cobertura de jugo de carne y mantequilla. El olor de la salsa de soja le devuelve el apetito. El punto amargo del ajo tostado y los matices de sus taninos se extienden voluptuosamente por la lengua. Los granos de arroz resbalan uno tras otro en dirección a la garganta. La carne tenía un sabor indescriptible, en efecto, pero el arroz que ha absorbido todo su aroma parece de otro mundo. Con cada nuevo bocado siente como si despertara y, al tiempo, el deleite de una pereza cada vez más dulce que la invita a echarse a dormir allí mismo. «¡Qué rico está!», murmura varias veces. Shinoi se ha quedado inmóvil con los palillos en la mano. La observa sin decir nada.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —le pregunta.

—No, no es eso. Pareces feliz comiendo.

Shinoi suspira ligeramente, un suspiro que huele a mantequilla y ajo. Sus labios normalmente resecos lucen ahora bien hidratados. Rika se siente satisfecha. Él le ofrece su cuenco.

—Si tanto te gusta, te doy el mío.

Rika se avergüenza, pero el apetito la vence. Acepta el cuenco.

—Me gustaría publicar una entrevista con Manako Kajii. Empecé a visitarla el año pasado. Ya he ido a la cárcel en cuatro ocasiones. He conseguido intimar con ella hasta el punto de hablar de cosas que no tienen nada que ver con su caso, pero no es fácil ir más allá. ¿Qué harías en mi lugar?

—Si has llegado hasta ahí es que ya te has decidido a hacerlo. —Shinoi coloca despacio los palillos encima de la mesa. De la plancha se levanta un ruido considerable—. En una situación así, lo más importante es abrirle tu corazón.

Rika lo mira. Su gesto no es serio ni severo. Es el mismo Shinoi de siempre, sin carne en las mejillas y con dos bolsas colgadas debajo de los ojos, el corazón oculto en algún lugar lejano. ¿A quién habrá ofrecido ese corazón?

Al pensar en la palabra *corazón* lo primero que se le viene a la mente es el *foie gras* de Robuchon. ¿De verdad es el hígado de la

oca? De ser así, ella también debe de tener dentro una parte dulce y suave.

—Lo que quiero decir es que debe confiar absolutamente en ti. No se trata de adularla ni de mentir. Deberías mostrar tus puntos débiles, ofrecerle algo tuyo, propio.

El postre consiste en helado con compota de manzana y, cuando terminan, pagan a medias, como de costumbre. Salen y caminan juntos a través de los callejones estrechos del barrio. Todo a su alrededor está envuelto en una profunda oscuridad. El ruido de las calles principales llega desde muy lejos.

—Conoces buenos restaurantes. No me lo esperaba de ti. Pensaba que no te interesaban estas cosas, Machida.

—Me lo ha recomendado una nueva amiga a quien le apasiona la gastronomía.

Una nueva amiga... Ella misma se sorprende de considerar a Manako Kajii su amiga. Esa posición la ha ocupado Reiko en solitario durante mucho tiempo, y nadie se había acercado siquiera a ese lugar. Seguro que Kajii tampoco ha tenido nunca una amiga con quien abrir su corazón.

—No comía tan bien desde hace mucho tiempo. Gracias por haberme traído. Si no te importa, la próxima vez te llevaré yo a un buen restaurante. Invito yo. —Lo dice casi en un susurro y Rika lo mira fijamente—. ¿Qué... qué pasa? —le pregunta un poco avergonzado.

Rika desvía la mirada.

Otro día.

Se tocan sin querer al caminar y ella nota la dureza de su cuerpo. Le ha rozado el pecho con el brazo porque Rika aún no se ha acostumbrado al nuevo tamaño de su cuerpo y no mide bien las distancias. Hace unos días fue a una tienda de lencería y comprobó como su pecho había aumentado de la talla B a la D. Lo primero que engorda es el pecho, al parecer. La dependienta, una mujer de unos cincuenta años, le puso bruscamente las manos en el pecho para encajarle el sujetador y ella sintió como se le entumecían los pezones. Se puso nerviosa, miraba azorada el reloj, y se compró tres sujetadores que no combinan ni por color ni por el tejido con

ninguna de sus bragas. «Así no me puedo mostrar delante de nadie», pensó un poco turbada.

«¿A quién voy a enseñarle yo mi ropa interior?», se pregunta ahora. El hombre que va a su lado es un conocido periodista, una fuente fiable que le suele pasar información.

No le ha rozado a propósito, pero si se aparta deprisa se sentirá mal, así que decide caminar cogida de su brazo. Al contacto con su brazo firme, su pecho se ha aplastado ligeramente, expandiéndose como si fuera mantequilla deshecha. Le pregunta dónde vive y él responde que en Suidōbashi.

—¿Qué te gusta comer?

—Me gusta el *castella*.[7] El de 7-Eleven está bueno. Lo he descubierto hace poco.

—Qué gracioso —murmura ella en voz baja.

Él muestra sus dientes blancos en la oscuridad con un aire incómodo. Rika está llena, satisfecha por la comida, pero por alguna razón tiene ganas de llorar. Suele cenar siempre con alguien, pero al final sus caminos se separan, como si no pudiera retener a sus acompañantes. Tiene el estómago lleno, los labios húmedos, un regusto delicioso en la boca, pero siempre está sola.

No importa con quién pueda estar. Cuando dispone de tiempo para ella, para disfrutar, está sola.

A la mañana siguiente hace el trámite de las visitas en la cárcel y, de improviso, siente una gran extrañeza, como si le hubiese caído encima un chaparrón. Sentada en la sala de espera con su número en la mano, no puede evitar sentirse incómoda. El ambiente desolado del corredor que conduce a los ascensores, el trato seco de los funcionarios, le resultan muy inquietantes.

—¿Vino alguien a verte ayer?

Nada más entrar en la sala de visitas y preguntárselo, Manako Kajii sonríe con un gesto forzado. Su familia suele ir a verla y hay mucha otra gente que la apoya. Rika está tan inquieta que le cuesta soportar a Kajii. Tal vez atiende a otros periodistas y les da esperanzas. «No hay tiempo que perder», piensa Rika. Hoy mismo

debe plantearle la posibilidad de una entrevista.

—Ya sabes que solo permiten una visita al día. ¿Por qué estás tan irritada? Te noto rara.

Más que odio, Rika siente atracción hacia ella. Tiene ganas de conquistar a esa mujer parapetada tras una mampara de metacrilato. Le gustaría agarrarla con todas sus fuerzas, hundir sus manos en esos grandes pechos que tensan el jersey. Es un impulso como el que se puede tener con un melocotón, el de dejar nuestras huellas impresas en su piel: lo mismo que sucede con un *mochi* blanco y recién hecho. Rika nunca ha tocado a una mujer entrada en carnes. Su madre siempre ha hecho ejercicio y todo el mundo halaga su aspecto juvenil, su buena planta. Reiko tiene un cuerpo como de niña, prieto, como si no hubiera salido de la adolescencia, y aún atrae las miradas de los hombres. En el instituto, las compañeras de Rika que tanto la admiraban tenían cuerpos similares. Por eso quiere tocar a Kajii con sus propias manos, palpar ese cuerpo abundante que parece tragárselo todo, ese canon alternativo de belleza, dejarse caer en ese agujero negro del espacio en el que los hombres han dilapidado una fortuna cercana a los cien millones de yenes.

—Me gustaría pedirte algo —dice Rika—. Una entrevista. Mejor dicho, una serie de artículos para la revista que se publicarán en un lugar destacado. Creo que sería bueno con vistas al juicio. Aún no puedo firmar con mi propio nombre, son las reglas, pero el compañero que lo haga por mí solo reproducirá lo que yo le proporcione. Yo seré la responsable última de lo que se publique y me aseguraré de que nada te perjudique.

Manako Kajii baja el mentón y su papada crece. Las arrugas se le marcan y se la nota harta.

—Te lo dije el primer día. No voy a hablar de nada relacionado con los casos. ¿No lo entiendes? Solo estoy dispuesta a hablar de comida.

—Sí, por supuesto. No busco información sobre eso. Lo que sí me gustaría es corregir ciertas noticias tergiversadas sobre ti que se han ido publicando, acercarte a la opinión pública. Me gustaría que me hablaras de tu vida, de tus sentimientos.

—¿Y todo eso para qué? ¿Para quedar más expuesta a la vulgar mirada de la gente de lo que ya he estado hasta ahora?

—¿No crees que existe la posibilidad de que mujeres con una vida dura y complicada encuentren un cierto alivio al conocer tu vida? Siempre repites que las mujeres no pueden vencer a los hombres, que deben dejarles libre el camino, pero el hecho de que estés respirando aquí y ahora ya basta para hacerles daño. Eres una mujer muy contradictoria. Hay muchos hombres a los que conocerte les ha cambiado la vida, y todos ellos tienen influencia, poder, ¿no crees? Aunque no sea a propósito, es como si se les hubiera torcido el destino solo con tener noticia de tu existencia. No me negarás eso. A las mujeres japonesas nos exigen ser fuertes, resistentes, mantenernos estoicas y, al mismo tiempo, como si fuera lo más normal del mundo, ser femeninas, suaves, cuidar de los hombres. ¿Quién puede hacer eso? Eso solo significa sufrimiento. Cuando te veo, lo entiendo a la perfección. Es imposible cumplir con esas exigencias, y aun en el caso de hacerlo, ¿de qué sirve? ¿De qué nos salva? Así nunca conseguiremos ser libres.

—Me dan igual las demás mujeres. Yo no estoy interesada en salvar a nadie. No me gustan las mujeres, ya lo sabes.

En su voz gélida no hay resquicio donde agarrarse, pero Rika se aferra con uñas y dientes donde puede como si escalase una roca pulida.

—Bueno, tal vez quiera salvarme yo y no a otras mujeres. ¿Por qué no lo haces por mí?

—¿Por qué debería hacerlo?

Sus ojos en forma de uva la miran fijamente desde una posición más baja, como si así evidenciase que su ofrecimiento es muy poca cosa. Debe ofrecer su corazón, transformarse en un tigre, divertirla dando vueltas y más vueltas hasta sucumbir y convertirse en una mantequilla suave de color dorado que a Kajii le haga relamerse. Es decir, Rika debe renunciar a ser ella.

—Pues porque tú... No, no se trata de ti, sino de...

Desde que la ha conocido solo piensa en ella. Ocupa gran parte de su tiempo, más que Makoto o que su propia madre, en

cualquier caso. Todo en ella le llama la atención: sus contradicciones, su absoluta entrega a sus deseos, la confianza en sí misma ganada como resultado de no mirar las cosas que no quiere ver. No puede apartar los ojos de ella. No ve la razón de dedicar su tiempo a seguir a un grupo de chicas como el que le gusta a Makoto. Debe admitirlo por mucho que le cueste.

—Es porque me gusta estar contigo.

La ausencia total de reacción de Kajii la hiere, siente como si se le hubiera hundido un cuchillo en el estómago. Se toma sus palabras como lo más normal del mundo, a pesar del evidente esfuerzo que Rika ha hecho por pronunciarlas.

—Creo que podríamos ser amigas.

—No necesito amigas. —Kajii sonríe con calma y sacude su resplandeciente melena—. Solo quiero admiradores. No me hacen falta amigos.

Rika siente como si le estallasen fuegos artificiales en la boca.

V

Rika mira a su alrededor cuando un resplandor ilumina de pronto la penumbra de la mesa donde trabaja. Alguien ha subido una persiana y por la ventana se cuelan los rayos oblicuos del sol de finales de enero que alumbran el áspero papel de fotocopiar marrón oscuro. Sus dedos se calientan a la luz del sol, las uñas secas marcadas por una serie de líneas blancas perfectamente definidas. No le queda crema de manos.

Como la pesadez de estómago no desaparecía, se ha decidido a ir a un médico que tiene la consulta en un edificio cerca de la estación. Le ha diagnosticado una ligera inflamación y le ha recetado unas pastillas y una medicina soluble que al tomarla le enfría la tráquea y, por alguna razón, le ayuda a entender la forma de su estómago. Le recomienda también comer lo más ligero posible. Hoy solo ha tomado un vaso de leche caliente y un plátano por la mañana y una sopa de verduras a mediodía. Por la noche procura volver pronto a casa para hacerse unas gachas de arroz con verduras. Desde que ha empezado el año come demasiado, sin orden ni concierto, y solo ahora, gracias a las medicinas que debe tomar tres veces al día, vuelve a sentirse ella poco a poco. Al fin ha logrado dejar de subir de peso.

Engordar de repente le ha hecho comprender y valorar el sentido de la moderación. Su dieta era hasta hace poco un ejemplo de dejadez y, de seguir así, tarde o temprano habría enfermado. Mientras se lo permita el tiempo y el dinero tiene la intención de aprender más sobre alimentación. Mantiene los brazos firmes y una tripa plana, a pesar de todo, y se siente orgullosa de ello. Con su metro sesenta y seis de altura, su peso actual no plantea problemas. De hecho, antes estaba demasiado delgada. Ya no le importan las opiniones de los demás respecto a su físico, respecto a

sus proporciones o su aspecto. Solo trata de cuidarse para no pasar de los cincuenta y cinco kilos porque no quiere comprar ropa nueva.

Sea como sea, no deja de extrañarle todo ese revuelo de sus conocidos por su aumento de peso. No ha molestado a nadie, pero todos se creen con el derecho a reprocharle algo.

Está pegando recortes en un álbum. Tiene la costumbre de archivar todo lo que se publica relacionado con Manako Kajii. Le llama la atención uno de los primeros reportajes sobre varias muertes consecutivas que ocurrieron en el centro de Tokio en la segunda semana de diciembre del año 2013. En aquel momento no se hablaba de otra cosa, todo el mundo estaba pendiente de eso. Normalmente, todos los artículos sobre Manako Kajii se centraban en sus circunstancias familiares, en las clases de cocina del Salon de Miyuko, en las mujeres que participaban en el curso, en su aspecto, su estatus económico, en todo tipo de suposiciones. También hablaban de la vida privada de las víctimas, se hacían eco de comentarios de sus familiares, aunque, por lo general, no aportaban gran cosa. El señor Motomatsu, el mayor de los tres, apenas mantenía contacto con nadie desde que cortó la relación con una mujer con la que nunca había llegado a casarse. La esposa del señor Niimi había fallecido tiempo atrás, y su único hijo, en la mitad de la cuarentena y a cargo de la empresa del padre, dejó claro desde el primer momento que detestaba a esa mujer y que estaba harto de los medios. Quizás por eso sus declaraciones eran más bien escasas. Según él, su padre siempre había sido un hombre razonable hasta que perdió la cabeza por culpa de esa mujer. Estaba convencido de que ella lo había traicionado, había roto su compromiso matrimonial y luego lo había matado provocándole un ataque al corazón. Pero lo que más le ha llamado siempre la atención a Rika es el comentario de una mujer también de cuarenta años, la hermana mayor del señor Yamamura, la tercera de las víctimas: «Mi hermano no era su prometido. Soy familia suya y tal vez no debería decir esto, pero creo que solo era uno más de su cohorte de admiradores».

Admirador... Esa palabra no deja de rondarle la cabeza desde

que fue a ver a Kajii la semana pasada. De pronto le pica el cuello y se ahueca el jersey. Kajii ha ignorado sus palabras de amistad, no ha mostrado el más mínimo interés. La posibilidad de realizar una entrevista se ha quedado en el aire.

«Estoy segura de que esa mujer jamás ha tenido una relación de verdad. No busca una pareja, sino una cohorte de admiradores. Mi hermano cayó en sus redes atraído por esa llamativa forma de hablar y fue así como se convirtió en un personaje más de su peculiar teatro. Digo todo esto a pesar de no conocerla en persona. Solo la he visto en el juicio.»

Le impresiona la manera de expresarse de esa mujer por la distancia que es capaz de tomar respecto al hecho concreto sin llegar a parecer fría. También ha declarado que siempre estuvo en contra de esa relación, pero que no le quedó más remedio que resignarse por la insistencia de su hermano, incapaz de separarse de esa mujer. Después se arrepintió de no haber sido más firme y de no haberse preocupado de ir a verlo más a menudo.

Rika no deja de preguntarse cómo fue el tiempo que pasaron esos tres hombres con Manako Kajii. Si da por ciertos sus comentarios, se comportaba como una diosa despreocupada, sirviéndose de su cariño y egoísmo para manejar a los hombres a su antojo. Sus víctimas dependían emocionalmente de ella y, aun así, hacían comentarios despectivos sobre ella con terceras personas. Rika no llega a entender qué clase de sentimiento es ese en el que se mezcla la dependencia con el menosprecio.

Su mirada se pierde en las persianas atravesadas por la luz solar. Tal vez su padre fuera así. Se inmiscuía en todo lo que hacía su madre sin dejar de quejarse de ella, de reprocharle lo mucho que le quedaba por aprender de la vida. Según él se había criado entre algodones, se mofaba de ella, y quizás por eso cuando le dijo que lo dejaba, que se marchaba de casa, se quedó tan aturdido que fue imposible calmarlo. Al final se sumió en un doloroso silencio y hasta se negó a hablar. Tras el divorcio simplemente se abandonó. Rika lo recuerda bien, aunque prefiere olvidarlo, porque si no se le encoge el estómago. Después de todo su sangre corre por sus venas, incluso tiene la impresión de que cada vez se parece más a él.

Cuando era joven su padre tenía mucho éxito con las estudiantes, con su nariz recta, sus ojos vivos, su delgadez con un punto insano. Pero antes de morir se había hinchado por culpa del alcohol y, aunque no estaba gordo, tenía la tripa abultada, a punto de estallar. Era una tripa con una siniestra protuberancia, como si ocultase algo vivo y terrible en su interior.

Rika se pregunta cómo podría demostrarle fidelidad a Manako Kajii. Debe abrirle su corazón, tal como le aconsejó Shinoi, pero rendirle pleitesía sería lo mismo que hicieron sus víctimas. Si le entrega dulzura, solo recibe a cambio un desprecio sin fin. Ya lo ha comprobado por sí misma. «No quiero convertirme en otra admiradora —se dice—. Quiero mantener una relación de igualdad. ¿Qué debo hacer?»

—Este reportaje se publicó hace tres años. ¿No participaste tú, Kitamura?

Kitamura está sentado dos mesas más allá. Rika se frota los dedos para librarse del pegamento. Le muestra el recorte.

—Sí. Yo entrevisté a la familia de una de las víctimas. —Se acerca a ella con la mirada perdida, como si buscara algo en el pasado, y observa atento el álbum.

—¿Entrevistaste a la hermana del señor Yamamura? Si una persona tan poco persistente como tú lo consiguió, eso significa que no te planteó muchos problemas. ¿Me equivoco?

—Puede ser, pero al principio no ayudó mucho. Su madre había enfermado por culpa de la constante persecución de los medios y la habían ingresado en un hospital. Cuidaba de ella día y noche. Había pedido una baja laboral. Hice la entrevista en la sala de espera del hospital con la condición de no volver nunca más para no molestar a los enfermos. La madre murió poco después. Eso me dejó muy mal sabor de boca, y aún no lo he olvidado. —Lo dice en un tono indiferente, y un escalofrío recorre la espalda de Rika—. Era una mujer cansada, pero mantenía la dignidad. Creo recordar que era jefa de sección de una gran empresa de construcción. No sé si aún trabaja allí.

—¿Aún tienes el contacto? Me gustaría hablar con ella si es posible.

De entre todos los personajes relacionados con el incidente es ella, precisamente, quien tiene una perspectiva más cercana a la de Rika, cree ella.

—¿Sigues con ese asunto de Manako Kajii? ¿A estas alturas?

—Sí. El próximo mes de mayo se presenta la apelación y el tema volverá a ser de actualidad.

—No sé. Si la revista estuviera dirigida a un público femenino, podría tener interés, pero a nuestros lectores les da igual, creo yo. De haberlo publicado el año pasado... A mí me parece que vas a trabajar en balde.

—¿Por qué dices eso? Hace poco publicamos un reportaje sobre mujeres que se casan con hombres mayores con la vista puesta en la herencia y las ventas se dispararon.

En efecto, el reportaje analizaba las artimañas de esas mujeres que, muy profesionalmente, se casaban con hombres adinerados para quedarse con todo. Causó un gran impacto, porque detallaba cómo los alimentaban con comidas suculentas, siempre sabrosas, pesadas y aceitosas, todo con vistas a acelerar el fin. Eso le recordó a Rika al incidente de Manako Kajii. Para una mujer que cocina bien no debe de resultar demasiado complicado quitarse a un anciano marido de en medio.

—Ese tipo de matrimonios solo se dan entre la gente rica. Es como cuando te encuentras un incendio cerca. Es algo casi morboso, una mezcla de entretenimiento y curiosidad. El caso de Kajii interesó a la gente en un principio, pero pronto terminó por convertirse en un asunto desagradable, en especial para el público masculino. Todos temían que les pudiera pasar algo parecido a ellos si se interesaban por determinadas mujeres a pesar de todas sus cautelas. Yo creo que ya hemos tenido suficiente de todo eso. —Kitamura habla sin parar, entusiasmado, en un tono muy distinto al que ha usado cuando hablaba de la hermana del señor Yamamura.

—Pues justo por eso. ¿Conocer las estrategias de Kajii no va a servir como una especie de manual de supervivencia, especialmente para quienes ya han caído en ello? A lo mejor nos sirve para ganar lectoras femeninas.

Rika solo pretende bromear un poco, pero él le da la espalda con un gesto de desagrado en la cara.

—Estás muy rara desde hace tiempo —se limita a decirle.

Enseguida vuelve, sin embargo, con una crema de manos y se la ofrece. Sorprendida, Rika murmura un lacónico «gracias». Manako Kajii es una mentirosa compulsiva, sin duda, pero no la cree capaz de tanto rencor como para matar a alguien.

Nada más abrir la puerta de la sala de visitas, el gesto del labio inferior de Manako Kajii evidencia su mal humor, y Rika piensa que ha hecho bien. Ha merecido la pena dejar pasar tiempo antes de volver a presentarse en la cárcel. En los diez días transcurridos desde la última vez que la vio le ha hecho una buena jugada. Le ha mandado unos libros de cocina recién publicados supervisados por el mismísimo Joël Robuchon. Las recetas, muy generosas con la mantequilla, han debido de provocarle una gran frustración.

—¡Cuánto tiempo! Espero que no se te haya hecho muy largo.

Rika eleva las comisuras de los labios al sonreír y Kajii abre los ojos sorprendida, como si no esperase de ella esa actitud. Enseguida baja el mentón, sus arrugas se hacen más profundas y se sume en el silencio. Rika se sienta frente a ella con la mampara de seguridad entre ambas y aborda el tema sin más rodeos.

—¿Por qué no me hablas de tu infancia? Entiendo lo que ocurrió con esos tres hombres, eso de conocerte por internet, adaptarse a una vida tan peculiar como la tuya, perder su propio ritmo, enfermar y morir, como si fuese algo casual. En el juicio demostraron que habías consultado varias veces una página de acceso restringido para investigar sobre asesinatos que simulasen muerte natural, que compraste varios libros sobre venenos, pero nada de eso fueron pruebas concluyentes. Aunque hubieses planeado los asesinatos, no se entiende qué beneficio obtenías con eso. De todos modos, eres la única sospechosa.

»El señor Motomatsu, la primera víctima, padecía un insomnio crónico agravado por la angustia que le provocaban tus traiciones, tus aventuras. No es extraño que ingiriese una

sobredosis de barbitúricos, por mucho que no se los hubiera recetado el médico.

»Después está el señor Niimi. Siempre había tenido la tensión alta, pero te acompañaba a comer y cenar por ahí sin preocuparse por un colesterol imposible. El médico certificó que había sufrido varios ataques al corazón antes de morir en la bañera. ¿De verdad fue un accidente?

»Es posible que el caso del señor Yamamura se tratase de un suicidio. La cámara de seguridad del andén no alcanzó a grabarle cuando se arrojó al tren. Estaba en un ángulo muerto, pero no se pudo constatar la presencia de ningún sospechoso a su alrededor. Su trabajo en el *think tank* era muy duro y necesitaba cada vez más dinero por tu culpa. No le quedó más remedio que hacer montones de horas extra hasta llegar al límite de sus fuerzas. Si lo que dijo su familia es cierto, fuiste su primer amor. Podía estar emocional y físicamente satisfecho, podía encantarle tu estofado de carne (bueno, mejor dicho, tu *boeuf bourguignon*), pero cuando supo de la existencia de otros hombres, cuando rompiste el compromiso, no me extraña que se hundiera.

»Si has cometido esos crímenes de los que se te acusa, yo creo que solo eres culpable de haberte aprovechado de su dinero, de haberlos defraudado con tus promesas de matrimonio, de haberlos abandonado a su suerte a pesar de los evidentes riesgos. Yo misma, por ejemplo, sigo tus consejos. He sustituido la margarina por la mantequilla, como en restaurantes de los que me hablas y en poco tiempo he engordado seis kilos y he tenido que ir al médico por una dolencia en el estómago. Ya no puedo recuperar mis hábitos alimenticios de antes, mis valores han cambiado. ¿Exagero si digo que has matado a mi “yo” del pasado?

Aunque Rika pronuncia la palabra *matar*, Kajii no cambia el gesto. Se obstina en su inexpresividad para no arriesgar nada. Solo al cabo de cierto tiempo abre la boca despacio con aire de remordimiento, como si se hubiera resignado a dar su brazo a torcer.

—Te lo he repetido en varias ocasiones. No tengo la más mínima intención de hablar de eso. También te he dicho que no

eres la única que me apoya.

—Lo sé, pero ¿de verdad no te preocupa tu situación, quedarte encerrada en este lugar para siempre? Una opinión pública más favorable podría influir en el proceso.

Rika tiene la boca seca. Al menos, gracias a la medicación, su estómago ha mejorado, y tal vez Kajii se dé cuenta, porque en sus ojos en forma de uva se ve un brillo nuevo.

—A través de mí tendrás la oportunidad de conectar con el mundo exterior. Por mi parte ya he renunciado a establecer un vínculo emocional contigo. ¿No te interesa servirte de mí? —Rika enfatiza el verbo *servirte*—. Comeré, miraré y sentiré como si fueras tú. Conectaré con el mundo por ti. Al menos tu espíritu será libre mientras yo venga a verte.

Rika imagina a Kajii paseando por las calles de Tokio. Es un paisaje que se adapta bien a ella, pensado para gastar dinero. El lugar estrecho y oscuro donde se encuentra ahora, sin embargo, no. Antes de decir nada, Rika nota como algo ha cambiado entre ellas.

—Hay algo que me gustaría comer en este momento —le dice como si la acechara con la mirada.

Rika esperaba esa reacción de ella, pero trata de no mostrar ninguna emoción y se limita a sacar un cuaderno.

—En la calle Yasukuni, en Shinjuku, está T, un restaurante de *ramen*. ¿Puedes ir allí y pedir el de mantequilla con sal? Luego me dices qué te ha parecido, con tus propias palabras, como siempre.

Es un restaurante de *ramen* originario de la región de Tōhoku, al norte del país. A Rika le suena el nombre porque han abierto unas cuantas franquicias por todo el país, no muchas. Más que sentir alivio por el encargo de una misión sencilla como esa, se pone alerta ante la idea de que puede haber gato encerrado.

—Pero si lo comes así sin más no está tan bueno —continúa —. Hace falta una situación para apreciar de verdad su sabor.

Kajii hace una pausa sin apartar la vista de ella.

—Tienes que comerlo justo después de hacer el amor, entre las tres y las cuatro de la madrugada, y cuanto más frío haga, mejor. Ahora es buena época.

A Rika le cuesta contener la risa ante una petición tan

extravagante. Con su jersey azul pálido, Kajii transmite una impresión que no coincide en absoluto con lo que acaba de decir.

—Fue un mes de febrero de hace tres años. La noche que dormí en el hotel Park Hyatt de Shinjuku con el señor Niimi. Cenamos un delicioso chuletón en el New York Grill. Me gusta mucho el paisaje urbano nocturno que se ve desde allí.

Rika nunca ha comido ahí, pero sí recuerda haber visto las fotos de su blog de ese día en concreto: una mesa repleta de carne, un paisaje nocturno estrellado que no parecía en absoluto el de Shinjuku. Rika no se explica cómo pudo comer *ramen* después de semejante cena.

—Me despertó el hambre. Quería algo caliente, con fundamento, pero el servicio de habitaciones no ofrecía nada interesante. Dejé dormido al señor Niimi, me puse el abrigo y tomé un taxi en la entrada del hotel. Hacía frío, como ahora. El taxi arrancó sin un destino concreto y, cuando el taxímetro alcanzó la tarifa mínima y empezó a contar, me acordé de ese lugar en la calle Yasukuni.

—¿Por qué precisamente *ramen*? —Rika no entiende la conexión entre el *ramen* y el sexo.

—¿No notas un vacío en el cuerpo después de hacer el amor? Necesitaba llenar ese vacío con algo caliente, denso. Ya te lo dicho, ¿no? Comer a placer cuando te apetece y sin ningún tipo de restricción agudiza la sensibilidad.

Rika nunca ha experimentado esa sensación. Es algo ajeno para ella. De hecho, ni siquiera recuerda la última vez que mantuvo relaciones sexuales. En ese preciso instante su mirada se cruza con la del funcionario de prisiones que abandona el mundo de la sombra donde había permanecido hasta ahora para tomar forma. Intenta no reflejar nada en su rostro, pero en sus ojos se aprecia el brillo ligero de una curiosidad morbosa. «Me imagina desnuda», piensa Rika. Un calor le recorre todo el cuerpo.

—Me senté en la barra. A mi alrededor solo había hombres, camioneros, porteros de clubes nocturnos. Todos me miraron. Pedí *ramen* con sal y mantequilla. Los tallarines, lo más duros posible.

—Pensaba que solo ibas a restaurantes de categoría.

—A mi modo de ver la buena comida y el precio no están reñidos, pero sí, cuando te relacionas con hombres adinerados es cierto que conoces muchas cosas nuevas. Si me das tu impresión de ese *ramen* con sal y mantequilla, me pensaré lo de la entrevista. —Kajii lo dice con aire triunfante, aprieta los labios y tira de su jersey por los hombros.

—No creo que cambie tanto el sabor por el hecho de hacer antes el amor.

—Ya veo. Hablas de los derechos de las mujeres, pero no quieres seducir a los hombres porque tu orgullo te lo impide. ¿Me equivoco?

El tono de burla de Kajii hace que le suba un calor por el cuello. Quiere salir de esa habitación estrecha lo antes posible, respirar un poco de aire fresco. Si no lo hace, va a desmayarse de tanta tensión.

—Una cosa más. Pide que te pongan mucha mantequilla.

Asiente no porque se dé por vencida, sino porque realmente le han entrado ganas de comer *ramen* con una buena cantidad de mantequilla después de hacer el amor.

—¿Un vacío en el cuerpo después de hacerlo? ¿Qué significa eso? ¿No es algo de hombres? —Frunce las cejas ligeramente perfiladas hasta que tienen la forma de unas alas de paloma a punto de levantar el vuelo y se sonroja un poco al escucharse a sí misma.

Desde hace un tiempo tiene la costumbre de almorzar de vez en cuando con su amiga Reiko en el comedor de su empresa. El plan de explorar el área de Kagurazaka de restaurante en restaurante se ha frustrado por culpa de las ovulaciones de Reiko y de sus citas con el médico.

—Nunca lo había pensado. A mí me da sueño enseguida. De todos modos, no me parece una cosa de la que hablar con la gente.

Su tono de protesta y un ligero sonrojo provocan que Rika se sienta en la obligación de disculparse. Tiene los hombros encogidos, los labios prietos. Rika pronuncia su nombre un par de veces en un tono ligero, pero ni siquiera así contesta.

—Está bien, hablemos de otra cosa. Cuando fui a cenar con vosotros en diciembre, Ryōsuke me contó que unos compañeros suyos te habían pedido la receta de unos *shūmai*[1] que les preparaste en una ocasión. ¿Por qué no me la das a mí también? Enséñame a hacerlos.

—A ti no te interesa la cocina.

—Si escribí a Kajii fue por consejo tuyo. A lo mejor te preocupa que me acerque demasiado a ella, pero no olvides que si he llegado hasta aquí ha sido gracias a ti. Tú me dijiste también que lo más importante es preguntar por las recetas a la gente a la que le gusta la cocina.

—¿Qué quieres decir con eso? —Reiko parece aún más malhumorada.

El asunto de Kajii se está convirtiendo en una especie de tabú, pero Rika no quiere que eso suceda entre ellas.

—Nada. Te estoy muy agradecida. Lo que quiero decir es que si investigo el caso de esa mujer, lo hago en parte por mí y en parte por ti, para recompensarte.

Reiko mira a su amiga con un gesto indescifrable. Su mentón parece aún más afilado desde la última vez que se vieron. Las muñecas que asoman por las mangas del jersey son tan finas que dan la impresión de ir a partirse en cualquier momento.

—También a ti la vida te ha resultado asfixiante en alguna época. Nos hicimos amigas porque nos entendíamos bien.

Reiko guarda silencio, como si buscara en su interior a esa persona a la que se refiere Rika. Cuando estudiaban, un día llegó a enfadar de veras a un profesor cuando le plantó cara después de que hiciera un comentario desdeñoso sobre las mujeres. Poco más tarde le cantó las cuarenta a un chico que no dejaba de seguirla cuando se cruzaba con ella en la cafetería y también se peleó con una compañera de clase. Luego empezó a trabajar y poco después un hombre casado al que respetaba mucho le hizo proposiciones indecentes. Se quejaba de las películas protagonizadas por mujeres porque siempre había historia de amor, y de que todo el mundo dijera que en caso contrario no les interesarían a nadie.

—Yo aún me siento como entonces, como si la dificultad de la

vida me paralizase. Me da la sensación de que el caso de Kajii oculta algo de esa extrañeza que sentimos día tras día, y por eso me gustaría profundizar más, escribir sobre ello a mi manera.

—Esa persona del pasado de la que hablas es muy... —Reiko se calla antes de terminar la frase y clava la mirada en el vaso de plástico del té. En la superficie de esa insípida bebida que sale de una máquina solo con apretar un botón se refleja la luz de los fluorescentes del techo—. Yo no soy como tú. Antes nos enfadaban las mismas cosas, pero ya no. Es como si hubiera escapado de eso.

Rika siente un nudo en la boca del estómago. Siempre que ve a Reiko así de desanimada se cree en la necesidad de hacer algo por ella. Le entran ganas de gritar, de decir que todo está mal en el mundo y que solo ellas tienen razón.

—Tú no te has escapado. No has cambiado en absoluto. Solo has dejado de trabajar para encontrar tu propia forma de hacer las cosas. ¿O no?

Reiko la mira. Sus ojos marrones claros se humedecen, como si le molestasen las pestañas largas que parecen actuar a modo de paraguas.

—Mi marido se niega a venir al médico conmigo porque no quiere que le hagan análisis. He pedido cita en dos ocasiones y ninguna de las dos ha venido. Ir sola no sirve de nada.

—No lo sabía. No pensaba que Ryōsuke pudiera hacer algo así.

Rika no sabe qué más decir. No encuentra las palabras. Creía que estaban juntos en lo del embarazo.

—Yo tampoco, pero parece ser que le preocupa su honra masculina. Solo dice que no es el momento, que es mejor ver cómo se desarrollan las cosas o dejarlo en manos de la naturaleza. Debe de pensar que si encuentran que su cuerpo no funciona como debería perderá algo fundamental en su vida. Me siento como si tratase de quedarme embarazada yo sola.

A Rika la invade una súbita decepción. Se pregunta si Ryōsuke no tendrá sus razones, si no estará demasiado cansado por el trabajo o si acaso Reiko no lo malinterpreta todo. No quiere sentir animadversión hacia él, pero se da cuenta de cómo este

mundo organizado para compadecer a los hombres hace sufrir a Reiko.

—Había un cuento sobre una mujer que quiere tener hijos y emprende una aventura larga y solitaria donde va encontrando cada una de las partes de su hijo: una mano, un pie. Lo va cosiendo todo hasta formar una persona real y acaban viviendo felices... Y fueron felices y comieron perdices. Y del padre nunca se supo nada.

Rika imagina a Reiko con una capucha puesta, de paseo por el bosque, recogiendo pequeñas manos y piernas aquí y allá para recomponerlo todo con un gesto grave. No le da miedo, porque es una imagen que encaja bien con ella.

—Una pieza de cinta de lomo. —Reiko habla en un tono seco, pero Rika no sabe a qué se refiere y espera—. Para hacer *shūmai* uso una pieza de cinta de lomo picada y también carne de cerdo. Hay que sofreírlo con abundante cebolla y, cuando cierro las empanadillas, los cocino al vapor y luego los congelo. Así se rompen las células de la cebolla. Después los vuelves a poner al vapor y quedan muy suaves, jugosos.

—Me gustaría probarlo la próxima vez que vaya a tu casa. —Por fin se alivia la tensión en sus labios.

—Tienes razón. Es mágica esa fórmula con los amantes de la cocina: «¿Cómo haces tal?». ¿Por qué no te apuntas a algún curso ahora que te interesa tanto?

Rika nota como se relaja su estómago en cuanto ve a la Reiko de siempre.

—¿Yo? ¡Imposible! Ni siquiera soy capaz de pelar la fruta como es debido.

—Justo por eso. Si te dedicas a comer por ahí sin más, va a llegar un momento en el que no vas a tener nada de lo que hablar con Kajii. Por un poco de dinero aprenderás rápido, seguro. Si te apuntas, voy contigo.

Hay una clase de cocina a la que a Rika le gustaría asistir. Solo una en el mundo.

Ha estado muy distraída desde por la mañana, sin saber si iba o venía, sin dejar de pensar si se compra ropa interior nueva o no, pero ya se le ha hecho de noche y no ha encontrado el momento. Quería estar perfecta, impecable.

Pasar una noche en el Park Hyatt ha resultado imposible, no solo por presupuesto, sino porque está todo ocupado por la cercanía del día de San Valentín. Rika contempla la extensión del parque de Shinjuku, una mancha oscura entre el resplandor de los neones, desde la vigésimo cuarta planta del Odakyu Hotel Century Southern Tower.

Antes de recibir una respuesta afirmativa por parte de Makoto, le ha enviado un mensaje para decirle que ha reservado la habitación. También le ha dicho que en caso de que no pueda ir, pasará la noche sola, dormirá plácidamente y mañana irá al trabajo. Le atemoriza un poco su reacción y le cuesta mirar el móvil con naturalidad. Se pregunta si su comportamiento no resulta demasiado caprichoso, porque hace unos días no quiso invitarlo a su casa y hoy da por hecho que vendrá.

¿Por qué le da tanta vergüenza seducir a su novio? ¿Por qué tiene tantos remordimientos? Se tumba encima de la cama doble con la colcha aún extendida. Le llama la atención una cafetera igual a la que usa en la oficina. Está muy nerviosa por su atrevimiento. No deja de pensar qué hará si él la rechaza, si le da por creer que está loca. Cada vez está más intranquila. Imagina que hay una cámara oculta en algún rincón de la habitación y que sus conocidos se ríen de ella ante semejante situación. Hunde la cara en la almohada.

Pasada la una de la madrugada, escucha unos golpecitos en la puerta. Despierta de un sueño agradable en una habitación que huele a té verde. Se levanta de la cama.

—Siento llegar tan tarde.

—No importa. Yo también siento lo imprevisto de todo esto.

Al abrir la puerta, Rika se da cuenta de que Makoto vacila un poco. La mira unos instantes sin decir nada, sin atravesar el umbral, hasta que al fin se decide a entrar. Como de costumbre, le da la espalda, se quita la chaqueta y la cuelga en una percha.

—Qué cansado estoy —dice mientras se sienta en la cama.

Rika se coloca a su lado y alarga su mano un tanto rígida.

—Lo siento. Últimamente estás muy ocupado.

Makoto tiene el pelo suave y a ella le divierte enredarlo entre sus dedos. Tiene los ojos redondos del mismo color del pelo. Están un poco enrojecidos y parpadea sin parar.

—Puede que cuando le den el premio al señor Nishibashi ya no tenga que hacerme cargo de él.

Rika se acuerda del veterano escritor con quien trabaja codo con codo. Opta a un premio literario que se fallará en primavera.

—¿Te van a cambiar de sección? Hay muchos cambios en la sección literaria. ¿Has oído algo?

—Olvídalo. No sirve de nada hablar de eso ahora. Pase lo que pase no me va a quedar más remedio que hacer lo que me digan.

—No te lo tomes así. Puedes contarme lo que quieras, quejarte incluso. Si dejas de trabajar con el señor Nishibashi será una lástima. Has estado encima de él mucho tiempo.

—No me apetece hablar del trabajo ahora. Estamos aquí tú y yo solos.

Rika tiene la impresión de que ha vuelto a pinchar en hueso, a chocar con su parte más testaruda. Antes le hablaba de muchas cosas sin ambages, incluso de asuntos delicados, y ella también se sinceraba. Sin embargo, a partir de cierto momento el asunto del trabajo empezó a convertirse en un incordio. ¿Por qué? ¿Porque no tenían tiempo?

Con su padre sucedió algo parecido.

A Rika le gustaba aquel padre que le contaba cuentos, el que preparaba a escondidas la comida instantánea que su madre les tenía prohibida, el que a primera vista parecía un esnob pero que lloraba viendo *Otoko wa tsurai yo* cuando la daban en la tele por Año Nuevo. Ese padre cambió cuando su carrera en la universidad llegó a un punto muerto por culpa de su carácter inflexible. A partir de ese momento dejó de hablar con su hija mirándola directamente a los ojos y, ante el deterioro de la economía familiar, tan solo se quedaba callado, se iba por ahí a beber y volvía de madrugada. El alcohol fue la causa de enfrentamientos

cada vez más frecuentes con su madre, pero ni ella ni Rika demandaban de él que fuera el sostén perfecto de la familia. No hacía falta que Rika fuera a una escuela secundaria privada. Su madre quería trabajar y Rika recuperar a ese padre con el que se podía hablar mirándose de frente.

«Habla conmigo, por favor. Es lo único que espero.»

Rika se recuerda a sí misma con la cabeza escondida debajo del edredón para no oír la voz de su madre al otro lado de la pared. La de su padre, no obstante, sí la oyó. Sonaba tan tenaz que una sola palabra habría bastado para romper su cuerpo en pedazos.

Los hombres de Kajii... ¿no estarían también ellos atrapados por su hombría? Estar con una mujer así, tan enérgica, comer todos esos platos copiosos y llevar sus cuerpos al límite... ¿no fue lo que les impidió decir: «Basta, estoy cansado, déjame en paz»? Más que perderla, ¿no será que no querían admitir la pérdida? El resultado de semejante desafío fue la enfermedad, tanto física como espiritual. Toda la información publicada sobre ellos coincidía en describirles como hombres tímidos, con dificultades para comunicarse, pero no estaban solos. La hermana mayor y la madre del señor Yamamura; excompañeras de trabajo y la nuera del señor Niimi; la asistenta del señor Motomatsu y sus vecinas. Todas ellas se preocupaban por esos hombres. Rika no sabe la razón, pero todas eran mujeres. Si las hubieran escuchado...

—Tengo lumbago y los ojos destrozados.

Makoto se tumba en la cama bocabajo con un gemido. A Rika siempre le ha gustado su culo firme, prieto y bien formado, y no puede evitar acariciárselo.

—Te voy a dar un masaje.

—No te preocupes. Tú también estarás cansada.

Tanta consideración hacia ella, el hecho de no aceptar la comida que le prepara ni el ofrecimiento de un masaje, ¿no serán síntomas de un rechazo?

Rika hace acopio de valor, se monta a horcajadas sobre él con su sexo justo encima de las lumbares y le mete las manos por debajo de la ropa interior. Makoto lanza un gemido de protesta. Sus manos están demasiado frías. Se frota los dedos y vuelve a

acariciarle la espalda. La piel de Makoto es suave, está hidratada, se le queda pegada a la palma de la mano. Hacía tiempo que no lo tocaba y, poco a poco, recupera la memoria táctil. Poco a poco se desvanecen las indicaciones de Kajii. Le da por pensar que tal vez no hace falta que se acueste con él. Quizás al reconocerlo ante ella con toda honestidad, Kajii se sienta aún más orgullosa.

Makoto se mueve a izquierda y derecha como si le hiciera cosquillas, pero pronto se queda quieto. Cuanto más se calientan sus manos, más tensa y fría nota su espalda. Le sorprende, porque cuando empezaron a salir siempre tenía el cuerpo caliente, hasta un extremo increíble.

La sangre comienza a circular despacio bajo la piel de Makoto. Le nota el pulso. El sexo de Rika se relaja cuando recibe su calor. Cuando empezaron a salir juntos, se pasaban las noches desnudos sin despegarse, siempre atentos a los latidos del corazón del otro. Solo eso les bastaba.

Makoto se levanta de repente y Rika pierde el equilibro y cae de lado. Se ríe. Él la agarra del brazo. Su reacción imprevista tiene el efecto de que ella se abandone del todo. Él se quita la camiseta. Ese torso desnudo que no veía desde hacía tiempo se ha redondeado, ha adquirido volumen. Alrededor de los pezones asoman unos cuantos pelos. Alarga la mano, lo acaricia con la yema de los dedos, que resbalan debido a la suavidad. El cuerpo de Makoto se ha encendido de repente.

Rika se pone de rodillas para quitarse las medias y las bragas a la vez. Makoto abre su cartera, tira bruscamente unos papeles y enseguida se oye el ruido del látex al ceñirse sobre la piel. Cuando nota su dedo cerca del hueso de la rabadilla los pezones de Rika se endurecen, se yerguen hacia el techo.

Sus cinco sentidos se han despertado como no sucedía desde hacía mucho tiempo. Su vagina se abre poco a poco, las articulaciones del cuerpo se entumecen. Un olor dulzón inunda la atmósfera de esa habitación tan distinta a la suya. Aún no está lista del todo y le duele, pero se acostumbra rápido y el dolor se transforma en voracidad. Nota una gota tibia en la frente. Levanta la vista y su mirada se cruza con los desesperados ojos de Makoto.

Las gotas de sudor caen una tras otra sobre el cuerpo de Rika. Lo siente hasta en la punta de los dedos de los pies, lo entiende desde su ser más profundo, lo mira de nuevo a los ojos y comprende que era esto lo que le hacía falta, incluso algo que está aún más allá de esto. Recibe el sudor de Makoto como una bendición. El techo de la habitación se le antoja cada vez más alto.

Makoto se esfuerza por recuperar el aliento y se deja caer a su lado. El calor desaparece pronto. También Rika espera a que su respiración se calme, a que su vista se focalice en un punto. Levanta un poco el cuello, como si hubiera vuelto a nacer. Abre los ojos sorprendida cuando ve las sábanas empapadas de sudor, pero no tiene ganas de ducharse. El sudor de Makoto la hidrata, se seca rápido, no huele. Su respiración se calma.

—No deberías decir nada malo de mí —dice Rika mientras le da unas palmaditas en la tripa. Ya no le da vergüenza haber subido de peso. Makoto sonríe como si aceptase con naturalidad que ha perdido el juego.

—Tienes un cuerpo muy sensual —le murmura al oído, y Rika nota un escalofrío, un calambre suave que le recorre el cuerpo.

Makoto tiene los labios secos, ásperos. Se le escapa un hilo de voz desde el fondo de la garganta como el canto de un pájaro. Se abraza a su cuello y su frente choca con un hombro redondo. A Rika le gusta mucho que esos gestos casi infantiles que siempre se esfuerzan por reprimir emerjan al fin con naturalidad.

Antes de empezar a trabajar, Rika siempre se comportaba de un modo impecable, siempre consciente de lo que hacía para no crear confusiones. Tal vez porque en algún rincón de su mente pensaba que era eso lo que su madre esperaba de ella.

Su madre siempre ha sido muy sensible con todo lo relativo al sexo. Si en la televisión aparecía una inocente escena de amor, cambiaba de canal de inmediato. Cuando Rika tuvo su primer novio poco después de empezar la universidad, perdía los nervios si volvía tarde a casa. Solo cuando hizo acopio de valor se lo presentó, y a partir de ese momento la relación se hizo oficial, adquirió un ambiente familiar y su madre se relajó al fin. Solo entonces se sinceró con ella. No quería para su hija una vida

desafortunada como la suya resultado de un amor poco pasajero.

—Siento no hacerte caso últimamente. No tengo tiempo y eso me pesa mucho —murmura Makoto en un tono que parece más un delirio. Mira al techo y enseguida cierra los ojos.

Rika se fija en su nariz perlada de gotitas de sudor. Él canturrea algo, una de las canciones de ese grupo que le gusta. Su tripa redonda sube y baja.

Rika ha visto una sola vez el vídeo de la canción. Como en todos sus temas, alaban ingenuamente el tesón, el esfuerzo. Esas cosas cantadas por un grupo de niñas monas le provocan más sofoco que otra cosa. Los grupos de los años noventa que le gustan a ella le cantaban al amor, hablaban de dulces, de pintalabios, de tonterías así, y lo hacían en un tono desenfadado, trivial.

—No hace falta hacer nada. Me basta con estar así.

Rika se calla. No quiere que la arrincone. Ya le ha pasado otras veces, como el día que preparó pasta con huevas. Le dijo que había suficiente para él, pero ante su insistencia él se echaba para atrás.

—Mañana tengo que levantarme pronto; bueno, más bien hoy. Me he dejado cosas pendientes. Pasado mañana hay que entregar el libro a la imprenta. Aprovecha y duerme todo lo que quieras —vuelve a murmurar Makoto en ese mismo tono de delirio, como si la conciencia le abandonase.

—¿Quieres decir que no estás haciendo lo que deberías por estar aquí conmigo?

«A mí me gustaría pasar mucho más tiempo tumbados así, abrazados, disfrutando de la temperatura de nuestros cuerpos», piensa Rika. Ese es su mayor deseo en ese momento, que su cuerpo le dé calor. Le agarra la mano y se la pone entre los muslos.

—¿No es esa la enfermedad de nuestro tiempo? ¿No crees que solo se valora a las personas por sus esfuerzos, por el resultado de ese esfuerzo? ¿No estamos a punto de confundir el sufrimiento con el esfuerzo? Yo creo que en el caso de Manako Kajii todos los reproches que se le hacen son por no mostrarse arrepentida. —Rika se calla cuando lo oye roncar.

La nuez en su garganta tiembla, la tripa sube y baja sin parar.

Ella misma se sorprende al darse cuenta de que le estaba hablando del trabajo. No tiene nada que reprocharle. Tiene ganas de tumbarse a su lado, de disfrutar del calor, de quedarse dormida a su lado. Si encuentra un lugar pequeño y agradable que le permita habitar un mundo reducido, no tiene por qué vivir malas experiencias. Si pasaran más tiempo juntos, tal vez también Makoto le entregaría del todo su corazón.

El despertador junto a la cama marca las tres menos diez de la madrugada. Debe cumplir su promesa. Se levanta de la cama de un salto, se pone la ropa interior, el jersey, el pantalón, se calza y coge el abrigo. Duda unos instantes, pero decide dejar el móvil. Su piel húmeda se resiste al tacto del tejido de la ropa, como si su conciencia se negase a aceptar que se ha vestido, y con la ilusión de estar aún desnuda sale de la habitación llevando encima tan solo la cartera y la llave. Lo siente por Makoto. Se ha dormido con la boca abierta. Junta las manos en un gesto de disculpa. Después atraviesa un pasillo largo y desierto, sube al ascensor y pulsa el botón de la planta baja. En la recepción solo hay un hombre. Las puertas automáticas se abren y enseguida el viento nocturno la golpea como si se hubiera dado de bruces con un témpano de hielo. Un frío y una oscuridad que no dejan escapatoria. De un plumazo se borra la magia que acaba de disfrutar.

El cielo nocturno se antoja azulado. No hay rastro de estrellas.

Como es una distancia que se recorre a pie, aprieta el paso. Se sube el cuello del abrigo y camina hasta Southern Terrace. Cruza un paso de cebra solitario que conduce a la entrada sur y pasa por delante de Lumine. Ve a unos cuantos sintecho tumbados en humildes cartones extendidos sobre el asfalto frío. Baja unas escaleras y se dirige a la entrada oeste, donde se cruza con un grupo de jóvenes borrachos que deambulan sin saber adónde ir después de haber perdido el último tren. Ninguno repara en ella. Le cuesta creer que ese paisaje urbano esté relacionado de algún modo con la confortable habitación de hotel donde estaba hace apenas unos minutos. Se detiene al verse reflejada en el escaparate de una tienda de deporte. Es una mujer más bien alta, más bien corriente. Más que tristeza siente alivio. Puede ser que Makoto esté

de verdad enamorado de ella. Se alegra de que sea así. Cuando te acepta otra persona, ya no hay ninguna necesidad de empeñarse en una existencia bella que agrade a todo el mundo. ¿A quién le interesa tanto la belleza en realidad? ¿Quién sabe qué es exactamente eso de la belleza? Un bosque de neones ajeno por completo al entorno queda atrás al ritmo de sus pasos. Nota un olor a basura mezclado con el aire frío. Se acuerda del aroma y de la calidez del cuerpo de Makoto. Deja de parpadear y sus ojos se humedecen como reacción al aire seco y helado, no porque esté triste.

Ahora lo entiende: Manako Kajii se lo toma todo en serio, incluso los juegos de cama. Lo transforma todo en su vida cotidiana.

La circulación sanguínea parece haberse detenido y se le ha congelado hasta la última extremidad del cuerpo. Las fosas nasales le duelen al respirar. Tiene los dedos de los pies dormidos, de su ser más íntimo y profundo parecen emerger cosas desagradables que la sorprenden. Hasta hacía muy poco se tenía a sí misma por una mujer sencilla, dulce, pero ahora su misma existencia la molesta, le viene grande, como si fuera un gran edificio repleto de todo tipo de cosas amontonadas dentro sin orden ni concierto.

Todos han creído a Manako Kajii, piensa, ella incluida. Todos han terminado aceptando el mundo según el prisma de esa mujer.

Al fin se topa con el cartel rojo y dorado del restaurante T. Entra como si la persiguiesen sin prestar atención al lugar. Un cliente, un hombre obeso de mediana edad, se ha quedado dormido encima de la mesa con su cuenco de comida a medio acabar. Un hombre joven con los pómulos muy marcados vestido con una sudadera con el logo del restaurante mira a Rika sin interés desde el otro lado de la barra y murmura algo. Ella se acerca a la máquina expendedora de los tickets de comida y se sienta cerca de la entrada sin quitarse el abrigo. Se relaja al fin gracias a la calefacción y al olor de la sopa. Entrega el ticket al camarero.

—*Ramen* con sal y mantequilla, por favor —le dice en voz alta —. ¡Ah! Con extra de mantequilla y los tallarines duros.

Los efluvios de la sopa y el vapor del agua donde cuecen los tallarines consiguen destensar su piel aterida por el viento nocturno. Oye el ruido del agua al sacudir los tallarines. Hay tanto vapor en la cocina que apenas llega a verla. Siempre le ha gustado el *ramen*, y desde que trabaja en la revista lo come a menudo. Suele ir con sus compañeros y con Makoto por los restaurantes del barrio de Kagurazaka. Lo suele preferir con salsa de soja, simple y ligero. El camarero deja el cuenco bruscamente sobre la mesa. Gracias al calor que desprende se le desentumecen los dedos. Coge unos palillos desechables. Los separa en dos. El olor a madera fresca se mezcla con el del caldo de pollo.

De aderezo solo le han puesto sésamo y cebollino. Los dos pedazos cuadrados de mantequilla pierden la forma poco a poco para integrarse en la sopa. Los tallarines amarillos están sumergidos en el fondo. La mantequilla dibuja al deshacerse círculos dorados en la superficie. Atrapa los tallarines con los palillos y se los lleva a la boca después de untarlos a conciencia por esos círculos. Tienen un sabor fuerte, un poco a *kansui*,[2] pero la textura no está nada mal. Sorbe la sopa. Además del sabor a pollo, nota un lejano aroma a bonito seco. De camino al estómago, la sopa hidrata su garganta dolorida a causa de la sequedad. Mezclada con los tallarines, con el gusto a lácteo de la mantequilla barata, se transforma en algo de sabor dorado que se extiende violentamente para dar paso a un sabor más denso, más profundo. Tiene la sensación de que cae una gota de mantequilla en el centro de su ser y desde ahí se extiende por todas partes. Nota un calor en el fondo de la nariz y alcanza una caja de servilletas de papel que hay en la barra. El agua brota sin parar y al final se suena. La nata de la mantequilla se pega despacio en sus vísceras. Los tallarines y la sopa son fuertes, tienen más sustancia que el calor de Makoto, la ayudan a recuperar la temperatura del cuerpo. Ahora está más acalorada de lo que lo estaba en la habitación.

El joven de los pómulos sobresalientes la observa, pero no se preocupa por él y se concentra en dar cuenta del cuenco de *ramen*.

Los coches van y vienen sin cesar a lo largo de la calle Yasukuni. Está acostumbrada a ese paisaje de Shinjuku, pero ahora

se le antoja como un lugar desconocido. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que salió de viaje?

No le cabe ninguna duda de que Manako Kajii es una mujer malvada, con un carácter imposible de definir, pero tiene algo: un sitio a donde regresar.

Rika sorbe ruidosamente los tallarines.

Un cuenco de *ramen* después de hacer el amor tras un paseo sin propósito. No es una extensión de un momento de placer, como había imaginado. Es el sabor de la libertad, de la libertad de estar sola. Piensa en Makoto solo en la habitación, aspira el olor a él que ha quedado adherido a su cuerpo, recuerda el tacto de su piel, todo ello sin dejar de llevarse los tallarines a la boca.

Puede perseguir sus deseos sin descanso ni restricciones porque no está atada a nadie. Por primera vez comprende el sentimiento de Manako Kajii en esta ciudad después de dejar atrás su lugar de nacimiento. Lo comprende a pesar de que ella no tuvo nunca ni amigos ni trabajo. Rika, para bien o para mal, ha nacido y crecido en Tokio y no puede huir de aquí: se lo impide la costumbre, su historia familiar. Para Kajii, por el contrario, este lugar sigue siendo un escenario, una pasarela donde mostrarse en toda su pomposidad, una ciudad desconocida donde se siente libre de hacer lo que le venga en gana, donde dejar atrás la vergüenza. En una ocasión aseguró estar de viaje, pero no por emular a Audrey Hepburn. Teóricamente buscaba un candidato con quien casarse, pero en realidad no tenía ninguna intención de estar siempre con alguien. Es evidente. ¿Por qué si no iba a salir a comer *ramen* en plena madrugada dejando en la habitación del hotel a un hombre?

Los hombres que orbitaban a su alrededor empezaron a morir un año después de la muerte de su padre. ¿Tiene eso alguna relación con el caso? Rika cree haberlo logrado gracias a la comida. Es decir, cree haber adoptado la visión de Manako Kajii. No, más bien ha adoptado su gusto.

Levanta el cuenco para apurar la sopa y la mantequilla fundida. Al hacerlo, su vista queda bloqueada. Resplandecen unas estrellitas de mantequilla fundida en la oscuridad frente a sí. Nota

una mirada clavada en ella y separa el cuenco. Se fija en la calle Yasukuni al alba. Tiene la impresión de que era Manako Kajii quien la observaba desde la penumbra del exterior.

VI

Cuando Rika levanta la cara al oír que alguien la llama por su nombre, ve una cabeza de cabello blanco resplandeciente que, por efecto de los rayos de sol en la nuca, ilumina la penumbra del restaurante de *soba* donde está comiendo.

—Cuánto tiempo, Machida. ¿Puedo sentarme contigo?

Rika es incapaz de delimitar la frontera entre la palidez de la cara de su amiga y su pelo encanecido. Más que hacerla aparentar por encima de los cuarenta años que tiene, el pelo blanco le da en realidad el aspecto de un hada.

—Es verdad, hace mucho tiempo. Sí, cómo no. Siéntate, por favor. —Rika deja el pesado cuenco de *soba* con algas encima de la mesa.

Yoriko Mizushima fue su compañera en la revista hasta hace un tiempo. Se sienta en una silla baja y cuadrada a su lado. Hace tres años se cambió a la sección literaria de la empresa y casi nunca se ven.

Sus zapatos brillantes entran casi por azar en el campo de visión de Rika. Con la chaqueta, la camisa abotonada y un pantalón tipo chino, ofrece un aspecto limpio, impecable, típico de las personas que trabajan en un departamento comercial, pero más que una mujer de cuarenta años con una larga experiencia laboral se le antoja un niño bien criado en la Inglaterra más conservadora. Lleva una ropa normal, de la que no hace falta llevar a la tintorería. Se ha maquillado poco, casi imperceptiblemente. «Es una mujer que demuestra comprender a la perfección el sentido de la moderación», piensa Rika. Alrededor de sus ojos ligeramente separados se marcan numerosas arrugas, e incluso una ligera pelusilla en un lunar junto a la nariz le da un cierto encanto.

—Qué extraño. Jamás habría imaginado que vinieras a comer

a un lugar como este, aunque, bueno, no se puede decir que sea la hora de comer. A mí también se me ha pasado la hora del almuerzo, porque he estado de visita en varias librerías.

Son las dos únicas clientas del restaurante. Huele a caldo de *soba*, y esa forma de hablar tan característica suya, ese ritmo tan peculiar, le produce a Rika un sentimiento de añoranza. Cuando Mizushima trabajaba como periodista, siempre establecía una relación particular con sus entrevistados, y no actuó nunca como el resto con sus fuentes.

—En el comedor de la empresa se come bien, pero me sofoca ese sitio. Salgo de vez en cuando para airearme un poco. ¿Vienes aquí a menudo?

El restaurante está en un callejón a dos minutos a pie desde la oficina y no suele haber mucha gente porque está en un lugar escondido. Es tan pequeño que resulta fácil confundirlo con una casa. Lo lleva un matrimonio a punto de jubilarse y la mayor parte del negocio consiste en pedidos a domicilio. Uno de los dos está siempre yendo y viniendo. Quizás por eso no prestan demasiada atención a los clientes. Pero los tallarines son artesanales, desprenden un aroma delicioso y después de comer sirven el nutritivo caldo donde los han cocido, una bendición que calienta pies y manos y proporciona una agradable sensación de bienestar. Hace tiempo que Reiko no la llama, y últimamente no come tan a menudo en el comedor de la empresa.

Reiko ha dejado de ir al ginecólogo. No se lo ha dicho ella, pero ya no la avisa para salir a almorzar cuando hasta hace poco se veían al menos una vez por semana. La actitud de su marido habrá influido en ese cambio, sin duda. Es un asunto delicado y no tiene más remedio que esperar a que sea ella quien saque el tema. Lo que no sabe es si interpretará su espera como un gesto de consideración.

—Hoy a mi hija le tocaba llevarse comida a la guardería y no me ha dado tiempo de preparar nada para mi marido y para mí.

—¿Tienes que prepararle la comida a tu hija?

—Solo de vez en cuando. Normalmente le dan de comer. Ahora tiene cuatro años y aún debo hacer algún esfuerzo hasta que

vaya al colegio. Luego es más fácil. De todos modos, no creas que me rompo la cabeza con esos complicados menús para niños. Le pongo una ciruela con sal, un poco de arroz, una tortilla, sobras del día anterior y un poco de verdura. Se acabó.

—Pues a mí me parece un menú estupendo.

Mizushima se pide un plato de *tanindon*, arroz con carne y huevo.

—Ahora tengo mucho más tiempo libre que cuando trabajaba en la revista y salgo casi siempre a mi hora. No hay imprevistos y el horario es más o menos siempre el mismo. Lo mejor de todo es que me permite estar tranquila. ¿Y tú? ¿Tienes algún tema importante entre manos? El departamento comercial suele ser la imagen pública de las empresas, pero a nosotros nos consideran una especie de poder invisible. Muchas mujeres solicitan el cambio a nuestra sección después de dar a luz o si tienen algún problema.

Cuando Rika tuvo noticia de que Mizushima dejaba la revista porque le resultaba imposible conciliar el trabajo con la crianza de su hija se deprimió un poco, como si la visión de su propio futuro se nublara. Se sintió impotente por no poder hacer nada por ella a pesar de ser compañeras.

El olor dulzón de la comida distrae a Rika, que baja el tono de voz.

—Vengo de la casa de la víctima del incidente de Shinonome, pero se ha negado a hablar conmigo.

La muerte de un niño a manos de sus amigos ha provocado una enorme conmoción social y todo el mundo culpa a la madre. Está soltera y trabaja como administrativa en un consultorio médico, además de hacer otras cosas. Como no tiene tiempo de ocuparse de su hijo, no se ha dado cuenta de lo que le estaba pasando. El chico tenía que ir por las noches a comprarse la cena a una de esas tiendas abiertas veinticuatro horas, y fue allí donde conoció a sus agresores. Después de su muerte empezaron a circular todo tipo de teorías sobre trastornos alimentarios, sobre los peligros de la vida moderna. La revista de Rika no ha insistido mucho en el tema, pero sí ha publicado un reportaje sobre cómo organizar una dieta razonable para los hijos de madres

trabajadoras. Rika no quería que lo sacasen, pero nadie le hizo caso ni atendió sus razones. Tampoco quería entrevistar a la madre del chico. Aún oye sus palabras al otro lado del telefonillo: «Lo siento, siento de veras todas las molestias que estoy causando. Es todo culpa mía».

Mizushima frunce sus descuidadas cejas y el lunar al lado de su nariz se mueve ligeramente.

—¡Ah! Estás con eso. Ese asunto no me resulta tan lejano, no te creas. Si le ha ocurrido a ella ha sido solo por mala suerte, pero le puede pasar a cualquiera, a mí incluida.

Rika lamenta de veras que esa mujer no sea la jefa de redacción de la revista, lo cual no significa que opine lo mismo. Sus jefes actuales no se fijan en los detalles y, cuando llega la hora de publicar algo, solo se dedican a juntar las piezas.

—La verdad es que aguantas mucho. Todas las de mi edad te admiramos. Si llegas a convertirte en la primera jefa de redacción, me alegraré mucho por ti, sin envidias.

Ella es la primera mujer que disfrutó de su baja por maternidad completa.

—Si te digo la verdad, hice todo lo posible por conciliar el trabajo con la crianza de mi hija, eché mano de todo cuanto tenía a mi alrededor y en ese afán me gasté casi todo el dinero que había ahorrado desde que estaba soltera. Contraté a una niñera que la cuidó hasta que pudo entrar en la guardería. Me obsesionaba la idea de no causar molestias a nadie a mi alrededor. —Deja caer los ojos, las pestañas, y le aparece una sombra azul en las ojeras, como si estuviera agotada, como si soportase un gran peso—. Ahora me doy cuenta de que debería haber molestado a los demás. Por no haberme quejado, por no haberme mostrado vulnerable, por haber apretado los dientes y habérmelo tragado todo yo sola, ahora una mujer joven como tú debe afrontar esa deuda. —La mirada de Rika la hace reaccionar. Eleva el tono de voz, entorna los ojos y arruga un poco la nariz—. ¡No te conviertas en alguien como ese Kitamura! Si no, estás acabada. Parece como si estuviese solo en el mundo, por encima de todos los demás. No es normal, te lo digo. ¿A qué se dedica ahora? ¿No le habrá dado por el pilates?

Le sirven la comida y separa los palillos con un gesto enérgico. Debajo del huevo está la carne de cerdo, la pasta de pescado y, por último, el arroz ligeramente teñido por la salsa de soja. Mueve la boca durante un tiempo y luego observa a Rika.

—Has cambiado. Antes parecías una monja.

—Será porque he engordado. Últimamente como demasiado.

—Yo te veo mejor. No sé cómo explicarlo. Estabas demasiado flaca. Me preocupaba por ti. Trabajabas como si para ello hubieras de sacrificar tu cuerpo, tu existencia, y no daba la sensación de que te cuidases en absoluto. Cuando veo a alguien que se descuida así es como si me interpelara a mí.

La puerta de cristal del restaurante hace ruido al abrirse. La dueña regresa de su ronda y entra en la cocina sin decir nada. Su marido agarra el mando de la tele y la enciende como si hubiera estado esperando a que ella volviera. El doblaje de una película americana suena como si hablasen en un idioma inexistente.

Nada más sentarse la una frente a la otra, Kajii sonríe al otro lado de la mampara de metacrilato.

—¿Estaba bueno el *ramen* de sal con mantequilla?

Rika comprende de inmediato el doble sentido de su pregunta. Cuanto más se esfuerza para que sus mejillas no se sonrojen, más calor nota en las orejas. Se acuerda de esa madrugada de hace cuatro días y trata de abstraerse de la mirada del funcionario.

—Estaba bueno. ¿No será cosa del frío?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie.

No aprecia intención en sus palabras y por eso le llegan aún más hondo. No hace falta que se lo explique. Acostarse con Makoto ese día ha ayudado a Rika a aclarar sus sentimientos hacia él.

—Los hombres tienen una temperatura corporal muy elevada, ¿no te parece? En la ciudad donde crecí, hace mucho frío en el mes de febrero, y eso es una cosa que se agradece mucho. Me di cuenta cuando estaba en el instituto.

—¿Con quién? ¿Con un comercial que iba y venía entre Tokio

y Niigata? ¿Cómo le conociste? —Rika abre el cuaderno y saca el bolígrafo.

Siempre anota las cosas importantes, porque cuando escribe sobre ella lo hace con mucha cautela. Hoy no se la ve tan preocupada, y sus ojos vagan por la habitación un poco embelesados y soñadores.

—Fue él quien se dirigió a mí cuando hojeaba un libro de Françoise Sagan en una librería: me preguntó si me gustaba esa autora. Yo era una lectora empedernida y él dijo que le encantaba. Luego me pidió si podía hacerle de guía en esa ciudad desconocida para él. No tardó mucho en proponerme ser su novia, pero yo me resistí. Le gustaban mucho mis dulces, y eso me motivaba. Desperté en él una gran pasión. Me lo demostraba cada vez que nos veíamos. Un día de San Valentín le hice una tarta y, por primera vez, pasé la noche con él en un hotel cerca de la estación de Niigata. A mis padres les conté una mentira. Esa noche cayó una gran nevada, y a partir de ese momento comenzó nuestra relación. Unos compañeros del instituto nos vieron salir del hotel y montaron un escándalo, empezaron a decir que era una de esas relaciones de mutua ayuda de entonces. El rumor se extendió enseguida y nos obligó a separarnos. Después me enteré de que estaba casado, pero no me importó. Aún hoy el recuerdo del tiempo que pasamos juntos sigue siendo un tesoro para mí.

Para sorpresa de Rika, se limpia una gota que le brota del ojo con el dedo meñique doblado. Eso la hace sentir incómoda y lucha por evitar esa sensación. «Yo también debería atesorar algo así», piensa. Esa noche en el hotel con Makoto, por ejemplo, ese contraste entre el mundo de dentro y el de fuera. «No puedo permitir que desaparezca, no quiero mirar el mundo con los mismos ojos de esta mujer.»

—La relación con tu novio ha mejorado, al parecer. ¿Por qué no le preparas un dulce por San Valentín?

—Nunca le he regalado nada ese día en concreto. A él no le gustan esas cosas, no le gusta el sentimentalismo.

—Está bien. En ese caso prepárale un *quatre-quarts* y olvídate del chocolate. Es una receta simple, muy adecuada para

principiantes.

—Creo que *quatre* significa...

—«Cuatro» en francés. *Quatre-quarts* quiere decir «cuatro cuartos»: huevo, harina, mantequilla y azúcar. Es un bizcocho en el que se usa la misma cantidad para todos los ingredientes: ciento cincuenta gramos. Fácil de recordar, ¿no crees? No lo apuntes. Memorízalo. Si le añades un toque de limón, mejor. Limón ecológico, nacional. Raspa un poco la piel y si quieres añade unas gotas de concentrado de vainilla. Cuando lo saques del horno, le puedes dar una pincelada de ron.

—La repostería me resulta muy difícil. Bueno, la verdad es que no confío demasiado en mí.

Seguramente Rika haya comido muchos más dulces caseros que cualquiera, porque cuando estudiaba en el instituto sus compañeras siempre le regalaban galletas o bizcochos. Los dulces parecían transmitirle algo personal de quien los hacía, creía notar el olor dulzón de sus cuerpos. A veces estaban a medio hacer o se pegaban demasiado a la lengua. Otras veces estaban demasiado duros. Rika prefería los del supermercado. Por eso cuando conoció a Reiko en la universidad y probó su hojaldre de manzana no daba crédito a semejante perfección.

Kajii continúa hablando sin preocuparse de Rika.

—Usar el horno es muy conveniente para alguien como tú, siempre tan ocupada. Te enseñará a aprovechar el tiempo. Deberías dárselo recién hecho. Mucha gente dice que los bizcochos están mejor al día siguiente porque están más suaves, pero a mí me gustan calientes, recién hechos. Si tu novio se resiste a la comida casera es porque nunca ha comido una tarta recién hecha.

Rika no conoce a la madre de Makoto. Vive en Saitama, y después de quedarse viuda empezó a trabajar en el departamento comercial de una empresa de cosméticos y casi nunca estaba en casa.

—¿Siempre has hecho dulces por San Valentín para los hombres con quienes tenías una relación?

Manako Kajii ha tenido siempre relaciones simultáneas, y solo imaginar semejante esfuerzo agota a Rika. Preparar una tarta para

Makoto le basta y le sobra para despertar en ella una infinita pereza. No confía en que le salga bien ni tampoco en que a él le guste.

—Por supuesto. Antes de San Valentín mi piso se convertía en una auténtica pastelería. —Los recuerdos parecen alegrarle el corazón.

Rika carraspea. Nota un dulzor en la garganta y al fin se acuerda de por qué ha ido hoy a verla.

—¿Aceptas entonces mi propuesta para una entrevista?

—Sí.

A Rika se le cae el bolígrafo de la mano, sorprendida de que acepte sin más. Lo busca en el suelo y, cuando lo localiza, siente un mareo y ve doble.

—Con eso no quiero decir que vaya a contestar a tus preguntas. —Kajii emplea un tono de voz frío.

Rika se yergue en la silla y nota una bocanada de aire frío en su garganta seca. Su interlocutora la observa sin reservas, con la cabeza ligeramente inclinada.

—No sé cómo decirlo, pero cuando estoy contigo siento como si mi corazón se secara. Cuando estoy con alguien como tú tengo la impresión de que me acusa, y eso me agota. ¿Por qué pones esa cara?

—No imaginaba que me prestases tanta atención.

—¿Qué dices? ¡Serás tonta! —A pesar de la brusquedad de sus palabras, su papada carnosa tiembla por las reverberaciones de una sonrisilla.

Otra vez ese gesto...

A pesar de las cosas desagradables que dice, a Rika le parece entrever últimamente un punto de dulzura y curiosidad hacia su persona. ¿De verdad no le gustan otras mujeres? ¿No será que ella quiere convencerse de que es así? Es una mujer honesta a la hora de expresar sus deseos, pero ¿por qué se obstina en afirmar ese rechazo? Cuando sus ojos se apartan, Rika comprende la intensidad de su mirada.

—Dejemos eso por ahora. Deberías aprender a hornear dulces. Da igual si siempre es el mismo. Solo entonces serás capaz de

levantar un muro. Ya te digo yo que tú no tienes un muro que te proteja. Todo está mezclado en ti: el trabajo, la vida privada, tus verdaderos sentimientos, tu máscara ante la sociedad. Te observo y me agoto. Cuando desaparezca esa aspereza que transmites, no me importará hablar contigo de lo que sea.

A Rika le parece más bien que la incapacitada para abrirse a los demás es ella. Ese muro del que le habla lo ha levantado hace ya mucho tiempo.

—Puedes buscar en mi blog la receta del *quatre-quarts*. El truco está en airear la mantequilla, en mezclar la harina como si la aventases.

Kajii asiente satisfecha por algo que no está allí, como si fuera un gran chef orgulloso después de probar su estofado.

En la sala contigua se oye a una mujer ya no tan joven interpretar una canción de moda. Desafina. Le suena la melodía y, cuando llega el estribillo, Rika comprende que es el nuevo éxito de Scream.

Está sentada en diagonal a Shinoi, frente a una mesa baja en la sala en penumbra de un karaoke. Es el lugar más idóneo cerca de la oficina para protegerse de miradas indiscretas. Los micrófonos están sobre la mesa con el celofán protector intacto. La pantalla del televisor está muda. Tan solo aparece el anuncio de un grupo de éxito.

—La madre del chico acababa de mudarse desde la prefectura de Fukui a la de Shinonome y no sabía nada de los agresores de su hijo. Tampoco tenía a nadie que pudiera prevenirla. Más bien al contrario, seguro que se alegraba de que su hijo hubiera hecho nuevas amistades, que fuera a dormir a sus casas sin necesidad de preocuparse por nada. Un compañero de trabajo ha dicho que le extrañaba que nunca contestase nadie al teléfono cuando llamaba a casa de su amiga, pero no tenía tiempo para ir en persona.

Al parecer, el padre de uno de esos chicos ya tuvo un problema hace tiempo con el padre de otro, y por eso habían dejado de ir a su casa. Shinoi se lo explica mientras bebe un licor de té. El chico se quedó solo y trató de buscarse nuevos amigos.

Rika se guarda el cuaderno en el bolso e inclina la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Gracias por la información. Me acercaré por allí para investigar un poco más.

—Por cierto, ¿cómo va el asunto de Manako Kajii?

—Al fin ha aceptado la entrevista, pero le incomoda que yo sea mujer. Me ha puesto una extraña condición: hacer una tarta. —Se ríe y da un sorbo a su té helado.

Shinoi da unos golpecitos a su cigarrillo encima del cenicero.

—¿Una tarta? ¿Y eso por qué?

Rika se lo resume dejando al margen la parte relacionada con Makoto. Saca la receta impresa del blog de Kajii que lleva guardada en un clasificador. Está fechada en el mes de octubre del año 2013. Además de la receta del *quatre-quarts*, también habla de su pasión por los dulces a base de mantequilla y de su odio por la bollería industrial empaquetada en bolsas y más bolsas de plástico que venden en los supermercados.

—No sé cómo lo voy a hacer. Ni siquiera tengo horno en casa, y hacen falta muchos utensilios. Le he pedido a una amiga que me preste su cocina por unas horas, pero no puede ser porque su marido tiene gripe. Solo quedan cuatro días para San Valentín.

Rika no tiene claro si la excusa de Reiko es verdad o no. Su intuición le dice que trata de evitarla, pero de todos modos su casa está demasiado lejos y Makoto no podría probarla recién hecha. Puede alquilar un estudio de cocina, pero con San Valentín a la vuelta de la esquina la cosa no está fácil.

—¿Quieres hacerlo en mi casa? —le propone Shinoi sin cambiar el gesto—. Tengo un horno muy decente y todos los utensilios que necesitas. Debajo de casa hay un supermercado y aún estará abierto. Puedes comprar allí lo que te haga falta.

Rika confirma que no hay nada turbio en su mirada y hace lo posible por tragarse sus palabras, sus dudas. Echa un vistazo al reloj. Las diez y media pasadas. El piso de Shinoi está cerca de la siguiente estación. Llegar allí, hacer la compra, preparar la tarta. Makoto está ocupado con la imprenta y seguro que estará en la oficina hasta bien pasada la medianoche. No le queda margen para

la duda. En cuanto asiente, Shinoi agarra la cuenta, abre la puerta, paga y baja las escaleras que dan a la recepción. Rika le sigue. Sale a la calle tras él, que levanta la mano para parar un taxi. Se sienta al lado del conductor, preocupada por posibles miradas indiscretas. Shinoi le da la dirección al taxista. A Rika le sorprende que vayan en dirección a Yotsuya.

—¿No vivías en Suidōbashi?

—Ese es un apartamento que tengo alquilado para mí. Mi casa de verdad es donde vamos ahora, aunque no suelo parar mucho por ahí. Está cerca de aquí, en Arakichō.

Debe de ser la casa donde vivía antes de divorciarse. ¿Estará su exmujer? En caso afirmativo, ¿no será un incordio? Sea como sea, más que la preocupación le inquieta saber si será capaz de hacer el *quatre-quarts*.

—Creo que tengo bol, varillas, espátula...

Rika observa a otra parte para no cruzar la mirada con él a través del espejo retrovisor. El agua del canal que discurre por el lateral de la calle refleja las luces de los edificios de oficinas. Nada más entrar en una calle lateral desde la avenida principal, llegan a un mundo de silencio independiente del de los neones de la estación de Iidabashi. El barrio de Arakichō, repleto de cuestas, parece un mortero gigante, y, cuando el taxi alcanza el punto más bajo en ese subir y bajar, se detiene. Un edificio de viviendas de siete plantas mira a un pequeño parque con un arenero y un columpio. La fachada está enfoscada, algo que no se ve mucho en los últimos tiempos, pero que era la norma a principios de los ochenta.

El supermercado cierra a las once de la noche. El interior está atestado de luces fluorescentes blancas que proyectan la sombra alargada del columpio en el parque. Es una cadena famosa por sus frutas ecológicas, por los dulces importados y la gran variedad de café. Rika la conoce bien. Se dirige primero a la sección de lácteos. De nuevo un cartel para advertir que debido a la escasez solo se puede adquirir un paquete por persona. Por fortuna quedan dos de mantequilla sin sal de la marca Yotsuba. Rika aún no la ha probado. También echa a la cesta papel de aluminio, limón

japonés, un paquete de harina, otro de azúcar y un cartón de huevos. Después se dirige a la caja. La cajera lo guarda todo amablemente en una bolsa de papel. La puerta automática se abre y salen a la calle. De pronto siente como si hubiera entrado en un mundo paralelo: vive cerca de la oficina con un hombre ya no tan joven, un colega de profesión divorciado con quien se va a casar, de quien se va a quedar embarazada para dar a luz a una criatura que va a criar... No es un panorama emocionante, pero sí un futuro con los pies bien anclados en el suelo. Suben unos pocos escalones y pasan frente a la oficina vacía del conserje. Shinoi saca un manojo de llaves en un llavero con el logotipo de su empresa y abre la puerta principal. Pulsa el número cinco del viejo ascensor de pesadas puertas de acero, pero lo único que rompe el silencio es el crujir de las bolsas de papel que llevan encima.

Cuando introduce la llave en la última puerta del corredor, Rika contiene la respiración. Algo le dice que no debería dar un paso más. Shinoi entra primero, enciende la luz. Una moqueta de color plateado cubre el suelo de la entrada, el pasillo e incluso el salón. El ambiente es frío, seco. Se descalza y sigue a Shinoi hasta el salón sin quitarse el abrigo. Hace mucho frío, por supuesto, pero si se deja puesto el abrigo es para borrar su silueta. Por el número de puertas imagina que es un piso de tres habitaciones. En el salón solo hay una mesa, cuatro sillas, un televisor de plasma y un aparador casi vacío. Shinoi enciende la calefacción. La cocina es americana. Está oscura. No huele a nada en particular como suele pasar en las casas de los demás, tan solo flota una tenue atmósfera como de oficina. Shinoi le da papel de cocina, un estropajo y jabón.

—El bol y las varillas están debajo del fregadero. Hace mucho que no los uso. Friégalos por si acaso. Viene una empresa a limpiar una vez al mes y no creo haya nada especialmente sucio. Tampoco los fuegos ni el horno. Han hecho limpieza general hace poco. Desde que se marcharon mi mujer y mi hija solo vengo por aquí tres o cuatro veces al mes, pero aún pago el agua y el gas, así que puedes usar todo lo que quieras. Nos divorciamos hace poco, y debería decidirme de una vez a vender el piso o a mudarme aquí y

dejar el apartamento, pero aún no he pensado nada. Usa todo lo que necesites. Yo voy a trabajar en el salón. —Saca de su cartera un ordenador portátil y enseguida se pone a teclear como si no le importase lo más mínimo su existencia.

Rika vacila y al final entra en la cocina con la receta de Manako Kajii y con todos los ingredientes. Enciende la luz. La bombilla emite un ligero chasquido antes de empezar a iluminar a su alrededor. Rika mira de reojo a Shinoi. ¿Lo miraba también así su mujer? Tiene la impresión de estar muy lejos de él a pesar de que el piso no es excesivamente grande. A Rika las cocinas siempre le han parecido lugares solitarios.

Abre el grifo y espera a que salga agua caliente. Se lava las manos con jabón y se las seca con papel de cocina. La cocina tiene cuatro fuegos impolutos con pinta de no haberse usado desde hace mucho tiempo. De hecho, ni siquiera da la sensación de que hayan servido para alimentar a una familia. Abre el horno y sale un olor a caramelo quemado. Lo limpia con un papel. Apenas un ligero rastro de aceite. No tiene tiempo de ponerse a investigar cómo funciona:

—Perdona, en la receta pone que hay que precalentar el horno a ciento setenta grados. ¿Cómo se enciende?

Shinoi se acerca y gira un regulador. En la oscuridad del interior se prende una llama azul. Abre el armario de debajo del fregadero y encuentra colgadas en la puerta las varillas, el cuchillo y la espátula. Tiene todo lo necesario, es cierto. Pero no hay ollas, ni sartenes, ni tablas de cortar. Elige un molde cuadrado con las esquinas quemadas y por alguna razón siente alivio. Hay boles de tamaño grande, mediano y pequeño. También un cedazo para tamizar harina. Lo friega todo y lo seca con papel de cocina. Coloca el bol encima del peso y vierte 150 gramos de harina. Luego la tamiza. Sin levantar los ojos del ordenador, Shinoi le dice:

—Deberías añadir un poco de levadura, por si acaso. Esa receta parece muy profesional y tú eres una principiante.

Las manos de Rika se detienen al escuchar una frase tan poco coincidente con la imagen que tiene de Shinoi. La harina levanta un ligero remolino blanco al caer desde la redecilla metálica. Unas

cuantas bolitas ruedan por encima como si no supieran adónde ir.

—He mirado por internet y he visto que se suele echar levadura para que suba, pero prefiero hacerlo según la receta de Manako Kajii.

—Te tomas las cosas muy en serio, pero no te preocupes tanto: no te está mirando.

«Sí. Me observa —piensa Rika—. ¿No la ves ahí? Se está riendo de nosotros.» Siempre nota la mirada de Kajii cuando se trata de comida, pero si se lo confiesa seguro que piensa que se ha vuelto loca. Pesa el azúcar y bate tres huevos; 150 gramos de cada.

—Fuiste tú quien me dijo que le abriese mi corazón. Quiero ser honesta con ella.

—Por su culpa han muerto varios hombres inocentes.

A pesar del deje de ironía en su voz, Rika hace como si no se hubiera dado cuenta. Abre la caja de mantequilla y el envoltorio plateado. No quiere fregar mucho y, como tampoco encuentra una tabla, la corta encima del papel. Luego la pesa. Chupa la punta del cuchillo donde se ha quedado adherido un trozo. Como no tiene sal, se nota aún más su textura suave, la grasa. Siente en la lengua un movimiento parecido a una ola en un mar invernal.

—Cuando veo ciento cincuenta gramos de mantequilla en un solo pedazo, me parece una cantidad enorme, casi el paquete entero. Como últimamente escasea, han aparecido muchas recetas que la sustituyen por aceite de coco o vegetal.

Shinoi no le responde y ella se concentra de nuevo en la cocina. Corta un pedazo más pequeño de mantequilla, lo unta en el molde, lo cubre con harina y da unos golpecitos para eliminar los restos. Es la manera de desmoldar la tarta cuando esté hecha sin que se quede pegada. Eso dice la receta.

Corta el pedazo grande de mantequilla en trozos más pequeños y los incorpora en el bol. La deshace poco a poco con las varillas, pero está demasiado fría y no resulta fácil. Se reblandece y se enreda en las varillas para quedar atrapada en su interior. Le pesan los antebrazos como si no circulase la sangre. Shinoi echa un vistazo de vez en cuando. Al final se levanta, se acerca a ella por la espalda y Rika se tensa al notarlo tan cerca.

—No se mezcla así. Debes airearla. ¿No lo dice la receta?

—Es que no sé qué significa eso. ¿Airear la mantequilla? ¿Acaso sabes hacer pasteles?

El horno se ha calentado. La cocina también se ha templado. Vuelve a oler a caramelo. Quizás lo último que metieron en el horno fue un flan.

—A mí siempre me tocaban las cosas de fuerza.

Le arrebata las varillas y sus dedos se tocan sin querer. Le sorprende la aspereza de su piel.

—Así que a tu mujer y a tu hija les gustaba hacer pasteles. Aquí solo hay utensilios para repostería... —Rika se interrumpe. Ha estado a punto de preguntarle por qué se divorciaron. Hay utensilios para repostería, pero muy pocos para cocinar. No debería ir más allá. Tal vez todo es mentira. ¿No se habrán muerto en realidad?

Shinoi no le contesta. Agarra el bol con su mano grande, lo sujeta contra el pecho. Con la otra mano coge las varillas en un ángulo completamente distinto al de Rika. Los trozos de mantequilla atrapados en el interior salen uno tras otro. Las varillas no llegan a tocar la superficie del bol en ningún momento. Mezcla deprisa y, al hacerlo, levanta una ligera brisa. Rika aprovecha para quitarse el abrigo. Ahora ya le sobra. Lo cuelga del respaldo de una de las sillas del salón. De nuevo tiene la sensación de estar lejos de él. Una persona que sabe cocinar y otra que no. Rika comprende la profundidad del abismo que los separa. Cuando regresa, él le da una serie de órdenes.

—Echa el azúcar, pero en tres veces.

Vierte el azúcar desde el papel de cocina y cae como un rayo de luz solitario encima de la mantequilla, que empieza a teñirse de blanco. Rika es incapaz de decir nada, porque piensa que una única palabra fuera de lugar bastaría para importunarlo. El hombro de Shinoi se agita a la altura de la cara de Rika.

—Ya no van a hacer más pasteles.

Unas gotitas de sudor brotan de la frente de Shinoi. Rika termina de echar el azúcar y ahora se limita a mirarlo de brazos cruzados.

—Desde que mi hija entró en secundaria empezó con las dietas, porque se burlaban de ella. A mi modo de ver solo estaba un poco rellena, nada del otro mundo. No me lo tomé demasiado en serio, le dije que era una especie de juego. No me tomé en serio las advertencias. Estaba demasiado ocupado por el trabajo. Poco a poco cesaron nuestras conversaciones, no me enteraba de nada hasta que, un buen día, mi hija dejó de ir al instituto por problemas de bulimia. Cuando se marcharon de esta casa me sentí incapaz de pronunciar una sola palabra que tuviera relación con la repostería.

Por su edad deduce cuándo fue la última vez que la familia estuvo reunida en esta casa, pero evita cualquier palabra de consuelo para no estropearlo todo.

¿Cuántos años tendrá su hija? ¿Dónde estará ahora? ¿A qué se dedicará? ¿Se habrá reconciliado con su cuerpo? ¿Se habrá hecho lo bastante fuerte como para no preocuparse más por todas las histéricas exigencias que acosan a las mujeres, para esquivar esas cuchilladas que Rika ha sufrido hace poco en sus propias carnes?

—Fíjate. A partir de este punto todo va a ir bien. Ocúpate tú. —Shinoi le entrega el bol y las varillas, pero es posible que aún no confíe del todo en ella, porque se queda para vigilar lo que hace.

Rika se sorprende de lo ligeras que están las varillas, casi parece mentira. No solo están suaves, es que la mantequilla ni siquiera se pega y tiene una consistencia ligera, blanca como una nube. Es una textura desconocida.

—Quería preguntártelo desde hace tiempo. ¿Por qué siempre me ayudas, por qué me pasas información? Te lo agradezco mucho, por supuesto, y te respeto, pero me incomoda no poder corresponderte. No quiero ser descortés, pero a veces pienso que me sirvo de mi condición de mujer, incluso si no lo hago conscientemente. Me suena horrible decirlo, pero tengo la sensación de que en algún momento me pedirás algo a cambio, una recompensa. —Rika trata de no mirarlo a los ojos.

Shinoi añade lentamente huevo batido a la masa.

—Se va a cortar. No dejes de batir. ¡Muévela, no pares!

Rika tarda unos segundos en comprender que se refiere a la

masa.

—Lo que hago por ti no es en absoluto con la intención que crees. En cualquier caso, te pido disculpas si he hecho algo que te lleve a pensar así.

Rika mezcla la masa con el huevo batido y se esfuerza para airearla. El amarillo y el blanco se entremezclan hasta adquirir un tono hueso.

—No sé cómo explicarlo. Quería hacer algo por alguien a cambio de un poco de agradecimiento. En ese sentido sí puedo decir que estoy necesitado. Es algo personal. De entre todos los periodistas que conozco, tú me has parecido siempre la más honesta, la más digna de confianza. Me parece que eres incapaz de mentir, y seguro que eso te dificulta acceder a las fuentes.

Rika comprende lo malpensada que ha sido y nota como si el estómago le hirviese. Cuando se calma, se da cuenta de que estar con él es algo natural, pasar tiempo a su lado algo lógico. El huevo, la mantequilla y el azúcar terminan formando una pequeña montaña. Rika hace ademán de añadir harina con una espátula, pero él se lo impide.

—Lo que viene ahora es difícil. Déjame que te enseñe.

A Rika le divierte su preocupación, esa vertiente desconocida de maestro. Confía en él. Sus manos vuelven a rozarse, pero ya no le angustia.

—Se te da bien la cocina. ¿Por qué no le dedicas más tiempo? Es una lástima.

Shinoi mezcla la masa como si la cortase con la espátula. La harina, la mantequilla, los huevos y el azúcar organizan un considerable caos en el interior del bol. A Rika le llama la atención de pronto el color terroso de su cara.

Le pasa el bol con un gesto seco. Dentro hay una masa brillante, casi traslúcida. Con tal de no ponerse a buscar un rallador, Rika raspa la corteza del limón con la parte roma del cuchillo y lo añade a la masa. Después la vierte en el molde. Lo levanta y lo deja caer de golpe varias veces sobre la encimera para quitarle el aire. Practica una incisión en la superficie de la masa y coloca el molde en la bandeja del horno. Del interior emerge una

ráfaga cálida, sus ojos sienten la atracción del fuego que ilumina la oscuridad. Lo programa cincuenta minutos y, cuando lo cierra, se le escapa un ligero suspiro. Enseguida se pone a fregar.

—Vivir sin un mínimo de decencia me parece una forma de violencia.

Shinoi vuelve a sentarse en el salón frente al ordenador como si no tuviera nada que ver con ella, pero Rika continúa hablándole:

—Abandonarse uno mismo es igual que pagar el enfado con alguien. Yo misma...

«No puedo. Ahora no puedo hablarle de eso», piensa mientras contempla la infinidad de burbujas que brotan del estropajo. Tal vez ella misma haya herido a otras personas sin darse cuenta. A su madre, por ejemplo, a Mizushima, a Makoto, a Reiko... Como su padre la hirió a ella en su momento.

La casa de su padre en Mitaka y este piso no tienen nada que ver en cuanto a limpieza, pero sí se respira una atmósfera parecida, la de un ambiente familiar arruinado. No es que la incomode especialmente, pero prefiere no pasar mucho tiempo en un lugar así. Shinoi le habla en un tono seco, como si se tratase de una persona distinta a la de hace unos instantes.

—¿Debo vivir decentemente y no abandonarme a pesar de no importarle a nadie? Me parece que eres demasiado categórica.

Rika seca los cacharros con papel de cocina y vuelve a colocarlo todo en su sitio. Cuando termina de limpiar, sale de la cocina, se pone el abrigo y se sienta frente a él. Un olor dulce lo invade todo. Es la primera vez que huele algo mientras se transforma en una exquisitez.

—Pensar así también es una forma de violencia sin palabras. No te cuidas porque no le importas a nadie. ¿Decir eso no es ejercer la violencia contra alguien? No creo que te hayas abandonado, pero si de verdad te da igual lo que te pueda pasar, es muy triste. A lo mejor tu hija no sabe nada, y seguro que le haría daño enterarse de que piensas así. En el caso de ellos creo que... esos hombres, las víctimas de Manako Kajii, podrían haber sido felices aun sin haberla conocido a ella, ni a ninguna otra mujer. Aunque nadie se hubiera hecho cargo de ellos, podrían haber

cuidado de sí mismos, ¿no? Podrían haber pedido ayuda. No me parece que sea tan complicado. No sé. Me gustaría transmitir todo esto en mis artículos...

Shinoi sigue con los ojos pegados a la pantalla del ordenador sin decir nada. Rika no sabe si sus palabras le han tocado o no, porque tampoco confía demasiado en ellas. Apoya la cabeza sobre sus brazos encima de la mesa y cierra los ojos.

Suena el temporizador. Vuelve en sí cuando le sacude el hombro. Se ha quedado dormida. El salón entero huele a bizcocho. Se respira otro ambiente.

—¡Mira! —Rika da un gritito cuando abre la puerta del horno y echa un vistazo dentro.

En el molde se ha levantado una masa de color marrón y, por la incisión en el centro, se ve el interior dorado. Shinoi se envuelve la mano con un paño de cocina para sacar la bandeja. Las bocanadas de calor dulzón agitan su flequillo.

—Solo cuatro ingredientes y sale un bizcocho esponjoso como este. Todo gracias a ti —dice Rika.

Ese es el «muro» al que se refería Manako Kajii. La masa marrón del molde se ha convertido en un muro, en un escudo que la protege. Levantar un muro no es encoger los hombros para rechazar a los demás. ¿Acaso no se trata de resguardar el territorio propio, de concentrarse en el trabajo? El material con el que se construye el muro no tiene por qué ser ladrillo ni frío hormigón. Puede ser perfectamente un bizcocho dulce y suave.

Rika quiere desmoldarlo, aunque quema. Su color tostado, su aspecto tierno le producen una gran alegría. Se siente muy satisfecha. Lo coloca encima de un papel de aluminio y lo divide en diez pedazos. Ante sus ojos aparece el interior de un amarillo luminoso y el vapor le arrebata una sonrisa. No tiene tiempo de disfrutarlo con calma, de manera que se conforma con las migajas. El aroma de la mantequilla y del huevo le alcanzan la pituitaria. En la lengua nota cómo se deshace la corteza tostada. Envuelve dos trozos y se los ofrece a Shinoi.

—No es gran cosa, lo siento. Debo llevárselo a alguien mientras aún esté caliente. Se lo prometí a Kajii.

—¿A quién, a tu novio?

Rika asiente con la cabeza y él sacude la mano para decirle que se marche lo antes posible. Cierra bien el papel de aluminio para conservar el calor. Está blandito como el cuerpo de un bebé. Friega el molde, el cuchillo y la bandeja. Lo seca todo. Por último, abre la puerta del horno para confirmar que el fuego está apagado.

—¿Por qué no nos vamos juntos? —No quiere dejarlo solo en ese salón inundado de olor a bizcocho.

—Aún tengo cosas que hacer, no te preocupes. Además, quiero ventilar. Vete tú. Se va a enfriar.

Rika sale del piso y mira atrás de vez en cuando. Se le ha quedado grabada la imagen de Shinoi mientras se cerraba la puerta.

Nada más salir a la calle echa a correr. No se acobarda por el frío como le pasó la última vez de madrugada. Toma un taxi en la calle principal y, cuando el taxímetro empieza a correr, llega a la oficina. Debe de ser la primera vez que sube a la octava planta donde está la sección literaria desde que hizo el curso de formación. El reloj de la pared marca la una pasada, pero aún hay gente trabajando. Rika encuentra a Makoto sentado a su mesa. Está leyendo un manuscrito con un gesto severo. Nada más cruzar sus miradas, señala la cocina con un gesto para decirle que vaya allí. Es la primera vez que ve una expresión envejecida y fría en su cara, y eso la perturba.

—¿Qué ocurre? —Makoto entra en la cocina ligeramente cargado de espaldas, con un gesto aturdido.

Rika se acuerda de la noche del plato de pasta con huevas y vacila, pero enseguida le ofrece el bizcocho. Le da igual lo que pueda pensar o dejar de pensar. Despeja la mesa, saca el dulce y calla un instante, como si así escondiera su vergüenza.

—He hecho un bizcocho en casa de un colega que vive cerca de aquí y quería traértelo recién hecho. Ya queda poco para San Valentín. —Se lava las manos y extiende el papel de aluminio. El vapor inunda la sala.

Makoto coge uno de los pedazos y se lo lleva a la boca.

—Está caliente —murmura como si no supiera bien cómo

actuar. Tiene el pelo revuelto, la barba de tres días.

—Pensaba que no te gustaban estas sorpresas, pero hasta ahora nunca te he molestado. —Rika alarga la mano para coger otro trozo.

—Es la primera vez que como un bizcocho recién hecho. —El aliento de Makoto es dulce, cálido. Huele a mantequilla—. No, en realidad no es la primera vez. Comí uno en casa de un amigo cuando estaba en el colegio. Magdalenas en realidad. Las hizo su madre. Era un sabor desconocido para mí, estaban calientes. Me emocioné. Cuando mi madre volvió de trabajar, le pedí que me hiciera y puso cara triste. En ese momento decidí que nunca más se lo pediría. Este bizcocho tiene el mismo olor que aquella magdalena. Es un olor fresco, un poco agridulce.

—Eso es por la ralladura de limón. Es solo sabor a limón, no es sabor a «madre». Tu madre no tenía tiempo, y este tipo de cosas solo se pueden hacer si tienes tiempo. No se trata de amor, solo de tiempo. Hasta que no haces uno no llegas a entenderlo.

Si ella ha podido hacer un bizcocho en un tiempo relativamente breve ha sido porque se ha decidido rápido, no ha dudado. De haber vacilado cuando Shinoi le ofreció su cocina, no lo habría logrado. Le gustaría ser más resuelta a partir de ahora, como hoy, sacar tiempo para hacer un *quatre-quarts* antes de que acabe el día. El muro del que habla Manako Kajii se refiere a este tipo de cosas.

—¿Por qué no vienes un día y te presento a mi madre? Creo que congeniaréis enseguida —le propone Rika.

Hace tiempo que no hacía algo así. ¿Y si en algún momento descubre que la noche de hotel y esta tarta guardan relación con Manako Kajii? ¿Se sentirá herido?

—¿Por qué desapareciste así la última vez?

Rika tarda un tiempo en comprender a qué se refiere. Ya se ha comido dos pedazos.

Cuando volvió a la habitación después de comerse el *ramen*, estaba completamente helada. Se durmió enseguida porque tenía el estómago lleno, porque la cama estaba caliente y el olor de Makoto la alivió. Cuando se despertó por la mañana, él se había marchado.

Había dejado una nota junto a la cama. Ella pensaba que no se había dado cuenta de nada.

—Me dio hambre y me entraron unas ganas horribles de comer un cuenco de *ramen*. No me pude resistir.

—¡Te has vuelto una comilona! —En su voz se aprecia cierta perplejidad, pero también dulzura, cariño—. No te vayas sin decirme nada. Me preocupo. —La agarra de las muñecas y tira de ella con suavidad para besarla.

Rika se acuerda de que aquella noche no se besaron. El sonido del roce de sus labios ásperos la divierte. La amargura del limón y el aroma de la mantequilla se ha quedado adherida a sus respectivas lenguas.

Cae la primera nieve del año sobre Tokio y cuando Rika llega a la cárcel tiene las puntas de los zapatos mojadas. Los copos se entremezclan con el granizo y no parece que vaya a cuajar. De todos modos, debería sacar las botas de goma del armario en cuanto vuelva a casa. Escucha a Manako Kajii, pero su mente se concentra en los dedos de los pies mojados debajo de las medias. Ella lleva una camisa y un jersey de canalé, el cuerpo completamente oculto a pesar de que siempre muestra algo. Tiene la nariz roja.

—La madre de tu novio es como la mía, siempre ocupada con sus cosas, desatendiendo a su familia, sin tiempo para dar el cariño necesario a sus hijos. Eso mismo es lo que hay detrás de ese asesinato de Shinonome. Si ha ocurrido es porque la madre de ese niño trabajaba demasiado para cumplir consigo misma sin importarle que estuviera siempre solo.

—La gente no solo trabaja para cumplir consigo misma. Esa mujer se ha visto obligada a trabajar tanto por la situación económica.

—Sea como sea, no hay por qué sacrificar a los niños. Tu madre y la de tu novio, por ejemplo, habrán ido a una de esas fiestas de solteros. Podían haberse casado de nuevo. ¿Acaso pueden hacerse cargo de todo ellas solas? A mí me parece que esa clase de

mujeres están demasiado embelesadas consigo mismas. Lo afirmo con toda rotundidad: una persona que crece sin probar nunca el sabor de un pastel recién hecho va a ser un infeliz sin remedio.

—¿Y tú por qué lo conociste? Tu madre no hacía pasteles, ¿verdad?

—Por mi padre. Siempre le gustó la cocina, y mientras yo estaba en el colegio él hacía pasteles con mi hermana pequeña. Mi abuela paterna también hacía a menudo dónuts caseros y esos dulces tradicionales con mermelada de judía, *ohagi*. Era una mujer muy familiar, muy guapa, respetaba mucho a los hombres. Siempre he querido ser como ella.

—Aunque tu madre no haga pasteles o bizcochos hay muchas formas de probar el sabor de uno recién hecho, ¿no te parece? Es mi caso. Yo lo he probado por primera vez después de hacerlo yo con mis propias manos. Es una cuestión de tiempo, repito. La cocina y el amor son cosas distintas, no tienen por qué estar relacionadas. Más bien al contrario. Los hombres que han tenido relación contigo, por ejemplo, han acabado mal por culpa de la cocina.

Kajii no da muestras de tener el más mínimo interés por lo que dice Rika y se dedica a examinar las manchas de la pared. Como no sirve de nada seguir por ese camino, decide cambiar de asunto.

—¿Aún deseas tener hijos?

Los ojos de su interlocutora adquieren una vivacidad y un brillo inesperados.

—Por supuesto. Traer al mundo a una criatura concebida por tu hombre, criarla, cocinar cosas deliciosas para ella... No hay mayor felicidad para las mujeres. Es una contribución enorme a la sociedad.

«¿No opina Reiko algo similar?», se pregunta Rika. Tener hijos para ellas parece una manera de despedirse del pasado, de dejar atrás una niñez ingrata para revivirla en otros términos, un intento de cambiar la realidad ellas solas. Kajii aún no se ha resignado a pesar de encontrarse en un lugar como este. Sus planteamientos pueden sonar muy conservadores, pero a decir

verdad no espera gran cosa de los hombres.

—Si hacemos la entrevista, me gustaría hablar de mi niñez. Antes deberías conocer mi ciudad natal, ¿no crees?

Rika ya había pensado en ello, por supuesto. Desde que empezó a trabajar en la revista solo se ha cogido unos días de vacaciones para asistir al funeral de su abuela. Ahora, sin embargo, tiene al alcance de la mano la posibilidad de obtener una entrevista en exclusiva, y tal vez su jefe le dé unos días libres. El distrito de Yasuda en la ciudad de Agano. Un lugar tranquilo a cuarenta minutos de la estación central de la ciudad de Niigata cuya principal actividad económica son las vacas lecheras. Allí está la fábrica de una marca muy conocida de yogur.

—¿Por qué no vas a visitar la casa de mis padres?

Rika no imaginaba que sería la propia Kajii quien se lo propusiera. Pensaba que iría en algún momento, pero por iniciativa propia.

—Mi madre y mi hermana pequeña aún viven allí. Mi madre no se encuentra muy bien últimamente y no sale mucho. Es muy reticente a los medios de comunicación, pero mi hermana es mi aliada. Ya les he hablado de ti, y seguro que te reciben. Te daré su contacto. Avísalas cuando vayas.

Rika cree recordar que la hermana pequeña de Kajii se separó de su marido después de lo ocurrido y volvió enseguida a su ciudad natal. Le sorprende que se lleven bien a pesar del vuelco que ha dado su vida por culpa de su hermana mayor.

—Pensaba que habías roto todos los lazos con tu ciudad natal. Se me ocurrió la última vez que comí *ramen*.

—En tu forma de pensar y en tu forma de hacer las cosas siempre hay un gran sufrimiento. «Romper los lazos.» Pareces vivir una batalla diaria. Solo se trata de un simple cuenco de *ramen*, nada más. Vuelvo a decírtelo porque da la impresión de que no lo entiendes por mucho que te lo repita. Mi vida no ha sido tan dura ni he andado siempre por ahí con los dientes apretados como pareces pensar. Todo lo contrario. Ha sido divertida, despreocupada, flotante. He estado sola, me he ocupado de mis amantes, he comido lo que he querido, nunca he necesitado amigas

pesadas para ir a balnearios y contarnos nuestras penas.

Por unos instantes Rika siente como si le embaucara su manera pausada de hablar. Piensa en todos los detalles, en la calle Yasukuni de madrugada vista desde el restaurante de *ramen*, en la noche en que preparó el bizcocho deprisa y corriendo, en la considerable cantidad de energía que la obliga a gastar. De hecho, aún tiene agujetas en los brazos.

Una mujer rolliza a la que le gusta comer y cocinar. Solo eso basta para que la mayoría de los hombres se imaginen a una mujer tranquila, casera, familiar. Dan por hecho que no puede haber ninguna cualidad en ella que los supere. ¿Es eso cierto?

Rika empieza a entender. Un gourmet es, en esencia, una persona que busca la verdad. Por mucho que se envuelvan con una elegante palabra francesa, no dejan de ser personas que se enfrentan día tras día a sus deseos, a grandes desafíos y notables descubrimientos. Cocinar para ellos es cortarle el paso al mundo exterior, levantar un muro de espiritualidad. Desafían a los alimentos armados con fuego, con cuchillos. Los dominan, les dan la forma que quieren. Siempre que Rika lee el blog de Kajii descubre cosas nuevas: un exceso de estoicismo, por ejemplo. Solo come las cosas que quiere comer, cosas buenas. Es el modo de comprometerse con sus propios deseos.

Las madres sufren a la hora de cocinar y hacer el menú de todos los días porque piensan en su familia, no en las cosas que realmente querrían comer ellas. Kajii empezó a pensar en determinado momento en las cosas que a ella le apetecía comer, en cuándo quería hacerlo. Le daban igual las preferencias o la condición física de los hombres con quienes se relacionaba, y por eso su cocina era tan sabrosa, tan calórica, casi hasta un extremo diabólico. Descubrió la diversión de cocinar y no le importaba en absoluto seguir sin parar. Si preparaba un *boeuf bourguignon* y no un simple curry o un estofado de carne para esos hombres solteros sin paladar que ansiaban casarse con ella, lo hacía solo porque ella quería comerlo. No por otra cosa.

Sus víctimas no se dieron cuenta de lo que ocurría. Interpretaban el hecho de que cocinara para ellos como un acto de

amor, comían dejándose llevar por la felicidad. ¿Con Makoto pasa algo parecido? El ofrecimiento del plato de pasta lo interpretó como una demostración de amor, una insinuación velada de matrimonio, de ahí su reticencia. Pero estaba equivocado. Rika preparó la pasta para ella, y por eso estaba tan buena.

Kajii habla ahora en un tono de voz más suave que nunca.

—No he querido nunca a mi madre, pero siempre me he llevado bien con mi hermana pequeña. Desde que nació ha sido incapaz de hacer nada si no estaba yo. En mi ciudad natal abundan los productos de primera calidad. Me gustaría que fueses allí y probases de todo. Si es posible, me gustaría pedirte que visitases la tumba de mi padre, porque estoy segura de que está sepultada bajo la nieve...

Inesperadamente fluye una corriente cálida entre ellas, y en las palabras de Kajii se aprecia por primera vez la honestidad, como si se desnudase.

—Si vas allí, seguro que entenderás por qué me gusta tanto la mantequilla. Tienes que abrigarte. En Niigata en el mes de febrero hace un frío horrible. Es imposible hacerse una idea si vienes de un lugar como Tokio, donde se organiza el gran desastre en cuanto caen dos copos de nieve.

La acusada de homicidio empeñada en mandarla a su «país de la nieve» en pleno mes de febrero le sonríe cariñosa como una madre.

VII

Si quisiera, podría partirlo en dos con las manos sin ningún esfuerzo, como si fuese un merengue ligeramente tostado por la parte de arriba. Es un tobillo frágil que recuerda a uno de esos pasteles con forma de ganso salvaje de los que hablaba *El tren nocturno de la vía láctea*.[1]

Un Max-Toki-341 de dos pisos. Rika está sentada en el asiento de la ventana en el piso inferior del *shinkansen* y el andén de la estación le queda justo a la altura de los ojos. Observa atenta las piernas delgadas de un cuerpo sin rostro al otro lado del cristal, a unos diez centímetros de distancia. Los tobillos finos protegidos por unas medias tupidas y las bailarinas se mueven a derecha e izquierda sin parar. Esa mujer en un plano superior al de Rika debe de estar dudando de adónde dirigirse con el billete en la mano. Trata de imaginar el cuerpo y la cara que sostienen esas piernas. Le gustaría rodear esos tobillos con los dedos para medir su diámetro y compararlos con los suyos, sin duda mucho más gruesos. La mujer ha debido de encontrar finalmente su puerta de acceso al tren, porque los frágiles tobillos desaparecen de su vista. Se despide de ellos con pesar.

Contempla el extremo inferior de sus piernas protegidas por unos recios vaqueros y se ríe con amargura. Las advertencias de Kajii y la previsión meteorológica para Niigata la han decidido a calzarse unas botas de agua que casi le llegan hasta las rodillas. Como sus piernas son anchas, el resultado final la hace parecer un hombre robusto.

No ha hablado con sus compañeros de la revista del verdadero objetivo de su viaje de tres días a Niigata, pero el jefe de redacción y el de sección lo han autorizado. En cuanto les ha dicho que Manako Kajii había aceptado una entrevista en exclusiva, se

han mostrado muy colaborativos y han decidido correr con todos los gastos.

«Enhorabuena, Machida —le ha dicho su jefe—. Tengo la intuición de que va a ser nuestra oportunidad de atraer al público femenino que se nos resiste. Te has ganado la confianza de Kajii, enhorabuena. Aún tienes que llegar al fondo del asunto, pero al menos ahora entiendo por qué has engordado estos meses. Admiro tu determinación y tu fuerza de voluntad.»

Más que halagarla, sus palabras la han ofendido, pero, después de todo, será él quien firme el artículo con el material que le proporcione Rika. Debería estarle agradecida por valorar su entrega, su esfuerzo por descubrir la verdad sin dejarse llevar por rumores y presunciones.

Abre una lata de whisky con agua y experimenta una sensación de libertad como no vivía desde hacía mucho tiempo. Mañana por la mañana irá a casa de los padres de Kajii en la ciudad de Agano y hasta entonces dispone de tiempo libre. El simple hecho de estar sola durante más de dos horas sin hacer nada basta para que su horizonte existencial se expanda. El tren de alta velocidad con destino a Niigata empieza a moverse lentamente. Confirma que en el asiento de atrás no hay nadie, reclina el respaldo y contempla al otro lado de la ventana los edificios azulados de Tokio alejarse poco a poco.

—Siento haberte hecho esperar.

A Rika le da un vuelco el corazón cuando ve las pantorrillas de Reiko, las medias tupidas y las bailarinas. En ese momento comprende que la dueña de esos tobillos que miraba fascinada no era otra que ella. Lleva un voluminoso equipaje, algo raro en ella, acostumbrada como estaba a viajar ligera cuando trabajaba en la productora de cine. Una maleta con ruedas y un bolso colgado del hombro derecho. Tiene un aspecto inocente. Apenas se ha maquillado y oculta su rostro tras una bufanda de cuadros.

—¿Te molesto?

—¿Cómo me vas a molestar? Me alegro de verte.

—¿Cuánto hacía que no nos veíamos? —Reiko se quita la bufanda y el abrigo. Su ropa desprende un vago aroma a

suavizante, algo impensable en las personas con las que normalmente se relaciona Rika.

—Bastante. Está nevando, mira. ¿No vas poco abrigada? —Rika cuida mucho sus palabras para no dar la impresión de que en realidad sí le molesta.

—No te preocupes. Soy de Kanazawa. He traído calzado cómodo para andar y aguanto el frío mucho mejor que tú. He metido un montón de ropa en la maleta, tranquila.

Reiko deja la maleta y el bolso en el portaequipajes y se sienta al lado de su amiga. Echa un vistazo a su alrededor. Hay cuatro mujeres maduras sentadas frente a una mesa y algún que otro hombre en viaje de negocios. Rika no puede evitar comparar sus piernas con las de Reiko. Así juntas parecen, en efecto, las de un hombre y una mujer. Será porque ella ha engordado, pero el cuerpo de Reiko le parece tan frágil, su piel tan transparente que le resulta inquietante. El jersey azul que lleva parece engancharse en muchos sitios por culpa de tanto hueso. Transmite una sensación de inseguridad, como si tan solo fuera una adolescente con sus quince años recién cumplidos.

Anoche le mandó un mensaje para decirle que se iba de viaje a Niigata por el asunto de Manako Kajii y que le traería algún regalo. Vio que lo había leído enseguida y en solo un instante le llegaron de vuelta varios seguidos:

> Quiero ir contigo.
> ¿A qué hora sale tu tren?
> Dime tu número de asiento
> y el nombre del hotel.
> Cambiaré la reserva por una habitación doble.

Rika aún no entiende por qué le dio todos los detalles de su viaje. Ir juntas a Niigata le resultaba un verdadero incordio, por supuesto, pero los mensajes dejaron de llegar y ella tampoco se atrevió a decirle que prefería ir sola. Pensó que tal vez se trataba de una broma y ahora, sin embargo, está con ella y es como si fuera un personaje salido de un sueño. No solo por su aspecto frágil, sino porque tiene la sensación de que si alarga la mano ni

siquiera podrá tocarla.

—¿A Ryōsuke no le importa?

—No. Le he dicho que íbamos juntas de viaje y me ha dicho que disfrute. ¡Ah! Por si acaso, anoche me hice unas tarjetas de visita.

Rika se sorprende con la sencilla tarjeta de visita que le pone delante.

—¿Qué es esto? ¿Cómo que fotógrafa *freelance*?

—Haré fotos, y así puedo ir contigo a casa de los padres de Kajii.

—Debes de estar de broma, ¿no?

Es lo que espera Rika, pero su amiga habla en serio.

—Tengo una cámara casi profesional de cuando trabajaba en la productora. Si prefieres ir sola, visitaré Niigata. Pero ¿puedo ir contigo?

—Pues no sé qué decir... No le he dicho nada a mi jefe ni a la hermana pequeña de Kajii.

—Escúchame. Te lo voy a decir con toda claridad: si sigues así, la cosa no va a funcionar. Por mucho que consigas esa entrevista, solo lograrás confirmar una vez más lo que ya se ha publicado sobre Manako Kajii. A lo mejor llama la atención en un primer momento, pero no vas a conseguir llegar hasta donde tú quieres.

Tokio, la ciudad donde ha nacido y crecido Rika, se aleja cada vez más al otro lado de la ventana. De pronto nota como si la luz fluorescente en el techo del vagón luciera aún más blanca e intensa.

—Estás demasiado cegada con Manako Kajii. Solo ves las cosas que ella quiere que veas. Deberías buscar la verdad desde una perspectiva distinta a la suya, indagar más allá, sacar a la luz sus sentimientos reales, sus motivaciones, todo eso que se niega a revelar.

Rika aparenta escucharla como si nada, pero en su interior se impacienta, se enfada. No porque le hable así, sino por sí misma, porque se da cuenta de que lo que le dice es cierto.

—¿Ya has pensado dónde vamos a cenar? Llegamos a las

nueve, ¿no? Podemos ir a un restaurante que he encontrado. Está en la estación y parece que la especialidad es la comida tradicional de Niigata y sirven ese famoso sake del norte. Hace mucho frío y es mejor no andar por ahí de noche sin saber dónde ir.

Reiko lo decide todo. Rika se limita a seguirla. Así ha sido desde los tiempos de la universidad. Lo que no puede negar es que cuando camina detrás de ella siempre acaba descubriendo paisajes inesperados que ella sola nunca encontraría.

—¿Estará en la lista de Kajii? El restaurante, quiero decir.

—¿Qué lista es esa? Enséñamela.

Rika saca un papel de la agenda y Reiko se lo quita de las manos.

Los recuerdos de Manako Kajii de Niigata terminan a los dieciocho años, cuando se marchó a Tokio. Rika ha investigado por internet y ha descubierto que alguno de los lugares que le ha recomendado ya están cerrados. Sea como sea, se ha propuesto probar de todo: el praliné que comen en Niigata en las ocasiones especiales, un pan con pasas y crema de mantequilla, gelatina de peras Le Lectier, mantequilla de Sado, sake de la marca Kenshin (el preferido de su padre, al parecer), gofres de mantequilla de la cafetería de la famosa fábrica de yogur, el arroz con filete de cerdo típico del barrio de Furumachi y también el arroz cocido al modo tradicional. Mientras estudian la lista y la guía turística, se acercan poco a poco al país de la nieve. Su conversación de hace un rato sobre cómo orientar el asunto de Kajii se ha interrumpido sin llegar a ninguna conclusión.

Rika vuelve a mirar por la ventana y, bajo el manto de oscuridad, descubre campos y montañas completamente cubiertos de nieve. Reina un silencio azul pálido, una especie de resplandor sin fin. La contemplación de ese paisaje en apariencia deshabitado le causa una honda impresión.

En cuanto ponen el pie en el solitario andén les llega un suave aroma a tierra mojada y agua dulce. Rika nota enseguida un intenso dolor en las vías respiratorias y su mente se bloquea. Es un frío completamente distinto al de Tokio, como si la humedad la invitase al sueño, a abandonarse a una agradable sensación. Piensa

que, aunque se le resquebrajara la piel y llegase a sangrar, lo más seguro es que ni siquiera se diese cuenta. Los párpados, el cuero cabelludo, todas las partes de su cuerpo expuestas al frío pierden la sensibilidad en un instante.

—Menos mal que el restaurante está dentro de la estación. Gracias por pensar en eso.

Incluso le cuesta trabajo pronunciar como es debido. Suben las escaleras mecánicas como si escapasen de allí. Las tiendas de la estación están cerradas a cal y canto, y un conjunto escultórico con tres mujeres desnudas da una impresión de tristeza. En la placa explica que se trata de tres diosas y que existe una copia en la ciudad de Agano. Hay llamativos anuncios de sake y arroz envuelto en hojas de bambú. Después de atravesar el torniquete de la salida, suben una larga escalera mecánica al final de la cual está el restaurante.

Dan su nombre y una camarera vestida al modo tradicional las acompaña a una mesa separada de la sala por un biombo. El interior del restaurante está en penumbra. En la parte central hay un arreglo floral de gramíneas tenuemente iluminado y las paredes están cubiertas de estanterías con incontables botellas de sake. Rika pide sake. Reiko, arroz con huevas de salmón y una variedad de platos locales para compartir. Brindan. Rika con sake caliente y Reiko con una taza de té. La textura del sake sorprende a Rika y nota un agradable calor en la garganta. Les sirven un surtido de *sashimi* a base de pescado local con la piel ligeramente tostada. Un único pedazo basta para sorprenderlas por su textura delicada y su sabor un tanto dulce.

A Rika le sirven un cuenco de arroz que recuerda a una montaña inundada de luces resplandecientes. Agarra los palillos y se lleva a la boca despacio ese arroz traslúcido. Reiko se come el suyo envuelto en un alga negra. Los ojos de ambas se entornan. Cada uno de los granos parece tener vida propia, como si se levantasen sobre la lengua. No solo es el aroma, es como si se esforzasen también por transmitir su diminuta forma. Sus mejillas se relajan y en los recovecos de sus cuerpos se ponen en funcionamiento no se sabe qué engranajes dispuestos a atrapar

todos los matices. De sus estómagos brota un calor suave. Rika come despacio, saborea el arroz con encurtido de calabaza, huevas rosas de bacalao y ciruela con sal.

—No hay duda de que el arroz es el fundamento para los japoneses —murmura Reiko.

—A mí me dan envidia esas personas a las que no les hacen falta hidratos de carbono cuando beben alcohol. A mí no me pasa, desde luego. Disculpe —llama a la camarera—, ¿podría traerme otro cuenco de arroz?

—Comes mucho más que antes. —Reiko apenas ha tocado su cuenco.

—He engordado. Peso cincuenta y seis kilos. Hace frío y me da pereza hacer ejercicio. Por si todo eso no bastara, sí, como más de la cuenta.

Lo dice en un tono jocoso, pero Reiko no puede evitar la sorpresa. La camarera les sirve *noppe*, una sopa tradicional de Niigata a base de tubérculos y pasta de pescado decorada con huevas de salmón. Tiene un sabor solemne. Rika suspira al notar cómo la tensión provocada por el frío desaparece poco a poco.

—Hace tiempo me hablaste de la moderación, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. Sobre las cantidades para cocinar, ¿verdad?

—Cada vez que descubro un nuevo sabor me vuelvo más indulgente conmigo misma. La moderación me queda lejos todavía. Últimamente hace mucho frío y, si no me voy a dormir nada más llegar a casa, tengo la sensación de que no voy a ser capaz de controlarme.

Reiko la mira con aire distraído. Rika se ríe amargamente al ver su cara atónita, pero su amiga adopta un tono más reservado.

—Envidio esa confianza en ti misma. Tal vez la moderación tenga algo que ver con eso. No quiero entrometerme, pero con tu altura te puedes permitir llegar a los sesenta kilos.

El sake se le atraganta y toma un camino equivocado.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Es algo así como una indulgencia?

—¡Ja, ja, ja! Deberías leer la página de la asociación médica de Japón. Pero es verdad, es absurda esa obsesión con la delgadez de los japoneses. Es como si... —Reiko clava los ojos en el arroz.

A Rika las huevas de salmón se le antojan cristales de roca. Cada uno de esos huevitos refleja un montón de pequeñas Reikos en su interior.

—Es igual de irritante cruzarse con alguien que va por libre —continúa Reiko— que con alguien que pretende controlarte. Si he dicho algo que te haga pensar que debes ponerte a dieta, lo siento. No sé cómo decírtelo, pero me inquieta ver cómo maduras, cómo te transformas en una mujer más suave, más calmada. Me da vergüenza decírtelo, pero tengo la sensación de que cada vez te alejas más del príncipe que eras para mí y que tanto me gustaba.

A Rika le sorprenden su comentario, su actitud, sus orejas rojas.

—A ti siempre te ha gustado comer y siempre estás igual de delgada. Es admirable. ¿Es cosa de tu constitución?

—¿Qué dices? Cuando era adolescente estaba muy gorda. Estudié mucho sobre alimentación y me acostumbré a ingerir solo las calorías que iba a necesitar a lo largo del día.

Rika no lo sabía. Le resulta imposible imaginársela en un cuerpo rollizo.

—De verdad es admirable, pero últimamente me preocupa verte cada vez más delgada. Es como si volvieses a ser una niña.

A Rika le preocupa haber sido demasiado brusca, pero Reiko adopta un gesto encantador.

—La verdad es que como sin más. Si no engordo, será por la edad o porque solo como cosas sanas para quedarme embarazada. No bebo alcohol, café ni cosas así. Me encuentro bien.

El calamar seco y salado potencia aún más el aroma y la dulzura del arroz. Rika se lo termina en un abrir y cerrar de ojos sin la más mínima dificultad. Después deja los palillos a un lado.

—Estaba pensando en lo que me has dicho hace un rato en el tren. Tienes razón. Yo también me he dado cuenta. Cuando estoy con Manako Kajii, cuando trato algún asunto relacionado con ella, es como si me convirtiera en una prolongación suya. Es lamentable reconocerlo, pero solo veo las cosas que ella quiere mostrarme. Soy incapaz de salir de ese círculo vicioso.

Le alivia admitirlo. Se abstiene de pedir un tercer cuenco de

arroz, aunque sería capaz de comérselo.

—Una mujer así solo busca cómo manipular a la gente.

Reiko se acerca el plato de tortilla y se ríe. La forma de sus labios parece insinuar una pizca de ironía y otra de tristeza. Su mirada se pierde en el infinito, como si eligiera las palabras con sumo cuidado.

—Si solo ve lo que quiere eso significa que no ve nada más. ¿Me equivoco? ¿No es eso una muestra de debilidad, de falta de confianza en sí misma? ¿No será que tú eres más fuerte que ella?

Rika mira fijamente a su amiga. Desde que subió al tren no ha dejado de sentir extrañeza. Tal vez no es una mujer normal, sino una especie de santa o algo por el estilo.

—Es como si la entendieses mejor que yo a pesar de no haberla visto.

Reiko parece a punto de decir algo, pero al final renuncia y coge la carta de sake. Rika mira el móvil. Tiene un mensaje de Makoto:

No te enfríes. Abrígate bien. Llámame luego.

El mensaje no le provoca ninguna reacción especial. Ya contestará más tarde.

De postre les sirven una gelatina de pera con un intenso aroma que se deshace en la boca. Piden la cuenta y se marchan. Al fin dan sus primeros pasos por la ciudad de Niigata, donde hace unos días ha caído una gran nevada. A un lado de la rotonda de la estación, junto a la parada de autobuses, se amontona la nieve ennegrecida. El cielo está completamente oscuro, más alto de lo normal. Se supone que la comida les había calentado el cuerpo, pero la sangre se les congela en un instante. Llegan al hotel después de caminar un buen trecho sobre el asfalto mojado. Las luces de los restaurantes se reflejan en la nieve y acaban proyectándose hacia el cielo como si fueran reflectores.

Reiko se hace cargo del registro en el hotel y, en cuanto termina, suben al ascensor tiritando de frío. Nada más entrar en la habitación de la quinta planta, va directa al baño, limpia la bañera

con el cabezal de la ducha y abre del todo el grifo del agua caliente. Ni siquiera se ha tomado la molestia de echar un vistazo. Hay dos camas separadas por una mesilla, una nevera pequeña y una mesa pegada a la pared. Es una habitación de hotel ordinaria, sin nada destacado al margen de su amplitud. La moqueta de color verde tiene marcadas huellas de pisadas y por alguna razón a Rika la hacen sentir bien. Oye de fondo el sonido del agua. Confirma que hay conexión a internet. Reiko le dice que se bañe ella primero, pero ella prefiere esperar.

El agua tiene un tacto suave, como si le acariciase la piel. Desde la estación hasta el hotel apenas se tarda unos minutos, lo suficiente para haberse congelado hasta el tuétano, y por eso no puede reprimir un sonoro «¡aaah!» al contacto con el agua caliente. Reiko se lava los dientes con un cepillo eléctrico al otro lado de la cortina.

—Qué agua más suave. Tiene fama de ser muy buena, como el sake y el arroz.

Le llega una voz amortiguada desde el otro lado.

—No tires el agua —dice Reiko—. Déjala y cierra la puerta del baño cuando termines.

Rika sale del baño con una toalla en la cabeza. Reiko lee un libro en la cama. Lleva un pijama de franela y enseguida levanta los ojos de la página.

—He pedido un humidificador.

Hay un aparato junto a la cama que expulsa un humo completamente blanco. La temperatura de la habitación es agradable, el grado de humedad justo. El hecho de que el pelo de ambas huela al mismo champú la relaja. Enciende la luz de la mesa y saca de la mochila el ordenador portátil. El espejo frente a ella refleja la cara de niña de Reiko.

—Voy a trabajar un poco. Duérmete cuando quieras. ¿Te molesta la luz?

—No. Soy yo quien te molesta a ti habiendo venido contigo.

Rika baja un poco la intensidad de la luz y se pone a teclear. No tarda en oír de nuevo la vocecilla insegura de Reiko.

—Ryōsuke y yo... emm... hace tiempo que no lo hacemos.

Rika agradece no tener que mirarle a la cara e intenta no mirar tampoco al espejo.

—¿Habéis discutido por culpa del tratamiento? —le pregunta con cierta reserva.

—No es algo de ahora, viene de lejos.

«¿Por qué no me sorprende saberlo?» Tenía la certeza de que pasaba algo. Quizás desde la última vez que estuvo en su casa. O no. Puede que antes de eso incluso. Tal vez lo sabía desde mucho antes de que ellos dos se conocieran. Reiko habla de nuevo y parece como si algo la desbordase.

—Hasta hace dos años, cuando dejé el trabajo, nos lo tomábamos muy en serio, pero cuando lo abandoné todo con la idea de quedarme embarazada quizás lo presioné demasiado. Ya no sirve de nada ir al médico ni la medicina china. Pensaba que si yo me esforzaba, él me seguiría, pero cuanto más entusiasmo he puesto, él... Me he engañado pensando que teníamos una relación sexual, pensaba que así terminaría materializándose. No soy quién para reírme de Manako Kajii y de su manía de mentir. Ryōsuke lleva una carga muy pesada sobre sus hombros, y por eso nuestra relación ha dejado de funcionar. No sé. De pronto todo me parece absurdo y he renunciado. Ya ni siquiera voy a la clínica de Suidōbashi.

Rika solo es capaz de responder con un murmullo, como si la compasión que siente por su amiga no sirviera más que para dañarla.

—Desde que dejé el trabajo le pesa demasiado mi obsesión por tener hijos. Hemos hablado mucho de ello, por supuesto. A lo mejor crees que lo que falla es la comunicación, pero no es ese el problema. No es un ser horrible, ni un maltratador. Más bien se trata de que me estoy volviendo loca. Por lo demás nos llevamos bien. No te miento, aunque no tengo modo de demostrarlo. —Se ríe con disimulo. Su respiración, por el contrario, suena a llanto. El tono de su voz cada vez es más bajo—. No me gusta hablar de estas cosas, siempre se me ha dado mal. De seducir o aceptar a los hombres, quiero decir. De hecho, Ryōsuke es el único hombre con el que puedo hablar sin ponerme tensa. Esa Manako Kajii es

increíble, porque yo me siento incapaz de excitar a mi propio marido. No entiendo cómo ha podido levantar tantas pasiones entre los hombres...

Reiko siempre se ha distinguido por rechazar las normas, pero ha terminado sometiéndose a ellas. Rika siente como si el techo de la habitación estuviera más bajo de lo que estaba apenas hace un instante. Alguien como ella, capaz de cuidar de sí misma, de mirar siempre hacia delante, actúa ahora como si estuviera atrapada.

—Tenías razón —dice Reiko—. No debería haber dejado el trabajo con tanta ligereza. Me gustaba, pero estaba impaciente y no quise hace caso a nadie. Fue una estupidez, la verdad.

Se echa a llorar. Rika lo sabe aunque no la vea. Son lágrimas silenciosas, como copos de nieve que nunca llega a cuajar.

—No me queda tiempo. Envejezco y soy incapaz de cambiar nada. A lo mejor le cae cadena perpetua a Manako Kajii y, a pesar de todo, no renuncia a casarse, a tener hijos. ¿Cómo puede ser tan optimista? Mírame a mí, toda impaciente. Siento haber venido casi a la fuerza. No quería esperar a Ryōsuke en esa casa, pero tampoco quería molestarte. Mañana me quedaré en el hotel, no te preocupes.

—Escúchame...

«¿Por qué me da tanto miedo tocarla?», se pregunta Rika. Sabe que no quiere perderla. Al final se levanta, se acerca a su cama y la abraza por encima del edredón. Al hundir la cara en su pelo nota el intenso perfume de mujer y todo lo que acaba de decirle se le antoja una invención.

—Gracias por pedir el humidificador. Gracias por poner la bañera. Si hubiera venido sola, lo más seguro es que a estas horas estaría congelada y medio enferma. Tenerte cerca todos los días es un motivo de felicidad.

Reiko tiene un cuerpo tan frágil que parece incapacitado para traer una vida a este mundo. Rika nota su respiración a través del edredón y permanecen abrazadas durante un tiempo hasta que ella gime:

—Realmente pesas mucho.

Se ríen de la crueldad de Reiko.

Cuando Rika despierta a la mañana siguiente en la habitación, está sola. En la mesilla hay una nota. «He ido a desayunar. Reiko.» Se arregla el pelo, se maquilla ligeramente y se sienta en la taza del váter mientras se lava los dientes. Mira por encima las noticias en internet y comprueba los mensajes. Kitamura le escribe: «Me gustaría consultarte algo». Es muy raro en él, pero decide leer el resto más tarde. Hace una llamada y sale de la habitación.

Reiko está tomándose un café en el comedor de la primera planta. Es la única mujer entre un buen número de hombres en viaje de negocios. Se ha maquillado poco. Los hombres la miran a hurtadillas mientras se bebe el café y Rika se siente orgullosa de su amiga. Sirven un desayuno tipo buffet por 1.200 yenes. Nada del otro mundo. Lo que sí sorprende es la gran variedad de aderezos para el arroz. El arroz brilla en el interior de la arrocera bajo la luz de la mañana. Se sienta frente a Reiko y el aroma y dulzor de la comida le provocan un temblor que le recorre la espalda entera. La tortilla está demasiado azucarada, muy tostada. Se levanta para ir a por algo más.

—Escúchame, Reiko. Quiero que vengas conmigo. He llamado para confirmar si podía ir con una fotógrafa y no me han puesto pegas.

—Olvida todo lo que te dije ayer —contesta ella—. No sé qué me pasó.

—No. Contigo me doy cuenta de cosas que por mí misma soy incapaz. Te lo pido como periodista. Yo llevo este asunto, y si quiero una fotógrafa, no hay nada más que hablar.

Reiko asiente con una ligera inclinación de la cabeza. Sus ojos están un poco enrojecidos.

—Voy a por la cámara —dice precipitadamente. Se levanta y sale del comedor como si huyera.

Rika se termina el segundo cuenco de arroz y saca el móvil para pedir un taxi. La forma más sencilla de ir a Agano es en coche. Son unos cuarenta minutos de trayecto.

Poco después salen juntas del hotel. El taxista las espera de

pie en la entrada. Es un hombre de unos cincuenta años bien formado. Entre las grietas de las nubes se ve el cielo azul.

—No tenemos prisa. Vaya con cuidado, por favor. Podemos ir por la autopista.

—¿Están de visita? En esta época no hay nada que ver. Menos aún en Agano.

Rika le da la dirección y él las observa curioso por el espejo retrovisor. Al otro lado de la ventanilla se ve el asfalto mojado emparedado entre murallas de nieve.

—Ha nevado mucho. Parece increíble que las calles no estén cubiertas. —Rika cambia de tema tan pronto como puede.

—Por el centro de la calzada pasa una tubería para fundir la nieve.

Rika se acerca al cristal, pero no ve nada. El centro de la calzada está agujereado y por ahí brota el agua. Como no ha dormido bien, enseguida se queda adormilada.

—¿No es esa la escuela secundaria donde estudió Kajii? —pregunta Reiko.

La despierta el susurro de Reiko y, cuando mira por la ventana, comprueba como ha cambiado el paisaje con montañas cubiertas de nieve. Tiene la boca seca. Le duelen los hombros. El exterior resplandece bajo un cielo azul. La escuela ha quedado atrás. A lo lejos se ve una noria gigante y una montaña rusa de vías retorcidas.

—¿Es un parque de atracciones?

—Suntopia World —responde enseguida el taxista—. Cierra de diciembre a marzo.

Las casas que van quedando atrás tienen todas un almacén anexo. El entramado de madera que las decora y las pequeñas ventanas de las plantas superiores parecen reclamar su espacio en el paisaje nevado.

—En esta zona han renovado como viviendas muchos de esos viejos almacenes. Es como en esa historia de Osamu Tezuka, *Ayako*, ¿no creen?

Finalmente llegan a su destino. Es un barrio rodeado de campos que forman una especie de triángulo. Pide la factura. Casi

diez mil yenes.

—¡Uah! —grita Rika—. Esto no es frío, es una tortura. Se me van a congelar las venas.

Si se le cayesen las orejas y la nariz al suelo tampoco le extrañaría.

—¡Qué debiluchos sois los tokiotas! —Reiko se burla, pero tiene las mejillas encendidas y no para de castañetear los dientes.

Ese frío es completamente distinto al de anoche y no se puede comparar con el que experimentó durante su escapada nocturna en Shinjuku. Ahora entiende por qué a Kajii no le daba ninguna pereza dejar una cama caliente donde dormía su amante. Ese frío no significaba nada para ella.

La casa con la placa donde se lee «Kajii» debe de tener alrededor de ciento cincuenta metros cuadrados. En la entrada hay aparcado un viejo Toyota Prius. Rika contiene la respiración. Observa a su alrededor para que no se le escape un solo detalle. Es una casa de dos plantas pintada en un color pastel ligeramente amarillento, parecida a las del barrio de Reiko. En el mismo instante en el que le da por pensar que se les podría caer encima la nieve acumulada en el tejado, oye un ruido sordo a sus espaldas. En efecto, un montón de nieve se ha desprendido del tendido eléctrico. En un balcón hay unos peluches viejos mirando hacia la calle. Un enorme oso de color beis sonríe con sus ojos de botón.

—Es una casa normal y corriente, ¿no te parece? —le susurra Reiko al oído—. Me la imaginaba más grande, como una de esas de los almacenes.

Se quitan el abrigo y se lo cuelgan del antebrazo. Rika pulsa el timbre con los guantes aún puestos. La puerta no tarda en abrirse con cierta reserva. Aparece una mujer de aspecto más bien modesto y Rika se presenta.

—Yo soy Reiko Sayama, fotógrafa —dice Reiko después—. Disculpe las molestias. —Agacha la cabeza en un gesto muy forzado.

—Mucho gusto —responde la hermana de Kajii—. Gracias por venir a un lugar tan alejado como este.

Anna Shōji. La hermana pequeña de Kajii conserva su apellido

de casada. No se parecen en nada. Sus labios carecen de color, tiene los ojos hinchados. Es menuda, delgada. Solo recuerda a su hermana por la peculiar distancia que media entre la boca y la nariz, pero sus ojos conservan una expresión vivaz y sus pupilas reflejan claramente las siluetas de Rika y Reiko delante de ella. Tiene veintiocho años, según recuerda Rika. Lleva el pelo recogido en una coleta, un jersey color hueso y una falda negra de cuadros. Parece una universitaria vestida de uniforme. Tiene la piel suave, blanquísima, como su hermana mayor.

Las invita a pasar dentro. Se descalzan en la entrada y le dan los abrigos. No se aprecia en ella esa cautela tan habitual de las familias de un criminal cuando se enfrentan a los periodistas. Más bien al contrario. Sus gestos son los de una persona confiada.

Nada más entrar en el salón a Rika la invade un sentimiento de añoranza. El olor de la estufa de queroseno le recuerda a la capilla del instituto en pleno invierno. Hace calor. Además de la estufa, tienen suelo radiante. Es un salón amplio, pero produce una sensación de desorden. Hay un piano, una alfombra de pelo largo, mesa y sillas, una alacena, un sofá cubierto con una tela de ganchillo, una mesa baja de cristal y un televisor. En realidad no está desordenado, pero las revistas amontonadas, los peluches y las plantas conforman un ambiente opresor, como si a nadie en esa casa se le diera bien recoger y ordenar. Reiko es muy sensible a esas cosas. Tose ligeramente.

—Mi hermana habla a menudo de usted en sus cartas, y por eso tengo la sensación de que no es la primera vez que nos vemos. Últimamente no vienen periodistas por aquí.

Les ofrece sitio en la mesa, en unas sillas con cojines descoloridos cosidos al respaldo. Un mantel de plástico fino con un estampado de flores protege la madera. Alcanza una tetera grande y sirve el agua caliente en otra más pequeña.

—Siempre ha sido una mujer peculiar. En una ciudad tan pequeña como esta, mi hermana era una *rara avis*. Yo era la única capaz de estar con ella. —Habla en un tono serio, con un deje de orgullo—. Mi hermana no es esa persona que reflejan los medios. Siempre ha cuidado de los demás y, como es la mayor, no sabe

decir que no. Esos hombres estaban enamorados de ella, no lo dudo. Lo que debió de ocurrir es que ella no supo dejar las cosas claras, y por eso lo malinterpretaron todo. He llegado a pensar que fue alguna otra mujer celosa de ella quien acabó con ellos para cargarle toda la culpa.

Los pequeños orificios nasales de Anna se mueven cuando habla. Una vez superado el *shock* del frío de la calle, a Rika le parece que hace demasiado calor y le entra sueño, a pesar de la situación.

—Disculpe la pregunta. ¿Su madre...?

—Está tumbada arriba en su cuarto. La he avisado de que que venían, pero han pasado muchas cosas con los medios y no tiene ganas de bajar. Tiene lumbago y le cuesta moverse. Ahora está atendida porque estoy yo en casa, pero...

La madre debe de ser de la misma generación que la de Rika. Es una mujer locuaz y se ha hecho famosa por conceder un montón de entrevistas. No ha tenido reparos en hablar de la educación de su hija, en juzgar lo ocurrido e incluso en dejar traslucir un punto de orgullo a pesar de la situación. Rika le ha preguntado a un compañero que la entrevistó en su momento y le ha dicho que no se parece en nada a su hija mayor. Debe de ser la pequeña la que ha heredado el carácter y el físico de la madre.

Da la sensación de que el juego de té donde les sirve lleva mucho tiempo sin usarse. El fondo de las tazas está manchado quién sabe desde cuándo. Les ofrece unas galletas envueltas en celofán. Son unas galletas ordinarias, como las que se encuentran en cualquier supermercado de Tokio.

Nadie parece haber tocado el piano desde hace una eternidad. Está tapado con una tela de ganchillo y en la parte superior hay unas cuantas figuritas, algunas piezas de porcelana, un peluche y unas muñequitas de madera, todo en un desorden absoluto. La alfombra tiene un aspecto polvoriento y está llena de pelos. A pesar de todo, parecen imperar reglas estrictas, nada de negligencia. Si algo llegara a moverse de su sitio, sin duda alguien pondría el grito en el cielo.

Las plantas lucen un verde intenso, con sus nervaduras bien

visibles. Las hojas y los tallos trazan líneas y forman arcos. Se nota que alguien se hace cargo de ellas. A Rika le da la impresión de que rige algún tipo de orden por mucho que no llegue a entenderlo. Se fija en una puerta corredera con cristales esmerilados. ¿No estará la madre de Kajii al otro lado?

Encima del piano hay una foto grande. El grano del papel revela que tiene muchos años. Se ve a dos niñas, una más pequeña que otra. Llevan el mismo traje de esquí y construyen un iglú con un paisaje completamente cubierto de nieve de fondo. La niña mayor está rellenita. Mira a la cámara con aire tranquilo.

—¿Son usted y su hermana mayor?

—Sí. Mi hermana estaba en tercero de primaria. Yo tenía dos años. Ya por aquel entonces era ella quien llevaba el mando. —En su gesto se dibuja un rastro de añoranza y mira la foto.

—No quiero ser descortés, pero para ser una niña de tercero de primaria estaba muy desarrollada.

—Sí. Tuvo su primera regla más o menos por esa época, según recuerdo.

—¿Con nueve años?

Rika trata de acordarse de cuándo tuvo ella su primera regla, pero su memoria está cubierta por la bruma. Tan solo se acuerda de que pasaba el tiempo, sus caderas seguían siendo muy estrechas, tenía el pecho plano y ya había empezado la escuela secundaria. En cualquier caso, no se impacientaba. Más bien al contrario. Se alegraba de tener ese cuerpo de chico mientras todas sus compañeras se desarrollaban y se veían obligadas a soportar la pesadez de la menstruación.

Reiko saca la voluminosa cámara de la bolsa y pide permiso para hacer fotografías para el archivo, no para publicarlas, aclara. Enseguida dirige el objetivo hacia la imagen de las dos hermanas.

—Ya entonces mi madre y mi hermana no se llevaban bien. Mi madre no sabía cómo lidiar con ella, porque siempre ha tenido un ramalazo masculino. Le gustaba vestirnos de chicos, que actuásemos así. De ahí que esa feminidad tan marcada de mi hermana siempre le haya desconcertado. Todo lo que le decía le molestaba, pero no fue un problema mientras estuvo nuestro

padre. Ellos siempre se llevaron bien.

No se ve ninguna fotografía de los padres, como si tras la muerte de él hubieran hecho desaparecer las fotos del matrimonio.

—Ah, por cierto. Me lo ha pedido mi hermana... Quiere que las lleve primero a la vaquería de los vecinos.

—¿Vaquería?

—Sí, la de la familia Akiyama. Son amigos de infancia. Él estudió en el instituto de mi hermana. De niñas jugábamos mucho en su casa y ayudábamos en los partos de las vacas. Era una especie de enseñanza de mi padre. Está a cinco minutos a pie. Podemos ver los establos y a la vuelta visitar la tumba de mi padre.

Quizás por transmitir el encargo de su hermana habla con fluidez, en un tono alegre. Rika intenta ponerse en el lugar de Anna. ¿Habría sido como ella?

Anna se calza unas botas de agua y abre la puerta. Lo más seguro es que ese nivel de frío no signifique nada para ella. Avanza con pasos firmes sobre la nieve. Rika la sigue tratando de pisar sus pequeñas huellas.

El cuerpo, que hace unos instantes estaba caliente en el interior de la casa, se le tensa de repente. Le duele la nariz al respirar. Soportar ese clima es un esfuerzo que solo logra superar a duras penas. «Quiero volver dentro —piensa—, aunque sea a ese salón desbaratado.» El parque de atracciones Suntopia aparece entre el paisaje nevado frente a una cadena montañosa. La noria no se mueve. Aguza bien la vista para ver con sus propios ojos el escenario de la vida de Manako Kajii, pero todo le llega en una atmósfera tenue.

La vaquería está junto a una casa desde donde se oye el mugir de los animales. Huele a queso en crema medio podrido. El suelo está cubierto de paja y desprende un olor dulzón. Anna les entrega unas fundas de plástico para protegerse las botas y, nada más entrar, las vacas, cada una de un color distinto, se ponen a mugir al unísono como si estuvieran sincronizadas. Hace más calor del que imaginaba a pesar de estar abierto. No sabe si es por el calor de las vacas o porque tienen calefacción.

—Hola, soy Anna —anuncia—. Vengo con una visita de

Tokio. La señorita Machida y la señora Sayama.

La hermana pequeña de Kajii dirige sus palabras hacia al fondo del establo, desde donde le responde una voz grave de hombre.

—Encantado. Soy Akiyama. Ya me habían avisado de que venían. ¿Qué les parece este lugar? Ahora mismo no hay mucho que ver, la verdad.

Si tiene la misma edad de Kajii eso significa que ronda los treinta y cinco años. Está de pie en la parte que conecta la casa con el establo y su aspecto es muy distinto del de los compañeros de trabajo de Rika. Para ser un hombre, tiene una piel sorprendentemente blanca, las mejillas teñidas de un rosa ligero. Incluso el aire que expulsa a través de su boca de labios gruesos, enmarcada por las arrugas de las comisuras y por una barba descuidada, emerge como una bocanada de vaho de un blanco inmaculado. Lleva un mono de trabajo, pero su cuerpo transmite calidez.

—Tenemos fama de ser el origen de la industria láctea de Niigata. Decidimos abrir el establo al público para mostrar el proceso de producción de la leche.

Akiyama camina enérgico calzado con sus botas de goma protegidas por fundas de plástico. Atraviesa una serie de pasillos estrechos por donde las vacas asoman sus hocicos. Rika y Reiko le siguen obedientes.

—Últimamente desaparecen explotaciones como la nuestra. Los hijos no quieren hacerse cargo del negocio familiar, ya saben. Además, el consumo de leche en Japón no deja de disminuir. Esa moda de las dietas libres de lácteos nos hace mucho daño. Con la gente que se dedica al arroz pasa lo mismo.

Reiko parece haber entrado en calor. Tiene el cuello rosado de la emoción, porque siempre le ha gustado aprender cosas nuevas. A Rika, por el contrario, le estremecen los ojos saltones de las vacas detrás de los barrotes de hierro, atentos a todo lo que pasa a su alrededor. El señor Akiyama parece darse cuenta.

—Los ojos de las vacas han evolucionado para mirar hacia los lados, hacia atrás casi. No los cierran cuando duermen.

Rika contempla el movimiento de esos grandes hocicos húmedos, como si fuera una parte autónoma de sus cuerpos.

—Para producir leche deben parir una vez al año. Por eso están siempre preñadas. Las inseminamos. Pueden tocarlas si quieren.

Es cierto, tienen tripas enormes, pesadas. Rika mira de reojo a Reiko. Examina a las vacas con sumo interés.

—¡Anda, qué caliente está! —dice mientras acaricia con cariño la espalda de una res color caramelo con manchas.

Bajo el manto suave de piel se notan los huesos como si estuvieran a punto de atravesarla. Le recuerda a la mesa de un artista.

—Las vacas tienen cuatro estómagos.

—¿Cómo? ¿Cuatro estómagos?

Las patas parecen frágiles, incapaces de sostener esos cuerpos gigantes. Rika nunca ha convivido con un animal en casa. El señor Akiyama le ofrece dar de comer a una y le da un puñado de paja seca. Se lo pone delante del hocico asustada y el animal lo atrapa enseguida con la lengua, como si quisiera arrebatárselo. «¿Y si me muerde?», se pregunta. Tiene miedo y al tiempo le da lástima, porque comer parece su única diversión. Reiko alimenta a varias y se da mucha maña.

—Para inseminarlas elegimos el semen en un catálogo donde aparecen las fotos de los toros. Se elige siempre por el aspecto, por el linaje.

«No es muy distinto de lo que ocurre con los humanos», piensa Rika. Se juzga a los hombres solo por el dinero, por la posición social. Ese era el criterio de Manako Kajii que tantas ampollas levantó durante el juicio, pero si el único objetivo es la reproducción, no deja de tener su lógica.

—Quiero participar en el próximo concurso de vacas lecheras con este ejemplar de aquí.

—Vaya... No tenía ni idea de que hubiera concursos de belleza de vacas.

—Es guapa comparada con las demás —dice Reiko.

Rika, por su parte, no nota ninguna diferencia.

—Tenemos ochenta vacas. Cuando hay tantas, es inevitable que aparezca una jerarquía entre ellas. Para determinar los rangos las saco al campo de vez en cuando y así establecen un orden natural entre ellas. La jerarquía no es mala. De hecho, es necesaria para evitar choques y enfrentamientos.

Una vaca muge más alto de lo normal. Al contrario de cuando han entrado, ahora les produce una sensación de tranquilidad. También ellas estaban inquietas con las desconocidas.

Los vanidosos tigres de *Little Black Sambo* a buen seguro eran machos.

Las mujeres se esfuerzan por rehuir las luchas inútiles. ¿No marcan su territorio de forma intuitiva y natural con su propia personalidad? Es así como crean un orden invisible para evitar herirse entre ellas: reconocen sus territorios y respetan los límites siempre y cuando se respete su libertad. Es una declaración de intenciones amable, que tan solo pretende mantener la posición de cada cual.

—La jerarquía no significa que las vacas más fuertes se impongan. No se trata del tamaño, de si son guapas o feas.

—¿Entonces? —pregunta Reiko con un brillo en la mirada.

El señor Akiyama se ríe por primera vez, como si le diera vergüenza, y tuerce los labios como si dibujara un enigma.

—Solo puedo decir que hay «algo», pero no deja de ser un misterio para los seres humanos.

Rika contempla cómo la vaca más lúcida empuja la paja seca hacia la negra que tiene al lado.

—Me preocupo de tenerlo todo limpio, de que la comida y el agua estén en condiciones, porque si no la leche sabe distinta. ¿Saben que en realidad la leche es sangre?

—Yo no. Pero la sangre es roja, ¿cómo puede convertirse en…?

—La leche, la nata y la mantequilla con toda su blancura son, en realidad, la sangre que recorre de arriba abajo estos cuerpos gigantescos.

Rika cree estar a punto de comprender algo. Las palabras del señor Akiyama la conmueven. Tiene sentido que Manako Kajii la

haya empujado a venir a este lugar.

—¿Quieren ordeñar?

El señor Akiyama coloca un cubo bajo las ubres de una de las vacas. Mientras Rika se agacha, él sujeta la pata trasera del animal y ella alarga la mano temerosa. Tiene un tacto pegajoso, blando. No sabe qué hacer, cómo apretar. Presiona un poco y no sale nada. Luego lo intenta con más fuerza. En esta ocasión de la punta de una de las ubres sale un hilo blanco que cae en el cubo. La imagen le impresiona.

Mientras Rika considere a Kajii una mujer especial llena de deseos, no va a poder llegar a la verdadera esencia de lo ocurrido. Para ella la mantequilla no es tan solo uno de los pequeños placeres de la vida, es una necesidad, algo sin lo cual no puede vivir. En otras palabras: sangre. El olor intenso y peculiar de la sangre mezclado con el del hierro que contiene se le viene a la nariz.

Si la leche es sangre... En tal caso, la metáfora de los tigres convertidos en mantequilla oculta una masacre en plena jungla, un festín de sangre e intestinos. Lo blanco es rojo en realidad. ¿No está ahí la verdadera esencia de todo este incidente? Rika se imagina a Manako Kajii con la sangre saliéndole de entre las piernas a los nueve años y tiñendo de rojo el paisaje nevado de Agano.

¿Acaso no se mataron sus víctimas en lugar de morir en sus manos? No en el sentido de enfrentarse unos contra otros, porque no eran ese tipo de hombres. Quizás fueron los celos lo que acabó con ellos. Al fin y al cabo, no son algo que solo sufran las mujeres.

El primero en morir fue el señor Motomatsu, el segundo el señor Niimi y, en último lugar, el señor Yamamura. Todos ellos mantenían una relación simultánea con Kajii. ¿No sabían de la existencia de los otros? Todos sus deseos pivotaban en torno a un centro, y ese centro era ella. Murieron después de dar vueltas y más vueltas alrededor de ese centro.

El charco de mantequilla dorada del cuento es, en realidad, un charco de sangre. A Rika le parece que empiezan a aparecer manchas rojas en la leche blanca del cubo.

Su imaginación ha ido demasiado lejos. Le da miedo el color rojo. ¿Por qué? El color rojo extendiéndose poco a poco le provoca un gran sofoco.

Una alfombra color marfil teñida de sangre.

Su padre yacía en el centro de esa alfombra. Rika encontró su cadáver tres días después de morir en el piso de Mitaka. Aún estaba en secundaria.

Traga saliva, respira profundo e inhala el olor a excremento y a babas de las vacas. ¿Qué ocurre? ¿Por qué vienen y van todos esos pensamientos inconexos? La muerte de su padre no guarda relación alguna con el incidente de Manako Kajii. Nota algo pegajoso salir de entre sus piernas y un escalofrío le recorre el cuerpo. Aún es pronto para que le baje la regla. Tiene que ir al baño para mirar su ropa interior. ¿Habrá un baño en este lugar?

De repente se acuerda de que tuvo su primera regla justo después de la muerte de su padre. Un poco tarde en comparación con sus compañeras.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

Rika regresa a la realidad arrastrada por la voz preocupada de Reiko. Las vacas beben frotando los hocicos en el fondo de unos recipientes. Más que beber parece que absorben. Salen juntas del establo del señor Akiyama.

—Como en invierno hace mucho frío, las vacas comen más y por eso producen una leche densa, de sabor intenso. En verano, por el contrario, es fresca y ligera. Prueben un poco de leche recién ordeñada. Está caliente. Es un sabor especial que solo dura un momento. La tienda está cerrada en invierno. Pasen a la cocina, por favor.

La casa del señor Akiyama está conectada con el establo. En un rincón hay unas bicicletas y un pequeño molino para el arroz. No se puede decir que el orden sea su fuerte y, a pesar de todo, el ambiente que se respira es completamente distinto al de la casa de la madre de Kajii. En uno de los fuegos de la cocina la tapa de una olla golpetea dejando escapar una nube de vapor. Una mujer que aparenta la misma edad de Akiyama les entrega dos vasos de papel.

—A mi hermana le gustaba mucho el helado de aquí —murmura Anna—. Siempre decía que sabía a queso, a un queso fuerte, pero ahora hace demasiado frío para eso.

Mira a la tienda con un tejado de chapa de zinc cubierto de nieve al otro lado de la ventana. Rika cree ver a una niña con aspecto de mujer observando a las vacas tras los barrotes mientras se come un helado.

—Mmm... ¡Está riquísima! Es como si tuviera néctar de flores.

Reiko habla emocionada nada más acercarse el vaso a los labios. Es como un rayo de sol extendiéndose por la lengua, es cierto. Reiko hace unas fotos y Rika aprovecha para hablar con el señor Akiyama.

—Disculpe. Tengo entendido que es usted amigo de infancia de Manako Kajii. —Saca su tarjeta de visita y nota como contiene la respiración—. Soy periodista. Trabajo para un semanario. Me fascina el trabajo que hace usted aquí. Sería un buen tema para nuestra revista... Si no le importa, me gustaría que me hablase de ella, de cuando era pequeña. Cualquier cosa me vale, por muy banal que parezca. Puede llamarme a este número. Vamos a estar en Niigata hasta pasado mañana por la tarde.

Él alarga una mano titubeante y se guarda en el bolsillo del mono de trabajo la tarjeta. El vapor de la leche caliente ha desaparecido.

VIII

Anna quita de un manotazo la nieve que cubre la lápida y se confunde con el resto al caer al suelo. Una pieza pulida de granito mojada y brillante descubre una inscripción: «Familia Kajii». La luz de la tarde proyecta sombras sobre las letras talladas.

Es un cementerio pequeño a quince minutos a pie desde la casa del señor Akiyama. También desde ahí se ve en la distancia el parque de atracciones Suntopia. La llanura de Agano tapizada de campos bajo la nieve, sin ningún edificio alto que rompa la monotonía del paisaje, resplandece hasta alcanzar el horizonte. La mayoría de las lápidas están sepultadas por la nieve, testigo implacable de quién ha ido hoy a visitar a sus muertos y quién no.

—Se va a congelar, pero a mi padre le gustaba mucho y mi hermana ha insistido en que se lo trajera.

Anna saca una botella grande de sake Kenshin de su bolso y lo deposita como ofrenda junto a la tumba. El cristal de la botella hace un ruido al chocar contra la piedra. Deja también una flor de crisantemo. El incienso tarda en prender y en el gesto de la mano en la que sostiene el mechero se aprecia su nerviosismo. Un débil hilo de humo brota al fin, pero la nieve parece atraparlo y su intenso olor desaparece devorado por la gélida atmósfera transparente.

—Ocurrió en... en febrero de 2012. Fue un accidente. Había ido a cazar con unos vecinos cuando resbaló en la nieve en el monte Hōshu y se golpeó la cabeza. Mi hermana solo volvió en una ocasión desde que se mudó a Tokio, para el funeral de mi padre, aunque a menudo nos veíamos allí los tres. De hecho, nos veíamos más de lo que suelen verse los hermanos.

Rika y Reiko imitan a Anna: juntas sus manos enguantadas y rezan. Inclinan la cabeza y cierran los ojos medio helados. A pesar

de tener los párpados cerrados, aún notan el brillo de la nieve. Rika tiene la impresión de que se le han congelado las pestañas. Al cabo de un rato abren los ojos y bajan las manos, pero Anna aún no da muestras de moverse.

—Sus padres se conocieron en Tokio. ¿Se casaron allí? —pregunta Rika discretamente.

Anna al fin abre los ojos.

—Sí. Los dos trabajaban en una pequeña empresa en Shinagawa. A él se le daban bien los idiomas y sabía muchas cosas. Era todo un caballero, un sueño hecho realidad para las chicas de la empresa. Mi madre siempre contaba muy orgullosa lo celosas que se pusieron todas cuando la eligió a ella. No obstante, desde que tengo memoria ella estaba mucho tiempo ausente y ya no se llevaban bien. Se casaron muy enamorados, eso sí. Al menos mi madre conserva ese buen recuerdo. —Se cuelga el bolso al hombro y se aleja despacio.

Salen del cementerio y regresan a pie por la carretera. La temperatura ha subido desde que salieron de la casa. Fragmentos de cielo azul se cuelan entre las nubes y la carretera empieza a humedecerse por la nieve derretida. Se ha reblandecido, y Rika nota como se le humedecen los pies a pesar de las botas.

—¿Por qué volvieron a Agano?

—Mi padre dejó el trabajo después de un problema con unos clientes. El abuelo no se encontraba bien y se mudaron aquí cuando mi hermana tenía solo tres años. Hasta entonces habían vivido en el distrito de Fuchū, en Tokio.

Rika vivió en Mitaka hasta los doce años y el distrito de Fuchū le resulta muy familiar, pero no dice nada. Se cruzan con unos niños que salen del colegio. Llevan las mochilas a la espalda y todos van calzados con botas.

—Debió de ser un buen hombre. Su hermana mayor siempre habla muy bien de él.

Las palabras de Rika la hacen sonreír. Al fijarse bien en ella le encuentra parecido con su hermana mayor. También está un poco rellenita.

—Era todo un dandi. Le gustaba mucho leer, y el cine, y ya a

principios de los noventa sabía mucho de ordenadores. Al margen de su trabajo en la inmobiliaria se dedicaba a hacer páginas web. Hizo la del auditorio de la ciudad, creo, y también la de la explotación del señor Akiyama. Le gustaba comprar cosas del extranjero por internet. Sus vecinos lo respetaban mucho. Yo lo quería, aunque me costaba seguirle el ritmo, porque era demasiado inteligente para mí. Mi hermana siempre se llevó muy bien con él. Más que padre e hija... Tal vez mi madre no podía evitar estar celosa. Él siempre le decía a mi hermana: «Eres muy distinta al resto de las niñas». Yo no tenía celos. Hay mucha diferencia de edad entre nosotras, y me divertía verlos juntos.

Como solo habla cosas buenas de ella, Rika se extraña. Su hermana mayor debe de estar causándole un montón de problemas y, a pesar de todo, no sale una queja de su boca.

—En ese aparcamiento de ahí estuvo en tiempos la casa de mis abuelos. Eran los terratenientes del lugar.

Se refiere a un solar asfaltado de unos doscientos metros cuadrados. Hay cinco o seis coches cubiertos de nieve y, en la parte delantera, un gran cartel descolorido con el anuncio del parque de atracciones Suntopia apenas legible.

—Mi abuelo murió cuando yo estaba en cuarto de primaria. Mi abuela un año después. Mi hermana la quería mucho, y debió de ser muy duro para ella. Si no volvía aquí era porque ella ya no estaba.

Enseguida llegan a la casa. Rika casi echaba de menos el ambiente recargado del interior, ese olor a estufa de queroseno que emerge nada más abrir la puerta. Ya dentro se relaja, como si se hubiera acostumbrado a ella.

—Disculpe. ¿Podría pasar al baño?

Al estar allí por trabajo no le parece apropiado pedírselo, pero no le queda más remedio.

—Por supuesto.

La sigue hasta que le muestra una puerta al fondo del pasillo. Dentro huele mucho a ambientador. Se baja el pantalón, las medias y la ropa interior para confirmar que no está manchada de sangre. Tiene las piernas heladas. Todo está en orden, y eso la tranquiliza.

Se sienta en la taza del váter y mira distraída a su alrededor. En la puerta hay un racimo grande de flores secas colgado. La tapa del váter está cubierta con una tela estampada en flores. También el papel higiénico y el suelo tienen flores estampadas. El inodoro debió de ser rosa en su momento, pero ahora luce un gris descolorido. Cuando tira de la cadena sale un agua teñida de azul.

Se levanta y su hombro choca con el racimo de flores secas. Se da media vuelta. Hay un pétalo seco marrón encima de la tapa del váter. Lo agarra con los dedos y, después de vacilar un poco, lo envuelve en un trozo de papel higiénico. Se lo guarda en el bolsillo. Ya lo tirará más tarde.

De regreso al salón se encuentra a Reiko y Anna sentadas en el sofá mirando un álbum de fotos. Parecen dos amigas de toda la vida recordando viejos tiempos. Desde la cocina se extiende una humareda de vapor de agua.

Se sienta al lado de Reiko y del sofá se levanta una nube de polvo iluminada por un rayo de luz que se cuela entre las cortinas. Detrás del televisor hay una chimenea. No la había visto hasta ahora. Parece un decorado. Dentro y a los lados hay montones de revistas.

—Este es mi padre —murmura Anna.

Rika observa a la persona a quien señala. Al otro lado del papel de celofán hay una fotografía descolorida por el paso del tiempo. En ella, un hombre de alrededor de cuarenta años mira a la cámara. Está de pie en lo que parece el jardín de la casa. A su lado arde el fuego de una barbacoa. Es mucho más bajo de lo que había imaginado. Tiene los ojos rasgados, los párpados pesados, un aire inocente, distraído. Está peinado con fijador y casi parece que su pelo es un sombrero negro. Lleva un jersey de buena calidad de un color verde oscuro cálido. En la foto de al lado se le ve junto a la chimenea y, en la siguiente, apuntando con una escopeta. En otras fotos aparece con sus dos hijas, todos muy bien vestidos, pero en ninguna con Masako, su mujer. Rika se esfuerza por descubrir algo en esas imágenes que corresponden a la época de la escuela secundaria de Kajii. Siempre está pegada a su padre. Sus ojos solo reflejan una tenue oscuridad, la boca prieta y tenaz. En su cuerpo

aún no se aprecia volumen, pero es robusta como si sus huesos pesaran. Viste ropa de calidad. Produce una impresión muy distinta a la habitual fragilidad e inocencia de las niñas de esa edad.

—Esta foto de las dos juntas nos la hicieron cuando yo estaba en cuarto de primaria. Los padres tenían que llevarnos y traernos del colegio. No podíamos ir solas a pie. Mi madre siempre estaba ocupada así que mi hermana se hacía cargo de mí.

Manako tendría alrededor de diecisiete años por aquel entonces. Agarra a su hermana cargada con una mochila de la mano en medio de la nieve, como si la arrastrara. Lleva una trenca de color marrón. Hay algo majestuoso en su aspecto. No desentona con las madres que acompañan a sus hijos al colegio. Rika sonríe.

—¿Por qué teníais que ir acompañados al colegio? Los niños de esa edad van solos. —Reiko se lo pregunta en un tono de voz seco.

Los ojos de Anna cargados de añoranza no se despegan del álbum.

—Mi madre por esa época impartía clases de arreglo floral en un centro cultural que acababan de inaugurar en Furumachi. Se había sacado el título cuando vivía en Tokio y, cuando vinieron aquí, el carné de conducir para poder moverse sin problemas. Siempre ha sido muy sociable, pero no le gustaba el ambiente de las amas de casas del vecindario. Quería estar ocupada con algo.

La inundación de plantas que asfixia el salón es herencia, quizás, del oficio de la madre. No solo hay flores secas en el baño. También de las paredes cuelgan cuadros y coronas. Obra suya, sin duda. Es posible que también lo sean los incontables peluches que habitan la casa.

—Por eso mi hermana se hacía cargo de mí... ¡Ay, mamá! ¿Ya te levantas? Es mejor que descanses. —Su boca se redondea y su voz se transforma de pronto en la de una niña.

Rika y Reiko se ponen en pie y miran en la misma dirección que Anna. La silueta de una mujer avanza en la penumbra de la cocina.

—No pasa nada. Hoy no me duele tanto. Y el arroz con judías

ya casi está listo. —La mujer, de unos sesenta años, se dirige ahora a ellas—. Soy la madre de Manako y Anna. Me llamo Masako. Les agradezco la visita y haber venido a un lugar tan apartado.

Tiene una voz grave, penetrante, y un tono como de maestra. Mientras Rika y Reiko se presentan, no deja de moverse para colocar unos cuencos y unos palillos.

Anna les ha dicho que no sale mucho de casa por culpa de un fuerte dolor lumbar, pero se mueve sin problemas a pesar de vencerse un poco hacia delante. Ha debido de arreglarse para atender a la visita. Lleva un jersey negro con lentejuelas y unas mallas. Tiene el pelo corto teñido de castaño oscuro, una cara pequeña con las mejillas hundidas y unas enormes gafas con las lentes suavemente teñidas de morado. En ese preciso instante Rika cae en la cuenta de que solo se lleva dos años con Manako. Por su forma de hablar tan pausada y por ese tono tan peculiar, Rika siempre ha pensado que es mucho mayor, y por eso le echaba a su madre setenta años como mínimo.

—A mí no me gusta ese arroz. No deberías tomarte tantas molestias. —Anna demuestra más apatía que preocupación por su madre.

De la cocina llega ruido de agua, pero ella no despega los ojos del álbum, no da la impresión de ir a levantarse. Suena una melodía que viene de la arrocera. El arroz está listo.

—¿De verdad? No está mal de vez en cuando, y ya que han venido a vernos... —Masako habla como si evitase incomodar a su hija y hace un gesto a sus invitadas para que se sienten a la mesa.

—No queremos causarle molestias.

La mujer corta a Reiko en seco.

—Quédense a comer, por favor. Tendrán hambre, imagino.

Enseguida les sirve un plato de crema de verduras con pollo y un cuenco humeante de arroz con judías. Ninguna de las dos tiene apetito. Debe de ser a causa de la atmósfera cargada y polvorienta. Sea como sea, agradecen el gesto con expresiones un tanto exageradas. No tienen un mantel individual ni un soporte donde dejar los palillos, como exige la cortesía. Los palillos, de hecho, están ligeramente astillados. Los cuencos y los platos no combinan

y no parecen para invitados. Rika imagina que Manako Kajii comió hace diez años en esos mismos platos y nota un espasmo en la garganta. Levanta los palillos con esfuerzo, obligada por el imperativo de comer algo. Kajii también habrá comido eso mismo en algún momento, lo cual servirá, al menos, para acercarse un poco más a ella. Las judías aparecen entre los granos de arroz brillantes ligeramente teñidos de rosa. Nota la textura agradable de un arroz un poco duro, un sabor salado primero, dulce después y amargo en último lugar. El de las judías le recuerda a la caricia de una suave brisa.

La crema de verduras sabe a plato precocinado, un sabor vulgar que no deja ninguna huella. Ni siquiera las zanahorias y las patatas parecen estar bien cocidas.

—El arroz lleva soja, ¿verdad? Está muy rico, y las judías están en su punto. Me dan ganas de repetir. —Reiko tiene un brillo en la mirada.

Gracias a sus palabras, Rika se reconforta un poco y disfruta al menos del arroz.

—¿Se ha dado cuenta? Sí, siempre le echo un poco. Cuando vinimos a vivir a Niigata lo probé en casa de mis suegros. Estaba buenísimo. Es lo único que aprendí de la madre de mi marido —confiesa Masako con las mejillas ligeramente sonrojadas—. Nunca se me ha dado bien la cocina —continúa—. Desde que nos mudamos aquí, apenas teníamos oportunidad de salir a comer, y mi marido, que era todo un gourmet, me lo echaba en cara, y me decía que si faltaba esto o aquello. Dejó de gustarme la cocina, y en lugar de tomarme tantas molestias empecé a comprar comida preparada. En los supermercados de por aquí hacen cosas muy ricas. La carnicería tiene unos fritos estupendos y muy generosos. Mi marido cocinaba los fines de semana. Ahumaba beicon en el horno del jardín o caramelizaba cebolla para el curry. El *hobby* típico de los hombres, vamos. Si se divertía era porque no tenía que cocinar todos los días y no le preocupaba gastarse el dinero en ello. Para mí la cocina solo era un suplicio. Manako y Anna no tardaron en quejarse también. Querían cosas ricas, como su padre. —La mujer frunce el ceño en un gesto de amargura.

Rika se fija en la chimenea falsa de detrás y se le ocurre preguntarle algo.

—¿Se ha deshecho de todas las cosas de su marido?

—Sí. Nada más fallecer lo cambié todo. Tiré sus trofeos, sus óleos.

En el salón no hay nada parecido a un altar budista donde honrar a los muertos.

—Lo tiré todo porque me recordaba a él. Era muy deprimente.

Baja la mirada como si le invadiera la tristeza, pero Rika se da cuenta de que miente.

—Mi hermana se enfadó mucho. Cuando volvió para el funeral, habían pasado diez años desde que se marchó, y apenas quedaba nada de él; la atmósfera de la casa había cambiado por completo. Esta ya no era la casa que había conocido.

Anna tuerce el gesto y su madre dice algo para animarla.

Durante el invierno de su tercer año en secundaria, Rika encontró el cadáver de su padre en casa después de pedirle al portero que le abriera la puerta. Salió corriendo de allí despavorida para llamar a su madre desde una cabina y esperó a la policía. Casi nadie tenía teléfono móvil por aquel entonces. Su madre le preguntó si estaba muerto, si estaba segura, no para sondear la posibilidad de que aún viviera, sino para tener la certeza de que había muerto. Rika se dio cuenta. Le dijo que iría enseguida. No debía tocar nada.

Desde aquel día Rika no volvió a pisar aquella casa. En cuanto tuvieron el resultado de la autopsia, su madre se movió rápido. La familia de su padre se desentendió y ella tuvo que hacerse cargo del funeral y del sepelio. Los abuelos de Rika culparon a su madre de la muerte y, a pesar de la gravedad de sus palabras y de la tensión del momento, ella no cambió el gesto. Luego encargó a una empresa especializada una limpieza a fondo del piso. La alfombra manchada de sangre donde yacía su padre quedó como nueva. Borraron todo rastro de nicotina, el polvo, la suciedad. Después se deshizo de todos los recuerdos y tan solo salvó unos cuantos

álbumes de fotos. Reformó el piso y lo vendió enseguida. El dinero de la venta y lo poco que tenía su padre en una cuenta corriente se lo entregó a Rika según establecía la ley. Quería que lo usase para sus estudios. Actuó con diligencia, sin dudar un instante, como si ya hubiera imaginado en más de una ocasión ese escenario. Rika no tenía nada que objetar. Al fin y al cabo, su madre se estaba haciendo cargo de todo sin ninguna ayuda y se había asegurado de que su hija no tuviera que volver a poner un pie en aquel piso.

Nunca ha dejado de pensar, sin embargo, que su madre aguardó pacientemente la muerte de su padre. Ya no se veían, cierto, pero eso no evitaba su sufrimiento. Rika iba una vez al mes a dormir con él y luego siempre le mentía. Le decía que se encontraba bien, que disfrutaba de la vida a pesar de estar solo. Pero sus vanos esfuerzos por cubrirle la espalda fueron inútiles, porque siempre había algún metomentodo que le hablaba de su ruina, de su abandono. Nunca faltaba una vecina indiscreta, la madre de alguna compañera de colegio que vivía cerca, alguien dispuesto a malmeter a pesar de que ya no tenían relación. De hecho, no habían vuelto a verse después de la separación, pero una mujer se tomó incluso la molestia de ir a verla a la tienda donde trabajaba para decirle lo preocupada que estaba por él. «Últimamente tiene la mirada distraída —le dijo—. No sé cómo puede vivir así ni cómo se alimenta. Tiene poco más de cincuenta años y parece un viejo. No seas tan cabezona. ¿Por qué no vuelves con él?» Y no solo era aquella mujer, ese tipo de comentarios maledicentes empezaron a llegar por muchos sitios después de que esa señora compartiese con mala intención su número de teléfono. Era como si todo el mundo diera por hecho que él era una especie de bebé grande necesitado de cuidados y ella una irresponsable por haberlo abandonado. Rika se encontró a su madre muchas veces acurrucada con las manos en la cabeza tras alguna de esas llamadas.

—Es un arroz para ocasiones especiales, pero no se lo preparé a Manako cuando tuvo su primera regla —murmura la madre—.

Debió de bajarle cuando aún estaba en tercero de primaria. Era demasiado pronto y me asusté. Pensé que no era algo bueno, y ni siquiera me salió darle la enhorabuena, decirle que no se preocupara o explicarle con naturalidad lo que sucedía. ¿Ha ocurrido todo esto porque le bajara la regla demasiado pronto? No lo creo, pero en fin.

No deja de hablar en un murmullo, como si quisiera convencerse a sí misma. Tiene los labios apretados en un gesto de testarudez. Son unos labios tan finos que ni siquiera llegan a formar una línea curva. No se parecen en nada a los de sus hijas.

—Mi madre tampoco me preparó ni arroz ni nada especial.

Reiko escucha a Rika y niega de forma un poco exagerada, moviendo el pelo.

—A mí tampoco. Mis padres casi nunca estaban en casa. Solo preparar algo así aún me resulta increíble. Es la imagen de una familia bien avenida.

—Entiendo... Entiendo... —El gesto de Masako se relaja. Parece tener verdadera ansia de reafirmarse, como si lo necesitase desde hace mucho tiempo y hubiera visto muchas veces sus esperanzas frustradas.

—Mi hermana siempre se ha lamentado por eso, por ser tan precoz sin que nadie le prestara atención. No le parecía justo, porque los que corrían rápido o sacaban buenas notas en el colegio siempre recibían alguna recompensa por ello. —Anna se ríe al recordar algo—. «Es injusto que nadie recompense las cosas que suceden entre las piernas», dice siempre Manako. Pero, claro, nadie se da cuenta y no queda más remedio que premiarse una misma.

A Rika le sorprende el comentario. Deja los palillos encima de la mesa. Nota un rastro de acidez en el arroz. Masako les sirve un segundo cuenco.

—Eso es muy de Manako. Siempre ha buscado el reconocimiento de los demás y por eso ha descuidado cosas importantes como el esfuerzo o la preparación.

Cuando le ofrece el cuenco a Reiko sonríe un poco avergonzada.

—Ahora tengo la impresión de ser la verdadera madre de dos

hijas.

A Masako parece haberle caído especialmente bien Reiko. La mira con ojos bondadosos. «Siempre ha caído bien a las mujeres mayores», piensa Rika.

—Nunca trajo amigas a casa, ni Anna tampoco. Era muy aburrido.

Anna se lleva la crema de verduras a la boca como si el asunto no fuera con ella. Debe de ser cierto que no le gusta el arroz, porque no lo ha probado. Su madre habla como si un río largo tiempo estancado volviera a fluir al fin.

—Si una cosa tengo clara es que nunca me ha gustado estar en casa. Me aburría esta ciudad donde no había nada de nada, pero desde que empecé a trabajar en el centro cultural logré, al menos, hacer amistad con las otras profesoras y sentí que volvía a recuperar el aliento. Me gustaba ir a jugar al tenis o al voleibol después del trabajo. Ahora estoy en estas condiciones, pero desde niña me ha gustado mucho el deporte, aunque mi marido nunca me apoyó. Él era un señorito de Niigata y lo único que quería era que su mujer se quedara en casa. Tenía una idea muy retrógrada sobre las mujeres. Se decía de izquierdas, pero tenía esas contradicciones, como muchos hombres de esa generación.

—Mi padre también era así, y por eso mi madre se separó de él, así que la entiendo. En teoría fueron un matrimonio moderno, progresista. Se conocieron en la época de las revueltas estudiantiles. —Rika se lo cuenta con una sonrisa en los labios y los ojos de Masako se iluminan.

—¿La crio sola su madre? Es admirable. A mí me habría gustado que mis hijas llevasen una vida autónoma, que tuvieran sus profesiones y se ganasen la vida por sus propios medios. —Habla con entusiasmo hasta que, de pronto, levanta la cara y en su cuello flácido y arrugado se refleja el resplandor de la nieve al otro lado de la ventana—. Mi hija no ha matado a nadie. De eso estoy segura. Las he educado para no desviarse un centímetro del camino correcto. Yo misma elegí los *kanji* de sus nombres, que representan el deseo de vivir bajo la luz de lo genuino. Mi marido siempre fue muy indulgente con ellas, solo se ocupaba de la parte divertida de

la crianza. A mí me tocó la parte que debería haber asumido él: enseñarles las reglas de la vida, educación. No me importa si aún me odian por eso. —Tiene los ojos enrojecidos, los labios temblorosos. Hay una evidente incoherencia en sus palabras, porque se mezcla la confianza en sí misma a la hora de criar a sus hijas con la desconfianza que siente hacia ellas.

Rika cree que ha llegado el momento de pedirle algo.

—¿Podría ver la habitación de Manako?

—Claro. —No duda en su respuesta y se levanta como si esquivase la mirada de su hija.

Anna se pone en pie desganada después de ella. Rika y Reiko las siguen. Salen del salón y suben la escalera empinada de la segunda planta en fila. En el pasillo hace un frío horrible. Rika se siente incómoda. Al final de la escalera hay un pequeño rellano que da a tres puertas. Masako pone la mano en el pomo de una de ellas.

—Disculpe la pregunta —dice Rika—. ¿Cuál era el dormitorio de su marido y usted?

Anna contesta sin darle tiempo de hacerlo a su madre.

—Ese de ahí. Ahora es el cuarto de mi madre. —Señala la puerta de enfrente.

Rika se remonta a su niñez. Nunca había pensado en la relación íntima de sus padres, pero sí intuía y le daba miedo una especie de impulso sexual en su padre hacia su madre cuando la insultaba violentamente. Transcurre un tiempo eterno hasta que al fin se abre la puerta. Tiene la misma sensación que el día que fue a buscar a su padre después de mucho tiempo sin noticias suyas. Ya tenía el presentimiento al salir de la escuela de que algo había pasado. El portero del edificio metió la llave en la cerradura y, a partir de ese instante, ya nunca iba a poder olvidar lo que vieron sus ojos...

Rika parpadea al notar un extraño olor a pegamento y a moho. Es un cuarto de cinco tatamis. Hay un escritorio, una cama y una librería hasta el techo. El suelo está cubierto con una alfombra gris. Junto a la puerta, un armario empotrado. La colcha y las cortinas tienen un diseño a cuadros azules y verdes. Sobre la

mesa hay varios diccionarios muy usados y archivadores con los típicos papeles de instituto. Rika también tenía un sacapuntas eléctrico. La cajita con los restos de los lápices afilados aún está llena. No hay peluches, muñecos, no hay volantes ni ganchillos.

—Le gustaba mucho leer. Mi marido siempre la animó, y adquirió el hábito desde muy pequeña. Le dieron varios premios en la biblioteca municipal.

En la pared lucen varios diplomas por buena lectora. Los libros se apilan sin apenas espacio entre ellos. Casi todos son de literatura japonesa y francesa contemporánea. Masako los mira con aire satisfecho. Reiko ha vuelto a sacar la cámara.

—¿Puedo hacer fotos? Son solo como documentación, no para publicar. Nos serían de gran ayuda para la entrevista.

Masako asiente después de dudar un rato.

—La opinión de la gente cambiará cuando conozcan a la verdadera Manako —insiste Reiko.

Masako tiene los ojos llorosos. Una fuerte racha de viento golpea la ventana y se miran sorprendidas.

—Cada vez nieva más. ¿Por qué no se quedan a dormir esta noche?

Si Reiko no se hubiera precipitado a declinar la invitación, Rika habría aceptado con gusto. Dormir en casa de Manako Kajii habría sido para ella una experiencia vital.

Nada más meter los pies helados debajo del *horigotatsu*[1] Reiko se sube las mangas del jersey y le muestra los antebrazos.

—Mira esto.

En su piel blanca hay numerosos puntitos rojos hinchados. Rika arruga la frente. Están en uno de los restaurantes que le ha recomendado Manako Kajii, a quince minutos en taxi de la estación de Niigata. Desde donde está sentada ve la barra y justo detrás unas brasas donde asan pescado al espeto. Es una escena que parece sacada del Japón de antaño. El cocinero alimenta el fuego con leña.

—Me pica mucho. ¿Tú estás bien?

—Sí. ¿Qué es eso, una alergia?

—Ácaros. Debía de haber miles en los peluches y en las alfombras de esa casa. No puedo soportar esos espacios insalubres tan desordenados. Me pica todo el cuerpo. —Reiko se rasca los antebrazos como si quisiera hacerse sangre.

Se comporta de un modo extraño, y a Rika se le hiela el corazón.

—¿Tú crees? ¿Ácaros con este frío? ¿No será que te ha picado algo en el establo?

—Lo dudo. Estaba muy limpio y bien ventilado. El aire circulaba sin problemas.

—¿Qué te ha parecido esa casa?

Desde que subieron al taxi en la puerta de la casa han evitado hablar del tema. Reiko levanta la mirada.

—¡De locos!

Su forma de expresarse le choca a Rika. Nunca le había escuchado esa rotundidad.

—En serio, me da a mí que en esa familia están todos locos de atar, pero he aprendido algo. Es el ambiente ideal para criar a un homicida. ¿Cómo se puede hablar así de la educación? Yo creo que esa mujer está para que la encierren, sinceramente. Y lo mismo te digo de la hermana pequeña. Elimina todo lo que le resulta inconveniente y deja solo lo que quiere ver. De tal palo tal astilla. Estoy segura de que Manako Kajii ha matado a esos hombres. Me pregunto si no mató a su padre también. Ni siquiera me creo que volviera a esa casa para el funeral de su padre.

—¿Y por qué iba a matarlo? —A Rika le abruma esa furia desatada.

—A lo mejor su padre le cantó las cuarenta cuando se enteró de que se acostaba con viejos y ella le dio un golpe en la cabeza en plena nevada. O tal vez por dinero. Alguna de sus víctimas le pidió que le devolviese todo el dinero que le había dado, acudió a su padre, él se negó y eso lo desencadenó todo. Sí, estoy segura de que ocurrió algo así.

—Pero has repetido el arroz... —Rika misma oye su propia voz como la de una niña enrabietada.

—Para ganarme su confianza. Tú eres periodista, ¿no? ¿Cómo es posible que no sepas fingir un poquito, adular a la gente? El arroz no estaba mal del todo, pero luego he visto la cocina. Estaba asquerosa, todo pegajoso, el fregadero lleno hasta los topes. ¿Cómo pueden tenerlo todo así cuando saben que va a ir una periodista que está detrás del caso de su hija? Y encima nos ponen esa crema de verduras de sobre en un sitio famoso por sus lácteos.

Rika tiene la impresión de que habla como si se considerara parte del pueblo elegido. De hecho, le recuerda a Manako Kajii, pero evita decírselo para que no se enfade.

Se pregunta en qué estará pensando Manako Kajii en ese preciso instante en la cárcel de Tokio. ¿En ella? ¿En la casa de sus padres? ¿En esa madre con quien no se lleva bien?

El camarero les sirve arroz, sopa de miso, salmón asado, verduras encurtidas, calamar en salmuera y tortilla. La dulzura del arroz transparente de esa región vuelve a emocionar a Rika. Le gustaría llevarle un poco a Kajii.

—A mí me ha dado la sensación de que están un poco desubicadas, alejadas de la realidad, pero nada del otro mundo.

—¿Qué te pasa, Rika? ¿Adónde estabas mirando en esa casa? ¿Cómo es posible que no hayas notado nada? ¿No te parece que había algo raro? Jamás en mi vida he visto una casa tan repugnante como esa.

Reiko tiene los lóbulos de las orejas encendidos. «¿Seré yo la rara —se pregunta Rika— o ella, que se implica hasta este extremo en mi trabajo?»

—¿Dónde estarán los machos? —pregunta Reiko de repente en cuanto se sienta en el asiento de atrás del taxi después de salir del restaurante.

Rika no tiene ni idea de a qué se refiere. La visita a la vaquería del señor Akiyama le parece ya algo muy lejano.

—Extraen el semen artificialmente. Si inseminan a esas vacas, eso significa que no son de carne. ¿Qué harán después? ¿Ahí se acaba la cosa? Pobres machos.

Debe de estar pensando en Ryōsuke. Rika casi no ha vuelto a acordarse de Makoto desde que llegaron, pero no se lamenta. El

reflejo de la nieve grisácea de la ciudad rivaliza con la luz de los neones.

Nada más despertarse mira el móvil. El cielo detrás de la cortina parece aún más oscuro que ayer a la misma hora. Desde el baño le llega el ruido del secador. Habla alto para superponer su voz al bufido del aparato.

—El señor Akiyama me ha mandado un mensaje. Dice que tiene dos horas libres. Si salgo ahora, llego a tiempo. Nos encontraremos en la cafetería de la fábrica de yogur de Agano. ¿Te importa que vaya sola?

Rika cree que Reiko insistirá, pero en lugar de eso asoma la cabeza desde el baño y sacude su melena brillante recién peinada. Le alivia esa actitud tan distinta a la de anoche.

—No pasa nada. Me dedicaré a hacer un poco de turismo en Niigata y a comprar regalos. ¿Quedamos por la noche en algún sitio?

Después de desayunar se despide de su amiga en la entrada del hotel. Rika se sube a un taxi que la llevará de nuevo a Agano. La previsión del tiempo anuncia tormenta de nieve por la noche.

La fábrica de yogur no es muy grande, y aun así es una marca que se ve a menudo en los supermercados de Tokio. Debe de ser un destino conocido, porque al taxista no le ha hecho falta la dirección. Llega pronto y decide dar una vuelta. De un depósito sale una tubería que va hasta un camión con el logo de la marca. Rika se pregunta si la leche circula por ahí. El líquido que fluye dentro está conectado de algún modo con el paisaje nevado a su alrededor. Recuerda el comentario de anoche de Reiko y se pregunta por el destino de los toros. No tarda en dar con la cafetería. Está frente a la fábrica, es una casa prefabricada. Tiene una parte abierta con terraza rodeada de setos y estatuas de yeso. Está todo cubierto de nieve, sumido en un profundo silencio. Desde la puerta nota el olor a mantequilla inundándolo todo. Las camareras llevan un uniforme marinero y la reciben con un «bienvenida». El señor Akiyama está sentado al fondo de la sala

pintada de blanco y se pone en pie en cuanto la ve. Lleva un chaleco de plumas y unos vaqueros. Parece mucho más joven que ayer, casi otra persona.

—Gracias por dedicarme su tiempo y gracias también por su visita de ayer.

Rika se sienta frente a él y aparece una camarera joven para tomarles nota. Se disculpa en voz baja con el señor Akiyama porque no puede resistirse a pedir un gofre de yogur con mantequilla batida y nata y un café con leche a pesar de tratarse de un asunto de trabajo. Quiere probarlo como sea porque es una de las cosas de la lista de Kajii.

—No pasa nada. Hoy me ayuda una persona que trabaja con nosotros. Todos necesitamos tomarnos un descanso de vez en cuando. Tengo entendido que se marcha usted mañana.

Mientras habla echa una buena cantidad de azúcar y de leche al café que le han servido en un vaso de papel.

—¿Un ayudante? No sé nada sobre su negocio, lo siento. Debería haberme informado un poco. Si me envía sus honorarios de hoy, me haré cargo.

—¿De verdad? Eso sería de gran ayuda. En un negocio como el mío estamos siempre apurados. Por suerte, últimamente tenemos un poco de tiempo para poder estudiar y seguir formándonos. Para la generación de mis padres era algo inconcebible, pero si no nos esforzamos por renovarnos, por emprender nuevos caminos, nunca conseguiremos evitar que los hijos se marchen.

Vuelve la camarera. Encima del gofre cuadrado la mantequilla batida está a punto de transformarse en una cascada dorada y llena una tras otra las celdillas del dulce. Rika se mete en la boca un buen pedazo. La mantequilla no oculta un punto de sal. Su cara debe de ser un poema, porque el señor Akiyama se ríe y ella se avergüenza.

—Me recuerda usted cosas del pasado. A Manako le encantaba el gofre de aquí. Era capaz de comerse varios ella sola y su madre siempre tenía que pararla.

—¿Qué piensa usted de Manako Kajii? ¿Cómo era de niña?

—Teníamos una relación casi familiar y jugábamos muchas

veces. Le gustaba venir cuando las vacas iban a parir. Yo me alegraba mucho, porque su padre nos daba muchos dulces que le mandaban desde Tokio. Su madre era una mujer nerviosa y no me caía demasiado bien. Luego las cosas cambiaron. En la escuela secundaria y en el instituto dejamos incluso de saludarnos.

Es cierto. De la boca de Manako Kajii nunca ha salido el nombre del señor Akiyama. Rika trata de imaginar con qué ojos miraba a ese vigoroso chico de su misma edad.

—Ella repite a menudo que fue una niña precoz, que era una chica llamativa y extraña para este lugar. Su hermana pequeña dice lo mismo. ¿Está de acuerdo?

—Extraña sí, siempre fue una chica especial. Era muy callada, y nunca sabías en qué podía estar pensando.

Un matrimonio con dos niños ocupa la mesa de al lado. El señor Akiyama levanta la mano para saludarlos y el hombre hace un gesto con la cabeza. ¿Serán compañeros? Rika ve el hecho de que no intercambien palabras como una prueba de su buena relación.

—No sé si precoz. A mí siempre me pareció muy niña. Era distraída y patosa.

Rika deja el tenedor de plástico a pesar de que le gustaría atacar el siguiente pedazo.

—Tal vez fuera una chica grande, pero nadie se burlaba de ella por eso. Nuestros compañeros eran buena gente. —Entorna los ojos con un aire de añoranza—. Me acuerdo de una fiesta de la cultura en el instituto. En mi clase preparamos *castella*, ya sabe, ese bizcocho típico de Nagasaki. Lo hicimos con la leche que nos dio mi padre, porque él era responsable de la asociación de padres por entonces. Yo ya estaba orgulloso del negocio familiar. Fue muy divertido. Vendimos mucho e incluso nos dedicaron un breve en el periódico local. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de ofrecer leche recién ordeñada para que la probara la gente.

Rika siente lástima por Manako Kajii. Vivir fuera de la norma de las chicas en una planicie donde se ve todo, donde ni siquiera se pueden cultivar verduras y hortalizas...

La niña pequeña de la mesa de al lado tiene toda la cara

manchada de la crema del gofre.

—No es verdad que todo el mundo rumorease sobre ella como se ha publicado en muchos sitios. En Tokio tampoco pasaría, ¿no le parece? Pero esto es una ciudad pequeña y desde su perspectiva seguro que no tenemos nada mejor con lo que entretenernos. —Ni en su tono de voz ni en su mirada se aprecia reproche alguno. Solo habla como si constatase y aceptase una realidad—. No sé de nadie de entre mis compañeros, ni chicos ni chicas, que le cayese bien a Manako. ¿No le extraña? Después de todo pasábamos mucho tiempo juntos. —Ladea un poco la cabeza, pero lo hace sin intención.

Rika se da cuenta de que esa es una de las cosas ante las cuales Manako Kajii siempre reacciona mal. No le gustan las opiniones directas y sin reservas de los hombres de su edad que tienen una forma equilibrada de ver las cosas.

—Esos hombres con los que tuvo relación eran mayores o, al menos, no acostumbraban a relacionarse con mujeres, según tengo entendido. ¿No se conocieron por internet? No sé. Cuando me dio usted su tarjeta de visita me quedé pensando en todo este asunto mucho tiempo.

La madre de la mesa de al lado empieza a regañar a su hija. El señor Akiyama mira a la niña, sonríe y luego da un sorbo a su café. De pronto, a Rika la marea el olor a gofre y mantequilla que inunda la cafetería.

—Nuestras familias han tenido siempre buena relación y no me gusta hablar así de ella. Ya han venido otros periodistas por aquí y mi padre nunca les ha atendido, pero con usted me han dado ganas de hablar. Al principio pensé que era amiga de Anna, pero resulta que no, que es periodista. Me sorprendió, la verdad. Mi mujer se ríe de mí. No sé, a lo mejor soy un superficial. —Deja el café en la mesa y se inclina un poco hacia delante—. ¿No se habrá inventado ella esa imagen de sí misma? Cuando teníamos diecisiete años, en invierno, oímos el rumor de que andaba con un hombre mayor, un tipo extraño, pero lo olvidamos pronto porque estábamos más ocupados con nuestro futuro inmediato, si íbamos a la universidad o no.

—¿Un hombre de Tokio? Dicen que era una de esas relaciones de mutua ayuda. Quizás entonces se dio cuenta de que ya no podía vivir en esta ciudad.

—Eso es lo que han publicado y, según tengo entendido, era cierto. Nadie miente en esta historia, pero no sé cómo explicarlo, no transmiten bien las circunstancias, el ambiente que vivíamos. La realidad era un poco distinta. El instituto donde estudiábamos está a unos dos kilómetros de aquí, y hoy en día es un centro con muchos alumnos dispuestos a ir a la universidad, pero en nuestra época era muy diferente. Había mucho macarra, y todo el mundo andaba ya ennoviado, con la cabeza en otro sitio. En ese ambiente Manako, más bien, daba una impresión de niña.

«Es injusto que nadie recompense las cosas que suceden entre las piernas», piensa Rika repitiendo las palabras de Anna.

—No es que cambiásemos de repente de opinión sobre ella, pero de pronto la mirábamos con una sonrisa en los labios, con un gesto cómplice. Se paseaba por ahí con aquel señor y eso no significaba nada especial en principio. Ya se hablaba mucho entonces de esas relaciones de mutua ayuda entre señores mayores y chicas jóvenes.

Por mucha atención que preste, Rika no intuye ninguna emoción en el señor Akiyama, ni curiosidad, ni irritación ni envidia por Manako Kajii, como sí detecta en otra gente. En él no se ve nada de eso. En esta ciudad no se puede esconder nada, seguro. Manako era una chica normal a la que le gustaba mucho comer. Eso era lo único que él sabía de ella.

Ya que le ha dedicado su tiempo, Rika aprovecha para preguntarle por la situación de su negocio, y él responde de una manera clara y directa a cada una de sus preguntas.

Cuando se despiden, le agradece su ayuda. El cielo está completamente cubierto. Rika tenía intención de visitar la fábrica de yogur, pero piensa que quizás es momento de regresar al centro. Saca el móvil para llamar un taxi y ve una llamada perdida de Reiko. Marca el número y mira distraída el parque de atracciones Suntopia en la distancia. Se pregunta cuándo volverá a verlo. La voz de Reiko suena al otro lado del teléfono:

—Yo también estoy en Agano. Te he mentido, lo siento. Vamos a casa de Kajii. Salgo ahora. Ven rápido.

—¿De qué estás hablando? No hagas nada por tu cuenta.

Rika no recibe respuesta y la llamada se corta. Cuanto más piensa en lo que acaba de ocurrir, más se enfada. La casa no está lejos y decide caminar. A lo mejor no debería pensar así, se dice, pero si Ryōsuke ya no la toca, ¿no será por ese carácter temerario, por esa costumbre de no pensar en los demás, por esa determinación tan molesta y por no admitir las cosas que no encajan en sus planteamientos? Rika le dijo muy en serio que no dejase el trabajo y ella se negó a escucharla. Aún falta mucho para el atardecer, pero el cielo está oscuro como si se hubiera hecho de noche.

Llama al telefonillo y al otro lado se oye la voz de Anna.

—Está abierto.

Reiko está sentada en el salón. La mira y, sin darle tiempo a un reproche, se vuelve hacia Anna y le habla bien alto para que la oiga también ella.

—Hay algo que no entiendo desde el principio. Nadie sabe quién era aquel hombre con quien Manako mantuvo una relación a los diecisiete años. ¿De verdad existió?

—Sí. Era un hombre mayor y mantuvieron una relación íntima... —Anna está alterada a pesar de hablar muy bajo.

—Oye, Reiko..., señorita Sayama. Ya basta.

La intervención de Rika no sirve de nada. No le queda más remedio que permanecer sentada a su lado.

—Otros medios han hablado con los antiguos compañeros de Manako sin resultado. Por eso decidí sondear por mi cuenta. Acabo de estar en ese colegio que aparece en las fotos del álbum. Uno de los profesores se acordaba bien de aquella época y también me ha presentado a una compañera suya bibliotecaria.

Rika no da crédito a lo que oye. Reiko ya ni siquiera la mira.

—Los dos se acordaban perfectamente. Cuando cursaba usted cuarto de primaria, los padres debían acompañar a sus hijos al colegio durante el invierno, pero no por culpa de la nieve, ¿verdad? Era porque había empezado a merodear un pervertido.

Me extrañó la foto cuando la vi, porque para los niños de esta región la nieve no es nada fuera de lo común. Lo que preocupaba a los padres en realidad no era ese degenerado, sino un peligroso juego que se puso de moda entre los niños. Le perseguían, se burlaban de él, y algunos incluso llegaron a tirarle piedras o a golpearle las piernas con bates de béisbol. Por eso los padres comenzaron a acompañar a sus hijos. No solo para protegerlos de ese hombre, sino también para cortar esa violencia. Esa historia y la de su hermana Manako con el hombre mayor coinciden en el tiempo. Según me han contado, a usted le llamaba mucho la atención ese degenerado, ¿no es así? Al profesor aún le extraña que, a pesar de advertir a sus padres de lo que ocurría, ellos no se mostraran especialmente preocupados.

Los ojos de Anna no miran a ninguna parte. Reiko se inclina hacia delante para entrar en su campo de visión y le hace un gesto a Rika.

—Nosotras dos estudiamos en institutos femeninos y Rika se convirtió en una especie de príncipe para sus compañeras, en una sustituta de los chicos. En todos los colegios o institutos femeninos pasa lo mismo, porque cuando no se puede dar salida a las emociones, todas buscamos un «dulce», por muy falso que sea. Todas necesitamos acoger a alguien en nuestro corazón.

Una chica precoz que actúa como un adulto y a pesar de todo parece una niña. Rika piensa en las palabras del señor Akiyama. Nadie la tocaba, ni siquiera advertían su presencia. ¿No tendría la sensación de que se iba a pudrir sin llegar a entender lo que se desbordaba dentro de ella? Eso es. La impaciencia. También Rika se impacientaba en su época de instituto a pesar de representar alegremente su papel de príncipe. Sus compañeras la admiraban y ella se consumía en una de las épocas más bellas de la vida. Entonces conoció la ansiedad, el deseo de acurrucarse y esconderse en un rincón.

—Su hermana mayor desde su propia perspectiva y su hermana mayor desde la perspectiva de la gente de la ciudad, ¿no son acaso personas completamente distintas? Usted misma se ha dado cuenta de esa diferencia, ¿me equivoco?

—Pero... Mi hermana...

—La única vez que su hermana llamó la atención de los demás fue durante aquel invierno cuando tenía diecisiete años, cuando andaba por ahí acompañada de ese hombre. La misma época en la que ese degenerado empezó a merodear por la escuela. ¿Qué ocurrió entonces entre usted y su hermana?

La mirada de Reiko es feroz, no titubea, es como ese paisaje nevado y unívoco que las rodea: no deja escapatoria.

—¿Saben cuándo tuve mi primera regla? —dice al fin Anna después de un tiempo de silencio—. Con quince años. Seis años más tarde que Manako.

Más o menos a la misma edad que Rika.

—A mí mi madre sí que me preparó uno de esos arroces ceremoniales, porque estaba muy aliviada. El caso de mi hermana fue muy especial, pero el mío no tanto. En comparación con las chicas de mi edad, mi aspecto era muy infantil, mi cuerpo estaba muy poco desarrollado. No es que se burlasen de mí, pero creo que me menospreciaban. Manako siempre fue cariñosa conmigo. Cuidaba de mí más que mis padres. Cuando les conté que ese hombre extraño me hablaba, ellos no se preocuparon. El profesor ya se lo había dicho. Me querían, no lo dudo, pero como se quiere a una mascota, quizás, y en esta familia... No sé cómo decirlo, pero tal vez no les entraba en la cabeza que alguien pudiera verme como un objeto sexual.

Los ojos de Anna se clavan en la foto de las dos hermanas de niñas colgada en la pared.

—Al principio fue una especie de juego. Aquel hombre... Ya ni siquiera recuerdo su aspecto. No era un exhibicionista, pero se fijaba mucho en mí y me preguntaba dónde vivía. Siempre llevaba una mascarilla. Tal vez nadie había llegado a verle la cara. El hecho de que se fijase en mí llamó la atención de mis compañeros y, más que miedo, me hizo sentir alegre. El profesor con el que ha hablado usted dice la verdad. En mi clase se puso de moda el juego de darle palizas. En esa época eran muy populares un manga y unos dibujos en la tele en los que los niños resolvían casos difíciles para gran sorpresa de los adultos. Una especie de juego de

detectives. En el camino de vuelta del colegio lo vi un día por casualidad y le seguí. Quería ganarme el respeto de mis compañeros, demostrarles mi valentía. El hombre entró en el almacén del forraje para las vacas del señor Akiyama. Yo espiaba por una rendija cuando se abrió la puerta. Perdí el equilibrio y me caí encima de la paja. El hombre me agarró y, cuando quise darme cuenta, estaba tumbada bocarriba y él me había metido la mano en las bragas. Estaba asustada, me zafé de él y corrí a trompicones. Había una azada colgada en alguna parte y le di un golpe en la cabeza con todas mis fuerzas. —Anna habla entrecortadamente, con un hilo de voz—. La sangre salpicó la nieve. Me asusté. Era el mismo color rojo que veía en las películas y en la televisión. El hombre se puso de rodillas con las manos en la cabeza. Pensé que lo había matado, el lío en el que me iba a meter si se enteraban mis padres. Nada más llegar a casa se lo conté todo a Manako sin parar de llorar. Ella me dijo que lo dejase todo en sus manos, que no se lo dijera a nadie. Por la noche se fue a buscar al hombre y no volvió hasta por la mañana. Mi madre se enfadó mucho, mi padre estaba muy preocupado y yo no pude dormir. Regresó ya de día. A pesar de que mi madre le dio una bofetada, ella se negó a revelar dónde había estado. Después me contó que el hombre no había muerto. Se lo había encontrado tumbado en el almacén y lo había acompañado al hospital para que lo curasen. No era una mala persona, dijo, solo un hombre con el corazón enfermo. Debería haberme cabreado cuando dijo eso, haberme echado a llorar, haber montado una escena, haberle dicho que me daba asco. Debería habérselo contado a algún adulto. Manako me dijo que estaba hambriento del cariño de las mujeres, que de haber tenido el amor de alguna no habría llegado a convertirse en lo que era. Por eso se había hecho amiga suya.

La única persona que se fijó en Anna fuera de la familia fue un pervertido sexual. Su hermana Manako metió esos ingredientes en una olla y cocinó una historia para convertirla en algo fácil de digerir. Eso es. Cocinó la historia. Preparó un cuento de una niña precoz que no puede contar a nadie su relación con un hombre mayor lleno de enigmas y, al excusar el comportamiento de un

pervertido, su mundo se volvió del revés.

«Toda la culpa la tienen las mujeres. Si hay crímenes sexuales es porque las mujeres provocan a los hombres con sus alas desplegadas como mariposas sin llegar a ofrecerles nada real. Los hombres tímidos con dificultad para transmitir sus sentimientos no suelen tener pareja, y si la población de Japón disminuye cada día más es porque las mujeres solo se fijan en los hombres por su aspecto, por su dinero. Si no llamo la atención de los hombres es porque se dejan arrastrar por esas mujeres que solo se preocupan de sí mismas, de sus aficiones, de sus relaciones sociales. Las mujeres tienen toda la culpa. Si dieran su brazo a torcer, todo iría sobre ruedas. Si el mundo vive este tiempo de oscuridad es porque las mujeres han preferido dejar de ser diosas para actuar como hombres, pero yo no soy así. Yo soy la única distinta a todas las demás. Yo soy una diosa, una diosa de la luz.»

—Me explicó que los hombres son débiles, delicados, cariñosos. Debía perdonarle, aunque se hubiera comportado mal. Me dijo también que a lo mejor yo era la culpable. Si un hombre hacía eso era porque se sentía solo, y eso ocurría porque las mujeres son frías y menosprecian a los hombres, como nuestra madre. Me pidió que nunca me convirtiese en una mujer como ella.

Rika ve a su amiga contenerse para no decir nada.

—También me dijo tiempo después, cuando murió nuestro padre, que había sido por culpa de nuestra madre. Si le hubiera prestado más atención, si le hubiera atendido como era debido, no habría muerto tan pronto. Jamás debería haberle dejado salir un día de nieve con unas botas que resbalaban.

Desde la perspectiva de Manako Kajii, cualquier hombre termina convirtiéndose en un niño sin discernimiento, incluso su padre, a quien quería más que a nadie. Visto así, el padre de Rika murió, sin duda, por la negligencia de ella y de su madre. «Nosotras lo matamos», se dice a sí misma. De haber estado a su lado, de haber actuado como una «buena esposa» y una «buena hija», de haber cumplido con lo que sociedad demandaba de ellas, de haberlo tenido en palmitas y cuidado como a una obra de arte, ¿no habrían encontrado la forma de vivir en familia? Rika no

puede negar que alberga esa duda en algún rincón profundo de su corazón. De haberse olvidado de su ego, de haber ignorado la repugnancia que le provocaba en sus últimos tiempos, de no haber buscado su propia libertad e ignorado las señales de socorro... Pero el peor de todos los remordimientos es...

No puede ser. Una vez más Rika siente como la arrastran los pensamientos de Manako Kajii. Si no le pone un límite, una barrera, acabará convirtiéndose en lo que le ha dicho Reiko. Anna continúa en voz baja:

—Mientras hablaba con ella me sentía culpable. No habría ocurrido algo así si no le hubiera tentado. No volví a contárselo a nadie, ni siquiera a los profesores. —Al final sonríe como si no tuviese otro remedio—. Fue por aquel entonces cuando Manako empezó a cocinar. Preparaba algunas cosas, una tarta de vez en cuando, y se las llevaba. Le alegraba ver cómo recuperaba las fuerzas gracias a ella. Nunca me dijo a qué se dedicaba, dónde vivía. Únicamente que estaba solo y que le encantaba su comida porque la hacía con amor.

Las dos hermanas se volvieron así cómplices, camaradas en medio de esa llanura transparente y sin fin.

—No le gustaban las mujeres mayores. Con diecisiete años, Manako ya tenía cuerpo de mujer, de manera que no creo que ocurriera nada entre ellos. Siempre ha sido una mujer muy seria, muy consciente de sus responsabilidades. Se esforzó mucho para que dejase de actuar así y ocultó a todos que me había agredido. ¿No estará aún cerca de ella? ¿No habrá sido él quien ha matado a esos hombres consumido por los celos? Tal vez se volviera loco después del golpe que le di en la cabeza. De ser así, todo sería culpa mía. —Anna rompe a llorar.

—¡Basta! —De pronto se oye una voz a sus espaldas.

Masako está de pie detrás de ellas. En ese instante Rika se da cuenta de lo mucho que se parece a su hija mayor, en sus ojos en forma de uva que no reflejan nada. Es una mujer pequeña, pero tiene el pecho abultado, como si la oprimiese, como si le pesase. A Rika se le antoja que todas esas plantas en el salón crecen sin parar, atraídas por ese cuerpo. Cruza su mirada con los ojos de

botón de uno de los peluches. No sabe en qué momento se ha puesto el sol.

—Compórtate delante de las invitadas y deja de una vez esas historias del pasado. No sirve de nada pensar en ello.

A pesar de la tensión reinante, a Rika le preocupa la nieve. ¿Podrán volver a Niigata? Tal vez se vean obligadas a dormir en esa casa.

Nota un picor en el antebrazo y, cuando gira la muñeca, ve un montón de picaduras como las de Reiko anoche.

IX

El cielo visible desde el andén se ha teñido de un profundo azul marino impropio del atardecer. El aire frío, límpido, parece tragarse el silbido del tren, los anuncios de megafonía e incluso el barullo de la gente que va y viene. El cielo con su color tiende un manto de olvido sobre la tormenta de nieve de anoche. Rika ya se ha acostumbrado al frío de este lugar y le cuesta imaginarse mañana a esta misma hora en la oficina con la calefacción tan alta que seca el aire e incluso agrieta la piel.

—Espero que no se deshaga en el tren antes de llegar a Tokio.

Reiko ha colocado la caja de mantequilla de Sado arriba del todo en la bolsa de regalos. Es una caja amarilla con el dibujo de una vaca. Rika la ha comprado a última hora cuando vio que estaba en la lista de Kajii.

—¿Vas a estar bien aquí sola?

Reiko ha decidido pasar una noche más, hacer un poco de turismo y luego ir a ver a sus padres aprovechando la línea de *shinkansen* que han inaugurado hace poco. Hace al menos cinco años que no va por allí, estima Rika. La última vez fue para asistir al funeral de un antiguo profesor y apenas vio a sus padres.

Se han pasado casi toda la mañana tumbadas en la cama sin hacer nada. La noche anterior pidieron un taxi que llegó a duras penas a causa de la nieve y casi se vieron obligadas a quitarse de encima a Masako, que no dejaba de insistir para que se quedasen a dormir. En el camino de vuelta no se veía nada y el taxista tenía que parar cada dos por tres. Cuando al fin llegaron a la ciudad, al confort de la habitación del hotel, se dieron cuenta de lo cansadas y excitadas que estaban. Les costó mucho trabajo conciliar el sueño.

Al día siguiente, pasado el mediodía, han ido a entrevistarse

con el responsable de relaciones con los medios del departamento de policía de la prefectura. Querían información sobre delitos sexuales en los alrededores de Agano alrededor del mes de diciembre de 1997, pero como ha pasado mucho tiempo no han conseguido gran cosa. Rika tiene la intención de seguir indagando en cuanto vuelva a Tokio. No hay forma de saber si ese misterioso hombre aparecerá o no en algún informe o atestado. Hay muchas probabilidades de que huyera de allí sin ser detenido siquiera, y aún hoy podría andar suelto por ahí acechando a sus pequeñas víctimas. Quizás se fue a Tokio cuando Kajii se mudó para estudiar en la universidad. Tal vez vivieron juntos. No es descabellada la idea de que lo escondiera, porque disponía de los medios para hacerlo.

—Me basta con ver a la señora Tajima —dice Reiko con una voz fresca—. Ya sabes, la mujer que siempre ha trabajado en casa de mis padres. Es la única a la que puedo considerar mi familia. No sé si seguirá con ellos, pero vive cerca porque me envió una felicitación de Año Nuevo. Espero que no se haya mudado. También tengo muchas ganas de ver a *Melanie*, la perra de mis padres. Es un collie.

—Te gustan los seres vivos grandes y calentitos, ¿verdad? Disfrutabas mucho ordeñando vacas.

Rika observa a esa íntima amiga suya con quien mantiene una estrecha relación desde hace más de diez años. Su pelo castaño sobresale bajo una boina francesa y se derrama abundantemente sobre un abrigo gris. Esa mujer que sonríe y apenas parece una niña de trece años y esa otra empeñada en sacar información sin importarle dejarla de lado existen de veras al mismo tiempo. Rika ha terminado asumiéndolo, pero hasta hace poco se negaba a aceptar esa contradicción.

—Lo siento, Rika —dice Reiko con un susurro que casi se lleva el viento—. Supongo que he sido una pesada, una entrometida, pero desde hace tiempo me inquieta esa obsesión tuya con Kajii. Es como si te hubiera atrapado en sus redes, como si también tú fueras su víctima. Bueno, en realidad también estaba celosa. —Es una confesión inesperada y Reiko agacha la cabeza

como si se avergonzara.

Rika le acaricia la mejilla congelada sin apenas carne y ella da un respingo, como si le hiciera cosquillas. Un aliento blanco emerge de sus bocas, se mezcla en el aire y deja un ligero rastro del arroz que acaban de comer. Reiko, con salmón. Rika, con huevas también de salmón. Rika tiene tanta hambre todo el tiempo que le asusta.

—Siempre me ha gustado ese carácter tuyo tan inestable, como el de un tifón. Es verdad que a veces me asustas, incluso me enfado, pero soy yo quien debe disculparse porque estar tan cegada con Manako Kajii. Eso me ha impedido darme cuenta de muchas cosas. Me alegro de que hayas venido conmigo. Gracias a ti he vuelto a ser yo. Parece que esto del periodismo se te da mejor a ti que a mí.

Los grandes ojos de Reiko la miran desde abajo, sus labios secos tiemblan ligeramente. El viento sopla con fuerza.

—Yo creo que te iría bien trabajar en algo, lo que sea, da igual. Es una lástima que no des salida a ese talento. Si no pasases tanto tiempo sola en casa sin parar de darles vueltas a las cosas, tu relación con Ryōsuke mejoraría. Búscate algo que te deje tiempo para la familia, para tus cosas. Yo te apoyo, también buscaré tiempo, ya lo verás, y nos iremos otra vez de viaje. Ryōsuke es importante para ti, lo entiendo, pero no solo le tienes a él. Puedes venir conmigo siempre que lo necesites.

—Es verdad. Eres un príncipe azul —dice medio en broma con los ojos rojos.

Mira el reloj del panel de anuncios. A su lado hay una pareja joven de la mano con los guantes puestos y un aire triste por la inminente separación. Rika sube al tren a toda prisa.

—No sé si lo he entendido mal… —le dice Reiko desde el andén—. Pero si insistes tanto en esta historia es porque algo te recuerda a lo ocurrido con tu padre, ¿verdad?

El hueco entre el tren y el andén está completamente oscuro, como si no hubiera un fondo.

—Tu madre me lo contó cuando estábamos en la universidad. Siempre ha estado muy preocupada por ti, porque cree que aquello

te traumatizó.

La megafonía anuncia la salida del tren. Los últimos pasajeros suben aprisa sorteando a Rika. Cuando se da cuenta de que molesta, se aparta un poco.

—No habría cambiado nada si alguien hubiera estado encima de él, pero imagino que piensas... que le dejaste morir. —Reiko se impacienta por el tren a punto de partir, por dar con las palabras adecuadas para no herir a su amiga. El pelo se ha pegado a sus mejillas por efecto de la electricidad estática.

Rika apenas consigue elevar un poco las comisuras de los labios para forzar una sonrisa, un gesto que se confunde con un escalofrío.

—No te preocupes por mí. Tú ten cuidado y disfruta de Niigata y de tus padres.

Rika sacude la mano para despedirse casi sin despegarla del pecho, como suelen hacer las chicas de instituto. Reiko parece resignada. Deja caer los hombros y sonríe.

—Ten cuidado tú también, y espero que no se te deshaga la mantequilla en el viaje.

La puerta automática del tren las separa con un ruido hidráulico. Se despiden con movimientos de los labios inaudibles. Rika pega la frente, la nariz y la mano a la ventana congelada. Reiko se hace cada vez más pequeña hasta desaparecer entre los copos de nieve. Rika aguza la vista para memorizar su imagen, para poder recordarla así el máximo tiempo posible. No sabe por qué, pero de pronto ha tenido la impresión de que no volverá a verla nunca más.

Cuando mete la llave en la cerradura de la puerta de casa y gira el pomo, del interior emerge un aire frío, seco. Nota un olor duro, una mezcla de lapiceros y detergente que sale por la puerta para desvanecerse en la atmósfera exterior del corredor del edificio. No es otra cosa que su olor. Siente como si la hubieran empaquetado al vacío y dejado expuesta al frío de Tokio durante varios días seguidos. Un instante después reprime un grito.

Hay alguien tumbado a oscuras en el suelo de la habitación. Entra sin descalzarse, enciende la luz y lanza un profundo suspiro. La persona tumbada en el suelo es, en realidad, la trenca que había dejado tirada en el suelo de cualquier manera. Era demasiado ligera para el frío de Niigata y, en su lugar, se decidió por un abrigo de plumas.

Se siente aliviada y vuelve a la entrada para quitarse las botas. Mete el bolso de viaje y los regalos y enciende el aire caliente. Se tumba bocabajo en la cama sin lavarse las manos ni quitarse el abrigo. «Qué casa más desolada», se dice a sí misma mientras mira a su alrededor con un movimiento de ojos. El murmullo de los coches no acaba nunca, los trenes circulan en la distancia, la gente camina por la calle. Nada que ver con Niigata. Pero si la habitación le resulta tan triste y silenciosa es porque Reiko ha estado con ella todo el tiempo estos últimos días. Se adormece hasta que reúne las fuerzas necesarias para quitarse el abrigo cuando la casa se ha caldeado. No tiene ganas de limpiar las huellas de sus botas. Cierra los ojos. En su mente van y vienen imágenes de caminos y campos cubiertos de nieve.

Recuerda las palabras de Reiko en el andén y se levanta de un salto. Rebusca en la bolsa de regalos y nada más abrir la caja de mantequilla suelta un «¡ay!». El cuadrado envuelto en papel de aluminio pierde la forma y se adapta a la de la mano de Rika como si estuviera a punto de escurrírsele entre los dedos. Debería guardarla de inmediato en la nevera, pero ha leído en alguna parte que, una vez deshecha, no es bueno volver a enfriarla, porque pierde muchas propiedades. Le gustaría probarla a pesar de su estado. Abre la puerta de la nevera. Si hace una tarta como en casa de Shinoi, la gastará toda, pero no tiene horno, claro, ni tampoco harina o huevos. Por no tener, no tiene ni tallarines ni pan. Solo dos patatas grandes con tallos. Se las regaló un compañero envueltas en papel de periódico. Ya no se acuerda si le dijo que las cultivaban sus padres o si las había comprado en un viaje de trabajo.

Las pone en un escurridor y lo deja en el fregadero. Le tiembla el cuerpo entero al contacto con el agua fría. Saca un

cuchillo del cajón y corta esos tallos de aspecto venenoso. Echa las patatas en una olla y, en cuanto hierve el agua, el vapor blanco con un ligero olor a almidón humedece al ambiente seco de la casa. El sentimiento de soledad que la atenazaba hace un momento se suaviza un poco mientras contempla cómo se cuecen esas dos majestuosas patatas en el agua borboteante.

Saca el móvil y responde un mensaje de trabajo. Siempre que envía un mensaje tiene la sensación de regresar a la vida cotidiana. También le ha llegado un correo de Makoto y otro de Kitamura, pero los deja para más tarde. De vez en cuando pincha las patatas para comprobar si están cocidas. Después de varios intentos, al fin logra atravesarlas sin resistencia. Vierte el agua sobre el colador y el fregadero hace un ¡clon! seco entre nubes de vapor. Echa las patatas en un plato y se lo lleva a la mesa con la mantequilla y salsa de soja. A través de la piel agrietada se entrevé un interior terso, blanco.

Hunde la cucharilla en la mantequilla sin apenas resistencia y la extiende entre las aberturas de la piel. Se funde con un color dorado engullido por una masa brillante. Deja caer encima unas gotas de salsa de soja, murmura un «buen provecho» y hunde el tenedor. La patata caliente ha absorbido una considerable cantidad de mantequilla. Se le deshace en la boca, y los vapores que exhala alcanzan el fondo de su nariz. Es un bocado pesado, pero enseguida se transforma en una crema caliente de un tacto agradable en la lengua.

La mantequilla es ligera, pero de sabor profundo, cálido. Le recuerda a la luz del sol, como le ha pasado con todos los productos lácteos que ha probado en Niigata. La salsa de soja potencia el dulzor de la patata y, a partir de ese momento, a Rika le resulta imposible parar de comer. Cuando quiere darse cuenta, casi ha acabado con toda la mantequilla y con las dos patatas. Se deja caer en el respaldo de la silla llevada por una agradable sensación de saciedad. Está orgullosa de haber resuelto su hambre por sí misma. Exhala un suspiro y nota el aroma denso de la mantequilla en el rostro.

Al margen del género, quizás no haya tanta diferencia entre

las víctimas masculinas de Manako Kajii y Rika. Si se trata de encontrar las diferencias, ella, al menos, sabe cocer verduras y prepararse algo de comer con un sabor que le gusta. Poco más.

—Papá... —susurra mientras nota como la tráquea se le atasca.

Puede que sea un trozo de patata que ha tomado el camino incorrecto en su garganta. No ha pronunciado esa palabra en al menos veinte años. Su padre tenía cincuenta y dos años. El personal que le atendió dijo no había sufrido.

Se incorpora. La piel fina de las patatas se mece encima del plato agitada por el aire caliente. Eructa. Huele a patata. En algún momento morirá sola sin dejar nada tras de sí, tal vez sin descendencia. No sabe si sucederá en esta casa o en alguna otra parecida. La asalta una clara conciencia de eso. Es hija de su padre. Es algo inevitable. En cualquier caso, es mejor no tomárselo a la tremenda. Le gustaría invitar a alguien, cocinar para él o para ella antes del último día. Un pavo asado, por ejemplo, una tarta que se deshaga como el azúcar en la boca, alguno de esos magníficos platos que veía en un libro ilustrado cuando era niña. Pensar en eso le llena el corazón de ilusión y alegría. Está aburrida de cocinar para ella sola. Solo tiene claro que no le gustaría que esa persona fuera Makoto.

Una nata color tostado cubre la superficie del té con leche y se arruga al empujarla con la cucharilla. Está en una cafetería con las paredes forradas de madera. Solo hay mujeres jóvenes. Ahora que ya no les hace falta recurrir al alcohol, los dos se han dado cuenta de que resulta mucho más conveniente verse en un lugar como este.

—Salsa de soja artesanal y miso hecho a mano... No me lo esperaba. —Shinoi sonríe a duras penas cuando saca la botella y la cajita de sus envoltorios.

—El arroz es famoso, y pensé en comprarte sake, pero luego me di cuenta de que ya tienes muchas oportunidades de beber por el trabajo. Creí que lo que más conveniente era algo para todos los

días, así puedes saltear verduras, prepararte algo rico y sano.

—Qué remedio. Al final me vas a obligar a cocinar.

Shinoi no desentona en esa cafetería. Rika cree que es por el hecho de ser padre de una niña.

—Yo me he comprado lo mismo para mí. Podemos hacer ese esfuerzo juntos. Mira, en esta aplicación hay muchas recetas fáciles de diez minutos como mucho. ¿Por qué no empezamos por cocer arroz y hacer una sopa de miso acompañada de algo sencillo? —Rika le enseña el móvil. Quizás se piensa que es una entrometida, pero le da igual, y eso ha ayudado a que desaparezca la tensión entre ellos, a que su relación fluya mejor, como le sucede con Reiko—. He pensado mucho durante el viaje a Niigata. Si te dedicas a eliminar alimentos de tu dieta porque sí, por mucho que no te disgusten especialmente, contribuyes a que toda una cultura gastronómica creada en torno a ese alimento desaparezca. He decidido comer más arroz y tomar más leche. También cocinar siempre que pueda. La verdad es que me gustaría asistir al Salon de Miyuko.

Shinoi baja el tono de voz, deja a un lado los regalos y mira a Rika.

—¿No lo habían cancelado? —le pregunta.

—He investigado un poco y me he enterado de que las clases continúan en su casa con las mismas alumnas. Así evitan exponerse a los medios. Quiero ir como sea.

—No te va a resultar fácil. Estarán escarmentadas. Tengo entendido que ese Salon fue el punto de inflexión para Manako Kajii.

—Sí, yo también lo creo. Lo que no entiendo es por qué se molestó tanto en entrar en ese grupo de mujeres cuando le disgustan tanto. Si quería aprender cocina profesional, podía haberse buscado una escuela de renombre más barata. Seguro que las clases son mixtas, e incluso podía haber encontrado pareja.

Shinoi da un sorbo al té con leche caliente y observa a Rika.

—Da la sensación de que has captado algo. Hay algo distinto en ti.

Rika corta un pedazo de hojaldre de manzana y la presión del

cuchillo desborda por los lados la fruta de color caramelo.

—Me gustaría investigar el registro de agresores sexuales de la ciudad de Agano desde diciembre de 1997. ¿No conoces a ningún periodista allí con contactos en la policía?

Shinoi asiente con la cabeza. Lo buscará, dice. Rika ya no se siente culpable por pedirle información a cambio de nada. También él acudirá a ella cuando lo necesite, y en ese momento ella hará todo cuanto esté en su mano. En ese momento su relación se equilibrará, será más duradera, fructífera, por mucho que ahora no se sienta en condiciones de hacerlo.

De regreso en la oficina mira el móvil en el ascensor y ve un mensaje de Makoto:

> ¿Nos vemos esta noche?
> Así me cuentas tu viaje a Niigata.

En ese instante se da cuenta de que se ha olvidado de comprarle un regalo. Se apresura a la cocina de la redacción, porque nada más llegar a la oficina por la mañana ha dejado allí dos gelatinas de peras Le Lectier con una nota: «Regalo de Niigata. Para compartir». Acaban de dar las tres de la tarde y aún tiene la esperanza de que quede al menos una, pero ve como Yuu se lleva el último pedazo a la boca.

—¡Vaya, se han acabado!

—Pues sí —dice Yuu con toda la calma—. Está riquísima. Es como comer fruta. Pagaría por esto, la verdad. Me pregunto si tendrán en esa tienda de productos de Niigata de Omotesandō.

—¿Una tienda de productos de Niigata? Dame la dirección, por favor.

Rika irá en cuanto tenga oportunidad. Yuu lleva puesta una sudadera del grupo que tanto le gusta. Cuando se da cuenta, baja la cabeza y admite con vergüenza que no ha podido pasar por casa y era lo único que tenía a mano.

—Por cierto —le pregunta Rika—. ¿Makoto Fujimura también tiene ropa de esa?

—Puede ser. Se gasta mucho dinero en *merchandising*, pero a lo mejor solo se lo pone en casa. Ser la novia de un tipo así debe de

ser todo un numerito. —Yuu no comprende el alcance de su comentario y se queda mirando el recipiente de la gelatina como si nada, como si quisiera más.

—¿Tú crees? —pregunta Rika en un tono deliberadamente casual—. Parece buena persona.

Yuu dirige la mirada hacia una estantería encima de su cabeza y asiente varias veces. Rika pretendía ponerse a hablar de eso y empieza a sentirse incómoda.

—Claro —dice al fin—. Es un buen tipo, y seguro que también buen amigo, pero no sé cómo decirlo... —Coge un trozo de gelatina que se ha quedado pegado en el cuchillo y se lo coloca en una lengua rosácea que parece la de un animal pequeño—. ¿No tienes la sensación de que nunca habla de cosas verdaderamente importantes? No habla de sus gustos ni de sus grupos de música favoritos.

Rika hace un gran esfuerzo por sonreír.

—Bueno, da igual. Va a dejar de seguir a Scream.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—La chica del grupo que más le gustaba se llama Megumi, pero ha engordado mucho. ¿No has visto fotos suyas en internet? Tiene catorce años, está en plena pubertad. A mí no me importa lo que haga, pero el señor Fujimura es un estoico y dice que le ha decepcionado porque ha dejado de esforzarse. Una lástima. No es fácil tener compañeros de trabajo que comparten gustos musicales.

Rika sale de la cocina con una sonrisa en los labios. Busca un rincón discreto en el pasillo y le devuelve el mensaje a Makoto:

Lo siento. Hoy me viene mal.
Hablamos pronto.

Sus dedos parecen tener voluntad propia.

A esa pobre chica se le habrá despertado un apetito lógico después de todo el esfuerzo que ha tenido que hacer para un trabajo tan exigente. Para su familia y sus profesores, preocupados por su salud y por su futuro, seguro que no es nada malo. A la hija de Shinoi le pasó lo mismo.

Vuelve a su mesa y se encuentra una nota escrita a mano con

letra que le resulta familiar: «Tienes una visita esperándote en la primera planta». No es habitual recibir una visita sin cita previa. Su tensión desaparece cuando se encuentra con ese cuerpo grande nada más salir del ascensor y se siente aliviada. Ryōsuke lleva puesta una trenca. No le ve desde hace dos meses, y su aspecto le produce una impresión de indefensión, de bondad, como si fuera un enorme perro abandonado en mitad de la recepción de ese edificio lleno de periodistas que van y vienen. Tiene la nariz y las mejillas más rojas de lo normal. Debe de hacer frío.

—Siento presentarme así de improviso. Estarás ocupada. ¿Qué tal el viaje? ¿Reiko no te ha molestado?

—¡Cuánto tiempo! No, no, para nada. Siento habérmela llevado y haberte dejado solo. Gracias por lo de la tarta, no sé si te lo había dicho ya.

A Rika no le extraña que haya ido a verla porque su empresa tiene previsto abrir otra tienda cerca de Kagurazaka y quizás estaba por aquí cerca por motivos de trabajo. Le invita a sentarse en uno de los sofás que hay frente a la recepción. Ryōsuke agacha la cabeza repetidamente en señal de disculpa.

—No sé dónde está Reiko. No tengo forma de contactar con ella, no contesta al móvil.

Rika cae en la cuenta de que le ha enviado varios mensajes y ni siquiera los ha leído, pero no se ha preocupado demasiado porque la imaginaba por ahí de turismo o en algún sitio fuera de cobertura.

—¿Qué habrá pasado? La última vez que la vi fue ayer en la estación de Niigata. Me dijo que se quedaría una noche más y luego iría a casa de sus padres en Kanazawa porque no ha vuelto desde hace cinco años. Creía que estabas al corriente de sus planes.

—Sí, a mí me dijo lo mismo, pero he llamado a casa de sus padres y ellos no saben nada. Conociéndola, imagino que si de verdad hubiera tenido intención de ir a verlos les habría avisado a pesar de tratarse de ellos, a pesar de que ni siquiera se presentaron en nuestra boda. —Su frente cuadrada está ligeramente perlada por las gotas de sudor. Frunce el ceño y habla como si hiciera un enorme esfuerzo—. Últimamente siempre está distraída, le hablo y

no me hace caso. Se pasa las horas sentada delante del ordenador sin ocuparse de nada. No la culpo; al revés, me culpo a mí.

—Me ha contado lo del tratamiento de fertilidad.

La reserva de Rika solo sirve para aumentar la vergüenza de Ryōsuke. Pone las manos sobre las rodillas como si no supiera bien qué hacer con ellas.

—Cuando nos conocimos, fue ella quien se declaró. Me sorprendió mucho, la verdad. ¿Por qué me quería precisamente a mí una mujer que llamaba tanto la atención?

Es la misma duda que albergaba Rika cuando se prometieron. Solo hace poco ha reconocido, al fin, lo bueno que es Ryōsuke. Además, tenía celos por que se la hubiera quitado.

—Estamos casados, vivimos juntos, nos despertamos todos los días con una sonrisa en los labios, pero nunca he conseguido librarme del todo de cierta extrañeza. Tú sabes cuánto anhela una familia. Cuando me dijo que iba a dejar el trabajo que tanto le gustaba para quedarse embarazada me sorprendió mucho. No me negué, pero no quiso escucharme.

Rika se acuerda de la mano de Reiko acariciando a las vacas.

—Desde entonces se ha instalado una frialdad entre nosotros. A lo mejor yo le doy igual siempre y cuando pueda tener hijos. Cada vez... se me quitaban más las ganas... Los días que le tocaba ir a la clínica para las revisiones yo me buscaba siempre alguna excusa. Es terrible, pero es así. Me da miedo que me deje si descubre que soy yo la causa de todo. Lo siento de veras, seguro que es una molestia que haya venido aquí a contarte mis problemas. —Se acurruca como si soportase un gran peso, se atropella al hablar y sus palabras más bien parecen gemidos.

Puede que sea la primera vez que se sincera con alguien, porque habla en un tono muy formal, casi desconocido en él. Rika se incorpora para acercarse a él y en ese momento le suena el móvil. Lo coge con la intención de silenciarlo, pero ve el nombre de Kitamura en la pantalla. Se disculpa con Ryōsuke. Se tapa la boca con la mano enseguida:

—¿Qué pasa? —susurra—. ¿Que me dé prisa? Lo siento, ahora estoy con una visita. ¿No puedes esperar?

Él le dice que no tardarán mucho y que la espera en el comedor del edificio principal.

Rika tiene la intención de ignorar la llamada, pero Ryōsuke se levanta del sofá sin darle opción.

—Lo siento, estás trabajando. Me marcho. Avísame si sabes algo. Eres la única en quien puedo confiar.

A pesar de sus intentos para que se quede un poco más, a Rika no le queda más remedio que despedirle y mirar cómo su espalda se empequeñece al otro lado del cristal. En su interior nace un fuerte resentimiento. Baja a toda prisa las escaleras para ir al comedor en el sótano y trata de ordenar mentalmente la situación. «Se habrá marchado de casa», piensa. Después de todo es algo frecuente en los matrimonios. Seguro que Reiko actúa así para que Ryōsuke se preocupe por ella, pero en esa actitud infantil algo no le cuadra. Le extraña no poder contactar con ella, pero no se la imagina en problemas, porque es una mujer cautelosa. Tal vez llame por la noche para decirle que ya ha llegado a casa de sus padres.

Kitamura asoma la cabeza detrás de una mampara en un rincón apartado del comedor. Apenas hay nadie.

—¿Quién era?

Le molesta su curiosidad malsana y hace ruido a propósito al sentarse. También le molesta la sensación de haber empujado a Ryōsuke a marcharse. Le desagrada la camisa cara de Kitamura, el color de su piel. Nadie en la redacción tiene ese color de piel.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Qué pasa? ¿Tienes el contacto que te pedí de la hermana de Yamamura? Si es así, dámelo. —No lo hace conscientemente, pero cada vez le habla con un tono más insolente.

Él la mira con ojos desafiantes.

—Te vi la semana pasada subir a un taxi con el señor Shinoi en Iidabashi.

Rika se había olvidado por completo, pero ahora se acuerda de que cuando estaba en Niigata, Kitamura le mandó un mensaje porque quería hablar con ella de algo.

—Te seguí. El taxi se dirigió a Arakichō, bajó la cuesta y se

paró frente a un edificio que tiene un supermercado debajo.

—¿Será posible? Eso es una invasión muy grave de mi privacidad. —Rika no puede dejar de sorprenderse por el siniestro hecho de que alguien que jamás demuestra interés por los demás se entrometa en su vida hasta ese punto.

—Hicisteis la compra en el supermercado y luego entrasteis al edificio.

—¿Y qué? Somos amigos y quedamos para tomar algo de vez en cuando. Había más gente. Preparamos algo de comer y cenamos todos juntos.

Si le dice la verdad, revelará la situación familiar de Shinoi. A Kitamura parece irritarle su aparente templanza, el hecho de que no muestre ninguna emoción, y se aparta el flequillo de la cara con un gesto rápido. Da la sensación de que dedica mucho tiempo al cuidado de su cabello.

—Has conseguido que Manako Kajii acepte una entrevista en exclusiva, ¿verdad?

—¿Por qué sabes tú eso?

—Lo sabe todo el mundo en la redacción. No solo eso, el rumor se ha extendido entre la profesión.

Rika comprende al fin el significado de todas esas miradas desde que ha llegado al trabajo por la mañana. A su jefe se le suelta la lengua cuando sale a beber con sus empleados. De pronto se nota muy cansada.

—Alguien de la competencia ha solicitado también una entrevista con ella y le habló de ti antes de rechazarla. Le dijo que iba a conceder una entrevista en exclusiva a Rika Machida del semanario *Shūkanshūmei* y que, por tanto, no había nada de lo que hablar. Ese tipo llamó después aquí para confirmarlo. El jefe y él fueron a beber algo y enseguida se fue de la lengua. Mientras estabas de viaje no se ha hablado de otra cosa.

No hay nada que ocultar. La previsión era anunciar la entrevista en el próximo número, y el hecho de que la propia Kajii haya sacado a luz su nombre la anima más de lo que imaginaba.

—¿Te ha ayudado Shinoi?

Rika no puede evitar reírse. Es incapaz de relacionar a esas

dos personas.

—Pensaba que nunca te servirías de tu condición de mujer para el trabajo. Pensaba que éramos iguales.

A Rika le molesta su gesto de superioridad y sacude la cabeza.

—Me da igual lo que pienses. El señor Shinoi me ayuda de vez en cuando, cierto, pero en nada relacionado con este asunto. He escrito a Kajii en varias ocasiones y he ido a verla cuando ha aceptado recibirme.

La tensión se borra del gesto de Kitamura. Vuelve a ser el mismo de siempre, un tipo indiferente a todo.

—Te respetaba mucho. Pensaba que las únicas periodistas de verdad de la revista erais tú y Mizushima. Siempre os esforzabais por hacer algo distinto —No es habitual en él que halague a uno de sus compañeros—. Los periodistas beben mucho con sus fuentes, gastan mucho dinero hasta establecer una relación de confianza. Se habla mucho de la depresión en el mundo editorial, pero nadie pone en duda ese sistema porque todos reconocen que las relaciones se construyen así...

Rika hace el intento de decir algo, pero enseguida renuncia. Le extraña que un chico más joven que solo parece empeñado en volver a casa lo antes posible piense del mismo modo.

—En las redacciones el horario de trabajo se organiza en esos términos. Si uno tiene un tema entre manos y sale a cenar con sus fuentes, no tiene por qué cumplir con el horario establecido. Nadie lo hace. Por eso la señora Mizushima tuvo que dejarlo. Me pregunto si esa costumbre sin sentido no afecta a la calidad de lo que hacemos y eso no termina repercutiendo en las ventas.

La señora Mizushima y Kitamura coincidieron un breve periodo de tiempo, y ella nunca dijo nada sobre su forma de trabajar. A pesar de todo, tenían buena relación.

—Si de verdad confías en alguien, no hace falta dedicarle tanto tiempo, tanto alcohol.

Rika mentiría si dijera que no está de acuerdo con él.

—¿No es la información lo más importante?

—Has cambiado mucho. Deberías olvidarte de una vez de esa Manako Kajii. Esa mujer va a acabar convirtiéndose en un

verdadero problema.

Rika se levanta sin mirarle a la cara y sale del comedor sin lograr tranquilizarse.

—Los productos de Niigata están buenísimos, ¿verdad? ¿Qué te ha parecido? ¿Qué es lo que más te ha gustado? —Kajii se lo pregunta de sopetón en un tono de voz cantarín.

Su aparente despreocupación le hace pensar que todo lo ocurrido en Niigata no ha sido más que un sueño. ¿No será que solo fue allí de viaje con Reiko? ¿No estará Reiko en casa cocinando algo para su marido?

Ayer fue incapaz de contactar con ella. Ryōsuke habló con sus padres y le dijeron que no había aparecido por allí.

Febrero es el mes más frío en Tokio, pero esa mujer al otro lado de la mampara de metacrilato tiene las mejillas sonrojadas y resplandecientes.

—Por cierto, fuiste a ver a mi amigo Akiyama. ¡Qué recuerdos! De niño era muy travieso, y un poco bruto, pero me tenía mucha simpatía. Era muy mono. —Siempre que habla de hombres su voz suena alegre y sus ojos se entornan.

—Me da la sensación de que las cosas fueron un poco distintas a como sugieres.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes cara de enfadada?

—El señor Akiyama me ha contado que eras una chica que no llamaba especialmente la atención.

No parece afectarle en absoluto su comentario, como había imaginado, y se echa a reír.

—Ya. Y no sé qué te habrá contado Anna. Últimamente no está bien, pero es normal. Le pasaría a cualquiera que se viera obligada a estar todo el tiempo con una madre como la nuestra. No hagas caso de lo que te haya dicho. En realidad, Taichi, el señor Akiyama, quería venirse conmigo a Tokio, pero lo obligaron a casarse con esa mujer tan sosa.

Rika se pregunta por qué le ha bailado el agua hasta ahora a una mujer así. Le entristece darse cuenta de que se ha comportado

como una estúpida por no confiar en sí misma, por no saber resolver siquiera el asunto de su dieta.

—El único hombre que se fijó en ti fue ese degenerado que abusó de tu hermana pequeña.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? No entiendo una palabra de lo que dices.

Rika siente que nada de lo que hace tiene el más mínimo sentido. Por mucho que trate de ponerse en la piel de esa mujer, es muy posible que todos sus esfuerzos sean en vano.

—Hablo de ese hombre, del hombre del que te enamoraste por primera vez, del que andaba detrás de tu hermana pequeña.

Al ver su cara, Rika comprende que no va a ser capaz de romper el muro que se ha construido a su alrededor y decide cambiar de perspectiva.

—Voy a ir al Salon de Miyuko con mi amiga Reiko. Ha estado conmigo en Niigata y me ha ayudado mucho.

—Mmm... ¿Qué te pasa de repente? ¿No decías que no te interesaba la cocina?

—¿Por qué decidiste ir al Salon? Yo creo que era tu última esperanza.

—¿De qué estás hablando?

—La esperanza de encontrar a alguien que te comprendiera.

—Ya te he dicho que no me hacen falta amigas.

—Sí, me acuerdo, pero tus hombres solo querían de ti tu cuerpo, tus atenciones, tu amor maternal. Es decir, solo lo que les beneficiaba. No les importaba tu dolor, tus preocupaciones. Eres tú a quien siempre han pedido algo.

—Me da igual lo que digas. No son más que tonterías. Yo no he tenido dolores ni preocupaciones. —Se le enreda la lengua porque parece querer decir muchas cosas a la vez, pero Rika la corta en seco.

—Voy a ir con Reiko porque ella es capaz de ver cosas que yo no veo.

—Reiko, Reiko y otra vez Reiko. ¿Qué tipo de relación tenéis? ¿Es que sois novias? —le pregunta como si escupiese. Sus ojos fríos brillan de repente con un fulgor de crueldad—. Esa Reiko no es la

clase de mujer que imaginas. No te enteras de nada.

—¿La conoces? —le pregunta Rika cautelosa.

Kajii levanta un poco el mentón y la mira por encima del hombro como si fuera ella quien está encerrada en una jaula.

—Ha venido a verme en dos ocasiones.

Rika cree ver de pronto la noria blanca del parque de atracciones de Niigata. A pesar de estar en el interior de una sala, nota las mejillas frías. Las sienes tensas.

—¿Cuándo?

—La primera vez poco después de Año Nuevo. La segunda a principios de este mes. Me escribió una carta al poco de venir tú. En ella me decía que por mi culpa la señorita Machida estaba muy rara, y pedía verme aunque solo fuese una vez. Me resultó tan pesada que le dije que hiciera lo que le diera la gana, y entonces se presentó. Estaba muy enfadada por el cambio de su amiga íntima, no dejaba de culparme y le pregunté a qué se refería. —Se calla de golpe, extiende los brazos y se inclina hacia delante como si la amenazase—. ¡Se refería a que habías engordado! —Abre mucho los ojos, como si estuviese actuando en una función teatral—. Yo me preguntaba qué sería esa cosa tan extraña que te ocurría, y resulta que esa mujer me dice que has engordado. Estaba muy preocupada. Por el solo hecho de engordar te habías alejado del sentido común del mundo, ni más ni menos. ¿Cómo se puede alterar tanto alguien por eso? Todo el mundo igual. ¿Por qué hay que preocuparse tanto por los demás, por lo que hacen o dejan de hacer? No es normal. No entiendo cómo la gente se preocupa tanto por los otros y tan poco por lo que sucede en su interior. —Su voz suena transparente, más sincera que nunca.

Tiene razón. Rika también se ha hecho esas mismas preguntas a lo largo de estos meses.

—Es una mujer emocionalmente inestable. Entiendo a la perfección por qué su marido no le hace ni caso. Tiene un aspecto miserable, parece un palo y habla demasiado alto, en un tono de voz molesto. Nada más verla me di cuenta de que su marido no le hace el amor nunca. Me recuerda a mi madre. Solo tiene teorías, y su cháchara altisonante espanta a los hombres. Como no conoce el

placer verdadero, nunca se siente satisfecha, y no está tranquila si no encuentra a alguien a quien atacar. Su amistad contigo no es más que un desahogo de su insatisfacción sexual. Me dieron escalofríos, porque hablaba de ti como si fueras su novia. Yo le dije que una persona que no tiene relaciones sexuales, por muy esporádicas que sean, no puede ser apta para vivir en sociedad. ¿Cómo se puede decir de alguien que es una persona si no mantiene relaciones sexuales mínimamente decentes? Antes o después dejará de existir. Su marido no la quiere. Todo su engranaje dejará de funcionar en breve. Da igual lo que haga.

A Rika le hieren profundamente sus comentarios sobre Reiko, pero se da cuenta de que no puede evitar criticarla, despellejarla. Es una mujer enfadada con el mundo, acumula ira desde hace años, una rabia que todo lo abrasa, una llama que nunca se consume.

—Tanto tú como esa mujer andáis buscando un padre. Esperáis de los hombres esa actitud del padre cariñoso que no habéis tenido. Mi padre y yo nos queríamos y confiábamos el uno en el otro, por eso yo nunca he buscado algo así. Nunca he albergado un deseo retorcido como el vuestro, y por eso todos me han querido. Menospreciáis a los hombres que desean un amor maternal, el cariño de las mujeres. Pero ¿qué diferencia hay entre vosotras y ellos?

De haber ocurrido antes, Rika se habría tragado su argumento y eso la habría hundido durante varios días. De todos modos, sí, en efecto, busca la figura del padre en Shinoi, y si le ayuda a llevar una vida más sana es para expiar su culpa con su propio padre.

—¿Le has dicho todo eso a Reiko?

—Sí, se lo he dicho. Se quedó lívida, luego se puso roja y al final se echó a llorar. Fue muy divertido. Acabó declarando muy seria que iba a recuperarte. Representó muy bien su papel de mártir.

—A mí me cae muy bien Reiko. Hay algo raro en ella, es cierto, una especie de autosuficiencia, y a veces me enfada. Puede que tengas razón, pero a mí me divierte estar con ella.

—¿Te divierte? —pregunta Kajii recreándose en las palabras,

como si las saborease, como si fueran las primeras que pronuncia —. Te divierte... —murmura de nuevo distraída.

—Sí. Es que hablar con las amigas es divertido, ¿sabes? Si nunca has tenido amigas no es porque seas rara o porque estés sexualmente liberada, sino porque todo el mundo se aburre de estar contigo.

—Pues tú no pareces aburrida.

A pesar de su respuesta, es la primera vez que Kajii la mira con ojos atónitos.

—Al principio puede que no, pero ahora me he dado cuenta de una cosa. Todo lo que sabes se puede leer en los libros, es accesible por un poco de dinero. Si pareces tan especial es porque hoy en día ya nadie gasta tiempo y dinero en lo que tú lo has gastado. La mayor parte de la gente se aleja de la gastronomía porque le preocupa el exceso de calorías. Se ha perdido una cultura que antes se aprendía con toda naturalidad. No es nada más que eso.

—Estás muy equivocada. Sufrís conmigo. A todas os pasa lo mismo. Solo podéis estar con alguien inferior.

Sus argumentos le suenan a Rika como los de Kitamura. Él es incapaz de tener sus propias fuentes y Kajii sus propias amigas. Todo lo que dicen no sale del terreno de la suposición, y por eso no le preocupa ni la hace sufrir. Al pensar así, nota cómo la mujer que tiene delante empieza a achantarse poco a poco.

—¿No sabrás dónde está Reiko?

Kajii parece haber recuperado la calma. Se ríe, pero no contesta. Mueve los labios como si se acariciasen, cuando Rika tiene un presentimiento que le provoca un escalofrío. No quiere pensar en eso. No cree que una mujer inteligente como Reiko haya caído en la trampa de otra capaz de arrebatarle la vida a alguien por mucho que no lo haga con sus propias manos.

—Admito que me he sentido atraída por ti, pero si Reiko y todas nosotras llegamos a molestarnos, a enfrentarnos entre nosotras, puede ser porque... porque somos más fuertes que tú.

—¿Fuertes? ¿Vosotras? —Kajii agacha el mentón y mira a Rika con suspicacia, a punto de soltar una carcajada.

—Te tenía miedo hasta que fui a Niigata. No pretendo ofender, pero no eres el monstruo que dicen, solo eres una persona normal.

Rika aparta la mirada a propósito y la voz de Kajii suena cada vez más temblorosa.

—¿Qué estás diciendo? Puedo rechazar nuestra entrevista en cualquier momento.

—Como quieras. A lo mejor no hay otro remedio.

Rika la mira y por primera vez siente que Kajii es incapaz de encontrar las palabras. Incluso tiene la sensación de que se le cae la baba por la boca medio abierta. Solo las puntas de sus dedos regordetes se mueven sin parar.

—Si me limito a seguir tu camino, solo voy a trazar de nuevo la historia que tú quieres, y si publico eso, ¿a quién le va a interesar?

—Por eso no me gustan los periodistas. Sois unos sentimentaloides, unos histéricos, unos niños mimados, no actuáis con profesionalidad. Me da igual. No voy a concederte esa entrevista.

A Rika le sorprende el hecho de no sentir nada frente a esa mujer que grita con la cara roja y los orificios nasales muy abiertos.

—Yo no soy una periodista *freelance*. Aunque anules la entrevista, voy a seguir con mi trabajo sin mayor contratiempo. Más bien eres tú quien va a salir perdiendo. Te va a pasar como en Agano: nadie te va a hacer caso.

La superficie de sus ojos de uva se rompe de repente. Rika lo nota con total claridad. De esa especie de terciopelo inmarcesible se desborda un líquido que atraviesa sus contornos. Falta un poco aún. A Rika le sudan las axilas. Recurre a sus cinco sentidos para obligarla a seguirle el ritmo, pero sabe que no debe impacientarse.

—Hasta que conociste a ese hombre, solo te habías dedicado a comer. He ido a Agano y has empezado a darme lástima. Tal vez nada de esto habría sucedido si hubieras tenido a alguien con quien compartir tus preocupaciones, alguien como Reiko... Da igual que fuera un hombre o una mujer. En ese caso nunca habrías

tenido la necesidad de retorcer tanto las cosas. A mí me podía haber pasado lo mismo.

Por primera vez desde que se conocen, Rika la mira de frente desafiante, con la certeza de que lo siguiente que diga será verdad.

—Dime, ¿dónde está Reiko? ¿Qué está haciendo?

X

22 de febrero

Ryōsuke últimamente se ha aficionado al sake. Por culpa de esas salidas nocturnas de trabajo, según dice.

Después de despedirme de Rika en el andén, recojo las cosas que he dejado en la taquilla y, aunque no tengo intención de comprar nada, no puedo resistirme a las tiendas de regalos con todo tipo de sakes y dulces de la estación. Debo coger el *shinkansen* de la línea Hokuriku hasta Kanazawa. No tengo ninguna intención de hacer turismo en Niigata ni tampoco de quedarme con mis padres. Solo tengo un objetivo. Cuando termine, iré a esa casa en Kawasaki y me instalaré allí como sea. De momento me toca arrastrar la maleta, bajar las escaleras mecánicas, caminar hasta el andén. El tren llega puntual envuelto en una nube de nieve.

Antes de subir apago el móvil. Solo tengo contacto con Rika y Ryōsuke, pero no quiero que interfieran en mi plan o me distraigan. Ya les diré que se me ha perdido, que lo he roto o lo que sea. Voy a usar otro que no saben que tengo. Como no lo he guardado en una funda, está congelado por el frío que hace en esta ciudad. Me veo reflejada en la pantalla oscura. Parezco insegura.

Ocupo mi asiento sin quitarme el abrigo, miro los mensajes y contesto enseguida:

Querido mago Jerry. Por fin he
conseguido salir de casa sin que se entere mi
marido. Esta noche estaré allí. Solo puedo
confiar
en usted. Espero verle pronto.
Firmado, Custard.

Saco un cuaderno y anoto la conversación que hemos mantenido en la comisaria de policía. Es la cosecha de hoy. En mi lista de cosas pendientes tacho «ir a Kanazawa». Después compruebo lo que me falta por hacer. Niigata va quedando atrás. No me provoca ningún sentimiento.

Todo lo que he investigado a lo largo de estos meses y lo que hemos descubierto en casa de Kajii empieza a conectarse. Si mis suposiciones son correctas, esa mujer es cómplice de asesinato. Tal vez no matara a sus víctimas con sus propias manos, como dice Rika, pero el autor material debió de seguir sus indicaciones y su nombre ha debido de aparecer ya en alguna parte, en los testimonios o en la misma investigación policial. Debo avanzar con paso seguro, buscar certezas, tener paciencia.

Mientras releía concentrada las notas del cuaderno, he llegado a mi ciudad natal. No venía desde hace cinco años. En el andén me envuelve un aire frío y suave al tiempo, nada que ver con el de Niigata. Me huele a rastrojos quemados. Me da rabia sentir nostalgia.

Subo a un taxi y le doy la dirección de mis padres en Kōrinbō. Es una casa de estilo occidental con el tejado rojo a dos aguas. La construyeron a principios de la era Shōwa,[1] en un barrio exclusivo cerca del centro, y siempre he pensado que a cualquier turista que pase por aquí le gustaría hacerle una foto. Cuando el sol del oeste ilumina la vidriera del descansillo de la escalera que lleva a la segunda planta, aparece el perfil de María. A mis compañeras del colegio siempre les dio envidia, porque era una casa como las de las series de televisión, decían.

En la guantera trasera del asiento del conductor hay un folleto de un hotel. Es el de mi padre. Es muy famoso en la ciudad. Me pregunto si le irá bien el negocio cuando se ve en la necesidad de anunciarse en los taxis. Mi mirada se cruza con la de mi padre en la foto. Se ha puesto bótox, parece, y luce una sonrisa aún más falsa. Tiene el pelo completamente blanco, la piel morena como si fuera un navegante. Llama mucho la atención. Es un hombre alto de facciones bien proporcionadas, y de joven, por lo visto, le ofrecieron varias veces dedicarse al mundo del espectáculo. Me

espanta que mis ojos se parezcan tanto a los suyos.

—Es el hotel más grande de la ciudad. Si no tiene reserva en ninguno, debería ir.

El taxista es un hombre de alrededor de sesenta años con el cuello grueso. Debe de haber estado observándome a hurtadillas por el espejo retrovisor. Como no sé qué decir, sigue hablando en un tono en el que se detecta malicia.

—No hace falta reservar. Siempre está vacío en los últimos tiempos.

Cuando era niña no era tan grande, pero tenía fama de ser el mejor de Kanazawa. Desde que se hizo cargo mi padre lo amplió y la calidad del servicio empezó a disminuir. Al otro lado de la ventanilla veo un cielo azul marino de un tono más suave que el de Niigata.

El taxi se detiene delante de la entrada de la urbanización. Pago y veo que el taxista se fija en mi cartera. La tengo desde que trabajaba. Está hinchada porque llevo doscientos cincuenta mil yenes en billetes. Cualquier documento capaz de demostrar quién soy, lo he dejado en casa en el cajón donde guardo las cosas del banco y mis cosas personales. Si ocurre algo, no podré demostrar quién soy, mi estado civil.

—Regreso en diez minutos —le digo—. Espéreme aquí.

Vuelvo a poner pie en el sitio donde crecí. Esa casa a la que no vengo desde hace tanto tiempo me parece absurdamente grande, un lugar habitado por fantasmas. Se yergue amenazadora frente a mí. Me pregunto si mis padres aún tendrán la costumbre de salir por ahí a todas horas. Fue la primera casa de por aquí en la que instalaron cámaras de seguridad. Me voy hacia la parte de atrás y meto la llave en la puerta trasera. En caso de que la hayan cambiado, pediré ayuda a la señora Tajima. Sin embargo, el pomo de la puerta gira sin mayor problema. Me siento aliviada. Empujo la puerta. En la parte central del jardín trasero, al lado del sendero de piedra que lleva a la puerta de la cocina, hay una caseta de perro. Ahí está *Melanie*. Me mira con ojos melancólicos. Pensaba que me ladraría, pero no, me observa con cariño y mueve el hocico. Me agacho y la abrazo por el cuello. Noto su calor. Tengo

sed. Me alegra comprobar que sigue viva. Solo eso basta para que mi viaje haya merecido la pena.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Me recuerda a Ryōsuke a pesar de ser una hembra. Hundo la cara en su lomo cálido y noto un profundo alivio. Oigo las pulsaciones de su corazón dentro de su pequeño cuerpo. El cuello le huele a pan dulce.

«¿Qué es lo que te atrae de Ryōsuke?»

Rika me lo preguntó nada más decirle que me iba a casar con él. Me sentí atraída por él porque me recordaba a *Melanie*. Nada más verlo comprendí que era un hombre al que todo el mundo quería, que era ese tipo de persona capaz de arreglar cualquier cosa y que nunca tenía necesidad de mentir. Siempre me han atraído ese tipo de personas. Rika es igual.

Ha pasado el tiempo y es lógico que el pelo de *Melanie* se haya vuelto áspero, difícil de peinar. Tiene muchas legañas. Será la edad, pero no creo que se hagan cargo de ella como es debido. En cualquier caso, no la habrán abandonado del todo, porque a mis padres siempre les han preocupado mucho las apariencias y también está la señora Tajima.

Melanie es un perro pastor, un border collie negro y blanco. Un animal obediente y honesto que no sospecha de nadie. La primera vez que la vi era un cachorrito, y la última apenas cruzamos nuestras miradas.

Mis padres la compraron por Navidad en mi tercer año de instituto con el único objetivo de retenerme en esta ciudad. Siento lástima por ella. Fue un regalo de felicitación por haber aprobado el examen de ingreso en una universidad de Tokio, pero era evidente que no me la podía llevar, que no podía hacerme cargo de ella viviendo yo sola. La dejé aquí entre lágrimas y me marché de casa de mis padres. Quería irme de mi ciudad natal con una sensación más ligera, más fresca, y por eso me molestó tanto su estratagema.

Ahora es *Melanie* quien está a punto de irse de un lugar en el que está acostumbrada a vivir. Saco una jaula de viaje plegable para perros de tamaño medio que tenía guardada en la maleta y la

monto. He traído solo lo necesario, para que ocupara el mínimo espacio posible. Un cepillo, una correa, un hueso de juguete, un baño portátil, una esterilla y un poco de comida. Lo he comprado todo en una tienda de mascotas en un centro comercial cerca del hotel cuando Rika se ha ido sola. Cuando salimos de Tokio, le sorprendió mucho la maleta tan grande que llevaba además del bolso de viaje, pero en realidad estaban prácticamente vacíos. Apenas había un poco de ropa y algún que otro objeto personal dentro. En el hotel me he deshecho de casi todo. Le doy a *Melanie* una galleta y le pido que entre en la jaula.

Saco una bolsa tote de poliéster que llevaba doblada. Meto la ropa y un par de cosméticos y dejo la maleta y el bolso de viaje en el jardín. He calculado bien, porque *Melanie* encaja a la perfección en la jaula. Cierro la puerta y se pone a ladrar. Saco el cuaderno y escribo una nota. Quiero marcharme lo antes posible. Tenía intención de dársela a la señora Tajima, pero he pensado que a lo mejor ya no viene mucho por aquí. Detesto a mis padres, pero al menos debo avisarles de que *Melanie* está bien: «Me llevo a *Melanie*. No os importa, ¿verdad? Después de todo es mía. Reiko».

Arranco el papel del cuaderno y lo dejo en la caseta. Me voy solo con la jaula y el bolso. Solo dar la espalda a esa casa alivia mi respiración. Me siento como una niña caprichosa y piso el asfalto con todas mis fuerzas para reafirmarme. *Melanie* no deja de ladrar, como si hubiera entrado en pánico metida en esa caja.

A Ryōsuke y a Rika siempre les he hablado de mi desgraciada y solitaria infancia, pero lo cierto es que mis padres aún me llaman y siempre están dispuestos a ayudarme. Yo los rechazo con toda la frialdad de la que soy capaz. A lo mejor soy yo quien no puede dejar atrás a la niña mimada. Si me llevo a *Melanie* en estas circunstancias es porque estoy convencida de que no van a llamar a la policía.

La edad de un perro de tamaño medio de quince años equivale a la de una persona de setenta y seis. A partir de mañana la sacaré a pasear. Le haré masajes, le cuidaré el pelo. Debo hacer tantas cosas que me dan ganas de dejarlo todo.

Regreso al taxi arrastrando la jaula con la mano derecha y

con el bolso en la izquierda. Le digo al conductor que me lleve de vuelta a la estación. *Melanie* ladra sin parar y el hombre se vuelve varias veces con cara de molestia. Cuando llegamos a la estación, se ha quedado dormida de cansancio. La expresión de su cara con esas pestañas largas tapándole los ojos me da pena. He tenido muchas oportunidades de venir a verla, y si solo lo he hecho ahora es, sencillamente, porque la necesito para ejecutar mis planes. No confío en poder hacerlo sola. Soy egoísta y los demás se cansan de mí. Creo que hago infeliz a todo el que me rodea. Espero el *shinkansen* en dirección a Tokio.

Manako Kajii y yo nos parecemos mucho.

He mentido a Rika muchas veces. Mis padres siempre se han llevado bien. Son unos románticos empedernidos y estaban locos conmigo. De la cocina y de las tareas de la casa se hacía cargo la señora Tajima y a mí me parecía lo más natural del mundo. No me preocupaba en absoluto no probar nunca el sabor de la cocina de mi madre. Íbamos los tres a cenar a restaurantes de primera categoría, al hotel. Para los cumpleaños, las celebraciones de Año Nuevo y demás, la señora Tajima cocinaba con todo su afán. Son recuerdos que aún me producen una sensación de calidez. Llevábamos una vida despreocupada, desahogada, nadie sufría especialmente por mantener ese ritmo y todos sonreíamos. Hice muchas actividades extraescolares, estudié en colegios femeninos privados de mi ciudad. Quizás me querían como a una especie de mascota, pero como era honesta y obediente mis padres siempre estuvieron orgullosos de mí. Me usaron como modelo para un anuncio del hotel y a la suite más cara le pusieron mi nombre. Mis padres se casaron cuando aún estudiaban, más jóvenes de lo normal, y eso para mí fue siempre un motivo de orgullo. Eran guapos y se comportaban como si todavía fueran novios.

Un día, la primavera de mi primer año de escuela secundaria, volvía de clase de piano y vi por casualidad a mi padre paseando por un parque con una joven empleada suya. No pensé que se tratase de una aventura. Les seguí sin más. Luego les perdí de vista. Me pregunté por el significado de eso y se lo conté a mi madre con cierta reserva, pero ella dijo sin inmutarse que mi padre tenía

talento de confesor. Sus empleados confiaban en él y ella ya se había dado cuenta de eso desde que se conocieron en el club de tenis de la universidad. No le preocupaba nada. Sonrió, pero pensé que había algo raro.

Tenía amigas que me bailaban el agua, pero nadie con quien me entendiera de veras, nadie a quien abrir mi corazón. Mis padres actuaban como si fueran mis mejores amigos, y por eso yo no buscaba mi lugar fuera de casa. Solo podía sincerarme con la señora Tajima. Le pregunté por ellos un día cuando preparaba la cena y, por primera vez, eludió la pregunta. Sonrió como pudo, como si no supiera qué decir, y su disimulo se hizo evidente. No me resigné. Empecé a seguir a mi padre, a observar a mi madre, a hacerle preguntas a la señora Tajima. Comencé a ver las cosas de otra manera.

Cuando tenía trece años el panorama a mi alrededor cambió de golpe. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que mi mayor defecto y mi mayor virtud nacieron entonces. Me refiero a una persistencia y a un afán por buscar cosas fuera de lo normal. También a una voluntad de hierro para llevar a cabo sola todo cuanto me proponga.

Mis padres tenían amantes reconocidos y admitidos por ambas partes. Era de dominio público, tanto en el hotel, como en el barrio e incluso en todo el distrito. Esa relación matrimonial tan peculiar venía de lejos, de una tradición familiar, del tiempo de mis abuelos. En casa se presentaban «señores» y «señoras» muy cariñosos todos ellos y jugaban conmigo.

Durante el verano de segundo de secundaria expuse toda una serie de pruebas que había recogido durante mucho tiempo y los acusé de sus infidelidades. En un primer momento lo negaron de plano, pero cuando vieron las fotos que les había hecho se quedaron mudos. Por fin se enfrentaban a esa hija que llevaba un tiempo comportándose de una manera muy extraña. Había miedo en sus ojos. He visto esos mismos ojos en muchas otras ocasiones desde entonces. En los de Rika ayer por primera vez. Es mi mejor amiga, pero nuestro distanciamiento solo es cuestión de tiempo.

Mi padre dijo: «A la única mujer a la que quiero de verdad es

a mamá, y ella igual». En su forma de hablar había un intento de persuasión, de explicarme con palabras sencillas las cosas difíciles de la vida. «Pero no, no me engañes. Sois vosotros los que estáis equivocados. Eso no es amor. Esa necesidad compartida solo ha creado entre vosotros una complicidad», me decía a mí misma mientras los observaba con unos ojos cada vez más furiosos. Durante todo el tiempo que hablamos, mi madre no dejó de mirar por la ventana ni cambió su semblante triste de víctima. Por aquel entonces debía de tener la misma edad que tengo yo ahora. Esa mujer que conservo en mi memoria me recuerda mucho a mí. La odio. Una mujer esbelta de piel de porcelana, una muñequita de Lladró. No existía en ella un profundo deseo de nada, pero tampoco razones para la discordia. Solo era una mujer soberanamente aburrida.

«Tener nuestras aventuras, por decirlo así, es, digamos, necesario para llevarnos bien, para mantener la frescura entre nosotros. No es una situación normal, pero creo que eres capaz de entender las circunstancias de los adultos. Nos gustaría que te dieses cuenta de que en este mundo existen muchos tipos de matrimonios.»

Recurrí a mis dotes para la oratoria y a todos mis conocimientos escolares para rebatir lo que decía. Les di todo un sermón, recurrí a la lógica para hacerles ver su equivocación, su desprecio por el amor y su irresponsabilidad. No escatimé tiempo ni esfuerzo, usé todo mi vocabulario como si fuera yo la adulta que debía enseñar a los niños. Al principio se quedaron perplejos y pronto apareció el miedo ante una hija que había cambiado de repente. Pasó el tiempo y en sus gestos noté molestia. Me di cuenta en ese instante. Esos padres a los que tanto quería tenían un profundo conocimiento de la literatura y del arte, pero, en realidad, no profundizaban en las cosas importantes de la vida. Eran muy superficiales, les daba todo igual con tal de vivir el presente, divertirse, rodearse de las cosas que les gustaban. El refinamiento solo era una farsa. Si no hubieran tenido dinero, habrían caído de inmediato en una espiral de decadencia. Mi padre se hartó y decidió poner fin a mi interminable cháchara. «No hay

nada que hacer. Es que... Yo no puedo mantener relaciones sexuales dentro de la familia.»

Jamás olvidaré la expresión de su cara cuando lo confesó, sus labios torcidos, su mirada brumosa, esa ansia por el placer que luchaba por salir a la superficie. Era muy dejado para determinadas cosas, pero demostraba una férrea voluntad de no cambiar nunca su modo de vida. Era alguien dispuesto a retorcerlo todo con tal de vivir así.

«No puedo mantener relaciones sexuales dentro de la familia.» He escuchado esa misma frase en varias ocasiones a lo largo de mi vida adulta. Se ha convertido en una especie de teoría que ha terminado calando y aceptándose con naturalidad. Es lo que hay detrás de la mayor parte de las rupturas matrimoniales.

Mi gesto debía de ser muy duro y él se esforzaba por calmarme. «Ya lo entenderás cuando seas mayor», me dijo.

Para entender eso, pensé, no hacía falta ser adulta.

Aún hoy pienso igual. No necesito conocer ese placer que no respeta las reglas ni tiene consideración hacia los demás. Aunque opinar eso hiciera de mi vida algo monótono y pobre, eso que tanto odiaba mi padre, yo decidí que me enriquecería con otras cosas. Me preocuparía de la alimentación, por ejemplo, de lo que me rodea, de cosas que me ayudasen a alejarme de esa vida suya.

Fue entonces cuando tomé mi decisión. Cuando rechacé rotundamente esa forma de vivir de mis padres. Me iría de mi ciudad natal, viviría por mis propios medios. Después de darle muchas vueltas, comprendí que si llevaban esa vida era porque todo a su alrededor les protegía. Yo me mudaría a Tokio, tendría mis propios amigos, mi trabajo. Solo tendría relaciones sexuales con mi marido, única y exclusivamente para tener hijos. Decidí salvaguardar mi virginidad para mi futuro marido. Más o menos por aquel entonces tuve también mi primera regla.

Por desgracia mi voluntad no era tan fuerte como yo pensaba y no pude mantener mi juramento, pero al menos no me acosté con ningún hombre con quien fuera incapaz de plantearme un futuro. Mi ideal siempre ha sido la familia de la señora Tajima. Vivía cerca de casa y yo iba allí a menudo. «Buscaré a un hombre como su

marido —me decía a mí misma—: un profesor de secundaria, un hombre cálido, un poco entrado en carnes.» Mi sueño era crear una familia feliz con muchos niños alrededor que no oliera a sexo.

Llego a la estación de Tokio y hago el transbordo a la línea Keihin-Tōhoku. *Melanie* duerme plácidamente. Dentro de poco llegaré a Kawasaki. Mi largo viaje está a punto de tocar a su fin.

Cuando el tren se detiene en la estación, me dirijo al baño que hay en el andén. Me vendo las muñecas, me pongo una tirita en la mejilla izquierda y un parche en el ojo. En la película de suspense que acabo de ver la protagonista se autolesiona para fingir maltrato, pero yo no tengo tanto valor. Antes de salir confirmo que la imagen que devuelve el espejo es la de una mujer desgraciada, débil. El maquillaje se ha echado a perder hace ya un buen rato y me viene bien esa palidez que me da un aspecto exhausto. Paro un taxi a la salida de la estación y le doy una dirección cercana al lugar adonde me dirijo. Tal vez me esté esperando, mirando por la ventana. Quiero que piense que vengo a pie desde la estación.

Es una zona residencial pequeña situada en un área industrial de la ciudad de Kawasaki. Cerca hay un río, un buen sitio para pasear a *Melanie*. La casa tiene tres alturas en forma de cuña que encajan como los trozos de una tarta. Hasta hace dos años albergaba las oficinas de una fábrica. Si es tal como se explicó en el juicio, en la primera planta está la cocina y el salón. En la segunda el cuarto de baño, el inodoro y la habitación de Yokota, y la tercera la usa de almacén. Debe de ser cierto que en invierno hace mucho frío, porque las paredes son muy finas. Debió de ser duro para él cuidar a su anciana madre en un lugar como este.

Llamo a la puerta de madera fina de contrachapado y pulso el mugriento botón del telefonillo. Intento calmarme. Me hago la promesa de no huir pase lo que pase. La puerta se abre enseguida y me golpea el típico tufo a cerrado que suelo notar en la casa de otra gente, solo que multiplicado por diez en este caso. Me mira una cara redonda, blanda, de color terroso. Mis ojos se cruzan con los suyos tras los cristales sucios de las gafas. Me alcanza de lleno un hedor nauseabundo de producto químico mezclado con semen. Casi me da una arcada, pero he tomado la decisión de no dar un

paso atrás. Levanto la cara. Contengo la respiración y observo la habitación triangular que se extiende detrás de la puerta. Hay una pequeña cocina y, en el centro del salón con suelo de tatami, un *kotatsu*[2] repleto de revistas abiertas y de recipientes vacíos de fideos instantáneos.

Me dan ganas de quitar la manta que cubre el *kotatsu* y tirarlo todo por la ventana.

—Encantada. Soy Custard. Bueno, mejor Sonomi Ikeda.

Me he apropiado del nombre de una antigua compañera de instituto que siempre me pareció profundamente infeliz. Me esfuerzo por hablar con la voz más débil de la que soy capaz, pero tengo la garganta irritada y no puedo reprimir un estornudo. Me pica la nariz, la garganta. Quiero rascarme con todas mis fuerzas y al final me atraganto. El ambiente insano me ataca sin piedad, como me pasaba en casa de la madre de Manako Kajii. Contengo la respiración y entro. Oigo un portazo detrás de mí. Yokota cierra con llave. Ya no hay marcha atrás.

—Soy Shirō Yokota.

Miro fijamente a ese hombre de mediana edad más bien gordo y de escasa estatura. Tiene la voz mucho más atiplada de lo que imaginaba. Llegado el caso puedo pelear con él y plantarle cara. El hecho de que no sea un hombre grande me anima. Entro a grandes zancadas sin mirar atrás

—Has sufrido mucho, ¿verdad? Te ayudaré en todo lo que pueda. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. No hay problema. Tu marido debe de ser un tipo horrible.

Al hablar, las comisuras de sus labios morados y secos se llenan de saliva. Dice tener cincuenta y dos años, pero sus gestos y su actitud parecen los de un universitario a pesar de la tripa abultada y el pelo casi blanco. Lo observo detenidamente. ¿Con qué ojos me mira él a mí? No parece desear desnudarme, pero respira agitado debajo de la sudadera sucia al enfrentarse a un cuerpo real que ha venido a su casa.

Hago un gesto de disculpa por las molestias que le causo. Nuestras miradas se cruzan de vez en cuando. Examino deprisa la habitación con mi único ojo. Coincide plenamente con su

descripción durante el juicio.

Un mes de noviembre de hace tres años detuvieron a Manako Kajii en esta casa. Llevaba dos días con él. Ambos declararon haberse conocido en el año 2012 a través de una página de contactos. Eran de la misma ciudad y con esa excusa empezaron a intercambiar mensajes. Antes de ser detenida, Kajii ya se había dado cuenta de que la policía vigilaba su piso en el distrito de Meguro. En cuanto vio la oportunidad, huyó con las manos vacías y se refugió en casa de Yokota, a quien no había visto nunca en persona. Tenía su dirección porque él la había invitado en varias ocasiones. Según Kajii, era «como un hermano mayor, un hombre cariñoso que jamás la tocó». Durmieron en habitaciones separadas. A él le sorprendió su habilidad con la cocina y le pidió que se quedase como si en realidad hubiera pedido su mano. Cuando la detuvieron, él no daba crédito a lo que veían sus ojos. En el juicio habló repetidamente de la triste existencia que llevaba tras la muerte de su madre. En apenas dos días desarrolló un fuerte apego hacia ella. Era tierna, decía, su calidez le resultaba preciosa. La gente que siguió el juicio lo compadecía, por su entrega, por su generosidad, por su inexperiencia con las mujeres.

Gracias a las actas del juicio y a internet no me ha costado dar con su verdadero nombre y con su paradero. Después de dejar el tratamiento de fertilidad tengo mucho tiempo libre.

Hemos mantenido contacto por internet durante un mes. Lo encontré por algo que se le escapó a Kajii. Me puse el seudónimo de «Custard» y, cuando apareció el «mago Jerry», supe que era él. Es un personaje de unos dibujos que le gustan. Le conté que era un ama de casa de Saitama y que sufría violencia doméstica. A mí también me gustaban esos dibujos.

Yokota nació en Agano a apenas unos kilómetros de la casa de Manako Kajii. Su padre murió cuando era muy pequeño. Trabajaba en el departamento de sistemas de una famosa fábrica de galletas de arroz, pero tenía problemas de salud mental y le dieron la baja. Su madre enfermó también y decidieron mudarse a Tokio para estar cerca de un familiar. La madre falleció hace cuatro años. Él nunca se ha casado. La casa es de su propiedad.

Durante nuestra estancia en Niigata se me ocurrió algo. El asaltante de Anna y ese hombre enigmático del que hablaba su hermana mayor... ¿no sería Yokota? En las actas del juicio constaba que empezaron a tener contacto, precisamente, por ser de Agano. ¿No se conocerían desde mucho antes? En ese caso se entiende que no mantuvieran relaciones sexuales y que el testimonio de Yokota mejorase algo la imagen que la gente se había hecho de Kajii. ¿No existía una conexión profunda entre ellos?

Tres días. Es el tiempo que le he dicho a mi marido que estaría fuera. Solo dispongo de ese tiempo para conseguir pruebas de que es un pederasta y de que mantiene contacto con Kajii. Si se lo demuestro a Rika, la recuperaré y no se alejará de mí. Estaré en disposición de probar el delito.

Yokota mira la jaula que arrastro con la mano derecha. Sonrío y abro la puerta para enseñarle el hocico seco de *Melanie*.

—La he traído conmigo. Se llama *Melanie*. Es muy tranquila y está acostumbrada a estar dentro de casa. No te importa, ¿verdad?

—¿Qué? No me gustan los perros —murmura—. Nunca has dicho que tuvieras perro...

Ya sabía que no le gustaban los perros. Lo sé por su blog donde escribe sobre sus dibujos favoritos.

—Lo siento, pero no puede estar sin mí, y si la dejo con mi marido no sé lo que sería capaz de hacerle. Es viejita y necesita cuidados.

No tengo más opción que imponer la política de los hechos consumados. Hablo suavemente, como solía hacer también en el trabajo, para convencerlo.

—No me llevo bien con mis padres. No los veo desde hace mucho tiempo, pero tengo una amiga íntima de toda la vida. Ahora está en el extranjero por trabajo y tiene previsto volver la semana que viene. Tengo la intención de instalarme en su casa. ¿Nos podemos quedar solo tres días?

No puedo soportar durante más tiempo este ambiente asfixiante. Entro en el salón casi quitándomelo de en medio, piso recipientes vacíos de fideos instantáneos y revistas y abro la

ventana. Entra una bocanada de aire frío con un ligero olor a gasolina. Respiro profundamente. A lo lejos parpadea una luz roja en la chimenea de una incineradora.

—Eres un poco distinta a como te había imaginado —murmura él a mis espaldas.

Me esfuerzo por sonreír y doy media vuelta. Por fortuna tengo un cuerpo frágil y doy una impresión infantil. A lo mejor mi aspecto de niña le toca una fibra, le excita. Me da miedo, por supuesto, pero espero que suceda. ¿Podré defenderme? De momento tiene una actitud pasiva.

—Está bien. Haz lo que quieras, Custard.

Parece haberse dado por vencido. Me dan ganas de aplaudir.

—¿Dónde está la aspiradora?

Se rasca la cabeza. Tiene los hombros cubiertos de caspa. Señala un armario de puertas amarillentas.

—No hace falta que te pongas a limpiar. Estarás cansada, acuéstate. Arriba está el cuarto donde dormía mi madre. Te lo enseño.

—Gracias. No hace falta. Estoy bien. —Me niego a estar con ese hombre en un sitio donde haya una cama.

—De verdad, no hace falta que limpies. Además, no tengo productos de limpieza.

Sonrío y sacudo la cabeza con decisión. La gente que no tiene costumbre de limpiar suele pensar que hace falta mucha energía y tiempo, además de montones de productos, pero cuatro cosas bastan para obtener un buen resultado. En mi equipaje tengo bastoncillos, bicarbonato y guantes de látex.

—No quiero dormir aquí a cambio de nada, y lo único que se me da bien son las tareas domésticas.

Entro en la cocina sin dejar de hablar. Los fuegos, el fregadero de acero inoxidable y un termo para calentar agua. No hay una sola cosa mínimamente limpia, todo cubierto de grasa y de una especie de moho. Debajo del fregadero hay una caja de plástico para guardar el arroz y una botella de vinagre caducado que debió de comprar Kajii. En el fregadero hay un estropajo sucio. Eso me basta.

—¿No quieres irte a dormir? ¿No estás cansada? Las manos te van a doler.

De pronto recuerdo la ficción que interpreto. Me pongo los guantes de goma fingiendo dolor.

—Limpiaré un poco. En cuanto termine me acuesto. Tú vete a dormir cuando quieras. —Sonrío para hacerlo callar.

No voy a pasar aquí una sola noche sin limpiar antes el cuarto donde voy a dormir y la cocina. Por suerte es una casa pequeña. Si me quedan fuerzas, haré algo más.

«Estaba todo indecente y me dieron ganas de huir de allí, pero limpié, cociné y me esforcé para organizar un espacio mínimamente digno.»

Incluso Manako Kajii, una mujer negligente con la limpieza, admitió en el juicio el estado en el que se encontró la casa. La suciedad ha vuelto y soy incapaz de irme a dormir hasta que no le meta mano a esto.

Cuando Yokota desaparece, me quito las mallas y las corto en cuatro pedazos. Me recojo el pelo en una coleta, me pongo una mascarilla, una sudadera y un pantalón de chándal que he traído a propósito. También el parche del ojo. En una caja de cartón coloco el empapador de *Melanie*. Busco un cuenco medianamente decente, echo agua y bicarbonato y lo mezclo con unos palillos que encuentro tirados por ahí. Si dejo de moverme me vencerá la inquietud. Limpio el fregadero con el estropajo y tiro a la basura todo lo que hay desperdigado por el suelo. Paso la aspiradora. *Melanie* sale reticente de la jaula para olfatear uno de los recipientes de fideos instantáneos. Se lo quito y le doy agua en un cuenco. Contemplo la punta de su lengua de color rosa pálido que saca despacio de la boca.

A los hombres, cuanto más conservadores son, más les molestan las mujeres con carácter, decididas, inteligentes y que buscan cierta comodidad en cualquier circunstancia. Pero eso es, precisamente, lo que hacen todas las mujeres que se ocupan de las tareas domésticas, la esencia de su trabajo. ¿Cómo es posible que no se den cuenta? ¿Por qué está tan extendida la creencia de que si saben ocuparse de su casa no pueden ser mejores que ellos en otros

ámbitos y siempre les van a hacer caso sumisas y sin rechistar? En mi opinión, no hay otro campo tan exigente como el de las tareas domésticas. De hecho, implica cierto egoísmo, un punto de locura.

Para no desanimarme me pongo en el móvil música que me gusta. Después de una hora de trabajo sin descanso, la primera planta de la casa se ha transformado en algo completamente distinto a lo que era hace un rato. Se ve el suelo. No huele a nada raro. Subo las escaleras con *Melanie* hasta la segunda planta. El baño está indecente. Renuncio a la idea de bañarme. He encontrado un bote de lejía. Pongo papel higiénico en la taza y lo impregno bien para que se desinfecte. Del otro lado de la pared pintada de un verde oscuro me llega una música estridente, unas voces atipladas como las de los dibujos animados. Me extraña no sentirme amenazada por la cercanía de Yokota.

Melanie me hace arrumacos con la cabeza en los tobillos. Me agacho y le acaricio el cuello. Le doy unas galletas y un poco de la comida que le había preparado antes de venir.

—Lo siento. Estás cansada después de un viaje tan largo, ¿verdad? Enseguida te pongo la cama.

Cuando al fin consigo arrastrarme hasta el cuarto donde voy a dormir son ya las cuatro de la mañana pasadas. Entro con *Melanie* y cierro la puerta con llave. La habitación es un hexágono irregular de unos siete tatamis. Hay una pila de revistas atadas con una cuerda, una estufa eléctrica, siete cajas de cartón prácticamente vacías, un árbol de Navidad cubierto de polvo y una cama baja adaptada, la de su madre seguramente. El futón huele a humedad. Debería limpiar, pero estoy al límite de mis fuerzas y me las arreglo como puedo con un paño. Enciendo la estufa, estiro el futón, que pesa mucho por culpa de la humedad, y lo cubro con papel de periódico. No va a pasar nada. *Melanie* me protegerá. Si echa abajo la puerta de una patada, no creo que le muerda, pero al menos ladrará para alertarme. Le preparo su cama con unas toallas, pero está inquieta y no deja de dar vueltas sobre sí misma. Lloriquea. La cojo en brazos para que se calme y luego me acuesto en la cama. Trato de imaginar el cuerpo rotundo de Manako Kajii tumbado en este mismo cuarto. ¿Qué forma imprimiría al futón?

Gracias al papel de periódico y al frío no huele a nada.

—Buenas noches, *Melanie*.

Tengo ganas de ver a Rika. La echo de menos. El silencio parece acrecentar su ausencia, me corroe por dentro.

23 de febrero

Me despierta algo caliente y suave que roza mi mejilla. No tardo en comprender que se trata del hocico de *Melanie*. Como no paraba de gimotear, hemos dormido juntas. Se nota que está viejita. Su hocico ya no está húmedo, y eso me entristece. Estoy helada. Le acaricio el cuello y me dan ganas de volver a dormirme. Debería levantarme, pero apenas he dormido un par de horas por culpa de la limpieza. Me encantaría meter esta casa entera con su dueño dentro de una inmensa lavadora.

Bajo las escaleras y oigo los sonoros ronquidos de Yokota.

—Vamos a dar un paseo antes de desayunar —le digo a *Melanie*.

Me pongo el parche en el ojo sin maquillarme siquiera y la venda en la mano. Cojo el abrigo y salgo a la calle con *Melanie*. Tal vez porque acabo de llegar de Niigata el aire de la mañana me resulta suave. De alguna parte emerge el sonido de hierros golpeándose. Se ve humo por doquier. Noto ese ambiente de arrancar el día como si a la ciudad entera le hubieran dado cuerda. La correa que me une a *Melanie* no está tan tensa como en otros tiempos. Describe una suave caída, parece un lazo. Dicen que los perros necesitan estímulos para no envejecer demasiado. Llego hasta unas escaleras que conducen a un dique sin cruzarme con nadie.

Cerca del lecho del río hace más frío y huele a tierra mojada. Al inhalar se me humedece la garganta. El paisaje brumoso produce una extraña impresión, como si nada tuviera fin. El viaducto del tren atraviesa el río. Es un paisaje abierto, despejado. Me siento bien. Me encuentro con unas cuantas chicas que entrenan. Parecen del club de voleibol de una escuela secundaria.

Yokota trabaja como administrativo en una academia de apoyo de un familiar suyo. Es para estudiantes de instituto. Seguro que alguna de esas chicas va allí.

«Lo siento. No sé cómo explicártelo, pero me importas demasiado.»

De pronto me viene la voz de Ryōsuke a la memoria. No había vuelto a pensar en él desde que llegué aquí. Camino detrás de *Melanie* sin dejar de pensar en él.

«No puedo hacerlo con alguien que es mi familia. Me recuerdas a mi hermana pequeña, a la hija que aún no tenemos. Te veo frágil y a mí me gusta... Mi forma de hacerlo puede resultar demasiado brusca, y no quiero hacerlo así contigo.»

La noche que me lo confesó fue la primera vez que tuve noticia de sus inclinaciones. Le pregunté hasta cuándo iba a tener que esperar y me dijo apesadumbrado: «Te prometo que en algún momento tendremos hijos. Créeme, por favor. Solo espera un poco».

Yo quiero hacerlo precisamente porque es mi familia. Justo lo contrario de lo que le sucede a él. Mi escaso apetito sexual aumentó cuando nos conocimos, a medida que se difuminaba el límite entre nuestros cuerpos. Tenía ganas de hacer el amor con esa «familia» mía que olía como yo, que dormía plácidamente a mi lado. Lo que él decía era casi lo mismo que decía mi padre.

Me sorprendió descubrir ese deseo en mí. Los chicos con los que había salido antes que él se quedaban perplejos cuando veían que me comportaba como una muñeca y no reaccionaba.

Me quedo un rato en el dique. Me pregunto qué hago yo en semejante lugar. Saco a Ryōsuke de mis pensamientos y decido volver a esa casa donde me espera un hombre desconocido. Es *Melanie* quien me saca de mi ensimismamiento.

Encuentro uno de esos supermercados abiertos veinticuatro horas. Compro detergente para el baño, una esponja, huevos, algunos lácteos, fruta de temporada, un poco de carne y productos básicos como sal y salsa de soja. No es caro. Debe de ser una ciudad cómoda para vivir con niños. En una tienda de todo a cien compro un delantal. Como no tengo intención de quedarme mucho

tiempo, compro solo lo imprescindible.

De vuelta en la casa contemplo satisfecha la cocina donde entra la luz de la mañana. Encontré hace tiempo en un libro una receta de tortitas de yogur y crema de queso. Echo la masa en la sartén y hago unas cuantas tortitas doradas. Oigo unos pasos en la escalera y doy media vuelta. Parece que al fin se ha despertado.

—¿No puedes callar a ese perro? No he pegado ojo con tanto ruido —dice irritado, como si fuera una persona muy distinta a la de ayer.

Lleva un jersey negro y unos vaqueros. Tiene el aspecto de un hombre cualquiera de mediana edad con mujer e hijos. Si me hubiera equivocado en determinado momento de mi vida, podría haber terminado casada con un hombre así.

—Se van a quejar los vecinos y vamos a tener un problema.

Me pongo nerviosa. No pensaba que ese hombre tuviera capacidad de prohibir o exigir nada a las mujeres. Todo está limpio, pero a él parece darle igual. Simplemente se sienta y mira el desayuno que tiene enfrente. Se da cuenta de que *Melanie* se come las tortitas.

—El perro come lo mismo que yo…

Esbozo una sonrisa cínica para demostrarle lo desagradable que es. Me importa más *Melanie* que ese hombre.

—Están muy buenas. —Le doy un buen mordisco a una tortita con aire divertido.

Él mantiene la misma expresión seria y me cuesta trabajo contener mi ira. Es un hombre débil, triste, dejado, que se alimenta a base de comida instantánea, y si alguien le ofrece algo casero encima se queja: «Esto no me gusta y esto tampoco». Un hombre como tú va a estar solo hasta el fin de los tiempos… Cuanto más sonrío más crece mi animadversión hacia él.

—No me apetece. No tengo hambre esta mañana.

Tira el tenedor de cualquier manera y mi ira se transforma de inmediato en un odio declarado. Nos quedamos en silencio.

—¿Tienes mucho trabajo? —le pregunto casi por obligación mientras le sirvo café.

—Sí.

—¿Hay muchos alumnos?

—Mmm... Más o menos.

Parezco una entrevistadora. En sus mensajes insistía mucho en tener a alguien con quien hablar, pero lo cierto es que se limita a esperar las preguntas como un perro a que le tiren el palo. No. Me equivoco. Comparar su arrogancia disfrazada de derrota con la honestidad de un perro es un insulto a *Melanie* y a cualquier congénere suyo. Ni siquiera se ha tomado la molestia de probar las tortitas. Se levanta, se pone un abrigo por cuyas costuras se escapan las plumas como si huyeran de él y se dirige a la entrada.

—No entres en mi cuarto bajo ningún concepto.

—Hasta luego —le digo en voz alta sin esperar respuesta.

Me pregunto si no se me nota el desdén a pesar de la sonrisa. Pensaba que sería fácil dominar a un hombre así. Espero a que cierre la puerta y subo a toda prisa a la segunda planta. Su habitación no está cerrada con llave como había imaginado. No sé si pensar que es porque confía en mí, porque es un incauto o porque me está poniendo a prueba. Haber cuidado de su madre enferma no parece haberle hecho mejorar en absoluto como persona. Tal vez esa historia está plagada de mentiras. A lo mejor lo dejó todo en manos de su familia o de los asistentes sociales.

Huele tanto a sudor que casi me duelen los ojos. En el suelo hay un futón amarillento extendido. Parece que no lo recoge nunca. También hay una estantería abarrotada de DVDs de anime a punto de derrumbarse, miniaturas, pósteres de los personajes femeninos. Todo eso lo suponía, así que no me distraigo y trato de avanzar en mis pesquisas.

Por mucho que busco no encuentro pornografía infantil. No sé gran cosa de anime, de manera que no entiendo si esos personajes que cuelgan de las paredes representan a niñas o a chicas ya adultas. Una de ellas lleva uniforme, tiene cara de bebé y unas tetas enormes. Han pasado dieciocho años desde el episodio de Agano y hay muchas probabilidades de que sus inclinaciones sexuales hayan cambiado gracias a tratamientos o a una atención especializada. He leído muchos libros sobre pederastia.

Pongo el primer DVD de la serie a la que últimamente se ha

enganchado. Pulso el botón pegajoso del reproductor con mi dedo pulgar protegido con unos guantes. Aparto el futón y unos cuantos mangas y me hago un hueco para sentarme en el tatami. Me había preparado para soportar todo tipo de escenas espantosas, pero solo es un personaje de catorce años sobre el que recaen una increíble serie de exigencias. Estoy atónita. Tiene que ser mona, pura, fuerte, obediente, aplicada y, al mismo tiempo, sexi. Y sumisa, por supuesto. Después de ver semejante disparate entiendo que cualquier mujer real solo sea una molestia. Apago el reproductor.

Enciendo el ordenador. Tecleo unos cuantos números al azar para probar la contraseña. Acierto con una combinación muy simple. Increíble. La fecha del cumpleaños del protagonista de la serie del mago Jerry. En la pantalla aparece la misma imagen de chica del anime. Leo detenidamente los mensajes, los chats... Encuentro el contacto con Kajii, pero el contenido coincide casi del todo con lo declarado en el juicio. Busco y rebusco y solo logro confirmar que se conocieron por internet en el año 2012 y que intimaron en un periodo de tiempo relativamente corto.

Eso significa que Kajii se ganó su confianza y su aprecio de una manera similar a la mía. Estoy mareada. Me siento y me abrazo a las rodillas. No puedo dejar de pensar en lo mismo. ¿No es el mismo que abusó de la hermana de Kajii? ¿No se aprovechó ella de él sin que se diera cuenta siquiera? A mí misma ha estado a punto de sucederme cuando la he tenido enfrente.

Esa mujer ha visto en mí en una sola ocasión cosas que me desespero por ocultar. La indiferencia de mi marido, los secretos con Rika, mi incapacidad para relajarme, la pésima relación con mis padres. Le confesé que el trabajo me gustaba y que nunca escatimé esfuerzos. Hice buenos amigos, pero también cometí errores. Cada vez que me entusiasmaba con algo había quienes me prevenían para no dejarme llevar. Tuve algunos roces y con el tiempo empezaron a hacer comentarios sobre mí.

«Pobrecita. Estás mucho más sola que yo encerrada como estoy en este lugar. Rika me ha dicho que quiere ser mi amiga. Es muy mona, ¿no crees? Está tan entusiasmada conmigo que he terminado encariñándome de ella. No tardarás mucho en

perderla.»

Desde el día en que me dijo eso mi corazón no ha vuelto a conocer un minuto de descanso. Lo único que deseo de veras es no perder a Rika. Lo pienso y es como si hubiera estado siempre enamorada de ella.

Noto calor. *Melanie* está a mi lado. Alargo la mano para acariciarla. Su pelo está un poco áspero, pero conserva algo de la suavidad de antaño. La toco y todas las malas sensaciones salen de mi cuerpo por la punta de los dedos. Sí, es esta calidez. Desde que toqué las vacas del señor Akiyama tenía muchas ganas de volver a abrazar a *Melanie*. Cómo me gustaría proporcionar tranquilidad a alguien por el solo hecho de existir, como hace ella. Cómo me gustaría aceptar a alguien sin más, solo con mirarlo.

Dedico más de ocho horas a la limpieza de la casa hasta transformarlo todo (el baño, el inodoro, los armarios) en espacios pulcros a prueba del más exigente. Sobre las cinco de la tarde empiezo a preparar la cena. No importa lo que haga, porque a un tipo así todo le da igual. Me decido por unas croquetas de patata y sopa de verduras.

Yokota vuelve pasadas las siete. Echa un vistazo a la comida y dice:

—No me gusta el *konnyaku*. Las zanahorias tampoco.

«¡Mentiroso!», estoy a punto de gritarle. «Cuando estabas con Manako Kajii te comías el *oden* y el *borsch*[3] que te preparaba. Repetías y no parabas de decir que estaba buenísimo, y cuando te echaste arroz en la sopa ella frunció el ceño. ¿Es que no te acuerdas?»

—Me recuerdas a ella —murmura mientras coge una de las croquetas con los palillos.

Por su tono de voz resulta evidente que se esfuerza por mantener una actitud de superioridad conmigo. Por fin ha llegado el momento... Trato de controlar mi impaciencia y le sirvo arroz como si nada.

—¿Te refieres a esa mujer con la que pasaste un tiempo? Sí, algo me has contado. Erais de la misma ciudad y también la conociste por internet, ¿no? —Trato de ser cautelosa.

Retiro el *konnyaku* y las zanahorias de la sopa con el cucharón. En sus mensajes me contaba orgulloso que había vivido en esta casa con una mujer.

—Sí. Me recordaba a mi madre cuando estaba bien, porque también ella cocinaba mucho. Era divertido comer con ella.

—Debía de ser una mujer estupenda, imagino.

—No, no, no. Era fea, estaba muy gorda. ¡Su-per-fea! —Se ríe.

Su forma de hablar entrecortada me provoca un escalofrío que me recorre la espalda. Sus ojos brillan ahora como si desafiasen al mundo.

En primaria había muchos niños parecidos a él. Niños muy apegados a algunas niñas a las que, sin embargo, trataban con brusquedad. Por fortuna no llamaba su atención. Aquello me asustaba. Yo se lo decía a los profesores o les reprendía directamente, y terminé convirtiéndome en una molestia no solo para ellos sino también para ellas. Empezaron a burlarse de mí. Mi madre trataba de consolarme. Decía que lo hacían porque les gustaba, porque en el fondo eran muy tímidos y no se atrevían conmigo, pero aquello me espantaba y fue entonces cuando decidí cambiarme a una escuela femenina.

Yokota se transforma cuando habla de ella. La expresión de su cara se ilumina, gesticula con las manos, habla tan deprisa que me cuesta trabajo seguirle.

—Pero a pesar de estar gorda tenía algo encantador, puede que me gustara un poco. Tenía la piel suave, brillante. Pensé que a lo mejor podía soportarla. Luego empezó a parecerme mona. Tenía una voz bonita. ¿No crees que las mujeres con la voz bonita son más guapas?

Mi voz es demasiado grave. Dice que la voz de Kajii se parece a la de uno de esos personajes de anime que tanto le gustan. Se entusiasma y se olvida de cenar. «En realidad, le da igual si estoy aquí o no», pienso distraída. La corteza de la croqueta pierde consistencia poco a poco, se transforma en una masa blanda.

—Se preocupaba mucho por mí.

«Este hombre no ha aprendido nada a pesar de haber pasado por esa experiencia», me digo. Se cree que el mundo debe

mostrarle cariño, preocuparse por él. Si yo hubiera tenido que pasar por eso, no habría vuelto a entrar en internet en mi vida y jamás le habría abierto la puerta de mi casa a una desconocida.

—¿La quieres?

La pregunta le molesta. Pone cara de fastidio, una cara muy parecida a la de mis compañeros de primaria. Tal vez dentro de mi cuerpo delgado haya algo que molesta a los hombres.

—¿Tuvisteis una relación como la que tendrían un hombre y una mujer?

Hunde sus mejillas y frunce los labios.

—¡Imposible! Jamás, por mucho que me lo pidiese.

Aunque se esté refiriendo a Kajii, no tolero cuando un hombre habla de una mujer en esos términos. Decido continuar por otro camino.

—Sois de la misma ciudad, ¿verdad? ¿No os conocíais de antes? —Aguzo la vista para que no se me escape el más mínimo detalle, el más mínimo cambio de expresión.

—No lo sé. No me acuerdo.

Quizás llegados a ese punto la conversación ha tocado a su fin.

Sigue sin hacer ningún comentario sobre la comida. Me molesta. A mí me parece que está perfecta. Las croquetas están crujientes, doradas, en su punto justo. Tienen un toque especial de curry y queso.

—¿Está bueno?

Pone cara de sorpresa y murmura algo entre lo que no escucho las palabras «rico» ni «gracias». Actúo como Kajii, pero parece ser que hay algo distinto en nosotras. Tengo ganas de preguntarle qué le pasa. Es evidente que nos detestamos.

—¿Te gustaría desayunar con pan o con arroz?

El simple hecho de pronunciar la palabra *pan* como si fuera la cosa más normal del mundo me desagrada profundamente. Bajo la luz fluorescente me viene a la mente una vez más un viejo deseo que siempre trato de evitar

Ojalá Rika fuera un hombre.

24 de febrero

Hago pan para desayunar, huevos con beicon y mermelada.

—El *bagel* lo he hecho yo. Se puede hacer en la sartén, ¿lo sabías?

No debería darle todas esas explicaciones, pero no puedo evitar hacerlo. Ryōsuke habría tenido un gesto cariñoso conmigo, pero él solo asiente sin mostrar ningún interés.

—¿A qué hora vuelves?

—¿Entraste ayer en mi cuarto?

No debería decir ni sí ni no y me limito a sonreír. Él se enfrenta a mí como si fuera el epítome del sentido común.

—¿No me estarás mintiendo? Te miro y no me da la impresión de que te hayan maltratado. No me parece que tengas miedo a los hombres.

Me he quitado las vendas de las muñecas y el parche del ojo porque ya es suficiente. Es obvio que mis atenciones le dan igual.

—Bueno, no me importa. ¿Te marchas hoy o mañana?

Me sorprendo. No es que esté cómoda en este lugar, pero tengo la impresión de que aún me queda mucho por hacer.

—¿Qué es lo que quieres?

En sus ojos no hay nada indecente, más bien precaución. No puedo evitar preguntarme por qué aceptó pasar un tiempo con alguien como Manako Kajii.

—¿Vienes sobre las ocho? Esta noche prepararé algo caliente. Vuelve pronto, ¿de acuerdo? —Intento forzar una sonrisa maternal, una sonrisa capaz de conquistar a los hombres, pero solo me mira como si tuviera enfrente algo que le da miedo.

Cuando cierra la puerta, me quedo de pie un tiempo sin saber qué hacer. *Melanie* pone el hocico encima de la mesa y mira con interés las sobras del desayuno. Le doy una galleta, me acerco al fregadero y abro el grifo. El agua me salpica las mejillas. Vuelvo en mí. ¿Cómo es posible hacer la pelota a semejante individuo? No me lo puedo creer. ¿Qué demonios pretendo? ¿Qué debo hacer para aceptarme a mí misma? Tengo una edad en la que ya no puedo culpar a mis padres.

Mi idea es preparar una crema de verdura con patata, cebolla y brócoli sin carne ni zanahoria. Como de costumbre, pienso en el menú teniendo en cuenta la salud de quien se lo va a comer y las sobras del día anterior. Normalmente uso leche de soja, pero aún estoy impresionada por lo que me contó el señor Akiyama. Es mejor consumir la mayor cantidad posible de leche de vaca.

El truco de una salsa bechamel sin grumos es poner mucha mantequilla y añadir la leche fría de golpe. Como mínimo me gustaría que ese hombre admitiera que está buena. No debería alejarme de aquí hasta que me dé su aprobación.

En ese caso...

Dejo de mover la mano con la que sostengo el cucharón y miro el extractor impoluto, sin una sola mancha. A pesar de estar aquí, me alegra haber sido capaz de limpiarlo todo.

Me saco de la cabeza a toda prisa un pensamiento que ya ha empezado a tomar forma. Admitirlo sería como reconocerme incapaz de volver a mi vida anterior, la victoria definitiva de Manako Kajii. La visión del extractor se me nubla, lo veo borroso y, a pesar de todo, no puedo evitar decirlo en voz alta:

—Con Ryōsuke o con cualquier otro sería siempre lo mismo.

Son personas completamente distintas, pero yo soy la misma, viva con quien viva. Hago las mismas cosas, me entusiasmo sola con las tareas de casa, limpio a conciencia en cuanto veo algo de suciedad y dedico mucho tiempo a cocinar pensando en los demás. Pregunto una y otra vez si está bueno. El sexo siempre está lejos de mí, y en mi interior noto una ira casi insoportable. ¿De verdad quiero a Ryōsuke? Me divierte estar con él, por supuesto, me tranquiliza su presencia, la calidez de su cuerpo grande. Sé que le importo como él me importa a mí, pero no puedo evitar pensar que si dejo de moverme, el tiovivo que es la familia se detendrá conmigo. Si no me muevo, no me querrá, y a pesar de que lo haga no tengo la garantía de que vaya a hacerlo siempre. ¿Qué significa ser querida después de todo? ¿Que alguien te necesita? ¿Alguien tan útil como soy yo para los demás? ¿Por qué me siento tan vacía, tan miserable?

¿Qué clase de persona debo ser para poder respirar tranquila,

profundamente?

Estoy a punto de olvidarme de que estoy aquí para ayudar a Rika a descubrir la verdad sobre el crimen de Kajii, pero es que mi mundo se estrecha cada vez más a pesar de tantos esfuerzos. Me cuesta respirar. ¿Por qué es tan pequeña esta casa? ¿Por qué tiene esta forma tan rara?

Suena el telefonillo. Es un timbre sordo. Quizás está roto. Me pregunto si Yokota no se habrá olvidado de algo.

Suspiro. Me limpio las manos con el delantal y me acerco a la entrada.

XI

«Me pregunto si habré engordado ocho kilos desde entonces», piensa Rika.

Ya casi han pasado tres meses desde que empezaron sus visitas a la cárcel de Tokio. Frente a Manako Kajii vuelve a reflexionar sobre por qué todo el mundo se ha ensañado siempre con su aspecto. Para Rika no tiene nada de peculiar. Lleva un jersey azul claro de un tejido suave a juego con una falda larga de tela gruesa. Tiene un elevado concepto de sí misma que emerge de su interior para darle lustre a sus gestos, a su actitud, pero no hay nada más detrás de eso. Tan solo es una mujer corriente en la treintena.

Ahora, sin embargo, todo el mundo debe de pensar de Rika que se ha afeado aún más que ella e incluso que ha perdido el juicio. Pasado el mediodía estaba comiendo un cuenco de arroz con carne y huevo en su mesa cuando la llamó el jefe para encargarle una entrevista y explicarle el tema por encima. El fotógrafo estaba también en el despacho con un gesto atónito. Hasta hace muy poco era una mujer delgada y atractiva, y mírala ahora. Da igual, después del viaje a Niigata tiene mucho en lo que pensar, mucho que investigar, y no le queda tiempo para sí misma.

Gracias a su transformación ya no teme a Manako Kajii. Si ha engordado ha sido, precisamente, para acercarse a ella. En su gesto nota cansancio. Rika la ha acorralado. Kajii guarda silencio desde hace un rato y de pronto habla como si hubiera perdido la paciencia.

—¿Cómo voy a saber yo dónde está tu amiga? No soy adivina.

Sacude la cabeza a izquierda y derecha con expresión molesta. Su pelo brilla formando ondas lumínicas que se deshacen en el aire como miel fundida. Rika no puede dar marcha atrás

después de haber llegado a este punto, y su respuesta la convence todavía más de lo que ya estaba. Sabe perfectamente dónde está Reiko.

—Me da igual. Necesito una pista, por muy pequeña que sea. Haz memoria. Piensa en lo que le dijiste, en qué pudo impresionarla.

Kajii mueve los ojos despacio, como si siguiera a una mariposa invisible. Se nota que saborea y disfruta la impaciencia de su interlocutora. Murmura algo y se coloca el índice en el mentón hasta marcarse un hoyuelo. Rika está cada vez más enfadada.

—¡Ah, sí! Te pongo una condición.

Levanta la voz a propósito y sus ojos brillan de nuevo. «Ha vuelto», piensa Rika. Su cambio de actitud la atemoriza, aunque enseguida se avergüenza por dejarse intimidar.

—¿Cómo mataste a tu padre? Dímelo.

Rika no recuerda haberle hablado de aquel día, pero ya nada le sorprende.

—Si me lo dices, haré lo que pueda.

Rika sabía que tarde o temprano debía hablar de eso. Para no alterarse, aparta todos y cada uno de sus temores y respira profundamente.

—Tu amiga dijo que si sientes tanto apego hacia mí es porque te sientes responsable de la muerte de tu padre. Tu interés por la cocina también tiene relación conmigo.

—Yo... No cumplí mi promesa —dice con voz clara después de hacer un gran esfuerzo.

Tiene la esperanza de despertar un poco de compasión en ella, pero tan solo espolea su curiosidad. Se acerca a la mampara que las separa hasta casi tocarla.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué promesa fue esa?

Rika decide sincerarse de una vez por todas.

—No le preparé el gratinado que nos enseñaron en la escuela.

—¿Sabes hacer un plato tan difícil? Pensaba que ni siquiera eras capaz de cortar una cebolla. —Kajii abre los ojos en un gesto pretendidamente encantador. Sus abundantes pestañas dibujan una

curiosa semicircunferencia.

—Cuando estaba en secundaria me gustaba mucho cocinar. Yo me hacía cargo de las tareas de casa porque mi madre siempre estaba ocupada. Gracias a mí destacamos en la clase de cocina. La profesora felicitó solo a mi grupo. Bueno, en general todos los profesores me felicitaban siempre.

Rika lo recuerda a la perfección: el momento de sacar del horno la fuente del gratinado con las manos protegidas por las manoplas, su satisfacción y el aplauso espontáneo de sus compañeras. El pan rallado tostado, el queso fundido, la delicada bechamel...

—¿Y qué receta es esa? En esta época del año un gratinado es perfecto. Me está dando hambre.

—Hay que saltear la cebolla con harina y un poco de mantequilla, añadir leche poco a poco. Cocer los macarrones y el brócoli, salpimentarlos y mezclar, saltearlos con langostinos y un poco de vino blanco, taparlo todo para que cueza un poco y, por último, añadir el queso, el pan rallado y un poco de perejil. Luego, hornear veinte minutos, creo. —Lo recita con una naturalidad pasmosa y ella misma se sorprende.

De hecho, aún se acuerda del tipo de letra del libro de texto, de las ilustraciones. Desde aquel día de sus quince años no lo ha olvidado y cuando piensa en la cocina, en un rincón de su memoria aparecen pequeños fragmentos, el cuaderno donde apuntaba sus trucos, las ramas de los árboles del jardín de la escuela que casi entraban por las ventanas de clase, el recorrido hasta el aula de cocina cantando con sus compañeras la receta.

—Es la receta clásica. Pensaba que sería más sencilla.

—Se lo conté a mi padre y me dijo que quería probarlo, que cocinase uno para él. Me quedaba en su casa una vez al mes y me pidió que lo hiciese en la siguiente ocasión. Yo le dije que por supuesto que lo haría.

En aquella época a Rika la atemorizaba el silencio por encima de cualquier otra cosa. Por eso hablaba sin parar cuando estaba con su padre. No quería dejar el más mínimo resquicio para que le preguntase por su madre, y por eso cambiaba de un tema a otro.

Sentía como si le fuesen a absorber los ojos de cariño con los que la miraba. Sentía que si no le entretenía, la dejadez y el abandono lo consumirían. Se creía en la obligación de actuar como una niña moderna a la que no le importaba que sus padres se hubieran divorciado. En la escuela era un «príncipe azul» y con su padre alguien completamente distinto. Para él, Rika era una niña dicharachera pendiente de las modas, tranquila, un poco despistada y bromista. En los dos años transcurridos desde que su madre y ella se marcharon, él había engordado sin dejar rastro de quién fue. El alcohol y su empeño de autodestrucción, el desaliño y su cara enrojecida, no conseguían borrar del todo, sin embargo, a ese hombre divertido al que le gustaba bromear como cuando las cosas aún marchaban en la familia, y eso, al menos, aliviaba a Rika.

«Entonces nos vemos el viernes que viene —le dijo él—. Te espero a las siete. Si llegas antes, aquí estaré.»

Ese día se retrasó en la escuela. Tras la muerte de su padre dejó enseguida el club de voleibol, pero por aquel entonces le dedicaba mucho tiempo. Era esa época del año en la que el sol desaparece de repente. Contempló el cielo teñido de un azul profundo, se arregló el uniforme y de pronto le pareció una molestia insoportable tener que tomar la línea Chūō, ir a un supermercado para comprar todo lo necesario y ponerse a cocinar después. No le había dicho nada a su madre, pero desde que se marcharon del piso de Mitaka, no parecía haberlo limpiado nunca. Había moho por todas partes, era asqueroso; le ponía la carne de gallina. Cuando se quedaba a dormir con él no se metía en la bañera, y siempre que podía le pedía salir a cenar por ahí. Las paredes habían cambiado de color por culpa del tabaco. Fumaba sin parar. Casi nunca iba a la universidad y se quedaba en casa escribiendo. Para poder cocinar, debía limpiar antes, y todo eso la desbordó, la hizo sentir un peso insoportable. Tuvo celos como nunca antes de sus compañeras y de sus risas inocentes. Era la única de su clase con padres divorciados.

Le llamó desde una cabina y le mintió por primera vez en su vida con la excusa de un examen sorpresa para el lunes siguiente.

Él le dijo que no pasaba nada, pero antes de colgar respiró profundamente. Luego se hizo un breve silencio que bastó para estremecerla. Por último, una terrible frialdad al otro lado de la línea: «Me menosprecias como tu madre. Eres una mala hija».

Quería negarlo todo, pero se quedó sin palabras. Era la misma forma categórica de hablar que usaba con su madre antes de separarse. Tenía ganas de gritarle, de protegerse, de esconderse dentro de la cabina. Se había equivocado y todo se había echado a perder. Daba igual lo que hiciera. Colgó sin decir nada.

Pensó que no se lo contaría a su madre. Era la primera vez que le hablaba de esa manera, que la acusaba de algo terrible. Además de sorpresa, Rika sentía verdadera vergüenza. Estaba enfadada consigo misma, con sus padres, que eran los responsables de una situación tan retorcida. Era la primera vez que se enfadaba después del divorcio, como si hubiera despertado, como si hubiera comprendido lo mucho que se esforzaba por silenciar sus sentimientos.

—Yo era la única que entraba y salía del piso de Mitaka por aquel entonces. Él era un hombre orgulloso incapaz de pedir ayuda a nadie. Tenía amigos para salir a beber, pero no con quién sincerarse de verdad. Me pesaba mucho su mirada de súplica cuando me iba de su casa. Aquel día mentí a mi madre. Le dije que había ido, pero que no me quedaba a dormir para poder estudiar. No sospechó nada. El lunes le llamé y no respondió al teléfono. Al principio no me preocupé, pero la mañana del miércoles aún no había podido hablar con él. Tuve un mal presentimiento y pedí permiso al profesor para salir antes. Fui allí a toda prisa.

Rika todavía se acuerda de las miradas de sorpresa de sus compañeras. Parecían preocupadas por su repentina marcha, por la extraña expresión de su cara, por la intuición de que su «príncipe» iba al encuentro de algo que ellas jamás vivirían.

—Murió de un infarto cerebral. Lo encontré tres días después del fallecimiento. Apenas lo vi desde la puerta. Estaba tumbado bocabajo. Olía mal. Después de aquello leí muchos libros. Si hubiera ido aquel viernes, si hubiera cocinado para él... Si me hubiera quedado a dormir y hubiéramos estado juntos hasta el

mediodía del sábado, tal vez me habría dado cuenta de algo a pesar de ser todavía una niña. Tal vez sus extremidades estaban entumecidas o se tambaleaba al andar; los primeros síntomas de un infarto cerebral.

Kajii murmura con una voz tranquila:

—No es culpa tuya. Eras una niña. Hicieras lo que hicieras no habrías podido evitar su muerte. —De pronto abre mucho los ojos que hasta ese momento tenía entornados como una simple raya—. ¿En serio te crees que yo te voy a decir algo así? —Sus fosas nasales se expanden, las mejillas se elevan, los labios le brillan con una expresión satisfecha, como si se hubiera saciado. Se ríe y la señala con el dedo—. Ya sé por qué sientes tanto apego hacia mí. Tú misma lo has comprendido: eres una asesina. Como yo. Si no me quitas los ojos de encima es solo porque quieres reafirmarte. Si al final soy inocente, tú podrás redimirte. Así matas dos pájaros de un tiro.

Extrañamente, Rika se siente aliviada. La tensión que acumulaba dentro desaparece. Ahora se siente aún más salvada que cuando Reiko le dijo que no tenía culpa de nada en la estación de Niigata. Es como si Manako Kajii la hubiera aceptado, ella que nunca reconoce siquiera la existencia de otras mujeres.

«Eso es. Maté a mi padre.» Rika acepta el hecho por primera vez. «Rika Machida es una asesina.»

No se trató de una imprudencia, pero tampoco puede decir que no hubiera malicia en sus actos. Lo rechazó conscientemente, y como resultado de ello falleció. Sin embargo, gracias a eso su madre y ella se liberaron. Sentía de todo corazón el abandono en el que había caído su padre y jamás se olvidaría de él, nunca llegaría a perdonarse a sí misma, de hecho, pero lo cierto es que su muerte les permitió continuar con su vida, salir delante.

Siente una infinita compasión hacia su padre. Se crio con sus padres en la prefectura de Fukuoka, siempre lo mimaron, pero ya de joven él se rebeló contra su conservadurismo. Como profesor, se inclinó por los movimientos contestatarios estudiantiles, y eso supuso el estancamiento de su carrera académica. A los cuarenta años quiso convertirse en escritor. Le acomplejaba que su mujer

hubiera crecido en Tokio. Era una de esas personas con el espíritu dividido, una parte siempre en otro sitio. El día a día, los asuntos de dinero... todo parecía molestarle, todo se convertía en motivo de discusión.

Sin embargo, los cuentos que elegía para ella, las películas de dibujos animados que veían juntos los días de estreno y las historias que él mismo inventaba siguen siendo aún hoy un gran tesoro para Rika. Parecía un hombre locuaz, pero en realidad era tímido, introvertido. Siempre la miraba con una sonrisa en los labios. Se bañaron juntos hasta que Rika empezó quinto de primaria. Escenas de su niñez que la ayudan a comprender lo mucho que la quería. Su vista se vuelve borrosa de repente.

—Hiciste lo mismo que hice yo: dejar de atender a alguien que te necesitaba. Yo corté mi generosidad sin previo aviso. Tú hiciste lo mismo con tu padre, y una parte de ti sabe que era lo mejor que podía pasar. ¿Me equivoco? ¿No te sentiste aliviada?

Tiene razón. Cuando llegó la ambulancia, enseguida empezaron a colocar hules azules por toda la habitación de tal manera que no pudiera verle. Uno de ellos se acercó a Rika y le dijo: «Lo siento mucho...». Las primeras palabras que salieron por su boca sonaron muy crueles: «Está muerto, ¿verdad?». Quería asegurarse de que estaba muerto. Si aún vivía, su madre y ella estaban condenadas.

—A mí me pasó lo mismo. Todos murieron, uno tras otro. Mi padre también. Sentí un alivio enorme. Ya no tenía que cuidar de nadie.

A pesar de todo, Rika tiene remordimientos. Si pudiese volver atrás, iría a casa de su padre, le prepararía un gratinado. Nunca deja de preguntarse cómo habrían sido las cosas si siguiera vivo, si siguiera existiendo ese hombre que significaba un gran peso para ellas.

—Quieres decir que no mataste a nadie. Al menos no con tus propias manos.

Kajii asiente rotundamente sin expresión alguna en la cara. Rika la cree. Dice la verdad. Para llegar a este punto es por lo que ha ido tantas veces a la cárcel.

—¿Cuál era tu intención con ellos? Eso es lo que se va a dirimir en el juicio.

—Podría decir cualquier cosa. Es lógico, ¿no? Todos deseamos que alguien cercano desaparezca cuando nos molesta.

Rika se acuerda de la irritación que sintió hacia Reiko cuando estaban en Niigata. ¿Se daría cuenta? Un escalofrío le recorre la espalda.

—Lo mismo que te pasó a ti. Un buen día empezaron a causarme molestias. Me harté de ellos, de esa costumbre de exigirme, de demandar cosas de mí. Se sentaban a la mesa sin hacer nada y se limitaban a esperar la comida. No pensaban en mí, en lo que pudiera sentir, daban por hecho que cuidarles era algo lógico. Comenzó a molestarme todo: tener que comprar productos de temporada, cocinarlos, elegir la vajilla, servir, recogerlo todo, fregar. ¿Todo ese esfuerzo por ellos? Dejé de llamarles, de ocuparme de sus casas, de su alimentación, y ahí surgió todo. Uno sospechaba de mí. Empezó a acosarme. Otro enfermó de pura dejadez. No sabía vivir solo. Se comportaban como niños a los que hubiera abandonado su mamá. ¿No te resulta increíble? Hasta ese momento les tenía cariño, me enternecía su inutilidad, los mimos que me dedicaban.

A Rika no se le escapa un cambio sutil en su gesto, una profunda tristeza marcada en sus mejillas rellenas y sonrosadas. Es la primera vez que la ve así y evita mirarla con desdén.

—No me malinterpretes. A mí me gusta agradar a los hombres, hacer cosas para ellos, pero soy caprichosa, y solo puedo tratar con alguien si no me aburro.

—¿Dices eso y no renuncias a la idea de casarte?

—Aún no he conocido a mi hombre ideal.

—Pero eso...

—Cocinar es divertido hasta que se convierte en una obligación. Lo mismo pasa con el sexo, con la ropa o con los cuidados de una misma. Si alguien te obliga, cualquier cosa se vuelve pesada y se acaba la diversión, ¿no crees?

Rika no sabe qué decir. Nota una gran pesadez en el cuerpo, y aunque es consciente de que se enfrenta a algo importante, le

resulta demasiado doloroso, casi insoportable de escuchar.

—Una esposa ideal para un hombre no es una mujer enérgica capaz de estimularle. Lo que en realidad quieren todos ellos son muertas, fantasmas.

No hace calor, pero Rika siente las axilas mojadas, un sudor tibio. Incluso las muñecas bajo las mangas del jersey están calientes. Alrededor de los ojos de esa mujer hay infinidad de pequeñas arrugas tejidas como una red, y solo ahí un color azul pálido. Quizás por eso destaca tanto el blanco de sus ojos, aunque no sabe si será también efecto del maquillaje.

—Eso es. Para que las mujeres japonesas de hoy en día reciban el amor de los hombres, deben convertirse en cadáveres andantes, y si quieren mujeres así es porque ellos ya están muertos sin saberlo. Son muertos en vida temerosos de cualquier cosa que les recuerde a la vida. Cuando cocinaba para esos hombres que parecían habitar ya los cielos, mis deseos y mi propio cuerpo se desvanecían en la niebla. A cualquiera le habría pasado lo mismo. Aunque no nos hubiéramos cruzado nunca, no habrían tardado mucho en morir, porque no tenían una verdadera existencia en este mundo.

«¿Y si no se trata solo de esas víctimas? ¿No habré muerto yo misma hace mucho tiempo? ¿Y Makoto, Reiko, Ryōsuke, mi madre? ¿No será que la única persona realmente viva es esta mujer? Por eso nadie puede quitarle los ojos de encima a pesar de lo irritante que resulta. Nadie puede dejar de contemplar cómo satisface sus deseos, cómo quema su vida al otro lado, en un lugar más allá de los límites.»

—En ese caso, ¿por qué atrajiste esos hombres medio muertos si tú estás tan viva?

—No lo sé. Los fantasmas vagan por el mundo.

—Creo entenderte, pero no es sencillo. —La boca de Rika parece hablar por voluntad propia, decir lo primero que se le ocurre—. A veces me da la sensación de que no participo en la escena en la que estoy inmersa. Es posible que a Reiko le pase lo mismo y que eso haya acabado superándola.

—Me divierte mucho hablar contigo. —Kajii sonríe

inocentemente. Una sonrisa como una brisa cálida que arrastra pétalos de flores y eleva de repente la temperatura de la habitación —. No sabía que fuese tan divertido hablar con una mujer. Tal vez nos hayamos abierto nuestros corazones, y por fin creo entender lo que dices.

«No debería continuar con esta conversación», piensa Rika. El funcionario de prisiones mira el reloj. Hoy no debe de tener más visitas, pero ya han hablado más de veinte minutos y el tiempo se acaba.

—Ahora tienes que cumplir tu promesa. ¿Me vas a decir dónde está Reiko?

Kajii pone cara de aburrimiento y habla despacio como si hacerlo fuera una molestia.

—Yo solo le pregunté cuántos tigres del cuento se habían convertido en mantequilla.

Se refiere a la historia de *Little Black Sambo*, pero Rika no cree haberle hablado nunca de eso.

—Le cambió el color de la cara... —dice Kajii torciendo el gesto como si fuera un bebé a punto de llorar—. Solo me preguntas por esa mujer. Hoy he hablado de todo lo que has querido y aun así no estás contenta. Si se entera mi abogado, seguro que se echa las manos a la cabeza. —Kajii no esconde su irritación—. Estoy cansada —dice—. Vete ya.

Rika quería poner punto final a la visita cuando ella lo considerase oportuno, pero Kajii se le adelanta como si le pusiera la zancadilla.

Rika se apea en la estación de la línea Den-en-toshi, que no pisaba desde hace tres meses. No ha comido nada desde que ha salido de la cárcel de Tokio. Pensaba picar algo cerca de la estación de Ayase, pero cuando ha querido darse cuenta ya estaba al teléfono con Ryōsuke. Sigue sin noticias de Reiko y quiere acudir a la policía. Ha salido pronto del trabajo porque es incapaz de concentrarse. Su voz le ha sonado más allá del dolor, como si flotara. Rika le ha preguntado si podía ir a su casa. Nada más

llegar a la estación, ha ido directamente al supermercado de la vez anterior, un recuerdo que se le antoja muy lejano.

En casa de Reiko debe de haber queso, harina y pan rallado. Echa en la cesta un paquete de macarrones, langostinos congelados y unas cebollas. En la sección de lácteos se decide por medio litro de leche y busca mantequilla. «Ante la escasez del producto, les rogamos que adquieran un único paquete de mantequilla por persona.» El mismo cartel de la vez anterior, solo que en esta ocasión hay más variedad. Elige una mantequilla con sal de la marca Yukijirushi. Se dirige a la caja a pagar.

Sobre el telón de fondo del atardecer se despliegan las apretadas casas en la suave colina. Por las calles anchas van y vienen mujeres de hacer la compra. Tanto orden, tanta previsibilidad le causó un gran impacto la última vez, pero ahora se siente capaz de moverse por ahí sin ningún problema.

Pulsa el telefonillo de la casa de los Sayama. Las violas y los crisantemos siguen bien cuidados. Solo han pasado cinco días desde que Reiko se marchó de aquí.

—Hola. Siento molestarte.

Nota algo muy distinto en la casa. No es que esté desordenada. Le resulta más pequeña, tal vez por la rotunda presencia de Ryōsuke y ese enorme cuerpo suyo que parece cortarle el paso. No fuma, pero huele ligeramente a tabaco. Viste un chándal, está descalzo, tiene la cara pálida. Es evidente que no duerme bien.

—¿Me prestas tu cocina? Te haré un gratinado.

—¿Cómo? ¿Un gratinado? Me sabe mal que tengas que cocinar para mí.

Ryōsuke tiene una expresión atónita, pero Rika no da su brazo a torcer. Más que para consolarle ha ido porque no tiene horno en casa. Si además tiene el desafío de hacerlo para otra persona, mejor aún.

—No creo que me salga tan bien como a Reiko, pero me las arreglaré. Dime dónde están los cuchillos y la tabla de cortar.

Ryōsuke acompaña a Rika al salón y la mira con ojos preocupados.

En la cocina Rika siente como si se liberase de golpe de todo lo ocurrido el fatídico día en que debió ir a casa de su padre. Ryōsuke no debe de cocinar nunca, es incapaz de encontrar nada. Por suerte todo está muy bien ordenado, el azúcar y la sal en botes transparentes con sus respectivas pegatinas escritas con la letra de Reiko. Se orienta rápido. Esperaba encontrar el fregadero a rebosar de platos sucios, pero está todo resplandeciente. Sabe cómo usar el horno porque se parece al de Shinoi.

En un hueco al lado del microondas, Reiko ha colocado unos cuantos libros de cocina. La mayoría son de recetas básicas, elementales, más adecuadas para Rika en realidad. Saca uno titulado *La comida de casa*. Es un libro ilustrado de los años setenta u ochenta de cocina japonesa y occidental. Mira el índice hasta dar con la receta del gratinado. Las páginas están amarillentas. Se nota que lo ha usado mucho, pero no tiene una sola mancha. Reiko siempre tan cuidadosa con las cosas.

«Para una bechamel sin grumos hay que usar mucha mantequilla y añadir de golpe leche fría.» Es la letra de Reiko. Está escrito con un portaminas. Le parece haber encontrado la prueba definitiva de que se llama «salsa bechamel» y no «salsa blanca», como la llama mucha gente. No dice que haya que mezclar la harina con la cebolla y saltear después como le enseñaron en el colegio. De hecho, hay que añadir la harina solo cuando la mantequilla se ha fundido. Precalienta el horno. El frigorífico está impoluto, como si fuera un castillo de hielo. Saca queso, pan rallado y perejil seco. Lava la cebolla. El agua fría parece penetrar hasta los huesos. La pela con los dedos enrojecidos. Deja las suaves capas blancas encima de la tabla y empieza a cortar. Los ojos le escuecen. Parpadea. Cuece los macarrones y cuando están listos añade una buena cantidad de mantequilla. Pela los langostinos y los saltea con vino blanco. Mientras observa cómo se retuercen y se tiñen de rojo, nota como se esfuma la pesadez de ánimo que le ha causado su visita a Manako Kajii.

Busca un lugar donde tirar las cáscaras de los langostinos y los restos de la cebolla. Encuentra un cubo cuadrado de basura pegado a la pared. Está dividido en dos: una parte para la basura

orgánica y otra para los envases. La de los envases está llena de recipientes de comida preparada. Ahora entiende por qué la cocina está tan limpia. Mira a Ryōsuke, que lee distraído un documento de trabajo en la mesa.

Echa un buen trozo de mantequilla en la sartén. Espera a que se funda y añade la harina, que absorbe la mantequilla y se transforma en una masa pegajosa. Añade la leche fría de golpe y la mezcla con unas varillas. Por último, los langostinos.

En uno de los armarios encuentra una fuente de color vivo y alegre, como si fuera el testimonio de un matrimonio bien avenido. Coloca la bechamel, el queso y el pan rallado y un último toque de perejil. Mete la fuente en el horno, se quita las manoplas y sale de la cocina. Tiene la impresión de que le va a salir bien.

—¿Puedo echar un vistazo a la librería?

Ryōsuke asiente con gesto preocupado y Rika se acerca a la pared del salón cubierta de libros. Casi todos son de Reiko. Su marido no debe de leer mucho. Se fija en uno con la cubierta roja. No lo duda. «Eso es —piensa—. Se podría decir que todo empezó por este libro.» El rojo de la cubierta contrasta mucho con la piel negra del chico. Desde hace tres meses Rika vaga a través de una jungla guiada por Reiko, pero ahora echa un vistazo a su alrededor y comprende que en ese lugar cálido y húmedo solo están ella y Kajii. No se ve a Reiko por ninguna parte.

Una fuente de mantequilla dorada que brota debajo de un árbol.

Se cae un papel guardado entre las páginas del libro. Parece el recorte de una revista. No sabe por qué, pero no quiere que Ryōsuke lo vea. Lo recoge enseguida y se lo mete en el bolsillo.

—¿Me puedes decir dónde está el ordenador de Reiko? Tal vez encuentre alguna pista.

Ryōsuke saca un portátil del cajón de un mueble.

—He intentado encenderlo, pero no sé la contraseña —dice sacudiendo la cabeza.

Rika lo intenta con la fecha de su cumpleaños, el número de teléfono, la fecha de nacimiento de una actriz que siempre le ha gustado. Desde la cocina le llega el olor de la mantequilla, de la

leche y del queso al fundirse.

—No creo que se haya metido en ningún problema. Lo que haya podido hacer lo ha hecho por voluntad propia. ¿Puedes esperar hasta mañana para ir a la policía?

—¿Sabes algo?

No lo mira y, aun así, esa gran sombra que se proyecta a su espalda evidencia lo exhausto que está.

—Un antiguo compañero de la universidad me va a dar información —le dice, consciente de que si le ve la cara se dará cuenta de que miente.

Suena el temporizador del horno y aprovecha para escabullirse y no tener que enfrentarse a él. Entra en la cocina y abre la puerta del horno. Del interior emerge una bocanada de aire caliente. Al fondo brilla una llama azul. Recuerda su momento de gloria en el colegio. El queso borbotea. La superficie está bien tostada. Sonríe. Agarra la fuente con las manoplas. «Tiene buena pinta», piensa. La deja encima de un salvamanteles y la lleva a la mesa con dos platos, cubiertos y vasos de agua. Lo coloca todo y se sienta delante de Ryōsuke.

—Que aproveche —murmura.

Rompe la superficie crujiente con el tenedor. La salsa bechamel brota como la lava. Debajo aparecen los macarrones y los langostinos. Coge un pedacito y se lo lleva a la boca. «Está en su punto», piensa satisfecha, pero algo extraño acaricia su lengua, un tacto arenoso que estropea el suave aroma de la mantequilla y el queso, de la salsa, de los macarrones y los langostinos. Trata de ignorarlo, pero al final deja caer los hombros y suelta el tenedor.

—La salsa tiene grumos. No está buena. Lo siento.

—No pasa nada. Te agradezco que hayas cocinado para mí.

No es que haya hecho algo distinto de aquel lejano día de hace dieciocho años. Puede que entonces también tuviera grumos. El estómago le da un vuelco, como si estuviera en una montaña rusa. No solo era cosa de sus compañeras, los profesores también se compadecían de ella y de sus circunstancias familiares. Cualquier cosa que hiciera era digna de alabanza en aquel mundo estrecho de la escuela.

Ryōsuke mueve el tenedor en silencio sin más. De haber preparado aquel día un gratinado como este, tal vez no habría podido evitar el trágico final de su padre. Aun en el caso de haber sobrevivido al infarto cerebral, de haber estado con él y haberle ayudado, no era el tipo de hombre dispuesto a cambiar de vida.

La idea de salvar a alguien solo cocinando para esa persona no es más que una ilusión. ¿Cuántas mujeres sufren por una ilusión como esa? Una comida capaz de salvar una vida. Rika comprende que pensar eso solo es un consuelo que esconde cierta arrogancia. Por mucho que se hubiera esforzado, jamás habría podido consolar a su padre, aliviar su soledad. Si aquel día se hubiera portado como una buena hija, la situación no habría cambiado un ápice. Y por encima de cualquier otra consideración, ¿tiene que pensar en la muerte de su padre en términos de tragedia?

No deja de preguntárselo mientras se lleva ese horrible gratinado a la boca. Su padre era infeliz y ella se esforzaba por remediarlo porque él se comportaba como si fuera imprescindible. Se creía capaz de lograrlo por el hecho de ser su hija. Mejor dicho, sentía la obligación de hacerlo. Lo piensa ahora y se pregunta si en el fondo a él no le gustaba esa vida. Nunca fue una persona adecuada para vivir en familia. Da igual. Rika prefiere no pensar demasiado en ello, pero no puede evitar acordarse de que muchas veces él no sabía qué hacer con su mujer y su hija. Recuerda su esbelta espalda avanzar sin darse media vuelta para esperarlas, sus piernas demasiado delgadas, esa actitud de no ver las cosas que no quería ver, de no hacer lo que no quería hacer, de poner distancia con lo que se le daba mal. Síntomas todos ellos de la dejadez, de la apatía, aunque para él fuesen secretos imposibles de desvelar.

—Me he enterado de algo —dice Ryōsuke—. Pensaba que Reiko caía bien, pero al llamar a gente a la que he encontrado rebuscando entre sus papeles me he dado cuenta de que todos tienen sus reservas. No he visto ahí a la Reiko que yo creía conocer.

Rika quiere decir algo cuando nota la vibración del móvil dentro del bolso. Es Makoto. Hoy la ha llamado varias veces. Lo deja para más tarde a pesar de todo.

—Es como si actuase a tientas, ¿no te parece? Tanto en su relación contigo como en su relación conmigo. Igual en la cocina. Es como si lo hiciese todo por ensayo y error hasta dar con la solución.

Rika abandona definitivamente el tenedor encima de la mesa. Ryōsuke sigue comiendo sin rechistar. «Este hombre lo acepta todo», piensa ella.

—No pienses que te eligió solo para que fueras el padre de sus hijos. En tal caso, ella habría sido una persona completamente distinta de la que es.

En cuanto sale de la casa se dirige a toda prisa a la estación. Debería volver a la oficina lo antes posible.

En la cubierta del libro aparecían cuatro tigres. Lo que Kajii quería señalarle es a ese hombre que tenía todas las probabilidades de haberse convertido en su cuarta víctima.

No ha tenido tiempo de pensar en un restaurante. Pasadas las diez de la noche Rika entra con Shinoi en un bar cerca de la oficina especializado en cerveza belga. Nada más entrar, unos ojos se clavan en ella desde el fondo de la barra.

—Creo que se trata de este hombre.

Shinoi deja un archivador sobre la mesa. Acaba de recibirlo esa misma tarde de parte de una periodista conocida suya que trabajaba en Niigata. Está lleno de viejos recortes de periódico.

—Vivía solo desde el año noventa y cinco en un piso de Agano. Sus padres tenían dinero. Vivían cerca de la estación de Niigata. Eran gente con influencia y a menudo aparecían en los periódicos. Se pasó hasta los cuarenta años encerrado en su cuarto, y para deshacerse de él de una vez por todas le compraron un piso. Le mandaban dinero, pero casi nunca lo veían. Los vecinos llamaron a la policía en muchas ocasiones por sus gritos a medianoche. Molestaba a todo el mundo y rondaba a los niños. Anduvo tras la hermana pequeña de Manako Kajii y eso causó un gran revuelo, pero nunca llegaron a detenerlo gracias a sus padres.

En la foto de uno de los artículos se lo ve al lado de ellos.

Rika se fija atentamente en ese hombre joven. Aparenta alrededor de veintitantos años. Kajii no le ha mentido. Sus rasgos están bien proporcionados. Las cejas pobladas, el entrecejo estrecho y las pupilas apagadas, como las de Kajii. La forma de su boca es peculiar, como si tuviera miedo y estuviera a punto de gritar.

—Murió hace un año. Se ahorcó en su piso de Agano. Tenía cincuenta y seis años.

—Si incluimos a su padre, ya son cinco los muertos de su entorno. ¿Crees que mantuvo contacto con él durante todo este tiempo? ¿Dirías que fue el autor material de los crímenes, como sugería su hermana Anna?

—No lo sé. Su muerte coincide con la sentencia del primer juicio a Kajii. Por lo que me has contado, tu amiga Reiko es una mujer inteligente. Creo que trata de resolver esto por sus propios medios, sin dejarse arrastrar por nadie. Imagino que estará investigando qué pinta en todo esto un tal Shirō Yokota, y creo que lo hace todo por ti.

Rika frunce el ceño. La cerveza está demasiado fría. Se mete atropelladamente unos cuantos frutos secos en la boca.

—Cuando la detuvieron en casa de ese Yokota, encontraron en su casa pesticidas capaces de envenenar a alguien. Kajii declaró que eran para cuidar de sus hierbas aromáticas, pero yo creo que quería quitárselo del medio lo antes posible.

—Sí, lo sé, pero no deja de extrañarme. Si ella es la autora material de los crímenes, siempre ha elegido un *modus operandi* indetectable. Un pesticida para su cuarta víctima habría sido demasiado evidente.

—La policía le pisaba los talones. Tal vez estaba desesperada.

—En casa de Reiko encontré este artículo.

Los ojos de Shinoi se velan ligeramente cuando lo lee. Es un artículo muy superficial típico de una revista femenina, la clase de artículo que Reiko jamás leería.

LA TÉCNICA DE MANAKO KAJII PARA CONQUISTAR
A LOS HOMBRES POR EL ESTÓMAGO

> El señor A. declaró haber quedado prendado de Manako Kajii después de pasar con ella dos días. Uno de sus mayores encantos, contó entusiasmando, era la cocina. Hacía platos muy ortodoxos: estofado de carne, hamburguesa o gratinados, por ejemplo. Cocinaba como una madre, sin sorpresas, sin riesgos, lo cual constituye siempre un valor seguro. En la cocina de la casa del señor A. aún quedan muchas salsas que dejó allí Manako Kajii. Las guarda para cuando vuelva, según ha declarado.

—Mucha gente se compadeció de Yokota. Lo consideraban inocente, ¿te acuerdas?

Rika se pregunta qué diría Shinoi si expusiese abiertamente todo lo que se le pasa por la cabeza en ese momento. ¿No será que esos tigres, sus víctimas, estaban muertos desde el principio, como dice Kajii? Por eso Yokota no llegó a darse cuenta de nada de lo que pasaba a su alrededor a pesar de la amenaza que se cernía sobre él. ¿Qué significaba vivir para esos hombres? Y no solo para sus víctimas. ¿Podemos afirmar rotundamente todos nosotros que vivimos? Shinoi, por ejemplo, incapaz de desprenderse de la casa familiar a pesar de que su mujer y su hija se han marchado. Rika misma, prisionera como sigue de su padre.

—Estos artículos superficiales se publican en muchos sitios. No profundizan. Da la sensación de que no quieren que quien los lea se cuestione nada. Con cosas así vamos a acabar todos idiotizados.

Shinoi la mira.

—Me pregunto si no cometería esos crímenes porque consideraba que esos hombres no estaban vivos en realidad.

Los ojos de Shinoi parecen a punto de salírsele de las órbitas. Tiene las ojeras moradas por la falta de sueño.

—Te he contado que se burlaron de mi hija cuando comenzó a engordar, ¿verdad?

Rika asiente.

—Más que engordar creo que solo crecía más deprisa de lo normal. Su cuerpo adquirió su forma adulta antes que el de ninguna de sus compañeras, y ver eso les dio miedo. A mí me pasaba lo mismo. Mi propia hija con su cuerpo de mujer me daba

miedo, no sé, por la posibilidad de que empezase a contarme sus verdaderas preocupaciones.

Rika intenta imaginarse el aspecto de esa niña con los mismos rasgos del padre a punto de romper el cascarón, de convertirse en una mujer con toda su vitalidad.

—Te he contado que no me di cuenta, pero no es cierto. En cualquier caso, no bajé el ritmo de trabajo, y lo hice a propósito. Me esforzaba para sacar a mi familia adelante y me justificaba con eso, como si bastase con cumplir con mi parte del trato. No con lo que tenía que ver con ella, sino lo que demandaba de mí la sociedad... No quiero volver a vivir ese fracaso. Creo que he hecho por ti todo lo que he podido, pero... —Shinoi no termina la frase, apura la cerveza de un trago y frunce el ceño.

—¿Por qué dices eso? ¿Piensas que no debería implicarme más en todo esto?

Shinoi la mira con unos ojos más severos de lo normal.

—Si le hablo a la periodista, deberías profundizar aún más; pero si le hablo a mi amiga, no sé qué decir. También Reiko debería dejarlo. Que se encargue la policía.

—Le he pedido al marido de Reiko que espere hasta mañana. Me gustaría solucionarlo antes de que se me vaya de las manos, que Reiko vuelva a su vida como si nada.

Rika se da media vuelta para mirar a Kitamura, que no les quita los ojos de encima desde hace un rato. A pesar de esconderse detrás de una revista, le ha visto desde que ha entrado en el bar. Se acerca a él y le arranca la revista de las manos.

—Hace tres años te encargaste del asunto de Kajii, ¿verdad? ¿Conoces la dirección de ese Shirō Yokota? Ese tipo con el que vivía cuando la detuvieron.

—Sí. ¿Qué pasa con esa historia de repente? —Kitamura está desconcertado. Tiene las orejas rojas a pesar de la penumbra del bar y su habitual gesto de indiferencia ha desaparecido de su cara.

—Es posible que una conocida mía esté en su casa. ¿Por qué no me llevas allí?

Kitamura mira detrás de ella. El móvil de Rika brilla ostentosamente en medio de la oscuridad. Le dice que espere un

momento, agarra el móvil y sale sin siquiera ponerse el abrigo.

—¿Cómo es posible que no contestes al teléfono? —Es Makoto.

—Lo siento, ahora estoy ocupada.

Si quisiera, no tardaría ni dos minutos en tenerle enfrente, porque seguro que aún está en la oficina. Le tiembla la voz a pesar de fingir un tono alegre.

—¿No será que quieres dejarlo?

Rika no ha pensado en absoluto en esa posibilidad hasta ahora, pero lo escucha sin que llegue a causarle una especial conmoción.

—Ya hablaremos de eso cuando tengamos oportunidad.

—¿Qué he hecho yo? ¿Qué está pasando?

Rika lo escucha como si el asunto no fuera con ella. No entiende esa forma de hablar. Lo escucha como si fuese un desconocido. Al final decide cortar con esa voz molesta gracias al poder que le otorga el móvil. Una reacción perfectamente normal a su modo de ver y, sin embargo, no comprende por qué no siente nada a pesar de tratarle de esa manera.

Rika cree fundamental para una buena relación entre hombre y mujer que los sentimientos no se alteren, que el tiempo no se convierta en un problema. Pero en su caso se trata de algo más, pues ni siquiera existe contacto físico; es como si fueran dos muertos en vida. De pronto se da cuenta de que Kitamura está a su lado.

—Te llamaré en otro momento. —Shinoi se despide con una ligera inclinación de cabeza y desaparece por la calle que lleva hasta la estación. Ha empezado a lloviznar.

Rika mira a lo alto, al edificio de oficinas que parece flotar en la oscuridad. Se detiene en las luces del piso donde se supone que está él. Nunca las ha visto apagadas.

Kitamura tiene un gesto extraño en el rostro. Rika está a punto de llamar, pero se guarda el móvil. Ya se ocupará de Makoto cuando encuentre a Reiko. De momento no va a pensar más en ello.

El móvil brilla en las profundidades de su bolso. Ilumina con

luz delatora su cuaderno de notas, los bolígrafos, unos cuantos clips.

En el aire se nota el olor caliente de la gasolina. No sabe por qué, pero ese olor le agrada. En esa zona industrial de Kawasaki por la mañana temprano hay muchos olores particulares, casi distinguibles a simple vista. Rika y Kitamura han llegado en tren hace casi una hora y vigilan la casa de tres plantas donde se supone que vive Yokota.

Es una mañana fría en la que nada anuncia la proximidad del mes de marzo.

—¿Estás segura de que está ahí? ¿Habrá descubierto algo que incrimine a Kajii?

—Reiko es una mujer capaz de llevar las cosas a un extremo que nadie imagina. Siempre ha sido igual.

—A pesar del trabajo, aún mantenéis la relación de los viejos tiempos. Qué envidia.

A Rika le irrita esa manía suya de hablar en susurros y contesta con brusquedad:

—Jamás pensé que escucharía de tu boca la palabra envidia.

—Yo solo tengo conocidos por puro interés —continúa Kitamura—. Me cuesta pensar en relaciones espontáneas.

Rika está a punto de decirle algo y él le hace un gesto con el hombro. De la casa acaba de salir un hombre bajo y rechoncho con un abrigo de plumas. ¿Será Yokota? No parece un hombre especialmente feliz ni satisfecho. Rika se lo imagina desnudo abrazado a Reiko y desecha esa idea tan rápido como puede. En cuanto lo pierde de vista, corre hacia la casa. Pulsa el telefonillo. ¿Y si no contesta nadie? Si pierde a otra persona importante en su vida, ¿qué será de ella?

Rika imagina una escena. El frágil cuerpo de Reiko tumbado en la habitación desordenada, tapizada de recipientes de comida instantánea y revistas viejas. Kitamura se da cuenta de que tiembla. La puerta se abre despacio.

—¡Reiko!

Esta se queda boquiabierta frente a Rika. Apenas hay espacio en el zaguán, y detrás ve una extraña distribución en forma de triángulo. Reiko está plantada en el vértice de ese triángulo y mueve despacio la boca como si pronunciase su nombre por primera vez:

—Rika.

Un perro de tamaño medio ladra atemorizado a los desconocidos. «Tiene un gesto cariñoso», piensa Rika, unos ojos marrones que le recuerdan a alguien.

El salón y la cocina que alcanza a ver a sus espaldas tiene un aire a la casa de Reiko a pesar de todo. Rika supone que es obra de Reiko, que se habrá dedicado a limpiar y recoger. Le sorprende que alguien como ella, tan maniática del orden y la limpieza, se haya atrevido con la porquería de otra persona.

Lleva puesto un delantal barato que no le pega. Su cara pequeña de rasgos proporcionados tiene un gesto que Rika no había visto nunca en ella, un rostro que seguramente nunca le había mostrado.

Está pálida, tensa como la cuerda de un piano. Se nota por su forma de apretar los labios, por su forma de entornar los ojos, como si quisiera defenderse de ese lugar para no terminar tragada por él.

Al verla ahí plantada, Rika comprende que no se trataba de una desaparición voluntaria, de una aventura amorosa ni tampoco de una investigación. Se da cuenta de que en estos tres días no ha descubierto nada, no ha tenido contacto con nadie, únicamente ha estado sola. No le dirá nada a Ryōsuke.

Parece como si estuviera jugando a las casitas, como si tratase de recrear el ambiente familiar que ha visto en otras casas. De hecho, esta tiene un aire de casa de muñecas. Las pequeñas ventanas de la cocina le recuerdan a unos ojos en forma de uva que los miran a todos ellos desde la distancia. La casa, los muebles, Rika, Reiko y Kitamura no son más que diminutos objetos colocados al antojo de Manako Kajii. Rika tiene la impresión de que en algún momento todo va a ser tragado por sus pupilas negras. Debería decir algo. Puede que la palabra que está a punto

de pronunciar sea la decisiva, como en aquella ocasión con su padre, pero la presión de los quince años de entonces es incomparable a la de ahora.

—¿Estás preparando bechamel?

El ruido de la cocina la delata. En el ambiente flota un olor a bechamel con mucha mantequilla, bien tostada, casi a punto de quemarse, lustrosa, de un sabor rotundo, un tacto de terciopelo al paladar, ligera a pesar de todo. «Me gustaría probarla —piensa Rika—. Siempre me ha gustado la forma de cocinar de Reiko, tan minuciosa, tan atenta al detalle, tan intensa. Eso es. Su virtud es su carácter extremo e ingenuo a un tiempo, su transparencia, una personalidad arrolladora, mucho más fuerte que la de Kajii.»

Reiko no sabe ponderar los beneficios y las pérdidas, las ventajas y las desventajas. Ella sola se enfrenta al mundo desconocido y es así como hiere a los demás y como pierde más que nadie. A quien Rika debería prestar verdadera atención no es a Manako Kajii, sino a Reiko. Esa mujer peligrosa y pura a un tiempo, totalmente imprevisible, es quien más la necesita. Siente como si se desangrase delante de sus ojos, como si su frágil cuerpo se consumiera. Más que enfrentarse a Kajii, hundirse con ella, Rika quiere elevarse con Reiko, liberarse de las cosas que tanto les han preocupado hasta ahora. Quien realmente está viva no es Kajii, sino Reiko, y si no se ha dado cuenta hasta ahora ha sido por estar demasiado cerca de ella.

«No me he lavado los dientes desde anoche», piensa Rika de repente. Aún nota en la lengua la desagradable textura de su fallido gratinado de macarrones. Kitamura se impacienta, Rika siente como si la presionara, pero en ese momento está ausente del mundo.

—Hace mucho frío y pensaba hacerle una bechamel con verdura. Estaba salteando harina con mantequilla, a punto de añadir leche fría —dice Reiko con la mirada perdida.

Una bechamel con mucha verdura y un delicioso sabor a leche. Una exquisitez incomparable con ese desastre que les sirvió la madre de Manako Kajii. A pesar de la situación, a Rika empiezan a sonarle las tripas, la demostración banal e irrefutable de que está

viva, muy viva. Solo espera que Reiko le diga: «Buen provecho».

XII

Cuando levanta la tapa gris de la bañera,[1] Rika se acuerda de la que había en casa de su padre, cubierta de moho. Contiene la respiración y la enrolla poco a poco. Shinoi le ha dicho que no la usa desde hace años, pero debajo de la tapa aparece una superficie blanca, suave, sin una sola ralladura, tan inmaculada, de hecho, que nadie diría que ahí se ha bañado en algún momento una familia de tres miembros. La limpia, de todos modos, con el cabezal de la ducha y la palma de la mano, porque no ha encontrado un estropajo. Después abre el grifo del agua caliente. Para aliviar la sequedad del ambiente deja la puerta abierta. El polvo, las paredes un poco amarillentas, un pelo corto y uno largo caídos en el suelo que no sabe si son suyos o de Shinoi, su cercanía, su olor... Nada le produce ya rechazo, porque su relación es casi familiar.

Bajo la intensa luz de la mañana Rika se da cuenta de que, a pesar de la impresión de orden y frialdad, de la aparente limpieza, la casa acumula suciedad en los rincones.

Se seca los pies mojados, se lava las manos en el fregadero de la cocina y hierve agua para el té. Lo echa en un termo y cierra la tapa. Envuelve tres de los cinco *onigiri*[2] que había dejado enfriar en papel de aluminio.

En la distancia se oye la melodía que anuncia el inicio de la cuarta hora de clase en la escuela primaria cercana. Ese sonido tan familiar le produce una impresión de vitalidad, de barrio habitado, de calidez.

Tacha mentalmente cada una de las cosas pendientes de las que ya se ha ocupado, pero enseguida aparecen otras nuevas. No encuentra un minuto de descanso y se pregunta si a las amas de casa les pasará algo parecido, si experimentarán esa sensación de

no descansar un segundo durante las veinticuatro horas del día. Se acuerda de su madre siempre pendiente de atender a su abuelo. Hace tiempo que no la ve.

Encuentra la aspiradora en el armario de la entrada, tal como le había dicho Shinoi. Es un modelo nuevo, alargado y estrecho, y se desliza con suavidad sobre la moqueta. Se le viene a la memoria la canción del anuncio que alababa las virtudes de la máquina. Un detalle más que habla de la familia que vivía aquí hasta hace poco tiempo.

Reiko aún no se ha levantado. Está acostada en el cuarto que debió de ser de la hija de Shinoi.

—Te dejo un vaso de agua templada —le dice a través del tabique—. Tienes yogur en la nevera, y te he preparado arroz y té para desayunar. He abierto una lata de comida para la perra. Hay un supermercado nada más bajar a la calle. La llave está en la entrada. Llámame cuando quieras, estaré pendiente del teléfono. Me voy a trabajar. Dentro de un rato vendrá alguien, pero no hace falta que salgas. Volveré cuanto antes, ¿de acuerdo?

Reiko no ha dicho una palabra desde que entró en esta casa con Rika y Kitamura en la tarde de ayer. Rika oye un ruido por debajo de la puerta. Gira despacio el pomo y *Melanie* asoma el hocico por la rendija. Sus ojos negros, redondos y humedecidos la miran. Nunca ha tenido mascotas, y ese cuerpo negro y blanco, esos ojos ligeramente saltones le provocan más miedo que ternura. No se acostumbra a su olor, al hecho de que se mueva por debajo de su campo de visión. Le preocupa pisarla, hacerle daño, que se le escape. Por eso cuando no la ve se siente aliviada. En la penumbra del cuarto entrevé a Reiko tumbada bocabajo en la cama. Le da la impresión de que se ha hecho aún más pequeña después de unos días sin verla. *Melanie* se cuela por la abertura y va directa a por la comida.

Cierra la puerta. *Melanie* mastica ruidosamente. Rika se come uno de los *onigiri*. El alga que lo envuelve se ha pegado en el arroz caliente. Cruje al morderlo y enseguida nota el sabor de la ciruela con sal aderezada con bonito seco.

—¿Reiko se encuentra bien?

Rika lo llamó anoche. Ryōsuke hablaba nervioso, como si tuviera la garganta seca, en un tono angustiado que hasta a ella le dolía.

—Yo me hago cargo de todo. Te informaré en todo momento, no te preocupes.

Le dijo varias veces que no era nada grave, solo estaba cansada de la vida en pareja y le hacía falta un poco de distancia. Él insistió en oír su voz y, cuando le pasó el móvil a Reiko, salió al balcón. No sabe si hablaron de algo o no.

En un principio pensó en llevarla a su apartamento, pero no están permitidas las mascotas y no quería separarla de la perra. Cuando la sacó a rastras de la casa de Yokota, se abrazaba al animal como si fuera una niña pequeña a la que le quieren arrebatar a su mascota, como si no le importase ninguna otra cosa en este mundo. En el taxi se acordó del piso de Shinoi. Lo llamó para explicarle la situación y él le dijo que daba igual la perra. Podía usar la casa hasta que su amiga se recuperase. No solo eso, sino que se ofreció a cuidar de ella también él. Reiko no ha hecho más que dormir desde que llegó. Mientras tanto, Rika ha aprovechado para comprar todo lo necesario para bañar a *Melanie* y algo de comida, ha hecho una copia de la llave y se ha traído cosas de trabajo y efectos personales de su apartamento. Se las ha arreglado en un abrir y cerrar de ojos gracias a la ayuda de Kitamura.

No deja de preguntarse qué habrá visto y oído durante esos tres días en esa casa donde se refugió Kajii. Está inquieta por si Yokota ha llamado a la policía. Kitamura ha localizado su blog y esa misma mañana ha publicado algo nuevo sobre un anime que le gusta. Debe de ser que no le preocupa en absoluto la desaparición de Reiko.

Kajii fue la elegida, Reiko no. Han pasado allí casi el mismo tiempo y en las mismas condiciones. Por alguna razón, a Rika le resulta inaceptable pensar eso. Es como si Kajii las hubiera pisoteado.

Cerró la casa de Yokota y echó la llave en el buzón con una nota. Enseguida se marcharon de allí. La bechamel se quedó a

medias y el móvil que Reiko usaba para comunicarse con ese hombre lo guarda Rika.

Se come el segundo *onigiri* en la calle mientras anda hacia la oficina. La temperatura de Tokio debe de ser mucho más alta que la de Niigata, pero el viento es seco, cortante, estremece la piel. En el jardín de una casa se fija en unos ciruelos a punto de florecer, pero no se respira el ambiente de primavera. Le gustaría dedicarse a Reiko en cuerpo y alma. Camina con la sensación de haber dejado su corazón en ese cuarto con ella. No hay nada que hacer. No le queda más remedio que pedir ayuda, recurrir a alguien con tiempo y energía.

A la una del mediodía, Rika llama a Kitamura y a Yuu y los cita en un sofá que hay en una sala frente al comedor.

—Me gustaría pediros un favor, aunque se trata de algo personal. Os he enviado un mensaje con una dirección en Arakichō. Es la casa del señor Shinoi, pero ahora está allí una amiga mía. No se encuentra muy bien y me gustaría que vayáis a verla cuando podáis. Yo intentaré ir lo antes posible. Son cinco minutos en taxi desde aquí. Yo me hago cargo de los gastos, no hay problema. Podéis trabajar allí o hacer lo que queráis. Es suficiente con que estéis un rato con ella. Os daré una copia de la llave.

Kitamura asiente, agarra bruscamente la llave y vuelve a su mesa. Rika le agradece que no diga nada a pesar de todo lo ocurrido. Yuu frunce el ceño. No entiende lo que pasa. Lleva puesta la sudadera descolorida y arrugada de su grupo favorito. Tampoco ella debe de tener mucho tiempo para estar en casa.

—¿El señor Shinoi? ¿Te refieres a Yoshinori Shinoi, al famoso Shinoi? —le pregunta—. ¿Qué le pasa a tu amiga?

Rika se esfuerza por obviar las partes relevantes de la historia, pero al final no tiene más remedio que contárselo. Yuu escucha atenta y se muestra entusiasmada.

—¡Vaya, menudo personaje! Parece una película. Es esa mujer tan guapa que estaba un día en la recepción, ¿verdad? Tenía pinta de ser muy joven. Podía trabajar aquí con nosotras.

—Ahora está muy débil. No es la misma de siempre.

—Si te digo la verdad, a la gente de mi generación no nos

interesa demasiado ese asunto de Manako Kajii. Parece una historia de esas de la época de la burbuja,[3] y a mí, personalmente, me interesa mucho más tu amiga Reiko, porque se la ve más activa, más loca. ¡Te ayudaré encantada! Puedo trabajar desde allí, así que me voy ahora mismo. —Yuu habla rápido, excitada, y a Rika le inquieta tanta impaciencia.

—Te lo agradezco de veras, pero no la fuerces. Es una mujer sensible.

Rika se levanta. La llama su jefe.

Nada más entrar en la sala de reuniones acristalada, le pone encima de la mesa un sobre abierto. Está franqueado en la cárcel de Tokio, un sello que ya está acostumbrada a ver. Hay varios papeles metidos a presión y parece a punto de reventar. Rika sabe perfectamente de qué se trata sin necesidad de confirmar el nombre del remitente.

—Son de Manako Kajii. ¿Es cierto lo que dice?

Rika imaginaba que tarde o temprano sucedería algo así. Kajii ha sido la primera en darse cuenta de que perdía el interés en su caso.

—Realmente te admiro. Da la sensación de que está loca por ti. Está enfadada porque estos últimos días no muestras tanto interés en ella, pero implora por verte lo antes posible.

Rika exhala todo el aire de sus pulmones. Puede que sea la primera vez que alguien a quien Kajii ha seducido le da la espalda.

—Dice esas cosas porque ve que me alejo de ella.

Ya no puede ocultarlo más. Se lo ha contado a Kitamura y a Yuu y se ha visto obligada a romper las reglas que se había impuesto.

—Si se trata de mí, me da igual, pero es una mujer peligrosa, y empieza a acechar a las personas que me rodean. Quiero dejar este asunto. ¿Por qué no me buscas un sustituto? A lo mejor te parezco irresponsable, lo sé, pero no veo otro remedio. Asumiré las consecuencias.

Rika le explica lo ocurrido en estos últimos días, la historia de Reiko. Le sorprende la reacción de su jefe, pero no se muestra tan ingenuo como Yuu.

—La cosa se pone interesante. Es como si tu amiga quisiera competir con Kajii, ¿no te parece? ¿Por qué no escribes sobre todo esto tal cual? No es lo habitual, pero si lo haces, firmarás con tu propio nombre.

—No, gracias. Lo que quiero hacer puedo hacerlo sin esa mujer. —Rika siente la necesidad de protegerse, pero su jefe no quiere que abandone.

—Por cierto, tengo una buena noticia. Te han admitido en el curso ese, en el Salon de Miyuko. Tenemos una colaboradora que se hace cargo de los temas de cocina y lo ha conseguido gracias a sus contactos. Hemos hecho ya la solicitud con un nombre falso. Hemos dicho que trabajas en el departamento comercial de una multinacional extranjera. Puedes ir con una amiga. ¿Por qué no se lo dices a Reiko? Eso la ayudará a superar el bache.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo sabes lo de Reiko?

—¡Y tú te llamas periodista! Si puedes dar ese paso, déjate de remilgos. En un futuro próximo vas a tener otras responsabilidades. Has encandilado a esa Manako Kajii y estás cerca de tu objetivo. Si ahora das marcha atrás, te vas a arrepentir toda la vida.

Sus cejas grises descuidadas se mueven arriba y abajo, pero sus párpados pesados producen una sensación de cansancio. Es un cincuentón con los dedos de las manos hinchados de estar todo el día sentado, con un sempiterno aire de recelo, un fracasado en su vida matrimonial, un fumador empedernido que arrastra el olor a tabaco allá donde vaya. Pero Rika sabe que no miente. Cuando Mizushima solicitó el cambio de sección, él trató desesperadamente de retenerla.

El papel de las cartas de Kajii tiene un color que sugiere la inminente floración de los cerezos, un color muy poco adecuado a ese lugar estéril donde está encerrada.

La puerta de la cafetería se abre. Rika intuye que se trata de Makoto y se concentra a propósito en la pantalla del móvil. En el ventanal que da a la calle Kagurazaka se refleja su abrigo. Son las ocho de la tarde. Lleva una bolsa de papel de la empresa. Tal vez

acaben de llegar las galeradas del libro del que se ocupa últimamente.

—Megumi es muy mona, ¿no te parece?

Aparta los ojos del vídeo de Scream que estaba viendo y se dirige a él casi en un murmullo. Makoto se vuelve para llamar a la camarera y le señala con el dedo el menú.

—La sigo desde hace un tiempo —continúa Rika —. Ha cambiado. Será por la edad. Da una sensación como de desequilibrio, como si su cuerpo no guardara bien las proporciones. Imagino que la cosa se arreglará en un par de años. Lo que me preocupa es que sonríe mucho menos desde que sus fans empezaron a criticarla. ¿Por qué tienen que hacer eso?

Rika escucha el ligero chasquido de los labios de Makoto al separarse. Se nota que se esfuerza por hablar en un tono cariñoso, por ocultarle su hartazgo.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? ¿Acaso me has oído decir algo al respecto? ¿Te lo ha contado alguien? Da igual, ya no tiene ninguna importancia.

—Explícame entonces por qué has dejado de seguirla.

Makoto comprende que no va a poder escapar tan fácilmente. Comienza a hablar de forma precipitada, con un tono de molestia:

—No me gusta la gente que se descuida. Pensaba que era más fuerte, más estoica. ¿Qué pasa con esa historia? Es solo la cantante de un grupo. ¿Acaso me tengo que justificar por haberme aburrido de ella?

—No. No es por eso. Solo digo que no tienes el valor de apoyarla cuando todos la critican, cuando más lo necesita.

Makoto se fija en la mesa de al lado. Una chica con aspecto de universitaria y un chico francés hablan entusiasmados en torno a un libro. Es una escena habitual en Kagurazaka.

—Si no me hablas del tema es porque te avergüenza reconocer que a un hombre adulto como tú le gusta una niña. Habría preferido que lo hicieras.

—Lo siento. Estoy siempre muy ocupado. Todos mis problemas se deben a la falta de tiempo. —Makoto acepta que no puede escapar al enfrentamiento y agacha exageradamente la

cabeza—. Aquella noche en el hotel... Fue estupendo, y pensé que me gustaría pasar más tiempo contigo. Cuando empezamos a salir era siempre así. ¿Te acuerdas? Estoy cansado de esta vida desordenada. Me gustaría tener más tiempo para...

Rika apenas recuerda ya esa calidez. A pesar de los buenos momentos juntos, lo ve ahora en un lugar tan iluminado como este y tiene la impresión de que es un hombre del montón, sin sustancia, sin peso específico. Se le ocurre que por mucho tiempo que estén juntos, tendrá que tirar siempre de él, conquistarle.

—Hay muchas diferencias entre antes y ahora. De todas maneras, me gustaría disculparme por algo. —Está a punto de confesarle que aquella noche hizo el amor con él por una promesa a Manako Kajii, pero en el último momento desiste—. He engordado por esta historia de Manako Kajii, cierto, y me he sentido culpable por ello, por el hecho de disfrutar de la comida, de cocinar. Sin embargo, he descubierto que me gusta probar cosas nuevas. No tengo ninguna intención de ponerme a dieta. No haré nada hasta encontrar de forma natural el sentido de la moderación en mí.

—Te pido perdón por si te ha molestado alguno de mis comentarios. Lo siento, he sido un bruto. Tendré más cuidado a partir de ahora. —Su voz y su actitud reflejan su cansancio. No sabe qué hacer con ella y se le nota.

De pronto, Rika cree que es ella quien debería disculparse, pero se siente incapaz de ceder, extraña consigo misma.

En algún momento se arrepentirá de la decisión que está a punto de tomar, lo sabe. En tal caso, ¿por qué no deja de pensar en ello y trata de arreglar las cosas? ¿Por qué no hace algo tan sencillo como eso? Lo mismo se puede decir de Reiko. Si cierra los ojos, acepta las cosas como son y regresa con su marido, la vida volverá a ser normal. «¿Por qué no lo hacemos? Ni siquiera odiamos a Makoto ni a Ryōsuke, y la soledad nos espanta a las dos.»

Mientras piensa en todo eso, cruza su mirada con la de Makoto. A él también le asaltan las mismas dudas. Puede adoptar el papel de hombre comprensivo, pero Rika se da cuenta de la

rabia que se acumula en su interior y le exige que se aclare de una vez por todas.

—No puedo concentrarme en el trabajo desde hace días y tampoco duermo bien. Si hay algo en mí que no te gusta, trataré de cambiarlo. Contigo me siento bien y creo que nos entendemos. No nos hemos visto mucho en los últimos tiempos, pero tengo la intención de cambiar eso a partir de ahora.

Debe de estar a punto de acabar con el libro que se trae entre manos y seguro que eso no le deja margen para nada. Rika mira distraída un coche que pasa por la calle. «No debería dejarme arrastrar por la atmósfera del momento», piensa.

—No hablo solo de ahora, hablo también del futuro.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Quieres casarte?

—No. Si Kajii me concede la entrevista, firmaré con mi nombre. Seré la primera en hacerlo, y lo más seguro es que me convierta también en objeto de todo tipo de críticas. ¿Serás capaz de seguir conmigo a pesar de eso? ¿Vas a soportar los comentarios, las burlas? Le pasa a todo el que se relaciona con Kajii, incluso a sus víctimas, a pesar de estar todos muertos. —Rika tiene el presentimiento de que en un futuro no muy lejano le van a llover palos por todas partes. Le da miedo, pero lo acepta.

—¿Por qué no haces algo por evitarlo? Yo no soy tan equilibrado como piensa la gente. Soy más bien alguien que sigue a los demás y se esfuerza el doble. Así he sido siempre y no puedo negarlo, sería demasiado doloroso negarlo. —El tono de Makoto se vuelve cada vez más grave, como si tuviera sueño incluso.

Rika se pregunta si se enfadará si se lo hace notar. La situación la entristece; Makoto no habla en ese tono por fastidio, sino porque está realmente convencido de que las cosas se solucionan cuando uno se esfuerza. Está convencido de que todo se puede resolver con esfuerzo. Las tragedias para él son cosa de cada cual y de nada sirven los consuelos.

—Yo no confío tanto como tú en mi capacidad de esfuerzo, en mi constancia, en estar dispuesta a lo que sea para agradarte a ti y a la sociedad en general. Ya no soy tan joven, y no quiero que los demás me consuman. A partir de ahora me gustaría pensar en mi

trabajo y en mi relación con los demás poniéndome yo en el centro. —Se da cuenta de que él no aguanta más y decide zanjar la conversación—. Aunque termine con todo este asunto de Kajii, va a ser lo mismo. Quiero decir, a lo mejor engordo todavía más, porque todo el mundo lo hace con la edad: se queman menos grasas, cambia el metabolismo. Y no solo se trata de mi aspecto físico. Tendré más trabajo, menos tiempo, menos disponibilidad para hablar con calma de las cosas. —Al hablar, Rika siente como si soltase poco a poco la mano de Makoto, pero le gustaría oír de su boca que no hace falta actuar así, arrinconarse de esa manera, que ya está bien de esa relación que les consume a ambos, que solo estar con ella es suficiente, tocar su cuerpo cálido como esa noche en Shinjuku, que sus sentimientos serán los mismos diga lo que diga la gente a su alrededor.

Makoto tuerce el gesto. A Rika casi se le escapa un grito de desesperación por culpa de esos labios que no dicen nada y tan solo dibujan una ligera sonrisa. Es el fin. Rika lo sabe sin necesidad de decirlo.

—En tal caso no hay nada que hacer, ¿no te parece? —Él sonríe sin fuerzas, aunque parece aliviado—. Te voy a echar de menos.

Le gustaría notar como la emoción alcanza sus ojos. Se esfuerza en recordar el día en que le conoció, el día en que su corazón latió por él por primera vez, pero los acontecimientos de los últimos meses se lo impiden. Casi no se acuerda de nada.

Kitamura y Reiko se han puesto la ropa de deporte que les había llevado Rika y están sentados a cada lado del sofá frente a la pantalla del televisor de cincuenta pulgadas. Dice hola con un susurro mientras se quita el abrigo. Deja la compra encima de la mesa donde está trabajando Yuu.

—Hola —la saluda seca sin prestarle demasiada atención—. Tengo que rehacer el resumen de mi trabajo de fin de grado. Estoy muy liada, lo siento. Reiko sigue sin hablar. No han dejado la consola en ningún momento.

Rika no se acordaba de que hasta finales de mes Yuu no se habrá graduado.

Makoto y ella hablaron un rato más sobre algunos rumores y banalidades del trabajo. Después se despidieron. Puede verlo cuando quiera porque él le ha dicho que, al fin, vuelven a ser amigos. Lo cierto es que desde el principio su relación nunca fue mucho más allá de una simple amistad. Al menos ahora está claro que no sentían tanto apego el uno por el otro como pensaban y que no tenían futuro.

En la televisión aparece la imagen de un parque de atracciones apocalíptico y una pareja armada hasta los dientes vestida con ropa de combate que no deja de moverse de acá para allá.

—¡Ah, hola! Últimamente me he enganchado a este juego —dice Kitamura sin mirarla.

Reiko no aparta los ojos de la pantalla. Tiene a *Melanie* en su regazo. Su cara de rasgos pequeños y proporcionados sigue muy pálida, inexpresiva. Rika no sabe si se encuentra bien o mal a pesar de estar jugando con Kitamura.

—No se me da muy bien cuidar de los demás y he pensado que no estaría mal echar una partida. Ella también se ha enganchado y se le da bien. Es muy divertido.

Una noria oxidada, un tiovivo que no gira. La escena le recuerda a la panorámica de Suntopia, el parque de atracciones de Agano, bajo la nieve.

—Sobre ese asunto del que me preguntaste hace tiempo —dice Kitamura sin despegar los ojos de la pantalla—, ya tengo el contacto con la hermana mayor del señor Yamamura. Trabaja en una pequeña inmobiliaria. ¿Qué hacemos?

Rika no sabe qué decir. Después de hacerle trabajar tanto no quiere decirle que ya todo le da igual, que solo le molesta y le da miedo. Igual que el Salon de Miyuko. No entiende por qué precisamente ahora le surgen todas estas oportunidades.

—¿Habéis comido algo? —dice para cambiar de tema—. ¿No tenéis hambre?

Los tres la miran como si fueran niños de primaria.

—Voy a preparar algo. Hace frío y pensaba hacer un *pot-au-feu*. ¿Qué os parece? —Rika les enseña la bolsa del supermercado con patatas, cebollas, zanahorias y carne.

Yuu asiente sin apartar los ojos del ordenador. Reiko y Kitamura siguen concentrados en matar zombis. Es extraña esa situación en la que se mezcla la vida privada y el trabajo. Rika no sabe bien cómo comportarse. En ese momento oye el ruido de la llave en la cerradura y aparece Shinoi con un abrigo. Rika no tiene ni idea de qué decir, de cómo presentárselo a los demás.

—He venido hace un rato y nos hemos presentado. Kitamura, Reiko y Yuu, ¿verdad? —Deja un paquete de cartón blanco y rojo encima de la mesa que desprende un aroma familiar de aceite y especias—. He comprado pollo frito, ensalada de col y galletas.

Kitamura y Yuu alargan la mano hacia la aceitosa caja. En el interior hay una buena cantidad de pollo frito, e incluso Reiko se levanta para coger un pedazo. Le da un mordisco con su dentadura blanca. El aroma de la comida despierta a *Melanie*, que se pone a ladrar sin parar y a dar vueltas y más vueltas sobre sí misma.

A Rika no le apetecen fritos y se dedica a observarles distraídamente mientras acaban con todo. Esa voracidad desmiente la indolencia de apenas hace unos instantes.

—Por cierto, ¿vosotros dos salís juntos? —Kitamura se dirige de improviso a Rika y Shinoi.

A Rika casi se le cae una galleta de las manos del susto.

—Escucha, Kitamura —dice Shinoi con aire tranquilo—. Hago senderismo de vez en cuando. Es mi *hobby*. Últimamente me cruzo con muchos montañeros que no tienen la más mínima educación, lo tiran todo por ahí. Hace poco un amigo me contó que se había encontrado con un montón de residuos tirados en una montaña a la que habíamos subido juntos hacía poco. ¿Cómo es posible que ocurran todas esas cosas? Me quedé pensando en ello y me acordé de que cerca de allí había una residencia de ancianos... La empresa que la gestiona tiene también una franquicia de restaurantes.

Kitamura pone un gesto de extrañeza.

—¿Por qué me cuentas todo eso? ¿Quieres que me ponga a investigar?

—Yo solo estoy charlando. Es lo mismo que hago con Rika. ¿De qué sirve que me guarde informaciones que no voy a poder sacar? Puedes venir de vez en cuando a esta casa a charlar como hace Rika, porque estoy solo.

Kitamura no dice nada. Shinoi saca un cuaderno de notas.

—Esto parece una concentración de deportistas —dice echando un vistazo a su alrededor.

Rika murmura algo sin dirigirse a nadie en concreto y cruza su mirada con la de Yuu. Esta mira de reojo a Reiko, que ha vuelto a sentarse en el sofá para seguir jugando.

—A Reiko no le gusta que nos ocupemos tanto de ella —dice Yuu—. Es mejor dejarla tranquila y que mientras tanto nos ocupemos de nuestros asuntos. ¿Puedo quedarme a dormir? Mi casa está lejos. Hay un futón de sobra, ¿verdad?

—Pues tal vez me quede yo también —dice Kitamura—. Ya es tarde, y la oficina está más cerca de aquí que de mi casa.

A Rika le sorprende que no preste atención a lo que le ha dicho Shinoi.

—Ten en cuenta que eres un hombre rodeado de mujeres.

—¡Eso es discriminación! —Kitamura aprieta los labios.

Rika mira a Reiko para conocer su opinión. Se limita a asentir para señalar que no hay problema por su parte.

—Está bien —dice Shinoi mientras se prepara para marcharse —, me tengo que ir. Los futones están allí. Tú, Kitamura, puedes dormir en el salón, y Yuu en el dormitorio de matrimonio.

Rika se siente mal por abusar de su confianza, pero por mucho que se preocupe nadie parece hacerle caso. ¿No debería hacer también ella lo que le venga en gana? Le da pereza regresar al apartamento. Extenderá un futón al lado del de Reiko y dormirá con ella.

—He soñado muchas veces que ya no vendrías más por aquí. — Manako Kajii se dirige a Rika con una voz dulce y medio llorosa en cuanto entra en la sala de visitas donde se había jurado que no volvería a pisar nunca más.

Ella misma no comprende su cambio de opinión, y si ha venido ha sido empujada por su jefe, y porque aún conserva un poco de curiosidad por esa mujer. Se sienta en la silla con desgana.

—Estaba preocupada. No sabía qué hacer —continúa ella.

Es cierto, se la ve desmejorada e incluso parece haber perdido peso. Tiene el pelo seco, las puntas descuidadas como nunca antes las había visto. Su piel está seca, los ojos hundidos. El jersey color hueso da una impresión barata, de mala calidad.

—Me dijiste que no necesitabas amigas. —Rika se sorprende de su tono de voz frío, casi teatral.

Pese a todo, Kajii parece contenta de tenerla enfrente.

—Cuando dije eso no sabía lo que era una amiga. Contigo es la primera vez que tengo a alguien con quien hablar de todo.

—¿Te das cuenta de lo que me has hecho?

—Lo siento. Siento haberme burlado de tu amiga. No le ha pasado nada, ¿verdad? Imagino que habrá ido unos días a casa de Yokota y debe de estar agotada de tanto limpiar y cocinar para él.

Rika no quiere escucharla más. Ya no soporta ese gesto de superioridad en esa cara redonda suya.

—Otra de tus estrategias, ¿no? —A Rika se le escapa un chasquido y para disimularlo hace ruido con el pie—. Manejar a los demás es lo único que sabes hacer. Debes de pensar que una relación es solo conseguir que la otra persona se mueva como tú quieres, pero no es así. Una relación es algo imprevisible. Nunca sale como uno quiere, cambia a cada momento. Pero no puedes disfrutar de algo que supera tu entendimiento. Tú solo estás tranquila con las cosas que puedes prever. Eres una cobarde.

Kajii baja la mirada como si le asaltara una repentina tristeza, un gesto que irrita aún más a Rika.

—¿Sabes en qué estado se encuentra Reiko por tu culpa? ¿Acaso te importa? Si le pasa algo, jamás te lo perdonaré. —Rika desea que todo termine ahí, pero Kajii no está dispuesta a satisfacerla.

—¿Has comido algo decente últimamente?

—¡Ya basta! Estoy harta, me voy. —Se pone en pie de un salto para marcharse, y la voz de Kajii suena como si le implorase.

—No te vayas. Si me dejas sola, no te lo perdonaré, y la próxima vez te lo quitaré todo. Reiko y tú sois demasiado indulgentes, no sabéis llevar las cosas hasta el final. Yo sí.

Rika trata de mantener la compostura, pero se da cuenta de que está pálida.

—Lo siento —se disculpa Kajii—. Retiro lo que acabo de decir. Esas cosas no se le pueden decir a una amiga. Tengo celos, lo reconozco. Puedes escribir lo que quieras sobre mí. Si son tus palabras, yo las acepto. —Junta las manos delante de la cara para pedirle perdón. Su voz suena a broma, y Rika se pone alerta al comprender que nunca puede bajar la guardia con ella—. Fui al Salon de Miyuko con la esperanza de encontrar una amiga. Pensaba que allí habría alguien con quien establecer una relación de igualdad.

—¿No decías que te bastaba con tus novios?

—He conocido a muchos hombres, pero con ninguno he estado satisfecha de verdad. Quería a alguien con quien compartir mis cosas, las pequeñas diversiones de todos los días, disfrutar de una buena conversación... pero si hablaba de cosas que ellos no sabían, se ponían de mal humor. Si cocinaba algo que nunca habían probado, se inquietaban, se quedaban mudos. Solo aceptaban lo conocido, lo previsible. Preparé un delicioso *boeuf bourguignon* y aquel hombre se empeñaba en decir que era estofado de carne. Con ellos no se abría ante mí un mundo nuevo; todo lo contrario, cada vez estaba más triste. Pero contigo es distinto. Tú te emocionas con lo desconocido, te diviertes, ¿a que sí? Contigo tengo la sensación de que mi campo visual se amplía, puedo ver cosas que nunca he visto. Sentí algo parecido cuando empecé a ir al Salon.

A Rika no le queda más remedio que admitirlo. Siempre que ve a esa mujer tiene la sensación de que un viento fresco sopla a su alrededor, aunque le inquietan sus repentinos cambios de opinión, su supuesta comprensión.

—Creía que en ese lugar iba a encontrar una amiga adecuada, para mí porque era algo similar al salón de Madame de Pompadour. —Entorna los ojos con un aire embelesado.

Tiene un modo de pensar que a Rika siempre le ha resultado algo singular. «Aunque la condenen a cadena perpetua nunca va a cambiar, ni tampoco puede hacerlo», piensa. A primera vista parece una mujer enérgica, pero en realidad tiene una actitud pasiva, lo deja todo en manos de los demás. Es como si agitara una bandera blanca delante de ella solo para incitarla de nuevo a entrar en uno de sus laberintos.

—¿La encontraste? ¿Encontraste alguna amiga?

—Había una que podría haber sido... Pero...

Kajii tartamudea y Rika no puede evitar una sombra de ironía en su sonrisa. No consiguió entrar en el círculo del Salon. Rika ha leído en varios sitios que a esas mujeres acomodadas de buen gusto y acostumbradas a relacionarse entre ellas Kajii les resultaba ridícula con esa forma de ser, de actuar. Nunca dejaron que traspasase el umbral.

—La época en la que fuiste a ese curso coincide con todas esas muertes a tu alrededor. ¿Hay alguna relación?

A pesar de ser Rika quien pregunta, es Kajii quien lleva la iniciativa en todo momento. Baja la mirada y anuncia así el final de su encuentro.

Rika está empapada de sudor. Decide caminar a pesar de que los copos de nieve empiezan a mojar el asfalto.

Ha preparado un salteado de pollo con verduras y tubérculos y lo sirve en un plato de cerámica de color verde que ha encontrado en la alacena de la cocina, pero apenas lo tocan. Tiene el mismo libro de recetas que vio en casa de Reiko y se preocupa por seguir todos los pasos sin desviarse ni lo más mínimo, pero el resultado es pobre, decepcionante.

En los últimos tiempos procura salir del trabajo lo antes posible para hacer algo ligero de cena. No entiende por qué todos se lanzan a por la comida preparada que lleva Shinoi y no hacen caso de la comida tradicional japonesa que cocina con todo su entusiasmo.

Hoy ha llevado sándwiches de cerdo empanado. Los ha

comprado cerca de la estación en un rato libre entre varios compromisos. Nada más abrir la caja casi han desaparecido. Solo quedan dos. Reiko parece distraída. Es la única que no los ha probado.

—Qué ambiente más extraño, ¿no crees?

Rika tarda unos instantes en comprender que se trata de la voz de Reiko. Está a su lado secando los platos con papel de cocina. Se mueve como si se ejercitara para recuperarse, para volver a ser pronto la de antes. Rika respira profundamente, abre el grifo y trata de hablar en un tono lo más normal posible.

—Es un piso grande y tiene muchas habitaciones. Será por eso. Cada uno tiene su propio espacio y va a su aire.

—Dudo de que se trate de eso. Yo creo que es porque estás tú.

Reiko observa el salón desde la cocina americana. Yuu ha terminado su trabajo de fin de grado y se ha enganchado al videojuego con Kitamura. Shinoi está sentado a la mesa seleccionando una serie de artículos del periódico. *Melanie* está a sus pies.

—Cuando tú ocupas el centro, los demás se liberan, como si ya no les hiciera falta pensar en el sexo o en la posición social. Es como si cambiase el campo magnético. Siempre has tenido esa virtud, pero últimamente se ha acrecentado aún más.

—¿Tú crees? ¿Por qué será? Yo no tengo ni idea. A lo mejor es porque he engordado y me he transformado en alguien con quien los demás se relajan. Por cierto, mi jefe me ha dicho que hay dos vacantes para el Salon de Miyuko. Si tengo que ir a ese sitio, engordaré aún más y lo cierto es que he perdido casi todo el interés en ese asunto de Manako Kajii. —Habla en un tono ligero para animar a Reiko, sin conseguir arrancarle una sonrisa.

—No te importa que la gente hable de ti, ¿verdad? No es normal. En general todos nos preocupamos mucho de proteger nuestro territorio para no perder nada.

—Por cierto, lo he dejado con Makoto.

Reiko se limita a murmurar un «Entiendo» como única respuesta. Rika estruja varias veces el estropajo para hacer espuma.

—Creo que a partir de ahora ya no aparecerá nadie en mi

vida. A lo mejor me quedo sola. En el fondo es una decisión propia, así que no hay nada que hacer. Siempre he pensado que no quería casarme, pero igual soy más conservadora de lo que creía.

—¿Por qué crees que ya no vas a poder enamorarte? —Los grandes ojos marrones de Reiko se clavan en los de Rika—. ¿Piensas que una relación no puede empezar si el hombre no da el primer paso? ¿Por qué tenemos que esperar siempre a que nos elijan como si estuviéramos inertes?

El agua está a punto de rebosar un bol dentro del fregadero. Rika cierra el grifo. El agua proyecta un reflejo transparente que ilumina la cocina.

—No expresar tus deseos, hacer que los demás se muevan según tu interés y esperar que las cosas ocurran. Eso es lo que hizo Kajii con sus víctimas. Lo he entendido en casa de Yokota. Yo lo menospreciaba por no relacionarse con mujeres, por el hecho de que Kajii le engañase, pero yo misma con mi actitud, cocinando y limpiando para él, solo he conseguido meterle miedo. Puede que con Ryōsuke me haya pasado lo mismo. A lo mejor lo he manejado a mi antojo y me he olvidado de sincerarme con él, de decirle lo que quiero mirándolo directamente a los ojos. Solo esperaba de él que me sedujese, que actuase. Una parte de mí quería ser la princesita deseada. Kajii se dio cuenta, me lo dijo y creí que me moría de vergüenza. Por si eso no bastara, ese Yokota me rechazó aun sin gustarme absolutamente nada. Ahora mi orgullo está destruido, así que deja de esperar tú también a que sean los demás quienes te valoren. Antes o después enamorarás a alguien, estoy convencida. Cuando suceda, expresa tus sentimientos, no te guardes nada.

—¿Tú crees que eso funciona para alguien como yo? —pregunta Rika sonrojada, con la voz temblorosa.

—¿Qué quiere decir eso de «funcionar»? —pregunta Reiko con gesto serio—. ¿A qué te refieres? Aunque te cases, como he hecho yo, muchas veces las cosas no salen bien, y si lo deseas tanto como Kajii, la felicidad se te escapa. Yo confío en ti. Si tú quieres a alguien de verdad, le harás feliz sin más.

A Rika se le ocurre que le gustaría tener un piso amplio como

este, muchas habitaciones para dar cobijo a otras existencias.

—Gracias, Reiko. Gracias de corazón. Si estás más animada, envía un mensaje a Ryōsuke. Está muy preocupado por ti.

Reiko agacha la cabeza sin cambiar de gesto y se seca las manos con un paño. Después se va a su cuarto con *Melanie*. Rika siempre ha pensado que ella es la única capaz de protegerla. También le gustaría que Shinoi dejase de estar solo, y siempre le pesa que su madre se vea obligada a cuidar de su abuelo. ¿No será solo una engreída que se cree capaz de resolver los problemas de los demás? Tal vez lo único que está en sus manos es...

¿No será que su verdadero deseo es crear un refugio donde las personas próximas a ella puedan huir cuando lo necesiten?

Kitamura y Yuu vuelven hoy a sus respectivas casas antes de que salga el último tren. Rika se da una ducha y cuando sale se encuentra con Shinoi y Reiko sentados uno frente al otro en el salón. Por unos instantes tiene la ilusión de que sus caras estaban muy juntas. Se asusta. Shinoi le hace un gesto con los ojos mientras ella se seca el pelo con la toalla. Le nota rejuvenecido en los últimos días, más relleno quizás por un exceso de fritos, la piel más brillante. Reiko come unos tallarines con fruición.

—*Ramen* con sal y mantequilla, mi especialidad. Antes no ha comido y me ha pedido que se los preparase. —En su cara alargada luce un gesto de orgullo.

Reiko es una mujer sensible a las comidas preparadas y a los aditivos, y por eso Rika se siente un poco traicionada.

—Hay momentos en los que no hay nada mejor. Si alguien cocina para ti, también hace falta energía para agradecerlo como es debido. —Él mismo ha debido de comer ese mismo *ramen* instantáneo en incontables ocasiones y parece comprender el reproche en la mirada de Rika—. No es una niña, no te preocupes. Sabe perfectamente lo que puede comer y lo que no. No la cuides tanto, porque se comporta como una princesita caprichosa; bueno, mejor dicho, como un rey.

Reiko despega los ojos del cuenco y también lo mira con reproche. Rika comprende que hayan intimado en tan poco tiempo, pero no deja de sorprenderle. No recuerda que ningún hombre le

haya hablado de esa manera.

En la habitación silenciosa solo se oyen los sorbidos de Reiko. Huele a la sopa y los condimentos. Los tallarines tienen una forma ondulada. Parecen cocidos *al dente*. Rika tiene la sensación de que con Reiko él se comporta más cariñoso. Puede que le recuerde a su exmujer. La cocina de Reiko y la de esta casa se parecen en algo, especialmente cuando usa el horno y saca las bandejas. A lo mejor Rika le recuerda a su hija. Eso explicaría por qué disfrutan de un ambiente tan agradable los tres juntos.

Reiko deja el cuenco en la mesa.

—Me gustaría ir al Salon de Miyuko. Si tú no vas, iré yo sola. Quiero ver qué pasa allí. —Se limpia la boca con la mano. Se levanta de la mesa y abre la ventana.

A Rika le preocupa el viento helado. La cortina de color ocre ligero se agita y durante unos instantes oculta los frágiles hombros de Reiko. Rika le susurra a Shinoi:

—¿Me puedes preparar uno a mí también? Con mucha mantequilla, por favor.

Shinoi se ríe. Se va a la cocina con el cuenco vacío de Reiko. Un inesperado viento tibio le acaricia la piel. Nota un aroma primaveral en esa brisa que le acaricia las mejillas.

Está sorprendida, pasmada por la constatación de que el mundo cambie sin que ella intervenga en nada. A su alrededor surgen relaciones todos los días, se enredan, se complican, crecen como las hojas, las ramas y las raíces de las plantas. Cree ver tras sus párpados un color verde oscuro que se extiende por todas partes.

Quizás es la época adecuada para aprender algo nuevo.

En dos meses se celebrará el juicio en segunda instancia de Manako Kajii.

XIII

Nací en Fuchū, en Tokio, pero mis primeros recuerdos son del distrito de Yasuda, en la pequeña ciudad de Agano, en la prefectura de Niigata. En ese lugar fue donde se instalaron las primeras explotaciones de vacas lecheras en Niigata.

Hasta la estación de la ciudad de Niigata se tarda alrededor de cuarenta minutos en coche. En el centro se puede encontrar casi de todo, y por eso nunca he tenido la sensación de vivir aislada en el campo.

En invierno, la llanura de Agano está completamente cubierta de nieve. Es habitual quedarse bloqueado sin poder salir de casa. El mundo se sumerge en el silencio. Siempre me ha parecido que era una forma de muerte. El único aliento de vida eran los establos de las vacas. A nuestro alrededor todo estaba tapizado de blanco, y solo allí se respiraba algo de calidez gracias al aliento de las vacas, a la temperatura de sus cuerpos. Durante el invierno las vacas acumulan una gran cantidad de grasas y producen una leche dulce con un sabor rotundo, a veces más parecido al de una crema.

Si me gusta tanto cocinar con lácteos es por los recuerdos de mi infancia. Entraba en los establos y me sentía abrumada por los ojos saltones de las vacas, por sus hocicos, por ese carácter indiferente a todo, a las moscas, a los olores. Me estremecía la visión de esas telarañas pegajosas colgadas del techo ennegrecidas por infinidad de moscas allí atrapadas. También me llamaba mucho la atención la ausencia de machos. Por alguna razón me daba miedo que con su semen bastase para preñarlas.

Lo primero que me sorprendió de Tokio cuando fui a la universidad fue la pésima calidad de los productos lácteos y del arroz. También me asombró la preocupación de todas las chicas por evitarlos o, al menos, por comer lo mínimo indispensable. Me

irritaba su obsesión por el físico, por cumplir con ese papel de muñequitas que les atribuían, por alimentarse con tan poca cosa.

Sucedió en la cafetería de la universidad nada más empezar los estudios. Siempre estaba sola, y un día, a eso de las tres de la tarde, escuché la conversación de cuatro chicas que estaban sentadas a la mesa de al lado. Ninguna era de Tokio, vivían solas o en residencias femeninas. Ninguna tenía novio. Se sinceraban entre ellas y una dijo que nunca se había sentido a gusto en su ciudad natal. A otra, por el contrario, le costaba adaptarse a la vida de Tokio; la tercera solo pensaba en ahorrar, y la última en adelgazar. Al principio se las veía desanimadas, pero la charla se animó, empezaron a reírse y terminaron haciendo planes de viaje. Cuando se levantaron de la mesa solo eran un grupo de chicas de la universidad que disfrutaba de la vida. Su repentino cambio de actitud, esa especie de súbita amnesia me molestó, como me molestó también su actitud satisfecha a pesar de no haber resuelto ninguno de los problemas que poco antes les acuciaban. En ese momento comprendí lo sola que estaba, pero también que no necesitaba consuelo. Tomé la decisión de vivir sola, de prescindir de amigas. Al poco tiempo dejé la universidad y empecé a ganarme la vida gracias a caballeros ricos.

Lo confieso. La gente cree que me gustan los hombres, pero no soy una lasciva ni una vulgar que solo piensa en la satisfacción del cuerpo. Es más sencillo: no me gustan nada las mujeres.

No pretendo desahogarme, liberar mi rabia por el hecho de que las mujeres nunca me hayan admitido en sus círculos. La mayoría de los hombres que he conocido por internet son cariñosos, atentos, dependientes de mí. Si los comparo con esas mujeres, con su ferocidad, con esa angustia con la que castigan a los demás o sus bruscos cambios de opinión, los hombres me resultan muy fácilmente soportables.

En Agano hay una estatua erigida en reconocimiento a las mujeres trabajadoras a la que todo el mundo conoce como «las tres diosas». Hay una copia en la estación de Niigata. Siempre he odiado esas dos estatuas, desde que era pequeña. Desde niña les pegaba los chicles, les tiraba cualquier cosa que tuviera a mano: un

helado medio deshecho, por ejemplo. Tres mujeres trabajando juntas que se llevan bien y, encima, atractivas. ¡Imposible! En un grupo de tres mujeres siempre habrá una que se quede al margen. Tampoco tolero que sus cuerpos sean finos, estilizados. Mi madre me obligó desde niña a estar siempre a dieta. Lo odio. Por encima de cualquier otra cosa odio los alimentos bajos en calorías y el ejercicio físico.

Sé que la gente se burla de mi aspecto, pero lo hacen porque no llegan a entender los mecanismos por los que los hombres se enamoran de las mujeres. Su vida sexual debe de ser mísera. Siento compasión por ellos.

No superar nunca a los hombres. Eso es lo único que debemos hacer las mujeres. ¿Por qué tantas son incapaces de entenderlo? ¿Acaso no es el orden natural de las cosas? Me gustaría decirlo alto y claro: las mujeres debemos convertirnos en diosas. Si soy capaz de hacer llegar mi mensaje a la gente aceptaré, al menos, estar presa en este lugar por un crimen que no he cometido.

No digo que las mujeres deban anular sus deseos, pero para ejercer la magnanimidad deben estar libres de conflictos, no sufrir estrés. Al fin y al cabo, somos diosas. Por eso siempre he comido lo que me ha venido en gana. Jamás voy a reprimir mis deseos, jamás voy a renunciar a los lujos. Lo pienso ahora y me doy cuenta de que mi odio hacia las mujeres nace de la relación con mi madre cuando era pequeña...

—Vengo de parte de la señorita Shigemori, la periodista *freelance* especializada en comida y alimentación. Me llamo Kazuko Minami.

No es la primera vez que Rika se ve obligada a usar un nombre falso por razones de trabajo y, a pesar de ello, no puede evitar sentirse incómoda. Después de todo no está frente a alguien poderoso o famoso, sino frente a gente corriente. Miyuko Sasazuka, a la que todos llaman *«madame»*, tiene la piel blanca y sus arrugas son perfectamente visibles bajo la luz suave de la sala. Lleva un jersey gris que se refleja en los ojos cansados de Rika. Es la dueña de un famoso restaurante de cocina francesa que regenta con su

marido, y han sido galardonados con dos estrellas Michelin. Su reputación, su personalidad y su carácter hospitalario atraen a todo tipo de clientes, y suele aparecer a menudo en una revista para mujeres de clase alta. A Rika en las fotos siempre le ha parecido una mujer de mirada severa, de aspecto impecable, pero en la distancia corta nota algo amable en ella, como un perrito envuelto en una confortable manta en un día de frío. Es una mujer pequeña, frágil, con el mentón afilado, los ojos grandes y un abundante pelo entrecano recogido en un moño. Todo en ella da una impresión de abundancia.

—Yo soy Mariko Iino. Somos amigas desde la universidad y ahora soy ama de casa. —Reiko se expresa sin ninguna dificultad.

Rika estaba preocupada, porque Reiko no sale de casa desde hace tiempo, y desde que se han encontrado en la estación de Roppongi no le ha quitado los ojos de encima. Ella, sin embargo, actúa con naturalidad y soltura. Lleva un jersey azul marino que le ha prestado Yuu, el pelo recogido, un poco descuidado, y la cara limpia, solo los labios pintados. Más o menos ese era su aspecto cuando trabajaba, y Rika se siente reconfortada. Sigue instalada en casa de Shinoi, aunque desde hace unos días intercambia mensajes con su marido y por las mañanas saca a pasear a *Melanie*. A Shinoi no parece molestarle en absoluto la situación, y como Yuu y Kitamura van a menudo, Rika ha dejado de preocuparse y se queda a dormir allí la mitad de los días de la semana.

El aire sigue siendo frío, pero la floración de los cerezos se ha adelantado respecto a otros años y para finales de mes Rika ya tiene muchos planes para disfrutar del espectáculo.

Después de subir varios tramos largos de escaleras mecánicas, como si emergiesen desde las mismísimas profundidades de la Tierra, han salido a Roppongi Hills. Durante cinco minutos han caminado por una suave cuesta abajo hasta Azabu-Jūban. La casa de los dueños del restaurante Balzac está en un edificio color crema que parece una fortaleza, fácil de confundir con alguna de las numerosas embajadas que hay en el barrio, situado justo detrás de una exclusiva escuela femenina cristiana.

Desde la puerta de entrada protegida por un código hasta el

ascensor acristalado, está todo enmoquetado. Les abren la puerta y en el recibidor con el suelo de mármol les ofrecen unas zapatillas suaves y confortables. Siguen a la señora Miyuko a lo largo de un pasillo que dobla dos veces y desembocan en un salón de unos veinte tatamis en forma de anfiteatro. Los muebles están dispuestos alrededor de la cocina situada en el centro. Hay dos hornos y seis fuegos. Tanto el fregadero como la encimera son de un material mate que Rika nunca había visto y que produce una sensación de ligereza, como si se tratase en realidad de una obra de arte contemporáneo. Rika no cree que todos los pisos del edificio tengan esa misma distribución, más bien debe de ser una reforma hecha por los dueños.

—Un poco de atención, por favor —dice—. Les presento a la señorita Minami y a la señorita Iino. Se incorporan a partir de hoy a nuestras reuniones. Vienen de parte de la señorita Shigemori.

Hay un total de seis mujeres sentadas a ambos lados de una mesa alargada cubierta con un mantel perfectamente planchado, y todas miran a las recién llegadas. Son mujeres de entre treinta y cincuenta años, con el cutis y el pelo muy cuidados, prueba evidente de una vida más que desahogada. Algunas caras le suenan y Rika evita mirarlas directamente. Le incomoda el hecho de conocerlas. De no haberse relacionado con Manako Kajii, serían anónimas. Al otro lado de la ventana resplandece la Torre de Tokio en el cielo nocturno, tan cerca que parece de mentira.

Del techo cuelgan unas lámparas de araña no demasiado grandes, pero claramente auténticas piezas de anticuario. En una librería majestuosa de color caramelo lucen numerosos trofeos y una foto del matrimonio con el presidente de Francia. Hay también una bola de nieve de cristal, unos muñequitos de México y unas figuritas de porcelana del tamaño de un dedal.

La señora Miyuko reparte a cada una de ellas unos papeles grapados con las recetas.

—Buenos, empezamos —anuncia—. El menú de hoy es bullabesa, hojaldre de zanahoria y cebolla de temporada con una pizca de comino, cordero asado a la naranja y mousse de fresa.

—¡Qué bien, me encanta el comino! No voy a dejar nada. —

Una mujer de pelo corto color castaño da unas palmaditas y con su gesto desaparece la tensión del ambiente.

—Bueno, Aki le pondría comino a todo si pudiera, ¿no es así?

Todas se ríen. Rika, temerosa, alza la mano sin despegarla mucho del pecho.

—Disculpe. ¿Vamos a cocinar ahora todo eso?

—Sí, claro, pero no se preocupe. Somos ocho. Vamos, empecemos.

Se levantan todas de golpe, retiran el mantel de la mesa, que se transforma en una mesa de trabajo, y colocan encima todos los utensilios y alimentos.

A Rika le asusta el cordero, con los huesos muy marcados debajo de una carne roja. También le llaman la atención los mejillones, los cangrejos, la variedad de pescados con los ojos saltones y las escamas brillantes. Miyuko saca de una cesta las verduras, la mantequilla y la nata. Todas saben qué han de hacer sin necesidad de que nadie se lo diga, mientras que Rika se siente cada vez más perdida. Una mujer con una chaqueta de punto de cachemir y un delantal de lunares se da cuenta y le ofrece una tabla de cortar y un cuchillo. De inmediato se pone a cortar por orden las zanahorias, el apio y las cebollas. No tiene cómo disimular sus movimientos lentos en comparación con los de las mujeres a su alrededor. No solo eso, sonríen y van de acá para allá como peces en el agua mientras que ella está más bien agarrotada. La señora Miyuko le pide que eche las verduras finamente cortadas a una vieja olla y encienda el fuego. Le entrega una pala de madera y Rika se queda delante del fuego con el corazón en un puño. Las demás se acercan a ella.

—Empezaremos por la bullabesa. Lo primero es el *suer*. Si os acordáis, *suer* significa «sudar» en francés. Tenemos que hacer sudar a las verduras. Salteamos a fuego lento hasta que suelten un poco de agua. Debemos moderar el fuego para que no se nos sequen.

Rika nota todas las miradas encima de ella. Enseguida las verduras comienzan a soltar el agua y el vapor le humedece las mejillas.

—¡Ay, señorita Minami! Baje un poco el fuego, por favor.

No la ha regañado, pero un simple comentario basta para provocarle un retortijón de estómago. La señora Miyuko se da cuenta y le pide la pala con toda naturalidad para tomarle el relevo. La trituradora empieza a funcionar desatando una tormenta de harina y mantequilla que sube y baja. Es la masa del hojaldre.

—Hay que añadir agua fría poco a poco para que la mantequilla deshecha no llegue a fundirse.

Al abrir la tapa de la trituradora emerge una nube de harina que les provoca un cosquilleo en la nariz.

La señora Miyuko mete el cangrejo y el pescado en la olla de las verduras. El aroma del azafrán anima el ambiente. A continuación, añade el tomate, cuya acidez da una sensación de frescura. Después unas pocas semillas de comino. Solo con inhalar un poco basta para apreciar también el aroma de la carne asada con los frutos secos.

—*Sensei*, ya hemos terminado con la masa quebrada —anuncia alguien.

La señora Miyuko se da la vuelta.

—Ahora vamos a darle forma. Si no tenéis un molde redondo, podéis usar un vaso.

La resurrección de Reiko es cada vez más evidente. No parece su primera clase, se la ve muy a gusto en este ambiente: lo corta todo rápido, es eficaz y sabe lo que debe hacer sin que se lo digan. La señora Miyuko la alaba con unas palabras que Rika ni siquiera entiende. Está impresionada con ella. Mientras tanto, exprimen unas naranjas de olor agridulce para la salsa del cordero. Es el turno del pan rallado, del cilantro y de la piel de la naranja. Una nueva tormenta se desata en el interior de la trituradora. La pasta que sale de ahí es para untar en el cordero con un poco de mostaza.

—Cilantro y naranja para el cordero... No me imagino el sabor.

—¿Acaso no es aburrido que te lo puedas imaginar? —pregunta Miyuko mientras corta unas tiras de zanahoria casi transparentes que enreda como si compusiera un broche.

—¡Uy, qué monada! Parece una rosa naranja, no una zanahoria.

En un bol que flota sobre otro más grande con agua y hielo, mezclan las fresas con una crema. Del intenso rojo de las fresas y el blanco de la crema nace un rosa suave. Como Rika no sabe qué hacer, Reiko le da un aparato con una manivela.

—Encárgate de pasar el puré.

Ante su gesto de extrañeza, Reiko le muestra cómo usarlo. Lo coloca encima de un bol y mete también el cangrejo y los pescados.

—No puedes fallar en esto, ¡ánimo!

Debe extraer los jugos con el pasapuré. Nota al tacto como huesos, ojos y colas acaban aplastados, pero los brazos se le cansan y se ayuda de todo el peso de su cuerpo. Al menos hace algo, se consuela, y su torpeza ya no le hace sentir tanta vergüenza. Una mujer alta a la que todo el mundo llama Chizu le habla en voz baja mientras enrolla las tiras de zanahoria.

—Creo que yo también vengo aquí por lo mismo que tú. Quiero decir, mi objetivo no es mejorar mis conocimientos de cocina.

Todas llevan prendas de tejidos suaves, pero ella es la única que viste traje de chaqueta y pantalón por debajo del delantal. Rika no es capaz de aguantarle la mirada y vuelve a concentrarse en el trabajo. Desde que ha entrado en la habitación tiene la sensación de haberla visto antes. Le suenan esas pecas que le cubren el cuello, los ojos de párpados simples, unos labios gruesos bien definidos.

—Vienes aquí para disfrutar del ambiente, ¿verdad? —le pregunta con una sonrisa.

Atónita, Rika no sabe qué contestar, y en ese preciso momento se acerca otra mujer atractiva y un poco rellena de unos cuarenta años.

—Te entiendo. A mí también me gusta el ambiente. Me recuerda al de los clubes que había en el colegio.

Esa mujer, se acuerda Rika, se convirtió también en objeto de mofa en distintos foros porque decían de ella que estaba tan gorda como Manako Kajii. Le habla sin dejar de mover la batidora.

—No creo que sea por eso. Yumi iría a cualquier rincón del mundo siempre y cuando haya queso. A Francia, a Suiza...

—Hoy tenemos queso Mimolette, ese que tanto le gusta. Deje un poco para las demás, ¿de acuerdo?

Todas se ríen del comentario de Miyuko. Su esfuerzo con el pasapuré produce un resultado tan escaso que Rika se siente mal. Un aroma a mantequilla se extiende por toda la habitación. Es la masa de hojaldre. De uno de los hornos sale la fragncia del cordero a la naranja. La mezcla de olores agridulces y de carne asada despiertan en ella un apetito voraz.

Pasadas las diez de la noche terminan de cocinar. Rika había imaginado algo más informal, una especie de encuentro de mujeres. Está exhausta, abrumada por tanta dedicación y entrega, por tantos conocimientos y, sobre todo, por la enorme cantidad de trabajo.

Para adornar la mesa eligen una mimosa en flor y para cubrirla Miyuko extiende un mantel azul pálido porque, según ella, acentúa el contraste con los colores de la comida. Parece un pícnic junto a un lago. El hambre se vuelve insoportable. Rika se sienta incapaz de contenerse y alcanza un pedazo de *baguette*. No entiende las explicaciones sobre el vino y tampoco presta mucha atención a la vajilla. En lugar de eso, agarra la cuchara para atacar la sopa de color tomate. Todas suspiran. Estaba decepcionada por el magro resultado de su trabajo, pero ahora que prueba el resultado le asombra el sabor, la variedad de matices. Está todo entremezclado: el dulce, lo amargo, la suavidad del pescado...

Los hojaldres individuales decorados con rosas naranjas hechas de zanahoria sorprenden por su sabor intenso, así como el de las cebollas de temporada. El aroma del comino enfatiza aún más los sabores. La carne del cordero protegida por el crujiente de cilantro, naranja y pan rallado huele a campo. De postre toman un queso anaranjado con un sabor que recuerda a las huevas de mújol y después una mousse de fresa suave como una brisa agridulce, como si frente a ellas se extendiera un campo repleto de flores.

Miyuko les habla sobre la decoración de la mesa, sobre las diferencias en la iluminación de Japón y Occidente. Rika nunca

había pensado que también eso se considerase un elemento más de la cocina y le sorprende mucho. Todas las presentes preguntan a su maestra sin vacilar. Miyuko mira a Rika.

—Señorita Minami, ¿le gustaría cocinar algo concreto? Puede pedir lo que quiera.

El ambiente distendido la anima a no morderse la lengua.

—A lo mejor es demasiado fácil para ustedes, pero a mí me gustaría aprender a preparar un *boeuf bourguignon*.

Un silencio se apodera de la habitación. Una de las mujeres agacha la cabeza, se levanta de la silla y se marcha a otra habitación. Se trata de Hitomi. Es pequeña, pero tiene un hermoso rostro de rasgos proporcionados. Rika la ha visto ya en alguna parte en internet. Por lo visto está casada con un directivo de una conocida marca y es de quien más información aparece: su nombre completo, sus estudios, su carrera... Chizu se levanta enseguida y va tras ella. Miyuko las sigue con la mirada con un gesto apagado.

—Lo siento —le dice a Rika con aire preocupado—. Lo hemos hecho tantas veces que ya nos hemos aburrido. En alguna otra ocasión.

Hitomi vuelve al cabo de un rato y, a pesar de su cara pálida, participa de nuevo en la conversación como si nada. Todas ellas parecen esforzarse en no exagerar sus reacciones, en actuar como si nada. La situación incomoda a Rika. Lo lamenta por ellas, pero piensa que es mejor no decir nada. Cuando Hitomi se ha recuperado del todo, Miyuko se pone en pie.

—Bueno, nos vemos dentro de dos semanas. Estudiaremos un poco sobre licores. No es habitual en Japón beber algo dulce con la comida, pero lo cierto es que abre el apetito y es delicioso.

La clase termina. Rika está embelesada y es incapaz de levantarse hasta que Reiko la empuja. Le parece como si le atravesase el cuerpo un viento cargado de aromas.

Doblan el delantal y salen de allí. Tal vez por haber entrado en calor nota el aire del exterior aún más frío y transparente. En el asiento del metro se apodera de Rika un gran cansancio, una pesadez en los brazos y la cadera. Ambas se miran como si confirmasen lo exhaustas que están. Rika se da cuenta de que es la

primera vez que ha cocinado algo con Reiko. Es una sensación extraña. Se siente plena y agotada al tiempo. Ha estado muy tensa todo el tiempo, pero saborea una sensación de logro como no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

—Manako Kajii los mató. Me apuesto lo que quieras.

Rika trata de evitar el asunto con Reiko últimamente, por eso escuchar ese nombre de sus labios le alivia y le sorprende al tiempo.

—Es que hace falta un montón de energía, ¿no te parece? Si le das un golpe a alguien con una de esas cazuelas tan pesadas seguro que lo matas. Solo el pasapuré ya basta para aplastarte un dedo.

Rika no puede contener la risa. Se acuerda del esfuerzo que le ha costado triturar el pescado.

—Tienes razón. Oyes hablar de una clase de cocina y te imaginas algo más familiar, no sé, pero hace falta mucha fuerza y energía.

—Se las ve buena gente, más de lo que imaginaba. No se dan aires, y tampoco parecen como esas mujeres ricas tan altivas. Lamento que se vieran enredadas en algo tan terrible. Esa mujer que se ha ido a otra habitación supongo que se ha acordado de ella.

A Rika se le encoge el corazón de repente y mira a su alrededor. Hay varias mujeres de la misma edad que las alumnas del Salon, pero por fortuna todas parecen regresar a casa después del trabajo. Están concentradas en sus teléfonos móviles, con la cara inexpresiva.

—Lo siento por ellas. Es cosa del trabajo, pero aun así no puedo evitar un cierto disgusto. Lo que no entiendo es por qué llamaron tanto la atención. Al final le quitaron protagonismo a la propia Kajii.

—¿No será por los prejuicios contra esas mujeres acomodadas que van a clases de cocina porque están aburridas? Mucha gente envidia esa vida privilegiada.

—Si te soy sincera, yo también tenía ese prejuicio. Últimamente he aprendido muchas cosas gracias a la cocina. La

limpieza y la cocina son como el rock ‘n’ roll, ¿no crees? Lo que hace falta es energía, no amor ni cariño... No sé cómo explicarlo. Es una actitud, una lucha para evitar que te devore la vida diaria, para no hacerte invisible... —Los ojos de Reiko brillan con un inesperado fulgor—. Eso es, rock ‘n’ roll, una reacción contra la autoridad.

Un hombre de traje que se sujeta al pasamanos escucha atento su conversación y las mira de vez en cuando.

—Es un mundo injusto, hostil, es lógico que uno levante un muro a su alrededor con las cosas que le satisfacen. En realidad, se puede prescindir del dinero. Hay muchas alternativas. Hacer las cosas una misma, como cocinar, puede resultar una molestia, pero no deja de ser divertido.

Rika se alegra mucho de ver a su amiga tan animada como no la veía desde hacía tiempo. Puede que a Ryōsuke le abrume la energía de Reiko, pero ella lo protege.

El regusto de la carne de cordero no abandona los labios de Rika hasta que llega a la oficina.

—¿Cómo es posible que exista alguien así?

Rika no puede evitar cortarla. Ha empezado a publicar la serie de artículos sobre Manako Kajii, no sin grandes dificultades a la hora de escribirlos. Se pregunta cuántas veces se ha enfrentado a ella en la sala de visitas de la cárcel de Tokio.

A pesar de las idas y venidas en la narración de los hechos, le ha contado, más o menos, hasta la época en que abandonó los estudios. Fue entonces cuando comenzó a vivir de los hombres, de hombres mayores y ricos. Lo hizo, según ella, por consejo de otro al que había conocido por casualidad, pero como le ha hablado de él con tanta ambigüedad Rika no ha podido evitar preguntarle por él con desdén, casi con desprecio.

—Me estaba tomando un té en la cafetería del Hotel Okura cuando un hombre me habló, me dijo que me buscaba desde hacía tiempo. Tenía el pelo blanco y llevaba un traje de lino con un corte perfecto.

—Dime la verdad. Cuando mientes me doy cuenta enseguida.

Tal vez porque Rika frunce el ceño en un gesto malhumorado, a Kajii no le queda más remedio que admitir que se ha equivocado, que fue ella quien le encontró a él por internet y que fue a partir de entonces cuando empezó a presentarle a otros hombres.

—Pero no se trataba de prostitución. Solo me invitaban a cenar a buenos restaurantes; yo les daba conversación, los acompañaba a ver teatro kabuki, a la ópera, a los combates de sumo... Después íbamos a algún buen hotel y se dormían sobre mi regazo. Como mucho les daba un masaje.

Rika la cree a medias. Lo cierto es que vendía su juventud a esos hombres. Ya han hablado sobre el asunto de la prostitución en otras revistas, y a Rika le parece que insistir por ahí no le va a aportar nada nuevo.

—Yo llevaba una vida que la mayor parte de las chicas de mi edad jamás habrían podido permitirse. Pensé que mi verdadera vocación era satisfacer los deseos de los hombres. Todos estaban encantados conmigo, se olvidaban del tiempo, decían, y se divertían mucho. Yo me esforzaba en ser Madame de Pompadour. Leía los periódicos de economía para tener temas de conversación, estudiaba sobre arte clásico japonés... Nunca descuidaba el cuidado de mi piel y de mi pelo.

—¿En tu familia nadie se dio cuenta de que habías dejado la universidad, de que vivías a costa de los hombres?

—Sí, mi padre. En una ocasión vino a Tokio y me lo reprochó. Le conté que había abandonado los estudios pero que asistía a unas clases de cocina para formarme como profesora, y que también aprendía muchas cosas sobre la vida. Eso le convenció. Le dije que si quedaba con hombres mayores era solo para aprender cosas sobre la sociedad en la que vivíamos, pero que no les permitía ni agarrarme la mano. Él siempre repetía que las mujeres no pueden vender barato su cariño y que deben llevar existencias enigmáticas que los hombres no sean capaces de alcanzar. Nunca dejó de mandarme dinero. Venía a menudo a Tokio y me acompañaba a muchos restaurantes. Cuando Anna se mudó aquí, empezamos a vivir juntas. Aún era una niña y no llegaba a entender mi trabajo.

Estar los tres juntos sin mi madre era muy divertido, y la vida en Tokio me parecía perfecta.

Cuando habla de sus historias de los veinte años se la nota revivir. Rika no puede obviar ciertas similitudes con el inicio de su propia vida adulta, pero por aquel entonces estaba entregada a su trabajo, ansiosa por aprender, sin tiempo para su vida privada.

—Todo lo que cuentas encaja contigo, es cierto. En ese caso, ¿por qué querías casarte si no te hacía ninguna falta?

Kajii inclina ligeramente la cabeza hacia un lado con una sonrisa en los labios.

—Quería ser madre. Tener una hija.

—Madame de Pompadour no llegó a ser madre, ¿verdad? Si no recuerdo mal, tenía mala salud y sufrió varios abortos. —Rika es incapaz de ordenar sus pensamientos y vuelve a formular la pregunta de otra manera—. ¿Querías tener una hija a pesar de que no te caen bien las mujeres? ¿No es una contradicción?

—Yo quiero a Anna. La familia es otra cosa, y yo siempre he tenido un fuerte instinto maternal.

—¿También eran otra cosa tus compañeras del Salon de Miyuko?

Kajii la mira con cara de sorpresa, como si de pronto estuvieran allí presentes y hubiera de enfrentarse a ellas.

Rika baja la vista al cuaderno de apuntes que tiene sobre las rodillas y piensa que con ella sucede al contrario de lo que pasa con los aromas antagónicos que terminan realzando el sabor de un determinado plato. En el caso de Manako Kajii, cuanto más extremos y antagónicos son sus argumentos, más potencian su tristeza.

La salsa de *beurre blanc* de erizo con un toque de vinagre enfatiza aún más su suavidad. El erizo caliente se deshace en la lengua, se transforma en una especie de crema con un intenso olor a mar, se funde con la salsa en la que se nota claramente el sabor de la yema del huevo. Esa noche aprende que *beurre* significa «mantequilla» en francés.

Es su segunda clase y ya no le importa equivocarse o ser la más lenta. Gracias a Miyuko y a la ayuda de las demás, ya es capaz de preparar un menú completo y de disfrutar de verdad de la clase.

—¿Podemos hablar un rato? Si tienes tiempo, nos tomamos un té —le dice Chizu cuando terminan de cenar y recoge los platos —. ¿Te parece bien? ¿Tienes tiempo?

Rika y Chizu salen juntas del piso. Su acompañante se pone una trenca de buena calidad parecida a la suya a la que se le notan los años. Se miran y se ríen. Entran en la cafetería de una librería en Roppongi Hills. Se sientan a una mesa cerca de la entrada.

Le llama la atención la cantidad de clientes occidentales que se sientan en la terraza a pesar del frío. En clase acaban de tomar un café acompañado de una *crêpe Suzette*, así que piden algo ligero: té rojo y té chai.

—El otro día te asustaste, ¿verdad? Cuando Hitomi tuvo esa reacción... —Chizu aborda el asunto sin rodeos.

Rika esperaba encontrar la oportunidad de hablar con ella y por eso se ha acercado durante la clase y ha fingido preocupación por Hitomi.

—Te lo contaré, porque no creo que haya que esconderlo. ¿Conoces el caso de Manako Kajii? Algo habrás oído, imagino. Vienes de parte de la señorita Shigemori, que es periodista, así que algo te habrá contado.

Rika abre mucho los ojos en un gesto de sorpresa, una reacción que ya tenía ensayada. Mira a su alrededor y asiente con un movimiento de la cabeza, como si las piezas del puzle empezaran a encajar.

—Si buscas en internet vas a encontrar fotos de todas nosotras. Dicen que somos un grupo de ricachonas que le hicimos el vacío, que la acomplejamos y que, de alguna manera, la empujamos a cometer sus crímenes. En fin, amas de casa aburridas que solo ven a sus maridos como si fueran cajeros automáticos. Nada de eso es cierto, pero a Hitomi le ha afectado mucho. Siempre ha sido muy sensible, e incluso llegó a enfermar. Está traumatizada por el hecho de haber cocinado al lado de esa mujer. Por eso el tema de Kajii se ha convertido en tabú. ¿Se lo puedes

decir a tu amiga? ¡Ay, lo siento! Creo que estoy hablando demasiado.

—No pasa nada. No debe de ser fácil hablar de eso, pero te escucho. Por mi parte no hay problema... No quiero ser inoportuna, pero me parece un asunto interesante.

—Te entiendo. Si yo no me hubiera visto implicada, lo habría seguido con mucho interés. Estoy acostumbrada a las críticas en el trabajo, así que tengo la piel dura... Me dan ganas de contarte muchas cosas. No sé, tengo la sensación de que ya nos conocíamos.

Rika sonríe con un gesto ambiguo. También ella está cada vez más segura de haberla visto antes. A lo mejor con motivo de alguna entrevista...

—A Manako Kajii le encantaba el *boeuf bourguignon*, le entusiasmaba. Lo dijo en el juicio, ¿lo sabías? Después de su detención vinieron muchos periodistas y, cuando quise darme cuenta, me había convertido en la portavoz del grupo. Era todo muy absurdo. En una revista femenina, por ejemplo, querían publicar un artículo con la receta del *boeuf bourguignon* para mujeres que buscaban marido. Creían que el Salon era una simple clase de cocina pensada para mujeres que querían aprender para sus maridos o, precisamente, para encontrar uno. La verdad es que tantos prejuicios acabaron hartándome. Cuando retomamos nuestros encuentros lo hicimos en parte como una especie de terapia. Después habéis llegado vosotras y todo ha vuelto a la normalidad. Imagino que dentro de poco podremos regresar al restaurante para seguir con las clases. La casa de Miyuko está bien, pero una cocina profesional es algo completamente distinto.

—No sé si preguntártelo... ¿Cómo era esa mujer?

—Jamás la olvidaré. Era rarísima. Solo estuvo seis meses, unas quince clases en total, más o menos. Desde el principio fue muy problemática. Vino por recomendación del dueño de no sé qué empresa, un buen cliente del restaurante. Igual era su amante, quién sabe. No sé si fue en la primera clase, el caso es que cuando terminamos de cocinar con el primer bocado que se llevó a la boca se echó a llorar. Nos quedamos boquiabiertas. No dejaba de repetir que no podía parar porque era un sabor «amoroso», pero era

evidente que fingía, que todo era falso. —Chizu mira el té rojo que tiene enfrente y luego a la librería al fondo de la sala—. No dejaba de preguntarnos de dónde éramos, dónde habíamos estudiado, dónde nos habíamos comprado la ropa, el bolso... También si estábamos casadas o solteras, a qué se dedicaban nuestros maridos o novios, si queríamos casarnos o no. ¿No te parece increíble?

Rika comprende que Manako Kajii se sitúa en un plano de superioridad cuando se trata de relaciones individuales, pero si se trata de un grupo su posición se debilita y se ve obligada a claudicar. Al darse cuenta de ello, Rika siente algo insólito. ¿Ternura? ¿Lástima? ¿Compasión? No. Ella misma se siente superior en este momento.

—No sé cómo decirlo, pero al tiempo que me agotaba no dejaba de sorprenderme. Yo me había apuntado a la clase para resucitar. Estaba cansada de esas cosas del mundo exterior.

—¿Esas cosas? ¿A qué te refieres?

—Cómo te lo explicaría... De las reglas impuestas por los hombres, de esa especie de ranking que nos imponen. Ella se comportaba más como un hombre que como una mujer. Mejor dicho, tal vez era una mujer posicionada en el bando de los fuertes; miraba a los demás desde arriba. Pero era inevitable. A cualquier mujer que se deje comprar por viejos podridos de dinero le pasaría lo mismo. De hecho, yo misma estaba a punto de convertirme en una de ellas.

Cuando se da cuenta de cómo la mira Rika, empieza a sacudir la mano.

—¡No, no! No me refiero a amantes. Lo que quiero decir es que en mi trabajo solo hay hombres así. No hay ninguna mujer de mi edad, y resulta imposible conciliar la vida familiar. Cuando llegué sí había algunas, pero terminaron dejándolo. Cuando quise darme cuenta, me había quedado sola. Me sentía como dormida, a punto de caer atrapada en ese ambiente de hombres. Quiero decir, veía un grupo de chicas jóvenes divirtiéndose y me amargaba, pensaba que solo eran unas ignorantes. Siempre me he llevado bien con mi hermana pequeña. Ella es ama de casa, pero a partir de cierto momento empecé a reprocharle esa vida despreocupada. Fue

entonces cuando fui al restaurante de Miyuko por una cena de trabajo. Hasta entonces no me había interesado demasiado la comida, pero me pareció divertida la posibilidad de cocinar cosas ricas por mí misma. No solo por el sabor, sino por la presentación, el aspecto, el ambiente general. Hablé con Miyuko y ella me habló de sus clases. Le pedí que me admitiera sin pensarlo dos veces y después caí en la cuenta de que ni siquiera era capaz de pelar una patata.

—Mi caso es similar. Fui a casa de la señorita Shigemori y sirvió algo que había aprendido a hacer en el curso. Fue emocionante. Le dije que quería ir.

Rika se sorprende de sus propias palabras, porque al contarlo así le parece que todo es verdad. De hecho, alcanza a ver con toda claridad a esa señorita Shigemori a punto de cumplir los cuarenta años y especializada en escribir sobre gastronomía. No solo se acuerda de su voz, de su aspecto, sino también de su casa que solo ha podido ver en fotos, del ordenador portátil que no apaga nunca. Sabe que le encanta cocinar pero que no dispone de tiempo, y que cuando encuentra aceites exóticos o especias raras no puede evitar comprárselos y guardarlo todo en la cocina. Se entusiasma con las compras, pero es muy frecuente que todo se le caduque. Para evitarlo, a veces se prepara una pasta demasiado especiada con un vino de categoría, pero eso no termina de satisfacerla. «¿En qué estaría pensando esa mujer sin tiempo para nada?», se pregunta Rika. ¿Y en qué pensaría ella para apuntarse al curso y participar de esa ficción?

—¿De verdad? Me imaginaba algo así. Tengo la sensación de que nos parecemos en muchas cosas. No se nos da bien la cocina, pero sí nos gustan las cosas ricas. Disfrutamos deleitándonos con las cosas sin necesidad de comprarlas, e incluso nos parecemos por tener un trabajo que no deja margen al fracaso.

A Rika se le escapa una risa sincera y siente como la tensión se alivia. El sabor amargo de la culpabilidad se vuelve incluso un poco más dulce.

—No es cierto que no nos entendiéramos porque ella fuera distinta.

—Entiendo.

—Yo me harté porque enseguida sacaba su vara de medir masculina y nos juzgaba a todas sin piedad. Antes de su aparición nos divertía estar juntas, ni siquiera nos preocupaba a qué nos dedicábamos. Ahora pasa algo parecido. El curso para mí es una red de seguridad. El trabajo me agota y no tengo oportunidad de pasar mucho tiempo con mi familia. Solo me permito salir pronto el día que hay clase, y ya no me molesta cocinar.

Las voces contentas al abrir el horno, las sonrisas tras la cortina de vapor cuando Miyuko levanta satisfecha la tapa de la olla, el suave ondular del pelo castaño de Hitomi cuando ayuda a Rika con los erizos... Rika asiente.

—A todas nos hace falta un lugar así, un refugio. Una vida sin una red de seguridad resulta demasiado dura, sofocante.

—En serio, al principio solo sabíamos nuestros nombres de pila. Nada más. No había nada raro de eso de lo que tanto hablan en internet.

Rika asiente de nuevo.

—Lo único que sabemos las unas de las otras es lo que nos gusta y lo que nos disgusta, si a una se la da bien montar la nata o no, si no sé quién ha ido a Francia para aprender sobre quesos, si a la de más allá le gustan las tiendas gourmet de los grandes almacenes o si se fija en determinada película para poner la mesa. Cosas así. Esos son los detalles realmente importantes para nosotras.

Rika comprende que todo eso son cosas que ella había ignorado hasta ahora.

—Te entiendo. Kajii no era así, ¿verdad?

—El restaurante Balzac y las clases de Miyuko son solo una enseñanza básica que después te permite innovar, dedicarte a lo que te gusta de veras. A partir de ahí nacen cosas originales. Es una forma de ejercer la libertad, pero Kajii se aferraba solo a lo clásico, a las normas. Si rompíamos las reglas o añadíamos algo nuevo, se ponía como loca.

—Según tengo entendido le gustaban mucho las marcas. ¿Tendrá algo que ver con eso?

—Sí. No le gustaban las cosas desconocidas ni las combinaciones más o menos innovadoras. Siempre se preguntaba si a los hombres les gustaría esto o aquello, siempre preocupada, siempre con esa cara tan seria.

Rika trata de mantener la calma. Nota una fuerte tensión en las piernas, y no solo por verse obligada a permanecer de pie durante toda la clase. Siempre ha pensado que el ansia por la comida de Kajii era algo innato en ella y que antes de empezar a asistir al Salon solo cocinaba todos esos platos elaborados para los demás. El arroz con mantequilla y salsa de soja o la pasta, sin embargo, son platos sencillos que no requieren mucho trabajo, y el resto de cosas de las que le ha hablado, el *teppanyaki*, el *ramen* o la tarta de crema de mantequilla, son solo especialidades de restaurantes o de pastelerías.

—Le dije que si aprendía a cocinar no era para contentar a mi novio o a mi marido. Miyuko también le explicó que ese no era el objetivo de la clase, y que si eso era lo que quería, tenía otras opciones.

—¿Y ella qué dijo?

—Se quedó muy sorprendida. Admitió que nunca había pensado que se pudiera cocinar para una misma. Le preguntamos si acaso nunca lo había hecho. Dijo que no, y nos contó que cuando estaba con su hermana pequeña y su novio sí dedicaba tiempo a cocinar, pero si estaba sola siempre se hacía cosas sencillas, arroz con mantequilla y salsa de soja, por ejemplo, huevos fritos o pasta con huevas. Yo soy perezosa y me pareció estupendo. Todas se rieron y se le borró de la cara esa expresión triste. Fue la primera vez que sonrió.

Rika se pregunta si no sería Chizu la única candidata a quien Kajii consideraba con opciones de ser su amiga.

—Me extrañó mucho, porque siempre actuaba como si estuviera en una representación teatral, y eso me irritaba. En ese momento, sin embargo, parecía honesta, casi como una niña. Era una mujer rarísima, pero todos tenemos cosas en común. A lo mejor estaba cansada, se sentía sola. Tenía un don para la cocina, sin duda, y lo preparaba todo con sumo cuidado. Me gustaba su

pulcritud al vestir, su forma de tratar los alimentos. Lo hacía con verdadero amor. Tenía ansia por aprender, se le daba bien y se lo tomaba muy en serio. Era la única que repetía en casa lo que aprendíamos en clase. No nos caía bien, pero esa virtud sí la tenía. Nunca encajó del todo en la clase, pero nadie le dijo que dejara de venir.

A Rika le extraña que Chizu hable de Kajii como si tan solo fuera una antigua compañera de estudios más, sin rastro de malicia en sus palabras.

—Se divertía mucho en la clase. No caía bien, aunque a veces llegó a parecerme que tenía un punto encantador, pero no se lo digas a nadie. No sé. Imagino que se aburría fuera de allí. Después de todo vivía rodeada de viejos. No trabajaba, y un día detrás de otro en esas condiciones debe de resultar agotador. Cuidar de hombres mucho mayores que tú durante las veinticuatro horas al día debe de ser terrible, ¿no te parece?

—Cuidar a ancianos...

—Por cierto, en otoño ocurrió algo. Miyuko propuso para la siguiente clase preparar algo especial, algo que le gustara a todo el mundo. Le daba igual si era cocina china, italiana, japonesa o vietnamita, lo que fuera. Todas hicimos nuestras propuestas y Kajii se opuso frontalmente a una porque decía que eso no era propio del Salon, que no tenía nada que ver con la cocina francesa. A todas las demás nos pareció bien y quizás fuimos un poco niñas con ella, sin tener en cuenta su opinión. Al final votamos y por mayoría salió esa opción. Kajii se puso a gritar, a decir cosas incomprensibles, nos quedamos todas paralizadas.

Rika nota un escalofrío y mira fijamente a su interlocutora, que observa a su alrededor y baja la voz.

—No creo que Miyuko haya contado nada de esto a la policía, porque siempre ha tratado de evitar más problemas. Kajii entró en la cocina y volcó la olla que había en el fuego. El suelo quedó hecho un desastre y la cocina se llenó de vapor. Luego tiró un cuenco de cristal y lo rompió en mil pedazos. Nos pusimos a gritar y Miyuko quiso llamar a la policía, pero en cuanto la vio acercarse al teléfono se escapó por la puerta de atrás. Fuimos incapaces de

detenerla. Lo recogimos todo. Estábamos muertas de miedo, no conseguíamos explicarnos qué había pasado. No volvió a la clase. Poco después vimos las noticias sobre el incidente. —Chizu gira la mano para comprobar si tiene las uñas limpias, porque hoy se ha encargado de pelar unos pimientos rojos asados con la piel completamente chamuscada—. Creo que he hablado demasiado. No quiero asustarte con esta historia, pero fue tremendo. Quizás lo hago por esa idea que tengo de que nos parecemos.

—Sí, puede ser. Creo que te entiendo.

—Tengo la tendencia a pensar en una sola cosa y al final no hago más que trabajar y trabajar. Desde que he comenzado a ir al Salon he empezado a comprender, al menos, el valor de mezclar las cosas, y a tomarme un tiempo cuando no salen. —Chizu se ríe un poco avergonzada.

«Sin duda nos parecemos», piensa Rika.

Alimentos clásicos y novedosos, picantes y dulces, productos caros y de temporada, suavidad y dureza, vigor y delicadeza... Por mucho que se opongan hay que usarlos, dejarse llevar por la intuición. Tal vez ese sea el verdadero secreto de la cocina, una manera de enriquecer la vida, lo que algunos llaman sentido, sensibilidad, inteligencia. A Kajii se le daba bien la cocina, era fiel a cada paso, pero al tiempo incapaz de la más mínima mezcla o desviación. Es una mujer extrema capacitada únicamente para el blanco y el negro, y puede que a ella misma la desespere esa forma de ser.

La detuvieron dos meses después de dejar el Salon, lo cual significa que sus víctimas ya habían muerto mientras ella aún asistía a las clases. «Empezó a cocinar para ella misma», es decir, dirigió hacia sí misma la energía que antes dedicaba a esos hombres. Por tanto, los desatendió, ellos se abandonaron y a partir de ahí tomaron el rumbo de la muerte.

—Por cierto, ¿qué pasó con ese plato que desató semejante desastre?

—¿No te lo he contado? Era pavo. Más o menos coincidía con el Día de Acción de Gracias en Estados Unidos. En Francia también comen pavo, por supuesto, pero la idea del pavo está asociada a

Estados Unidos o incluso a Inglaterra. En esta zona hay muchas embajadas y muchos supermercados con productos extranjeros. Nuestra compañera debió de ver algún pavo congelado por ahí y por eso se le ocurrió la idea. Normalmente los pavos solo se comen ese día o en Navidad.

Chizu se queda absorta contemplando la calle al otro lado de la ventana. Pasan muchos coches de importación de marcas de lujo con las luces encendidas. La noche tiene una atmósfera blanquecina, tal vez porque están a punto de florecer los cerezos.

Rika imagina el pavo asado metido en el horno sin dejar de crepitar con la piel dorada cubierta de mantequilla y bien tostado por los cuatro costados. No lo ha comido nunca, pero encaja a la perfección con una imagen idealizada que tiene en mente. Cree estar en el camino de alcanzarla, de construir algo para sí misma a pesar de que aún no sabe de qué se trata, de no haber superado un estado de indefinición, de ambigüedad. De todos modos, se siente a punto de descubrirlo, de entender cómo hacerlo realidad, pero todavía falta un poco. Solo un poco.

De regreso a casa ve la Torre de Tokio en la distancia y por alguna razón le parece como si hubiesen untado aceite en la estructura que refleja las luces de la ciudad que iluminan la noche de primavera.

XIV

Aún no es la época de guardar la trenca. Las noches siguen siendo frías. Durante el día, por el contrario, hace bueno e incluso sobra un jersey ligero.

Rika mide un metro sesenta y seis centímetros y pesa cincuenta y nueve kilos. Ha subido diez desde que empezó con el asunto de Manako Kajii y al fin se decide por la ropa que le gusta sin preocuparse ya por parecer esbelta. Se ha puesto ese jersey color verde manzana que aún no había estrenado desde que lo compró en rebajas porque siempre le ha parecido demasiado femenino. Lo ha adornado con un broche de su madre. Duerme poco, como de costumbre, pero tiene el pelo sano y la piel brillante porque su alimentación ha mejorado notablemente.

La señora Yamamura habla sin dejar de mirar por la ventana.

—Es un sitio ideal para contemplar los cerezos en flor. Cerca hay una zona comercial con muchos restaurantes que preparan comida para llevar muy rica. Es fácil quedar con amigos para ir a comer debajo de los árboles.

De los cerezos en plena explosión caen los pétalos, que acaban en charcos y bajo los desagües de las máquinas de aire acondicionado. Este año la floración se ha retrasado y la fiesta que organizaron en el trabajo para finales de marzo no resultó tan animada como esperaba.

Miran en dirección al parque durante un rato sin hablar. Hay muchas familias haciendo pícnic y disfrutando del espectáculo.

Es un piso de tres habitaciones de segunda mano construido hace treinta años con salón y cocina americana. El suelo es de parqué y a Rika le recuerda a la sala de música de la escuela primaria donde estudió. Está a quince minutos a pie de la estación de la línea Tōzai, un poco retirado, pero el precio es razonable y

podría afrontar el pago de la hipoteca aunque dejara el trabajo sin esperar a la jubilación. Desde algún sitio llega un olor a salsa quemada. La idea de comprarse una casa, una lejana posibilidad hasta ahora, ha empezado a concretarse hace poco gracias a Hatoko Yamamura, la mujer que tiene enfrente. Ha dedicado un buen rato a examinar la casa calzada con unas zapatillas que ha traído ella. La cocina da al salón de diez tatamis y las habitaciones son un poco estrechas.

La inmobiliaria está en el cuarto piso de un edificio en Nishi-Shinjuku. Tienen un bidón de agua que borbotea sin parar. Ha sido Kitamura quien le ha proporcionado toda la información. Rika le ha preguntado al joven que la ha atendido por la señora Yamamura porque le han hablado muy bien de ella y le ha explicado que busca un piso para ella sola lo más grande posible. En ese momento ha aparecido la mujer desde el fondo de la oficina. Le ha ofrecido un té un tanto insípido que ha preparado con el agua caliente del bidón. A partir de ese día han vuelto a verse en tres ocasiones en cuanto Rika ha encontrado un hueco en el trabajo.

Le ha dado su nombre real y le ha dicho que trabaja en una de las revistas de un grupo editorial. Ella no ha sospechado nada, tal vez porque Rika tiene verdadero interés en encontrar una casa y no está actuando.

—Imagino que su trabajo le robará mucho tiempo, pero la cocina está muy bien equipada.

Rika vuelve en sí. Abre y cierra la puerta del horno. La señora Yamamura la mira sin moverse. El sol entra por la ventana e ilumina el vello de su labio superior.

—Estoy asistiendo a clases de cocina. Me encantaría tener un horno de gas como este y una cocina de tres fuegos.

La señora Yamamura no dice más de lo que debe, se esfuerza por escucharla e intenta satisfacer sus necesidades por mucho que a primera vista no parezca una mujer muy simpática. Con todo, Rika se relaja.

—Ah, clases de cocina. Esos sitios... —La señora Yamamura está a punto de decir algo más, pero se calla—. Imagino que a esas clases van mujeres que no pasan por grandes apuros —dice con

cautela al cabo de un tiempo.

Rika se pregunta si estará pensando en Manako Kajii y habla en un tono conciliador.

—No es mi caso. Tampoco soy especialmente casera o familiar. Solo me gusta comer. Me gusta más cocinar para mí que para los demás.

La señora Yamamura le contesta un poco precipitadamente, como si se excusara:

—Yo no cocino. No se me da bien. No lo hago casi nunca desde que falleció mi madre. Tampoco a ella la volvía loca, por eso cuando me encuentro con alguien que sabe usar un horno me da complejo de inferioridad.

Su gesto no varía a pesar de mencionar cuestiones privadas. Su pelo negro y suave contrasta con su piel áspera. Tiene los ojos juntos, la nariz un poco aguileña, el labio superior levantado. Las cejas pobladas y sin cuidar parecen dar sombra a sus párpados.

No se parece demasiado a su hermano, con esa sempiterna cara de niño resentido con los labios un poco apretados que siempre sacaba en las fotos. Tiene entendido que su madre lo mimaba mucho de pequeño y no imagina qué clase de relación tenía ella con él. A Rika le resulta una mujer digna de confianza, la clásica mujer que se ha visto en la obligación de responsabilizarse de todo desde pequeña sin ningún margen para caprichos.

—En realidad no me hace falta que sea tan grande, pero me gustaría tener tres habitaciones. Cuando muera mi abuelo, a lo mejor mi madre quiere venirse conmigo. Sea como sea, me gustaría tener la puerta siempre abierta para mis amigos, darles un refugio.

—¿Un refugio?

—Sí, porque a nadie le gusta estar solo. Lo siento, igual pido demasiado, pero si busco mi propia casa es justo por eso.

Cuando piensa en Shinoi, Rika se sorprende de considerarlo su amigo. Su relación funciona bien así, aunque últimamente le pasa más información a Kitamura que a ella.

—En algún momento podría ser yo quien les pidiera ayuda a ellos, por eso quiero comprar una casa ahora que puedo. Mi padre murió cuando estaba en la escuela secundaria, ¿sabe? Se había

divorciado de mi madre y me lo encontré muerto en su casa.

—¡Vaya! Murió solo... —dice la señora Yamamura antes de sumirse en el silencio.

Ella se vio obligada a renunciar a su carrera por culpa del incidente de Manako Kajii. Rika se pregunta si ella misma sería capaz de conservar su trabajo en el caso de verse envuelta en algo así. El asunto de Manako Kajii le ha despejado el camino al ascenso, pero no sabe si tiene la energía y las ganas de mantener ese ritmo durante el resto de su vida laboral, ni si será capaz de afrontar una hipoteca a treinta años. Debería pensar seriamente en su futuro cuando termine con todo esto.

—Yo hice como usted a su edad —dice la señora Yamamura.

En su nariz aguileña se aprecia un recelo, pero cuanto más detenidamente la mira Rika, más matices le encuentra. Si le habla de la casa, sus ojos brillan de satisfacción, y si surge algún inconveniente, se muestra valiente y asegura que buscará una solución. Al otro lado de la ventana, en el parque, juegan un niño y una niña.

—Yo vivo sola y así voy a seguir. Me alegro de haber comprado mi casa cuando tenía cuarenta años, porque gracias a eso ahora puedo dedicarme a lo que me gusta sin más. —Lo dice en un tono brusco, pero es la primera vez que habla de ella misma.

Rika siente que lo mejor sería no revelarle sus verdaderas intenciones. Debería alejarse, desaparecer.

—Entiendo lo que quiere —dice la señora Yamamura con un brillo renovado en los ojos, como si se le acabase de ocurrir una idea—. No quiere un espacio cerrado, sino uno del que se pueda entrar y salir con total libertad, una casa que cada cual adapte a su gusto. Más que un lugar donde reunir amigos parece estar buscando un cruce de caminos.

El viento se cuela por la ventana. Los pétalos de las flores de los cerezos se quedan atrapados en la mosquitera, tiemblan unos instantes y vuelven a caer.

—Nunca lo había pensado así —dice Rika.

La señora Yamamura empieza a cerrar las contraventanas.

—Una casa es un espacio protegido por un techo donde

refugiarse de las inclemencias del tiempo. Las personas que viven dentro pueden decidir libremente qué uso darle. Está claro que cuando las reglas te atan es imposible encontrar satisfacción. Pensaré en su caso un poco más. Aunque dos casas tengan el mismo tamaño, lo cierto es que la distribución y la orientación pueden hacerlas completamente distintas.

Tanto las clases de cocina como la búsqueda de una casa se han convertido en las dos principales actividades en la vida de Rika, en la harina y la mantequilla que terminan formando la masa del hojaldre.

—Hacía mucho tiempo que no se agotaba la tirada. —Es su jefe quien se lo dice en cuanto Rika entra en la redacción. Tiene la punta de la nariz y las orejas rojas de la emoción.

El último número de la revista con la entrevista de Manako Kajii en primera página ha tenido una gran repercusión. Nunca habían recibido tantas cartas y mensajes. Las expectativas eran altas antes de salir a la calle, y por eso hasta las chicas jóvenes se han lanzado a por ella cuando en condiciones normales jamás lo harían.

La primera de las seis entregas de la serie se centra en su vida en Niigata. En un principio Kajii no admitía la conexión entre el hombre que seguía a su hermana y ella, pero cuando Rika le dijo que se había suicidado su actitud cambió radicalmente. «Nos parecíamos mucho. Solo nos teníamos el uno al otro. Podría decir que tuvimos una relación sexual, pero también podría decir lo contrario.» A pesar de los habituales rodeos terminó admitiéndolo. Si en un primer momento dijo que se trataba de un hombre de Tokio que viajaba a Niigata por trabajo fue «porque todo lo que contaba era muy confuso y siempre mezclaba los sueños con la realidad. Yo era una niña inocente, y a mis ojos solo era un hombre adulto muy refinado». Se lo confesó a Rika sin apartar sus ojos de uva de ella.

Rika lee algunos de los mensajes de los lectores que han imprimido sus compañeros.

—¿A qué viene ese interés por Manako Kajii? —Kitamura se ha sentado a su lado y no deja de sacudir la cabeza ni de frotarse los ojos.

Tiene legañas y el pelo revuelto, algo poco habitual en él, siempre tan atento a su aspecto. Gracias a la información que le proporciona Shinoi también él ha conseguido una primicia. Su reportaje sobre la contaminación ilegal de una residencia de ancianos lo han publicado después de la entrevista a Kajii.

—Todos tenemos necesidad de sensaciones fuertes, imagino.

Kitamura no parece convencido con la respuesta de Rika. Ella lo ignora y vuelve a los mensajes. Hasta ahora su trabajo no había tenido tanta repercusión. Lo acepta con naturalidad y no desdeña los comentarios críticos que imagina van a llegar.

«No se trata solo de Kajii», piensa, pero no quiere ser engreída. Cree que se debe también a su empeño, a la cantidad de tiempo que le ha dedicado al tema. Le gustaría seguir trabajando así a partir de ahora. ¿Podrá hacerlo? ¿Se lo permitirán?

Un compañero la avisa de que quiere verla el jefe de redacción. Entra en su despacho y aborda la cuestión sin un simple «gracias por el trabajo bien hecho».

—¿No podrías aumentar el número de entregas?

—No me gustaría estirar el chicle más de lo necesario. Seis entregas, como estaba previsto.

Su jefe levanta sorprendido sus cejas poco pobladas. Es la primera vez que se opone a una sugerencia suya.

—Es increíble. ¿Vuelves a hacer en casa todo lo que aprendes aquí? —le pregunta Chizu a Rika, que no deja de mezclar la salsa holandesa con la cara roja del esfuerzo.

No consigue darle el punto de «espesor» que quiere Miyuko, esa «delicada espuma» de la que habla. Desde hace rato solo da vueltas y más vueltas a un líquido aguado de color amarillento.

—No me sale. He probado con varias cosas —le dice Rika mientras Chizu limpia los espárragos blancos.

En el horno han metido un pollo que ya huele a tostado.

Rika pretende hacer lo mismo que hacía Manako Kajii. En las dos semanas de intervalo entre clase y clase ha preparado los cuatro platos que aprendió en la segunda, es decir, uno cada tres días. En la cocina de Shinoi después del trabajo, intenta seguir paso a paso la receta de Miyuko sin quitar ni poner nada. Siempre son para seis personas y nunca sobra nada en esa casa donde todas las noches se presenta alguien. El cordero asado con naranja de la primera vez, sin embargo, no le salió bien, se quedó corta con la bullabesa y la *crêpe Suzette* resultó un desastre. Pero el fracaso no la desanimó. Se lo tomó como un desafío y continuó con el empeño. La salsa de *beurre blanc* de erizo que preparó anoche fue todo un éxito. Despertó verdadero entusiasmo. Ya en clase le gustó mucho, y eso fue de gran ayuda. Se animó tanto que incluso salió a comprarse un delantal nuevo.

El resto de las compañeras también se sorprenden al enterarse: «Te admiro», le dicen. «Yo aprendo muchas cosas, pero lo cierto es que luego no hago nada en casa.» «Yo intento aplicar los conocimientos y las técnicas. Alguna vez he preparado uno de los platos de clase, ¡pero todo...!» «¿Para qué me voy a tomar la molestia de cocinar comida francesa para mis hijos y para mi marido?»

El comentario de Aki hace reír a todas: «Yo lo haré cuando llegue el momento».

Chizu habla con una voz chillona y al fin deja lo que tiene entre manos. Se apoya en la mesa, cansada, sin fuerzas. Todas se ríen. La señora Miyuko también, y echa los espárragos en el agua en cuanto empieza a hervir.

—Fijaos en la señorita Minami —dice—. Si hacéis en casa lo que aprendéis aquí, mejoraréis mucho. Por cierto, lo más importante de los espárragos es el aroma. Debéis tener cuidado de no cocerlos demasiado.

Rika susurra al oído de Chizu, que aún no ha conseguido recuperarse:

—¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día? ¿Del pavo? No he encontrado nada en los libros de cocina francesa.

Chizu sacude la cabeza para apartarse el pelo que se le ha

pegado al cuello por el sudor.

—Miyuko debe de saber cómo prepararlo —dice desganada.

Rika mira a Miyuko, que ayuda a una compañera a hacer merengue. Cuando termina la clase espera a que todas recojan sus cosas y se acerca a ella. En cuanto Rika pronuncia la palabra *pavo* en voz baja, Miyuko levanta sus frágiles hombros y su mirada se pierde en el vacío. «Aún debe de acordarse de aquel día», piensa Rika.

—Una amiga mía de la universidad vivió mucho tiempo en Estados Unidos con su marido y siempre se ha tomado muy en serio todo lo relacionado con la cocina —le dice Miyuko—. Adaptaba al gusto de la familia los platos de allí o preparaba comida japonesa con productos locales en una época en la que no era fácil conseguir tantas cosas como ahora. Fue ella quien me enseñó a preparar el típico pavo del Día de Acción de Gracias, pero solo lo he hecho una vez. Tenía la receta apuntada en un cuaderno. Un día lo hicimos en clase. Creo recordar que entonces...

Tal vez nunca olvidará la reacción de Kajii aquel día. Su gesto se ensombrece. Rika habla para no despertar sus sospechas.

—¿Podría apuntarme la receta si no es molestia?

—De acuerdo. Te dejaré el cuaderno para que la copies. Es una receta muy larga. Devuélvemelo cuando quieras.

Miyuko se acerca a la librería. Le entrega un cuaderno lleno de manchas de color marrón y de aceite. Hay un montón de recetas recortadas y pegadas de comida china y japonesa, también otras anotadas con una letra precipitada, y muchos trucos. Rika siente como si le clavase las uñas cuando le ofrece el secreto de todos sus conocimientos con esa naturalidad. Pedir recetas a alguien a quien le gusta cocinar es casi como tocar su punto más sensible. Rika lo sabe y es consciente de que está jugando con fuego. No deja de pensar que en algún momento deberá pagar un alto precio por lo que está haciendo. Se mete el cuaderno en el bolso.

Si tiene la intención de prepararlo es más que nada por el trabajo, pero renuncia enseguida. Según lee en el cuaderno de Miyuko, solo

descongelar un pavo de alrededor de cinco kilos lleva tres días enteros. Un día antes de asarlo hay que preparar todo el relleno, hornearlo el día después durante tres horas y, al siguiente, hacer un caldo con los huesos y un gratinado con las sobras. Un trabajo de cinco días en total incompatible con el suyo.

Al parecer los pavos se venden limpios junto con el hígado, el corazón y el cuello. Se ve a sí misma víctima de un asesinato, con el cuello, los intestinos y el corazón arrancados de cuajo. Se le quita el hambre, pero los condimentos para el relleno (arroz, castañas y piñones) se la despiertan de nuevo. La salsa *gravy* se prepara con el cuello, por lo visto. Ha leído ese término en varias novelas y la sonoridad de la palabra le hace gracia.

Esta noche no hay nadie en casa de Shinoi. Es extraño. Cierra el cuaderno y va a la cocina. Saca de la nevera huevos, mantequilla y espárragos blancos. Quiere repasar la lección de anteayer antes de olvidarla. Son más de las dos de la madrugada. Tiene intención de acostarse dentro de una hora, dormir cuatro, levantarse y acercarse a Kasumigaseki.

Funde la mantequilla en una cazuela pequeña. La vierte despacio sobre la yema de huevo y el vinagre, lo mezcla todo con suavidad y lo calienta al baño maría. Lo siente por Chizu, pero ella logra hacer brotar enseguida de la mezcla unas delicadas burbujas del mismo color del huevo. Es como si su mano bailase un vals por voluntad propia.

Ya había aprendido a moverla así cuando hizo el *quatre-quarts* del día de San Valentín. Lo que espera de ese movimiento no es una metamorfosis ni tampoco la evaporación de algún componente, sino lograr una emulsión. Si no es capaz de apartar su mirada de Kajii... Si no es capaz de dejar de girar alrededor de ella...

Tal vez debería clavarle las uñas en su enorme tripa, tratar por todos los medios de que deje de manejarla a su antojo.

—Listo —murmura mientras levanta las varillas.

La salsa amarilla gotea. Por alguna razón le recuerda al

cachemir.

—¿No hay nadie? —Shinoi habla en voz alta nada más abrir la puerta de la calle y contar los zapatos que hay en el zaguán. Enseguida oye un ruido de gárgaras en el lavabo.

—Yuu ha ido a una fiesta de bienvenida para los nuevos empleados. Kitamura está pendiente de no sé qué información. Reiko ha salido. A lo mejor ha ido a cenar con su marido.

Shinoi se acerca a ella y cuelga la americana en una percha. Últimamente ya no huele tanto a tabaco.

—Prueba si quieres. Son espárragos blancos con salsa holandesa. —Rika está muy orgullosa de ese plato tan bien presentado que parece un cuadro. Lo lleva a la mesa con una cerveza.

—Gracias —le dice Shinoi. Da un trago a la cerveza y alcanza el tenedor para coger uno de los espárragos. Se lo lleva a la boca y traga mientras la nuez se le mueve arriba y abajo en la garganta—. Está muy rico. No sé cómo decirlo... Sabe a primavera. —Sonríe vergonzoso y evita mirar a Rika directamente a los ojos—. No quiero ser descortés, pero creo que has mejorado mucho últimamente. Hasta ahora parecía como si cocinases sin apartarte un milímetro de la receta. Ahora sabe a ti.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir que sabe a mí?

—Es enérgico, tiene sustancia, pero al mismo tiempo es delicado. Tiene un sabor que no aburre.

—Solo he añadido una cosa. Miel. Quería una dulzura natural.

—Umm... Miel... —Shinoi asiente con un gesto de admiración y coge un segundo espárrago.

—Solo comía cosas muy clásicas con un alto valor nutritivo por influencia de Manako Kajii, pero empiezo a descubrir mi propio gusto. Me gusta un toque particular: especias, algo un poco amargo... En realidad, me gustan las recetas sencillas con pocos ingredientes.

—Tu propio estilo. Por cierto, tus artículos me gustan mucho. Entiendo su perspectiva, su manera de pensar, y no te has olvidado de explicar el contexto de donde surgió todo este asunto. Me

parece un acierto haberlo dividido en entregas. Es algo muy tuyo, no sé. Te veo muy bien reflejada.

Rika nota un cosquilleo.

—Pero la cocina se le da mucho mejor a Reiko que a mí.

—¿De verdad? —dice él mientras baña un espárrago con una buena cantidad de salsa.

—Reiko habla contigo de una manera especial.

—Me divierto mucho con ella. Parece una chica seria, pero en realidad es muy peculiar y tiene la costumbre de no concluir nunca los temas de conversación. Me ha mostrado muchas formas distintas de ver las cosas. Es extraño, porque da la sensación de que es una mujer que no se concede una tregua.

Los dos se ríen. Rika comprende ahora por qué se siente tan a gusto con él. Sus gustos coinciden, es un hombre en quien puede confiar.

—Tienes razón. Cuando estoy con ella siempre tengo la impresión de que amplía mi mundo a pesar de que pueda parecer una mujer con una mirada muy estrecha.

Las lágrimas están a punto de escapar de los ojos de Rika. Ha esperado mucho tiempo el momento de tener la oportunidad de hablar con alguien sobre su mejor amiga. Ya desde joven, cuando más se divertían, le inquietaba pensar que no estaría siempre a su lado, pero no se explicaba quién podría entenderla como hacía ella, tratarla con cariño, apreciar sus virtudes ocultas en lugares recónditos. A Ryōsuke le gustaba la parte divertida de Reiko, pero no comprendía sus recovecos y, a pesar de que aún hoy la ama, en cierto sentido es como si la hubiera arrinconado. Rika siempre ha querido hablar con alguien de la tendencia de Reiko a echar a correr sin reparar en nada a su alrededor, de esa seriedad suya casi dolorosa.

—No entiendo los detalles de un matrimonio, pero no debe de ser tan malo tener un sitio donde refugiarte cuando te hace falta aire fresco. No me refiero a aventuras, a adulterio, sino a un lugar donde ir a tomar un café por la noche cuando estás agobiada, un lugar donde pueda ir a buscarte tu marido si quiere. No creo que haya necesidad de compartirlo todo por mucha familia que seas.

—Tus palabras me animan. Llevo tiempo pensando ir a ver a mi hija. —Shinoi habla con una voz y una expresión en la cara desconocidas—. Me divorcié con la condición de poder verla cuando quisiera, sin restricciones. Pero cuando se negó a verme, perdí el valor de enfrentarme a ella, y a partir de ese momento solo he tenido noticias suyas a través de mi exmujer. No pretendo convertirme ahora en un buen padre como quería antes. Mi objetivo es convertirme en esa persona con quien pueda tomar un café cuando lo necesite. Desde que habéis empezado a venir a esta casa y a compartir cosas conmigo he comprendido lo que significa de verdad estar con alguien.

Rika asiente convencida de que pronto dejarán de reunirse aquí. Cada uno de ellos está a punto de recuperar su posición, de retomar su vida, y Shinoi debería venderla, inaugurar un tiempo nuevo. Hay algo triste en ello, sin duda, pero seguro que a todos les espera una nueva etapa en la vida. Más que eso...

Rika se lamenta de no poder seguir usando el horno y la cocina, no tanto de la separación del grupo. Si Shinoi vende el piso, ya no va a tener la posibilidad de preparar un pavo. Podría hacerlo en casa de Reiko, pero se resiste a pedírselo, a transportar un pavo relleno de cerca de seis kilos en el tren de la línea Den-en-toshi y a atreverse con algo semejante por primera vez en su vida en una casa ajena.

Rika se levanta y entra en la cocina. Enciende el fuego. Mientras contempla las burbujas de agua que brotan de las profundidades de la olla, comprende la razón por la que Kajii se negó de plano a cocinar un pavo. Los espárragos blancos suben y bajan en el agua.

—Te preparo más ahora mismo.

Shinoi mira a Rika sin decir nada con expresión ausente. Uno de los espárragos se ha cocido demasiado. Está suave y los matices del sabor se han perdido.

—La gente debe de estar muy aburrida. ¿Tanto llaman la atención mis cosas? —A pesar de la aparente molestia, los ojos de Kajii

desprenden un brillo que no puede ocultar su satisfacción.

Cuando le ha dicho que se ha vendido toda la tirada de la revista, no oculta su alegría un tanto infantil y ella misma saca un ejemplar que ha comprado en la tienda de la cárcel. Rika pensaba que la iba a abrir por la página de la entrevista, pero en lugar de eso le muestra la fotografía de una actriz joven.

—Tengo la impresión —dice con el ceño fruncido— de que esta chica se ha echado a perder. Antes era más elegante.

La actriz debe de rondar los veinte años. Lleva un vestido blanco sin mangas que produce una sensación de frescura, los ojos muy abiertos y luminosos como si le emocionara todo lo que ve y oye a su alrededor.

—He venido por otro asunto. Me he enterado de que te negaste a preparar un pavo asado en el Salon de Miyuko: te pusiste hecha una fiera y te marchaste.

Kajii mira a Rika con ojos vacilantes como solo ha visto en ella en otra ocasión.

—Eras la única que volvía a cocinar los platos que os enseñaba Miyuko.

No le dice que ella también asiste al Salon y que está en contacto con la señora Yamamura, pero lo habrá deducido, supone.

—Un pavo de alrededor de cinco kilos da, más o menos, para diez personas, ¿no?

Rika ha ido a almorzar al restaurante Balzac, donde se ha reunido con una persona a quien tiene intención de entrevistar, y ha visto la cocina donde impartían las clases. Un hombre corpulento de pelo blanco probaba una salsa de una olla pequeña que le ofrecía un joven cocinero. Debía de ser el dueño. La cocina parecía amplia, impoluta, con varios hornos de gran tamaño y un suelo entreverado de canalillos por donde pasaba el agua. Ante la visión de esa especie de fortaleza no llegaba a creer que Kajii sola pudiera romper su armonía.

—Podrías haber conseguido un pavo pequeño para dos personas, pero eso cambiaría los tiempos de descongelación, de horneado, las cantidades... Es decir, se habría convertido en otro plato, en otra receta. Tú te limitabas a reproducir todos los pasos

según decía Miyuko, y por mucho que comieras, jamás podrías tú sola con un pavo para diez.

Kajii se muestra tranquila y Rika siente que su seguridad en sí misma se resiente.

—Si te negaste con tanta rotundidad fue porque entendiste que por mucho que aprendieras a hacerlo nunca ibas a tener la oportunidad de cocinar algo así. ¿Me equivoco? Las demás no se preocupaban de volver a cocinar los mismos platos enseguida, porque, antes o después, surgiría «la ocasión». No tenían ninguna duda al respecto y por eso estaban relajadas. En tu caso, por el contrario, esa «ocasión» no existía. Nunca ha existido. Por muy optimista que finjas ser, en realidad solo crees en el aquí y ahora, en lo que tienes delante de los ojos, al alcance de la mano. —Rika guarda silencio y la mira. Se ha dado cuenta de que habla como Miyuko cuando quiere llegar al fondo del corazón de sus alumnas —. Por mucho que te empeñases, jamás ibas a ser capaz de reunir a diez personas en tu casa. Admiradores siempre has tenido muchos, pero ¿cómo ibas a reunir a todos esos hombres que habías conocido por internet en un mismo lugar? Lo máximo a lo que podías aspirar era a invitar a uno y a tu hermana pequeña, es decir, a dos personas. Tres contigo. E incluso eso habría sido complicado, porque al hacerlo tu familia sabría qué clase de relaciones mantenías. —Rika clava sus ojos en los de Kajii, que parece sonreír ligeramente—. Tal vez todo el problema resida en que el único momento en el que podías mostrar tu verdadera personalidad y tu capacidad era cuando estabas con hombres. Todo se habría resuelto sin mayor trastorno si hubieras tenido el margen y la despreocupación de contar con una «ocasión». Cuando comprendiste que no tenías ni la ocasión ni el lugar donde ofrecer a un grupo de amigos y amigas un plato como un pavo asado, la angustia te desbordó. No tenías adónde ir. Odiaste a todas esas mujeres inocentes porque ellas sí tenían un futuro, querías escapar de la cocina del Balzac lo más rápido posible. Cuando te diste cuenta de que nunca podrías volver a ese lugar que era el único lugar donde podías ser honesta, ¿no terminó todo para ti?

Kajii sonríe, ahora sí. No hay burla en su gesto; tampoco

añoranza, como si recordase algo. Es un gesto sano, sin un sentido oculto. Parece una inocente chica de instituto que se pone contenta cuando se encuentra con sus compañeras por la mañana de camino a clase. Rika comprende ahora las palabras de Chizu. Es cierto que tiene un punto encantador.

—Me lo ha contado Chizu. Dice que se te daba muy bien la cocina. ¿No era ella la única candidata a ser tu amiga?

Kajii se decide al fin a contestar con una voz dulce y tranquila:

—¿De qué estás hablando? ¿Quién es esa persona? No la conozco de nada, ni siquiera he oído su nombre. —A pesar de su pretendida inocencia le tiembla la voz y se le han humedecido los ojos.

Rika ve como aprieta los labios y una sombra se proyecta sobre su cara.

—Yo también encontraré «la ocasión» de asar un pavo y de dedicarle mucho tiempo. —En ese punto Rika decide poner fin a su ataque y cambiar de estrategia—. Nunca me has parecido una mujer especialmente solitaria. Yo misma me pregunto si sería capaz de reunir a diez personas para preparar un pavo asado. Tengo unas cuantas relaciones estrechas, sí, pero en mi apartamento no tengo un horno decente, ni sitio, ni sillas, ni platos, ni cubiertos. En realidad, no hay demasiada gente que se pueda permitir hacer algo así, pero al menos tengo la posibilidad de mudarme a una casa más grande. Tal vez lo haga. Si para entonces estás libre... —Rika vacila un momento antes de continuar. Se acuerda del piso frente al parque que le ha enseñado la señora Yamamura—. Te invitaré. ¿Vendrás?

Manako Kajii rompe a llorar, incapaz de resistir por más tiempo. Esa extraña sonrisa de hace unos segundos era solo el preludio del llanto.

Es un llanto sincero. Se sorbe por la nariz y trata de detener las lágrimas con las manos. Rika las ve desaparecer aplastadas entre los dedos. Tiene los ojos rojos, los párpados hinchados. Solloza dando muestras de un gran sufrimiento.

Si no las separase una mampara, Rika le ofrecería el pañuelo

que lleva en el bolso, por mucho que esa tela gruesa y ordinaria no case con ella. Cuando tenga un día libre, irá a comprar unos pañuelos estampados elegantes a su gusto.

XV

Se trata de un número aleatorio de tres cifras, compuesto por números que hablan de la suerte o el infortunio. Le ha pedido a tres becarios y a Kitamura que la acompañen desde muy temprano por la mañana, pero al final ella resulta la única elegida en el sorteo. No es la primera vez que hace eso por razones de trabajo, pero sí la primera que su número gana para asistir como público a un juicio que despierta tanto interés. Se han presentado más de trescientas personas para tan solo sesenta plazas, y eso a pesar de ser un día laborable. Rika no puede evitar pensar que existe algún vínculo profundo entre Manako Kajii y ella.

Le sorprende que asista tal cantidad de mujeres de mediana edad parecidas a la acusada, a quienes los medios ya han bautizado como las «chicas Kajii». Todas visten con tonos pastel, azules claros, chaquetas de punto y el pelo perfectamente cuidado y recogido con horquillas en forma de lazo.

El viento mece los árboles a ambos lados de la calle y desprenden un intenso aroma a hojas nuevas mientras los rayos de sol se cuelan entre las ramas. El mes de mayo acaba de empezar, pero el aire es seco y la sensación, de verano. Le da las gracias a Kitamura y a los becarios y los mira hasta que desaparecen en la boca del metro. Entra en la sala del Tribunal Superior de Justicia de Tokio con su número en la mano. El ascensor está lleno de hombres y mujeres con sus respectivos números. Cuando llegan a la planta donde está la sala, salen todos en tropel y forman una larga cola para que el personal de seguridad examine sus objetos personales. De nuevo piensa que ese lugar le recuerda a un aeropuerto. Saca un cuaderno y un par de bolígrafos y espera su turno para entrar. Los periodistas acreditados pasan primero.

Se abren las grandes puertas de madera y la gente se dispersa

en el interior de la sala. Algunos esperan fuera hasta que los fotógrafos terminan su trabajo. Rika contempla la masa arbórea mecida por el viento al otro lado de la ventana desde un pasillo donde ha desaparecido la gente. Ha pasado un año desde que se celebró el juicio en primera instancia y, a pesar de que la cobertura de los medios se ha enfriado mucho, el caso sigue despertando un notable interés. Ayer se publicó la última entrega de la serie firmada por ella, y quizás eso ha contribuido a revivir la curiosidad por lo que pueda suceder hoy. En la revista han hablado de reunir los artículos y publicarlos en un libro.

En su última entrega Rika abordaba cuestiones como su paso por el Salon de Miyuko y su mala experiencia allí, su detención posterior y su situación hoy en día.

Rika se ha esforzado por olvidar su propia experiencia en el Salon y ha tratado de plantearlo exclusivamente desde el punto de vista de Kajii. Sus clases fueron mucho más sofisticadas, las participantes más distantes. Cuando le dijo que ella misma asistía con un nombre falso y que había intimado con Chizu, su actitud cambió, se volvió más sumisa. Le hizo varias preguntas y, después de perderse en digresiones, por fin admitió lo mucho que le gustaba esa clase. Siempre habla mal de las mujeres, y solo con Miyuko y sus compañeras adopta un tono un poco más cariñoso: «Le preguntaba muchas cosas. Me desviví por aquella clase, la verdad». A pesar de todo, no se ahorró comentarios insidiosos: «Yo era la única que me preparaba las clases y luego volvía a hacerlo todo en casa. Nadie más se lo tomaba tan en serio y tampoco me parecía que se ocupasen demasiado de sus maridos o de sus novios. Eran unas mujeres muy frías».

La reacción a los comentarios de Rika le soltó la lengua, y gracias a eso pudo confirmar algunos episodios de los que le había hablado Chizu, como el de su repentina desaparición cuando empezaba a sentir simpatía por ella y decidieron un menú sin tenerla en cuenta. A Rika le gustaría acabar con los prejuicios que pesan desde entonces sobre el Salon de Miyuko.

Ocupa su asiento en la sala y mira a su alrededor. Los abogados y el fiscal están sentados de frente al tribunal y en sus

caras no se refleja nada, mantienen una actitud fría que no despierta la curiosidad de nadie. Busca entre el público a la señora Yamamura, pero no la encuentra. De momento ha renunciado a la idea de comprar una casa y se siente culpable por haber avivado tanto entusiasmo en ella. Hay más mujeres que hombres. Ve muchas caras conocidas de compañeros de profesión. De pronto le da por pensar que todos, ella incluida, tratan injustamente a Kajii, y nota un sabor amargo extendiéndose desde la garganta al resto del cuerpo.

Enseguida entran sus señorías y el juez principal de los tres que presiden la sala declara abierta la sesión. Se levanta un ligero revuelo. Manako Kajii aparece por una puerta lateral con las manos esposadas acompañada de un funcionario de prisiones. A Rika le alivia su presencia. El acusado no está obligado a asistir a la apelación, y cabía la posibilidad de que no viniese.

El juez le pregunta su nombre. Ella contesta en voz baja, casi inaudible: «Soy Manako Kajii». Confirma la fecha de nacimiento. Es correcta. Habla en el mismo tono. Se sienta al lado de su abogado.

Lejos del estrecho espacio de la sala de visitas, Kajii parece una crema bávara en mitad de una sala de techos altos sin apenas decoración. No solo no repele las miradas, sino que las atrae hacia sí y logra mantener la compostura a duras penas. La aparente fragilidad de su aspecto oculta una enorme resistencia. Su piel es como de porcelana. Aprieta los labios rosas y hunde el mentón. Tras los párpados pesados, sus ojos parecen haber derramado muchas lágrimas y miran hacia arriba como si pidieran ayuda. Resulta increíble la diferencia entre la actitud solemne que mantuvo durante el primer juicio, la arrogancia de la que ha hecho gala con Rika durante sus visitas y su comportamiento de ahora.

Lleva un vestido sudadera que oculta las líneas de su cuerpo y unas mallas, un conjunto más adecuado como ropa de andar por casa. A pesar de la distancia que las separa, Rika se da cuenta de que se ha puesto un sujetador rígido que realza su pecho. Tal vez sea cierto el rumor de que lleva la ropa interior que le regalan los hombres que la apoyan. Tiene el pelo pegado a las mejillas, la cara un poco consumida.

Mira a su abogado, un hombre con el pelo largo recogido en una coleta, mentón poderoso, gafas redondas y mejillas recién afeitadas. Cuando entorna los ojos, da la sensación de ser demasiado consciente de sí mismo, pero disfruta de una gran reputación. Rika se ha entrevistado con él en un par de ocasiones por otros asuntos.

Kajii mira al suelo y de vez en cuando levanta la vista, pestañea y encoge los hombros como si estuviera triste. Solo sus cejas conservan su habitual vigor.

El abogado lee en voz baja la exposición razonada de la apelación. Ella parece prestar atención. Rika la contempla como si acabase de despertar de un sueño y se pregunta por qué se ha sentido tan atraída por esa mujer, cómo es posible que la haya sacudido de esa manera.

Todo lo ocurrido hasta ahora le suena a mentira de repente. Verla en esas circunstancias rodeada de tanta gente la hace parecer una mujer sin voluntad, incapaz de tomar decisiones por sí misma. «Tal vez es cierto que no tiene nada que decir ni que hacer —piensa Rika—, tal vez es cierto que estar en esta situación no tiene absolutamente nada que ver con su voluntad.» ¿Acaso no se ha dejado arrastrar sin más por lo que se esperaba de ella, sin que haya decidido nunca nada por sí misma? ¿No lo demuestra su afición por todo lo caro?

De pronto echa un vistazo hacia el público como si buscase a alguien. Rika trata de descubrir a quién, pero su mirada se le escapa como una luciérnaga entre los dedos.

Las pruebas nuevas que aporta su abogado no son gran cosa. Básicamente que una de sus víctimas, el hermano de la señora Yamamura, dejó escritas unas frases cuatro días antes de su muerte en las que insinuaba la idea del suicidio empujado, tal vez, por la inminente ruptura con Kajii. Las escribió en el cuaderno de firmas de una cafetería de Hachimanyama adonde solía ir a trabajar mientras tomaba un café. Poco después el dueño de la cafetería decidió cerrar el negocio y, mientras leía los cuadernos donde sus clientes escribían sus opiniones, se encontró con eso. El grafólogo ha determinado casi con total certeza que era la letra de

Yamamura.

A pesar de las intervenciones del abogado y del fiscal, la vista apenas dura media hora. Kajii no interviene. El juez pide un nuevo informe grafológico y no determina fecha para la siguiente vista. Rika, como la mayor parte del público, espera a que desaparezca de la sala la espalda carnosa de Kajii, sus mejillas rellenas, su coleta lacia. Durante todo ese tiempo sus miradas no se han cruzado en ningún momento.

Podría haberle dicho algo a su madre, a la que no ve desde Año Nuevo, pero hoy quería venir sola. Está en el cementerio de Yokohama. Aquí descansa su padre, porque fue donde pasó sus años de juventud. Hacía ocho años que no pisaba por aquí, y quería venir en cuanto empezase la apelación. A lo lejos se oye la sirena de los barcos, se ve un mar triste de principios de verano. Confirma que no hay nadie a su alrededor y, después de limpiarla, le habla a la lápida humedecida con el nombre de su difunto padre grabado en ella.

—Voy a un curso de cocina y he aprendido a hacer salsa holandesa. Es muy suave y tiene un punto ácido. Me recuerda un poco a la mayonesa.

Recuerda el olor de su padre una de las últimas veces que le vio. Una mezcla de tabaco, de ese peculiar aroma de los hombres de cierta edad y de sake. Por alguna razón no llegaba a desagradarle del todo. No se trataba de si olía bien o no. Se trataba de que era su padre. Recuerda incluso el tacto de su barba mal afeitada cuando la abrazaba.

—Me habría gustado hacer una para ti. No en tu casa, porque estaba tan sucia que ya era imposible limpiarla. Te habría invitado a la mía.

Rika piensa que quizás ha estado equivocada todo este tiempo. Lo que terminó carcomiéndole no fue la soledad, sino la vergüenza, y tal vez por eso fue incapaz de pedir ayuda. Cuando le dijo que no podía ir a su casa no reaccionó mal por el enfado o por la desilusión, sino por la vergüenza de admitir que solo podía

contar con su hija, e incluso ella acababa tratándolo con displicencia.

La semana pasada Reiko volvió por la mañana temprano y le contó que había estado con Ryōsuke. Habían ido a cenar a Nakameguro y luego pasearon. Él se quedó más tranquilo, porque la vio bien. Era fin de semana, había gente por todas partes y, a pesar de todo, él lloró. Reiko también, sin saber muy bien por qué. Hacía tiempo no salían a cenar juntos. Antes de despedirse, él le propuso pasar la noche juntos en un hotel y ella se extrañó, porque no habían estado en muchos hoteles. De hecho, hacía años que no pisaban uno. Tumbados en la cama de un cuarto desconocido, de pronto la casa, el matrimonio, los hijos, todo se le antojó lejano. Tan solo había a su lado un hombre llamado Ryōsuke, aunque Reiko no creía que en el sentimiento suyo de extrañeza pudiera influir tanto un espacio desconocido, un cambio de escenario. Frunció el ceño cuando se lo contaba, como si volviese en sí. A pesar de todo, dijo, seguía sin estar en absoluto de acuerdo con el estilo de vida de su padre. ¿Cómo podía negarse a las relaciones sexuales en el seno del matrimonio? Aún lo odiaba por eso, pero con el tiempo se había dado cuenta de que, tal vez, era la mejor manera de no romper esa unión.

Rika pensó de nuevo que se parecían. No es que Reiko quiera huir de su marido, sino de esa casa cerca de la línea de tren Den-en-toshi, del ambiente familiar que ella misma ha creado con tanta ilusión. De igual forma, Rika tampoco temía a su padre, sino aquel piso donde lo encontró y que aún tiene grabado a fuego en su memoria. Aquellas paredes amarillentas, la suciedad por todas partes, el ambiente triste, ese hombre incapaz de cuidarse a sí mismo. Pero comprende que magnifica el recuerdo y le otorga un significado que quizás no tiene. Culparse a sí misma tenía una pizca de masoquismo, porque, al considerar que había sido negligente con él, lograba no olvidarlo y, además, ya no tenía que preocuparse de ser aún más cruel.

Si hubiera levantado ese cuerpo vuelto bocabajo, a lo mejor no habría descubierto una expresión de sufrimiento en su rostro, sino un gesto tranquilo. Puede, incluso, que no les guardase rencor

ni a su madre ni a ella. En ese caso habría aceptado su muerte sin más.

—Si muero yo sola, no le guardaré rencor a nadie —le dice a su padre—. No voy a esperar a nadie para comer. Me compraré lo que me guste, me haré lo que me apetezca y comeré todo cuanto quiera. Después ya estaré lista para morir.

Se da media vuelta y deja la lápida a sus espaldas. Echa a andar en dirección a la salida. Se le ocurre ir a la cafetería donde sus padres quedaron por primera vez. Desde allí se ve el mar. Su madre siempre tiene un gesto amargo cuando habla de su padre. Solo cuando se acuerda de aquel día se dibuja una expresión de cariño en su cara. De nuevo escucha la sirena de un barco en la distancia.

Rika ya se ha acostumbrado a las visitas al despacho acristalado del jefe. Es muy raro verlo en la redacción por la mañana temprano. Últimamente ella va a trabajar pronto y se marcha a primera hora de la tarde. Es la única con ese horario, pero nadie se lo reprocha, porque trabaja el mismo número de horas que los demás y asiste a todas las reuniones. De todos modos, ya no se queda tanto tiempo en la oficina como antes. Para no perder a sus jóvenes lectoras femeninas, le han encargado investigar sobre el problema de todos esos niños que no pueden entrar en las guarderías por falta de plazas. Ya no pierde el tiempo en asuntos inútiles, se ha distanciado de las cenas y de los compromisos que no le aportan nada. Ahora ya no la martiriza la ansiedad.

—Una revista de la competencia va a publicar este artículo en portada. Va a tener mucha repercusión y me gustaría que estuvieses preparada. Se van a lanzar a por ti.

Su jefe le muestra unas fotocopias. Los grandes caracteres la hacen parpadear del susto: «Exclusiva. Un insólito matrimonio en la cárcel. La verdadera relación de Manako Kajii con su padre. Toda la verdad antes del juicio de apelación que descubre las mentiras del *Shūkanshūmei*. Cómo una ambiciosa periodista puede llegar a retorcerlo todo».

Rika nota como si se le cortara el cuerpo, como si de pronto se hubiera convertido en un bloque de arcilla sin sostén alguno y un simple roce bastara para derribarla. No entiende lo que ocurre y se sienta. No nota su peso, ni siquiera se da cuenta del acto de tomar asiento. Se humedece los labios secos como si eso fuera a ayudarla a comprender la situación. Le da la vuelta a las hojas de papel que tiene entre manos y lee. Sabía que ocurriría algo así.

Según dice el artículo, Kajii se ha enamorado del periodista *freelance* que lo firma, un hombre de alrededor de cincuenta años con el que espera casarse.

—Me suena su nombre —le explica su jefe—. Después de entrevistarse con ella ha debido de estar de acá para allá hasta dar con el mejor postor. Es un tipo extraño, orgulloso. Antes trabajaba en un periódico grande, pero siempre ha sido muy problemático, y eso le ha cerrado muchas puertas.

Las letras le bailan a Rika, como si de pronto se hubieran convertido en bichos alados.

> Esa periodista que ha venido a entrevistarme alberga sentimientos oscuros hacia mí. Me imita en todo, desde mi estilo de vida hasta la comida. Intenta vivir mis propias experiencias. Su comportamiento no es ético. Incluso me ha hablado de su vida sexual. Imagino que con todo eso solo quería demostrarme cercanía, pero a mí solo me parecía acoso.

—¿Es verdad lo que está escrito ahí?

Rika se mira los zapatos. No los limpia desde hace tiempo y tienen la piel agrietada.

—En parte sí —responde con una voz débil.

Su jefe lanza un gruñido, pero ella no puede dejar de leer el papel que tiene delante.

> Me molestaba su actitud, pero no le guardo rencor por mucho que haya escrito mentiras sobre mí y una versión tergiversada de los hechos. Mi abogado dice que podría demandarla, pero no pienso hacer nada, porque al fin tengo dónde contar toda la verdad. Esa mujer se ha enamorado de mí y, para salirse con la suya, para reafirmar a todas esas mujeres egoístas y groseras que tanto abundan en este país, se limita a retratar la imagen de una mujer

> acomplejada, solitaria, incapaz de entrar en un círculo de otras mujeres. En resumen, la Manako Kajii que a ella le habría gustado descubrir. Pero me da igual. Aparte de mi futuro marido, que firma este artículo, no hay nadie más que pueda escribir sobre mí, capaz de entenderme. Me ha pasado varias veces desde que era niña. Mucha gente se siente atraída por mí, trata de imponerme su visión egoísta sobre mí misma y, cuando se dan cuenta de que no les hago caso o no correspondo sus deseos, se comportan de un modo extraño, inexplicable, pasan al ataque. Espero que todo el mundo comprenda ahora lo que ocurrió, el hecho cierto de que yo no le he quitado la vida a nadie. Lo siento por las víctimas, conservo buenos recuerdos de ellos, pero por desgracia murieron por las circunstancias de su vida sin que eso tuviera nada que ver conmigo.

El ataque hacia Rika es apenas la introducción. Enseguida confiesa algo desconcertante: la muerte de su padre pudo ser un suicidio.

> Lo cuento ahora por primera vez. Aquella mañana de la gran nevada yo estaba en mi ciudad natal. No me alojaba en casa de mis padres, sino en un hotel, y era allí donde nos veíamos. Le confesé que todo lo que le había contado hasta ese momento sobre mi vida en Tokio era mentira y que vivía a costa de los hombres. También le dije que no tenía ninguna intención de vivir de otra manera. Nuestra conversación se convirtió en un toma y daca de reproches y acusaciones, y todavía hoy me arrepiento de haberle hablado así. Mi reacción se debió también al rencor que sentía hacia él por haber vivido todos esos años con mi madre cuando ni siquiera la quería, por esa vida fingida, de apariencias. Se enfadó y me dio una bofetada. Más que decepción por mi actitud, creo que sintió celos. Los celos entre un hombre y una mujer. Los sentimientos que yo albergaba por él no eran los normales de una hija hacia su padre. Me atrevo a decir que casi manteníamos una relación de noviazgo, en un plano espiritual, por supuesto. Mi madre estaba muy celosa de nosotros. Él reclamaba mi amor en su condición de hombre, y al sentirse traicionado se suicidó e hizo que pareciese un accidente.

Rika es incapaz de reírse a pesar de ser consciente de sus delirios. Después de todo, ella conoce el ambiente siniestro de la familia Kajii. Se acuerda de ese salón repleto de plantas, de flores secas, de ganchillos y peluches hechos a mano, del picor insoportable que la martirizó varios días después de salir de allí como si aún la atacasen bichos microscópicos. Todo eso la hace

sentir una inquietud cada vez más grande.

> Tal vez yo misma no vaya a vivir demasiado tiempo, pero hacerlo con la conciencia de la posibilidad de una muerte próxima me ayuda a sentir con fuerza el amor de mi futuro esposo. Todas mis experiencias no han sido en vano. Lo comprendí cuando lo conocí. Él no se ha casado nunca, pero tiene a su cargo al hijo de un familiar y lo cría con cariño, como si fuera suyo. Siento una gran alegría, porque de repente he formado una familia. Es un hombre firme, me entiende. Es uno de los pocos elegidos.

Se le escapa una tos seca y al fin logra centrar sus pensamientos. Imagina a la perfección el tiempo de sufrimiento que le espera. Contiene la respiración y, cuando vuelve a respirar, se le viene todo encima como un alud. Creía haber investigado en profundidad sobre su familia, sobre su madre y su hermana, pero se da cuenta de que ha desatendido la relación con su padre. No por falta de interés, la verdad, sino porque ese asunto podía sacar a la luz una oscuridad oculta en sí misma. Solo lo ha rozado superficialmente. Rika no sabe hasta qué punto es cierto lo que cuenta, pero el hecho de no haber abordado el meollo de todo el asunto solo lo puede atribuir a un descuido propio.

—Hay una gran diferencia entre lo que está escrito aquí y la realidad. Yo solo he intentado que hablase, escuchar lo que tenía que decir. —Rika saca la voz a duras penas.

El artículo asegura que tiene la intención de publicar una autobiografía junto con su futuro marido.

—Yo sé cómo trabajas y he sido yo quien te ha autorizado a firmar con tu nombre a sabiendas de que esa mujer es un monstruo. Durante un tiempo vas a estar en el centro del huracán, pero todo el mundo se va a ocupar de ti. No voy a poder mandarte por ahí como hasta ahora. Deberías tomarte un descanso. Solo quiero que tengas claro que tu forma de trabajar cambiará. Por hoy ya está bien. Puedes irte a casa si quieres. —La voz de su jefe suena más calmada de lo habitual, y Rika se lo agradece con una profunda inclinación de cabeza.

Trata de no mirar a ninguno de sus compañeros cuando sale de la redacción. «Debería ir a ver a Kajii lo antes posible —piensa

—. Tal vez así pueda entender lo que ocurre en realidad.»

Toma el tren primero y un taxi después que la deja en la cárcel de Tokio. Todo el tiempo se esfuerza por no pensar en nada. Todo lo que aparece frente a sus ojos, las vías, las escaleras mecánicas, las personas con las que se cruza, no le parecen reales, tan solo cosas que salen en la pantalla del móvil.

Ya han pasado dos horas desde que ha hecho los trámites de la visita y en la pantalla sigue sin aparecer su número. Una luz intensa y completamente distinta a la que brillaba en el cielo la última vez que estuvo aquí quema el asfalto en el exterior. Da un paso hacia la calzada estrecha y en ese momento ve el semáforo en rojo. Un vehículo le roza la punta de los zapatos y un sudor frío le empapa el cuerpo. Intenta volver atrás, pero el cuerpo no responde a sus órdenes. Oye el chirrido de un frenazo y su campo de visión se gira. Nota un dolor sordo en la boca del estómago. De pronto, el cielo azul lo ocupa todo y al instante siguiente sus párpados tocan el asfalto caliente. Le entra gravilla en los ojos, ve sangre en alguna parte. ¿La suya? El brazo y la pierna derecha le queman, nota un dolor terrible, desconocido. La camisa y el pantalón están rasgados, dejan al aire su piel. El coche se ha detenido más adelante durante unos segundos. Arranca de nuevo y Rika lo nota por la vibración del asfalto. Se arrastra como puede hasta la acera, casi sin despegar la mejilla del suelo. El polvo que levanta el viento la hace toser. Le repugna la visión de un chicle pisoteado mil y una veces en el que jamás se habría fijado en condiciones normales.

Nota un olor vegetal y cuando levanta la vista ve colgadas del guardarraíl unas flores de crisantemo metidas en una botella, como las de aquel día. Quizás fue Kajii quien le arrebató la vida al destinatario de esas flores. No, tal vez fuera alguien parecido a ella.

Cuando alcanza la acera se acurruca. De pronto entiende que las víctimas de Kajii murieron así. Murieron porque Kajii destruyó cruelmente todas y cada una de las cosas que les importaban. Ahora sí debería enfrentarse a ella. Es una asesina. Ya no se trata de si ha cometido los crímenes con sus propias manos, sino de que dentro de sí acumula un infinito odio hacia los demás. Rika no lo ha entendido hasta este preciso instante en el que ha estado a

punto de desaparecer ella misma. El accidente ha sido por descuido suyo, pero si Kajii no le hubiera infligido ese daño insidioso nunca habría estado tan fuera de sí como para no ver por dónde pisa. Esos tres hombres vivieron algo similar, tuvieron los mismos sentimientos. Ese periodista que se ha prometido con Kajii pasará por lo mismo, tarde o temprano. Se palpa el cuerpo con cuidado, temerosa. El codo y la rodilla derecha están destrozados, la carne rosácea a la vista. Mira a otra parte porque se marea. Tiene los dedos empapados de sangre mezclada con la suciedad del suelo.

Cuando era pequeña examinaba con interés sus heridas cuando se hacía daño. No tenía miedo, era como si le hubiera ocurrido a otra persona. Ahora tiene la impresión de que el tiempo pasa más lento de lo normal a su alrededor. Está tranquila, como si tan solo se hubiera tumbado en el suelo de su casa. El cielo se le viene encima. Si cierra los ojos se quedará dormida. En ese momento entrevé un tobillo fino que conecta el bajo de un pantalón vaquero con una zapatilla de deporte.

—¿Se encuentra bien? —La voz de una mujer cae desde lo alto.

Rika mira en esa dirección. Una mujer joven acompañada de un niño la mira desde arriba muy preocupada. Parece digna de confianza. Lleva una camiseta de rayas y sus mejillas rosas denotan buena salud. A pesar de la situación, Rika tiene ganas de preguntarle qué siente teniendo que criar a su hijo tan cerca de la cárcel. En su ángulo de su visión se mece la ropa tendida en los balcones de un edificio.

—¿Quiere que llame a la policía? —pregunta—. No, mejor a una ambulancia.

Se agacha para mirarla de cerca. Tiene los ojos de color marrón claro. Rika se incorpora un poco para hablar con ella. Se encoge y se acurruca todo lo que puede para que el niño de unos cinco años que se esconde detrás de ella no vea la sangre.

—Estoy bien, lo siento. Ha sido culpa mía. He cruzado sin mirar el semáforo. No tengo nada roto. Me voy a mi casa y allí me curo.

—¿Seguro? Bueno, como quiera, pero no debería caminar en

este estado. Llamaré un taxi. ¿Vive lejos de aquí?

—No, en el centro. Lo siento... de veras...

—No se preocupe. Mi hijo siempre se hace daño. Se pelea con sus amiguitos y acaba tirado por los suelos.

Seguro que le habla en un tono ligero para distraerla. Saca unas toallitas húmedas y también un pañuelo. Al poco se levanta y mira a la calle. Alza la mano, pero la baja enseguida con un gesto de decepción.

—¿Te van a salir costras?

Rika se da cuenta de que unos ojos protegidos por una fina película transparente contemplan sus heridas. El niño no parece tener miedo. Se agacha para verlas mejor y a Rika le sorprende el aire de envidia que desprenden.

—¡Quita de ahí! Lo siento, es que lo que más le gusta es arrancarse las costras. A veces se las arranca incluso a sus amigos. De verdad que lo siento. —La mujer habla sin apartar la vista de la calle.

Es cierto, tiene las rodillas y el dorso de las manos repleto de marcas de costras arrancadas. El niño le habla al oído como si le revelase el mayor de los secretos.

—¿Sabías que están muy buenas?

Rika se asusta y se fija en sus mejillas blanditas. Su madre no le hace caso, levanta de nuevo la mano derecha y, al fin, para un taxi. La ayuda a incorporarse y a meter las piernas. La puerta se cierra. Huele demasiado a ambientador.

El conductor, un hombre de alrededor de setenta años, no le quita el ojo de encima. Rika saca un pañuelo del bolso y lo extiende en el asiento para sentarse encima y no mancharlo de sangre. Al otro lado de la ventana el niño sacude la mano junto a su madre y se aleja poco a poco. A duras penas consigue inclinar la cabeza para darle las gracias a la mujer. Cuando el taxi cruza el río, ve por unos instantes un inesperado fulgor reflejado en el Skytree. Cierra los ojos.

Media hora más tarde Rika le pide al taxista que se detenga frente a una droguería cerca del distrito de Kagurazaka. Compra unas vendas antisépticas, tiritas y gasas. No tiene hambre, pero

debería ingerir algo. No le apetece ver a nadie, ni a Shinoi ni a los demás, que seguro que ya están al tanto del asunto de Kajii. Cuando regrese a su apartamento, donde no pisa desde hace tiempo, se le van a quitar del todo las ganas de volver a salir y de cocinar. Le da miedo pensar en las noches por venir que va a estar sola y piensa en algo con lo que pueda distraerse. Entra en un supermercado y le llama la atención la luz blanca de una de las secciones. Camina distraída hasta la sección de lácteos y se detiene. Un pequeño paquete con un logo azul marino destaca por encima del resto de los artículos. Le sorprende encontrar mantequilla Échiré en un supermercado corriente. Cuesta algo menos de mil yenes. Y no solo eso, hay mantequilla de muchas marcas y de distintas variedades: fermentada, sin fermentar, con sal, sin sal... Hasta hace unos meses solo se podía comprar una caja por persona y ahora hay de todo y a buen precio. Le asombra la velocidad a la que varía el valor de los productos.

Se queda plantada bajo la luz blanca durante un rato.

A pesar de haber vivido aquí cerca de diez años, por primera vez se da cuenta de que el techo del apartamento tiene una forma peculiar. Es como la almena de un castillo vuelta del revés. El techo y los tabiques parecen moverse, estrecharse, oprimirla en un espacio cada vez más reducido. Llegado este punto le gustaría que las paredes la aplastasen para que así termine todo de una vez. Cierra los ojos. No tiene ganas de dormir, pero es incapaz de salir de la cama. Su jefe le ha dado una semana de vacaciones y ya ha consumido tres días. Hace cuatro estuvo en el Salon de Miyuko.

Después de dudarlo mucho se decidió a ir sola. Reiko le escribió varias veces porque estaba preocupada y quería ir con ella. Le agradeció el gesto, pero le dijo que iría sola.

Llamó al telefonillo del portal y, tras dar su nombre falso, oyó la voz de Miyuko al otro lado.

—Ese no es su nombre real, ¿verdad? Le pido que se vaya de aquí.

—Lo siento, pero como mínimo me gustaría devolverle el

cuaderno.

Después de un largo silencio la puerta seguía sin abrirse.

—Eso ya le pertenece. Quédeselo. Solo le pido que no vuelva por aquí. Dígaselo también a su amiga. —Le habló en un tono frío, profesional, sin el más mínimo sentimiento.

El silencio al otro lado era la prueba fehaciente del enfado de sus alumnas. Rika se lo tomó como una forma de venganza muy sofisticada y se preguntó desde cuándo lo tendría planeado Kajii.

Anoche, por primera vez, tecleó temerosa su propio nombre en el ordenador. Como había imaginado, se le vino encima toda una batería de insultos. Recientemente le hicieron una entrevista y ni siquiera se preocupó por maquillarse como era debido, por arreglarse con una ropa decente y la foto que le hicieron aparecía ya en todas partes. Le sorprendió que todo el mundo se fijase más en su aspecto físico que en su trabajo. Ella no cree estar demasiado gorda ni demasiado descuidada, pero se encontró toda una serie de comentarios fuera de lugar sobre su dejadez y su apariencia a pesar de trabajar en contacto con la gente. Las mismas críticas que en su momento recibió Manako Kajii. De algún modo entendió por qué ha vivido todo este tiempo en la subjetividad de Kajii y por qué ha sido tan incauta. No es fácil satisfacer las rigurosas normas que se le exigen a una mujer, a su imagen. No es fácil sacar pecho a menos que se disponga de una poderosa barrera espiritual.

Los comentarios se animan con todo tipo de suposiciones: está enamorada de Kajii, la tiene idealizada, se mira en ella como en un espejo, se ha acercado a ella empujada por sus propios complejos. También hay quien asegura que las mujeres deberían aprender de la suspicacia y de la inteligencia de Kajii.

Lo que más insoportable le resulta, sin embargo, no son esas críticas despiadadas de personas anónimas que, ciertamente, no están descaminadas del todo. Rika cree haber sido fuerte a lo largo de estos meses, pero ahora se da cuenta de que solo se ha movido en un espacio seguro protegida por personas cercanas. Eso sí le duele. Cada uno de los comentarios agudiza el dolor, parece romper algo, quemarla por dentro y, aun así, es incapaz de dejar de leerlos durante horas y horas.

Superado el impacto inicial, nota una especie de placer morboso, y cuanto más la insultan, más le parece que su cuerpo, su voluntad y sus sentimientos desaparecen sin llegar a reflejarse en los ojos de nadie. Ella misma se ha convertido en uno más de los sucesos que ocurren en Tokio a diario. Tanto tiempo delante del ordenador ha terminado poniéndola nerviosa, la ha sumido en la apatía.

Rika no quiere contactar con Reiko, con Shinoi ni con su madre. Hace tres días les envió el mismo mensaje diciendo que no podía verlos porque se quedaba a dormir en la oficina, convencida de que si se enfrentaba a ellos sería incapaz de controlar sus sentimientos, se derrumbaría y jamás podría levantarse de nuevo. Recibe un montón de llamadas y mensajes suyos, pero no se siente con fuerzas para responder. Ni siquiera sabe si no se verá obligada a dejar el trabajo en breve.

Tal vez Manako Kajii no se libre de la cadena perpetua. No deja de pensarlo desde que asistió al juicio de apelación. Su estrategia es argumentar que las muertes de esos tres hombres se produjeron por causas naturales. Su defensa se basó en que su actitud ante la vida y su forma de ser tiende a confundir a las personas que la rodean, pero los jueces no parecieron convencidos y sí dio la impresión de que se había ganado su antipatía.

Rika ha juzgado muchas veces a las víctimas por limitarse a convertirse en el objeto de los cuidados de Kajii, por no pedir ayuda, por dejarse cegar por el orgullo. Sin embargo, no lo ha hablado con nadie. «¿Por qué actuaban así? —se pregunta—, ¿por qué no confiaban en sus seres queridos?» Y ahora, cuando ella misma se ve en una situación parecida, se da cuenta de que tampoco sabe pedir ayuda. Solo pensar que Reiko y Shinoi lo saben todo le provoca una profunda vergüenza, dolor incluso. Ahora se percata de lo fuertes que han sido al haber aceptado su mano tendida, aunque, más bien, ha sido ella quien ha recibido todo su apoyo.

Dejar pasar el tiempo sin hacer absolutamente nada. Tal vez no lo hacía desde que era una niña. Y ni siquiera tiene un *hobby*. Siente como si el estómago vacío se le secara poco a poco, pero no

quiere comer. Se limita a beber de vez en cuando uno de esos preparados energéticos. Para disimular el dolor se da media vuelta en la cama deshecha. Toca algo áspero con el dedo. Se mira la rodilla y ve una costra. Quiere arrancársela como decía ese niño delante de la cárcel. Se incorpora para examinarla más detenidamente.

Esa cosa pegada sobre la piel blanca parece algo que se ha tostado demasiado, le recuerda al beicon frito con mantequilla. Ahora entiende por qué el niño le dijo que estaba buena. En ese momento se asustó, pero después se acordó de que cuando iba a la guardería ella también se llevaba todo a la boca sin preocuparse por nada. Fue más o menos por aquel entonces cuando adquirió la costumbre de morderse las uñas. Un día chupó una piedra de aspecto suave y color pastel porque quería probar su sabor. Fue en un camping en Gotenba. Su madre, asustada, se abalanzó sobre ella y le obligó a escupirla.

La costra termina desprendiéndose. Se la pone en la palma de la mano y la observa detenidamente. Se pregunta si esa masa sanguinolenta ennegrecida no se asemejará al golpe en la cabeza de su padre tendido bocabajo. Algo en común deben de tener. Después de todo, son padre e hija. De hecho, se parecen mucho, tanto en ese cuerpo con esa facilidad para engordar como en las facciones de la cara y en su tendencia a perderse.

Se lleva la costra a la boca con cierta vacilación. Sabe a hierro y a sudor. Siente algo extraño en la rodilla. La herida vuelve a sangrar. Se ha precipitado al arrancarla. Mientras contempla cómo la sangre mancha la sábana cae en la cuenta de que la habitación está medio a oscuras. «¿Qué hora será?», se pregunta.

Se incorpora de nuevo y nota como la sangre se le va de la cabeza. Espera a recuperar la visión. Apoya la mano derecha en la cama, se levanta, descorre la cortina y ve el cielo despejado teñido de un color azul claro. Abre la ventana y entra una brisa más cálida de lo que pensaba. Se siente aliviada. Va a la cocina. Debería comer algo. No tiene hambre, pero sí la intuye en la lejanía. Abre la nevera. Está vacía. Apenas quedan un par de salsas y una caja de mantequilla. Corta un pedazo y se lo lleva a la boca.

Está fría. Se estremece. No tarda en deshacerse como si se tratara de miel y acaba formando una capa en el interior de su boca. Es la prueba de que aún conserva la temperatura corporal.

«No soy como las víctimas de Kajii —se dice a sí misma—. Puedo levantarme, puedo alimentarme, puedo distinguir los sabores, y por eso voy a pedir ayuda. Reuniré las últimas fuerzas que me quedan y, por muy humillante que me resulte, haré algo, lo que sea. No me voy a dejar morir.» Alarga el brazo para alcanzar el móvil y se topa con un nombre en el que no pensaba desde hacía tiempo. Manda un mensaje con los dedos temblorosos:

Siento molestarte. ¿Podrías traerme algo de comer? Si te viene mal ignora el mensaje.

Para salir del atolladero en el que se ha metido debe recorrer un largo camino hacia la luz. Es su particular carrera de vallas y debe saltar una tras otra. La primera ha sido la de llamar a alguien que vaya a socorrerla.

No sabe cuánto tiempo ha estado tumbada. Oye el timbre.

Abre los ojos. Mira el móvil. Son las diez de la noche pasadas. La habitación está completamente a oscuras. Se levanta y nota como se le retuerce el estómago. Frunce el ceño de dolor. Le huele mucho el aliento, pero no tiene margen para adecentarse, para recoger la habitación. Enciende la luz y abre la puerta.

De pie en la entrada hay un hombre desconocido. Lleva una toalla blanca alrededor de su ancho cuello, una camiseta demasiado estrecha de color verde esmeralda con una cara impresa.

—Hoy era el último concierto de Megumi. He venido directamente, no me ha dado tiempo a cambiarme.

Rika quiere preguntarle si no había dejado de seguirla, pero prefiere callarse. Makoto no demuestra un especial interés por ella. Se descalza y entra. Pasa a su lado y casi le roza con un abanico del grupo que sobresale de su mochila.

Quiere saber qué le ha traído de comer. Se lava las manos en el fregadero y de una bolsa saca leche, huevos y harina para tortitas. Echa la harina en un bol, añade la leche y un huevo. No

tiene necesidad de explicarle dónde están las cosas. Rika murmura un «gracias», se tumba de nuevo en la cama y cierra los ojos. El simple hecho de que otra existencia haya entrado en su casa de momento le basta. Escucha el golpeteo de los palillos contra el bol. Luego le llega un olor dulce. En realidad, no quiere comer nada, y se pregunta por qué precisamente tortitas. De todos modos, le agradece el hecho de haber venido a prepararle algo.

—Me encuentro en una situación lamentable y eres el único a quien podía recurrir. Soy una egoísta, lo sé, porque fui yo quien quiso dejarlo, pero en este momento necesito tomarme esta distancia. Me siento incapaz de enfrentarme a nadie.

Makoto abre la nevera como si no le prestase atención.

—Menos mal. Hay mantequilla.

Oye el ruido de la mantequilla al fundirse. Después de todo no deja de ser la grasa de un animal, y a Rika ese aroma violento y rotundo que jamás tendrá una margarina o un aceite vegetal le transmite una sensación de vida. Una vez más se exprime a sí misma para lograr sacar la voz del cuerpo.

—Has leído ese artículo, ¿verdad? Quería pedirte perdón. Entiendo que te hayas sentido mal, utilizado. Le hablé a Kajii de la noche que pasamos en el hotel de Shinjuku...

Makoto la interrumpe sin mirarla.

—Cuando lo leí me sorprendió mucho y me enfadé, pero lo cierto es que me había dado cuenta de que algo pasaba. Sabía que había algo detrás, porque antes nunca habías hecho el esfuerzo de seducirme. Pensaba que ibas a escribir sobre algo relacionado con el sexo o algo así. Eres una persona que todo lo que hace tiene relación con el trabajo, aunque yo tampoco puedo hablar. Tal vez por eso siempre nos hemos caído bien.

—En los últimos tiempos no hablábamos de nada, ¿no crees?

Además de cierto alivio, Rika nota un aire frío que le entra en la garganta y le alcanza la nariz.

—A lo mejor no te lo habría perdonado si siguiéramos siendo novios, pero ahora ya da igual. ¿Te acuerdas de que te hablé de cuando era pequeño y quería que mi madre me hiciera una tarta? Mi hermana mayor se dio cuenta y le dio pena. Compró esta misma

harina y me preparó unas tortitas. Me explicó que para que te salgan bien el truco es seguir las instrucciones que aparecen en la caja sin desviarse. Hace tiempo me hiciste una tarta para el día de San Valentín. Es mi forma de agradecértelo.

—¿Hace tiempo? ¡Pero si fue hace tres meses como mucho! —le reprocha inesperadamente herida.

—Ah, ¿sí? Tenía la sensación de que fue hace varios años. Incluso este apartamento me da nostalgia.

—*Little Black Sambo* se comió a los tigres que se convirtieron en mantequilla. La untó en unas tortitas, creo. No recuerdo bien si fue así o si la mezcló en la masa.

Rika habla en susurros y sus palabras no alcanzan los oídos de Makoto, aturdidos por el ruido del extractor y por la masa que borbotea en la sartén. Ella, por el contrario, oye cómo le da la vuelta. Enseguida se acerca con un plato en la mano. De la tortita perfectamente circular sube un vapor. La superficie brilla con el sirope de arce que le ha puesto y con el pedazo de mantequilla que se funde poco a poco. Aunque el gesto le resulta un poco exagerado, juntas las manos como muestra de agradecimiento. «Gracias», dice. Corta un pedazo con el tenedor y descubre el interior de un amarillo suave, las burbujas de aire y una masa consistente. Se nota que lo ha mezclado bien. La mantequilla se desliza despacio de un lado a otro. Se fuerza a llevarse un trozo pequeño a la boca y le da la orden de masticar a su mandíbula. La boca se mueve forzadamente. De su estómago emerge un ruido como si se retorciera. No solo nota el sabor, sino también el tacto, la temperatura. Solo eso basta para comprender que ha logrado escapar de lo peor. Le cuesta seguir, pero se obliga a comer otro pedazo. Siente el mismo calor en la garganta, como si se atascara. Se esfuerza por no parar de mover el tenedor, pero cuando se ha comido un cuarto es consciente de que ha llegado al límite. Se aguanta las ganas de vomitar y deja el tenedor en el plato. Murmura algo. Su aliento es dulce.

—Me he sentido como si luchase contra molinos de viento. He dado vueltas y más vueltas sin parar, he echado a perder mi trabajo y solo he conseguido herir a todos a mi alrededor. Esa

mujer siempre va a ganar. La gente como ella sobrevivirá y los demás terminaremos desapareciendo, ¿no te parece?

Rika espera alguno de los habituales comentarios optimistas de Makoto, pero sigue callado sin decir una sola palabra. Se lleva otro pedazo a la boca y él habla por fin.

—Pensaba que Megumi, ya sabes, la chica de la que soy fan, se había preparado para el concierto de hoy, pero ha engordado aún más. De todos modos, parecía divertirse y no ha parado de sonreír todo el tiempo. Me ha gustado mucho esa actitud suya. Tenías razón. Dejé de apoyarla porque todo el mundo empezó a criticarla. Me daba miedo que me gustara una chica de la que todos se ríen. Era como si también se rieran de mí. —Makoto habla a una velocidad sorprendente.

Rika está atónita y aliviada a un tiempo. Seguro que ya tenido esa misma conversación antes con alguien, no con ella.

—Al ver cómo se transformaba en otra persona me he sentido traicionado. Me daba rabia, porque me sentía ignorado, como si hubiera defraudado las expectativas que había puesto en ella. Sin embargo, hoy ha estado genial. En fin, lo más probable es que no te importe nada todo esto o incluso te parezca asqueroso.

—En parte sí, pero no deja de tener su interés. —Rika se ríe. Le alivia verse aún capaz de elevar las comisuras de los labios y de elevar el tono de voz.

«También él lucha contra algo —piensa—. Ha puesto todas sus esperanzas en esa chica y le ha decepcionado.» Rika no lo había visto así hasta ahora.

—Me alegro de haber ido al concierto. Ha sido memorable, y todo gracias a ti. Si no me hubieras dicho aquello sobre la percepción que tenemos los hombres de las mujeres, tal vez no habría ido.

—No sé si has venido a animarme o a contarme tus historias de friki.

En realidad, la relación entre Kajii y Rika no dista mucho de la de Makoto con su ídolo.

—Entonces me marcho. Te dejo este CD. Escúchalo si te interesa. Son realmente buenas. —Se levanta y cuando ve la cocina

sucia se encoge de hombros.

Rika sacude la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Buenas noches. Siento haberte llamado tan de sopetón. Gracias por las tortitas, estaban muy buenas. Escucharé el disco más tarde.

—¿Puedo llevarme el pantalón corto que me dejé? Me hace falta, porque dentro de poco voy a ir a un tour del grupo.

Se disculpa con él porque no lo ha lavado. Lo saca del cajón y se lo da. No entiende por qué no se le ha ocurrido deshacerse de él hasta hoy. Makoto se calza en la entrada y sacude la mano suavemente. Ella le devuelve el gesto. Cierra la puerta y el silencio vuelve a instalarse en la habitación. El olor de Makoto persiste, pero Rika ya no siente nada.

Ha venido porque a lo mejor quería compartir con alguien esa emoción del concierto. Se lo ha contado todo y se ha quedado más tranquilo. Rika se lo agradece de todos modos. Le extraña haberse acostado con él, haber mantenido una relación seria durante un tiempo.

Si él le pidiera ayuda, ella acudiría como fuera. No sabe por qué, pero tiene la impresión de que van a estar solos durante mucho tiempo. Enciende el ordenador e inserta el CD.

Mira la tortita a medio comer. Se ha quedado fría, dura, no tiene buena pinta. La corta en pedazos con la mano y se lleva uno a la boca. Nota una dulzura artificial que antes le ha pasado inadvertida. Su lengua choca con un trozo de mantequilla oculto en la masa. Le sorprende el tacto suave, el ligero sabor salado. La mantequilla tiende a recuperar la forma cuando desaparece el calor.

Enumera mentalmente los sabores y aromas que no habría conocido de no haberse topado con Kajii. Por mucho que se avergüence, no puede pensar que esa experiencia ha sido algo prescindible en su vida. Mira hacia abajo. La sangre de la herida ha coagulado. Ahora tiene el tacto de una gelatina.

Se acuerda de lo que le dijo la mujer que la ayudó tras el accidente, que su hijo hacía amigos, se peleaba con ellos y después se empeñaba en arrancarles la costra de las heridas.

Eso es. Metérselo todo en la boca y masticarlo hasta que desaparezca. Es así como Manako Kajii se comunica con los demás. Tal vez sea su forma de amar, como cuando un niño se arranca la costra de una herida para que no desaparezca nunca. Rika se pregunta si no la habrá amado también a ella por muy retorcido que sea su modo de hacerlo. Las costras que cubren su codo y su rodilla son la prueba de que se regenera poco a poco.

La mantequilla fría deja una mancha blanca en la tortita, como si hubiera pasado una estrella fugaz. La sangre y la mantequilla cuajan enseguida. No pasa nada. La música que empieza a sonar en el ordenador es una mezcla de funk y disco. No encuentra la dulzura que esperaba en un grupo así. El sonido inunda de colores vivos la atmósfera de la habitación de donde había desaparecido la vida. Echa la ropa a la lavadora. Hace tiempo que no la pone. Añade el detergente y pulsa el botón de modo noche. El girar silencioso de la lavadora y las notas musicales se enredan sin fin.

XVI

Desde hace días no deja de caer una lluvia fina, pero basta con caminar unos minutos desde la estación de Shinjuku para que el agua se cuele por los zapatos de Rika hasta empaparle los calcetines. La lluvia persistente borra la sensación de verano y en un día tan pesado la respiración se vuelve somera, como si flotase sobre la superficie del agua.

Una mujer joven con aspecto de ser del Medio Oriente se baja del ascensor en la misma planta que Rika y juntas esperan también en la entrada. La mujer se agacha y sus largos ropajes rozan el suelo, coge un bolígrafo y apunta un nombre en la lista con una caligrafía que parece un bordado.

En el olor a especias que llega hasta la entrada distingue pronto el del comino. Es una especia que Miyuko utilizaba mucho. Rika procura no pensar demasiado en el Salon, pero ese olor le ha pillado por sorpresa y por un momento no sabe bien dónde está.

Últimamente no tiene ganas de cocinar cosas complicadas y tampoco tiempo de hacerlo. Se limita a cocer arroz mecánicamente y congela raciones individuales. Después corta frutas, las mete en una fiambrera, cuece verdura y un poco de magro de pollo y lo guarda todo en la nevera. Son cosas fáciles de hacer, basta con mover las manos sin necesidad de pensar en nada. Cocina para ella, para comerlo sin preocuparse de nada las noches que se sienta pesada, y no tiene ganas de molestarse. Prepararlo es su tiempo de silencio, una especie de ceremonia.

En el paragüero casi lleno ve un paraguas estampado de flores que le resulta familiar. Deja el suyo al lado. Es una sala con el techo bajo con muchas mesas. A un lado hay varias ollas que expulsan vapor, y también arroceras. Hay una gran variedad de frutas y quesos, platos repletos de verduras desconocidas, carne de

cordero y montañas de pastelitos dulces de todos los colores. Delante de los platos, una cola de gente esperando a servirse. Una chica joven sirve zumo de cereza en los vasos que hay encima de las mesas. En una pantalla se proyecta una imagen de bienvenida a los asistentes y al lado una pila de folletos que explican el motivo del evento. Es una celebración informal para gente de todas las nacionalidades. Una persona acompaña a Rika a la mesa donde Reiko la espera sentada. No la ve desde hace algo más de un mes. La saluda con un gesto despreocupado. Ha sido ella quien le ha mandado un mensaje para invitarla a la celebración del fin del ramadán organizada por una asociación para la promoción de la cultura turca en Japón. En el mensaje le advertía de que no comiera antes. En un principio Rika no ha entendido el motivo de la invitación, pero en la oficina ha dicho que se iba por un asunto privado, algo que no hacía desde hace tiempo.

—¿No te extraña? —le pregunta a Reiko—. No adelgazo nada a pesar del estrés que tengo encima.

Se sienta delante de ella sin dejar de hablar. Durante el último mes no logra dormir bien. No tiene apetito y, a pesar de todo, no adelgaza. Sin embargo... Se ha dado cuenta de que por mucho que adelgace nunca le van a dar el aprobado. La sociedad en la que vive no aprueba a una mujer por muy guapa que se ponga, por mucho que ascienda en el trabajo ni tan siquiera por traer una nueva vida a este mundo. Las exigencias son cada vez más inalcanzables, los criterios más duros. Para liberarse de juicios estériles no le queda más remedio que aceptarse ella misma, por mucho miedo e inseguridad que sienta, por mucho que la angustien los comentarios a su alrededor.

—Tengo la impresión de mantenerme en pie a duras penas, y si lo consigo es gracias a todo lo que he comido hasta ahora.

Reiko le dice que se alegra de verla y que la ve más animada de lo que había imaginado. Ella también tiene buen color e incluso está un poco más rellena. Rika sonríe. También ella se alegra de ver a su amiga. Si supera este momento en el que debe enfrentarse a su mejor amiga, habrá logrado salir del agujero donde ha caído. No es que le preocupe mostrarle al mundo el estado lamentable en

el que se encuentra, pero con ella quiere mantener esa imagen de «príncipe» que siempre ha tenido. Nota como se le encoge el estómago.

—Lo siento. No he sido capaz de ayudarte en este momento tan difícil...

En los vasos de papel se agita suavemente el zumo de color rojo. Les envuelve el aroma a especias y empiezan a sonar las notas musicales de un instrumento de cuerda que toca un hombre cerca ya de la vejez.

—No te preocupes. Yo también te prometí estar a tu lado y no he podido cumplir.

Reiko ha retomado poco a poco la relación con Ryōsuke, y cuando Shinoi se ha decidido a vender el piso, ha vuelto a su vida de antes. Al menos eso es lo que le ha contado a Rika el propio Shinoi. En cualquier caso, han preparado los papeles del divorcio para poder firmarlos en cualquier momento y los han guardado en un cajón. Reiko no tiene intención de hacerlo ahora mismo e intenta pasar el máximo tiempo posible con él.

—Es una fiesta para que los japoneses pasemos el final del ramadán como hacen en Turquía. ¿Qué te parece? No has comido, ¿verdad?

—No, solo un yogur por la mañana. Como me hablabas de ramadán, pensaba que insinuabas que debía ponerme a dieta y me he sentido mal. Últimamente solo escucho que soy una gorda y una loca.

—No te creas que solo hay críticas.

Rika quería hacerla reír con su humor negro, pero Reiko se limita a mirarla con un gesto cariñoso.

—Mucha gente dice que eres una periodista rigurosa y competente. También que tu punto de vista es el correcto y que ha sido Kajii quien lo ha tergiversado todo y quien te ha traicionado. Siempre hay el mismo número de personas que te critican que de las que te apoyan. No menosprecies las dotes analíticas de un ama de casa aburrida sin hijos que se pasa el día navegando por internet.

No es habitual que Reiko hable en un tono de voz tan

pausado, pero verla así de tranquila le basta para calmarse ella también. Sabe que no habla solo para consolarla. Rika se esfuerza en disimular que está a punto de llorar.

—Tengo mucho más tiempo libre que antes. Si estoy ocupada es porque me dedico a ir de acá para allá pidiendo disculpas. Aún no sé a qué sección me van a mandar, pero lo cierto es que no me encargan nada que implique salir a la calle y me quedo en la oficina todo el día. Gracias por la invitación de hoy, por cierto. Me viene bien tomar un poco de aire fresco. Me doy cuenta de lo mucho que me gusta salir contigo.

Se levantan con sus platos y se ponen en la cola del buffet. Las verduras y las frutas son mucho más grandes y frescas de lo que se suelen encontrar en los supermercados y tienen la sensación de estar en un zoco del extranjero. A Rika le llama la atención el kebab, los panes variados, pero lo que más le atrae es el arroz pilaf. Le ha gustado mucho con cordero, envuelto en hojas de parra y como relleno de pimientos asados. También unas empanadillas con salsa de yogur y la ensalada de judías tienen un sabor muy especial. En cuanto a los dulces, parece como si la miel y el hojaldre estimulasen en ella partes del cerebro que en condiciones normales no utiliza. Reiko ha comido casi lo mismo.

—El postre turco está dulcísimo. Es como si se me hubiera dormido la lengua.

—Sí. Es muy empalagoso, pero me gusta. No me importaría comer así una vez al día. Está claro que no había entendido bien lo del ramadán. Me lo imaginaba como una prueba durísima en la que no puedes ni comer ni beber durante días enteros.

—¿De verdad? Mira, lee esto.

Extiende un panfleto y Rika lee en voz alta:

—«Aquellos a quienes se excusa de cumplir el ramadán son los viajeros, los enfermos, las mujeres embarazadas, los niños, las mujeres con el periodo, quienes no tienen la voluntad de hacerlo y los que rompen el ayuno por error.»

La explicación le resulta de lo más inesperada y no puede evitar reírse. Reiko asiente con la cabeza.

—En resumen, no es obligatorio...

—Eso es. Es como si dijeran: que lo haga quien pueda y quien quiera, y si necesitas un descanso, adelante. Si algún día no puedes cumplir, tienes la opción, parece ser, de compensarlo con actos caritativos. El objetivo es comprender los sentimientos de los más desfavorecidos, no sufrir ni hacer dieta. En Japón no sabemos casi nada sobre el islam, y estos eventos los organizan para mostrarnos las enseñanzas de Alá.

—No está mal esa libertad de hacerlo quien pueda...

—Eso se aplica a todo. Escucha... —Reiko se incorpora en la silla. Señala con el dedo un párrafo del panfleto y lee—: «Alá os pide lo fácil y no lo difícil».

—Pide lo fácil y no lo difícil —repite Rika.

—Yo pienso que si de verdad existe un dios no debe de alegrarle mucho vernos sufrir superando una prueba detrás de otra. No creo que haya que superar todas las dificultades solo a base de esfuerzo. Tampoco hace falta crecer sin parar. Es más importante terminar bien el día de hoy.

A Rika le gusta el aspecto de Reiko. La observa detenidamente. Hay algo insólito en ella, una impresión de dulzura, de suavidad y, al mismo tiempo, un veneno oculto. Una sensación de aislamiento. Parece un delicioso e irrepetible *petit four*.

—Esta semana voy a ir con Ryōsuke a la consulta de un hospital universitario. Hemos decidido dejar de intentarlo nosotros solos, compararnos con otros matrimonios o darle vueltas a cuál sería nuestra situación ideal. Es un tratamiento caro, y si hace falta pediré ayuda a mis padres. Ya no pienso que pedirles ayuda sea un fracaso o un abuso. De hecho, están muy sorprendidos con todo esto y quieren que les cuente más. Iré a verlos por primera vez con Ryōsuke. Para ocuparme en algo y aprender cosas nuevas he decidido también ponerme a trabajar unas horas en la contabilidad de una farmacia de medicina tradicional china. He terminado aceptando la posibilidad de que no podamos tener hijos.

Rika asiente con la cabeza sin decir nada.

—Todas las personas que hemos tenido contacto con Kajii acabamos igual: las mujeres, profundamente heridas; los hombres,

muertos. Mírame a mí —dice Reiko extendiendo los brazos en un gesto cómico.

—Te agradezco que me cuentes todo esto —le dice Rika.

Reiko habla en un tono desenfadado, como si contase algo sobre una antigua compañera de clase.

—En parte me alivia saber que Kajii quería tener amigas.

Rika se pregunta si en realidad no era que Kajii atrajera, sino que las mujeres eran las que se sentían atraída por ella.

—Chizu dice algo parecido.

—¿Cómo? ¿Mantienes contacto con ella? —pregunta Rika sorprendida.

Reiko da un trago a su zumo agridulce de cereza.

—Sí. Le he dicho mi verdadero nombre y le he hablado de nosotras. Pensé que debía hacerlo para que me perdonara. He copiado tu forma de actuar.

—Realmente admiro tu capacidad para comunicarte. Esto del periodismo se te da mucho mejor que a mí. Chizu está enfadada conmigo, ¿verdad?

—Ahora ya no tanto, porque se lo he explicado todo, incluidas cosas muy personales. Más que enfadada está preocupada por ti, por si no habrás enfermado con todo lo ocurrido. Me ha dicho que trabaja para un partido político en Nagatachō.

—¡Ah, por eso tenía la sensación de que la conocía!

Rika se acuerda de esa noche en la cafetería de una librería, frente a una mujer que se parecía un poco a ella, en la que podían pasar por amigas de toda la vida. Tiene la impresión de que eso sucedió hace mucho tiempo.

—¿Cómo conseguiste contactar con ella?

—No podía quedarme así. Tenía la sensación de que también ella quería contarme algo. Las mujeres que se han sentido atraídas por Kajii o quienes han mantenido relación con ella en algún momento tenemos la necesidad de hablar. Yo la tengo, desde luego.

La propia Kajii debía de ser la primera en sentir la necesidad de hablar con otras mujeres.

—¿Te gustaría verla? ¿Quieres que la invite la próxima vez

que quedemos?

En ese instante se le viene algo a la mente. «Se acerca la Navidad. Es mi época favorita del año, cuando la ciudad está más animada...»

Rika se pregunta cómo se le ha olvidado algo tan importante a pesar de haber leído su blog hasta la saciedad, de haberla investigado sin descanso. El día 28 de noviembre, justo el día antes de su detención, escribió que en Navidad tenía intención de asar un pavo. También que iba a seguir los pasos de lo que había aprendido en clase sin desviarse ni lo más mínimo. En un principio se había negado de plano a hacerlo, y por eso se pregunta qué clase de cambio emocional experimentó en los dos meses transcurridos desde su marcha del Salon. ¿La atención de quién quería llamar? Más aún, ¿cómo había conseguido la receta?

Rika recuerda que por aquel entonces ya no vivía en el piso de Meguro, sino en casa de Yokota en Kawasaki, y que cocinaba para él. Se acuerda de la diminuta cocina de esa casa de cuando fue a rescatar a Reiko. No se puede creer que en ese espacio hubiera un horno lo suficientemente grande como para asar un pavo.

—Me gustaría que confirmases algunas cosas con Chizu.

En algún momento ha terminado la interpretación musical.

—Quiero comprar este piso. Le ruego que me permita hacerlo.

Rika extiende el plano del piso de segunda mano de tres habitaciones construido hace treinta años cerca de un parque al que le llevó la señora Yamamura hace tres meses. Están sentadas una frente a otra en una mesa dividida por una mampara en la oficina de una pequeña inmobiliaria en Nishi-Shinjuku. Son las doce pasadas del mediodía y están solas.

—No debería elegir así a la primera de cambio. Es una compra trascendental. No fuimos a ver todos los pisos que tenía previsto enseñarle y no deseaba volver a tener contacto con usted.

Por su tono de voz frío y por una mirada de menosprecio que no le había visto antes, comprende que ya lo sabe todo de ella. No

va a dejar pasar nada relacionado con Kajii por muy insignificante que sea. Como mínimo habrá leído gran parte de lo que hay publicado en internet.

—Tengo dos razones importantes para comprar ese piso. Una es pedir ahora mismo la hipoteca, porque es la forma de garantizar que voy a seguir en mi trabajo. La segunda, establecer una relación sólida con usted, ganarme su confianza y que me conceda una entrevista en un futuro. Soy periodista y trabajo para una revista, aunque imagino que eso ya lo sabe.

Al decírselo percibe en ella una mirada carente de cualquier tipo de sentimientos, un muro infranqueable entre ambas.

—No se trata de que quiera hacerle el favor de comprarle ese piso, y tampoco estoy pensando en la entrevista como algo inmediato. Puede negarse si lo desea, no pasa nada, pero usted sabe que esta es la compra más importante de una vida y por eso quiero hacerla con usted. Si lo compro, me cierro a mí misma la opción de dejar el trabajo. Me urge hacerlo lo antes posible, y de entre las casas que me ha enseñado esta es la que me gusta.

La señora Yamamura adopta un gesto severo. Tal vez por el ángulo en el que la luz que se cuela por la ventana incide en ella, le parece ver que se le ha erizado el vello de la cara.

—Qué suerte tienen ustedes los periodistas de los grandes medios —dice en un tono molesto—. Después de todo cuentan con una red de seguridad, y por mucho que la sociedad les señale o por mucho que arruinen la vida de una persona con sus ocurrencias siguen adelante. ¿Cuántos trabajos hay así? ¿Cuántas mujeres solteras a día de hoy en Japón pueden pedir una hipoteca a treinta años?

—Su hermano debía de ser de la misma generación que yo. Trabajaría más o menos como yo, su vida no sería muy distinta a la mía ni tampoco sus ingresos. Tal vez la única diferencia entre nosotros sea el sexo.

La señora Yamamura suspira. Rika espera su reacción, pero tan solo se levanta de la mesa para ir a por un vaso de agua y apurarlo de un trago. El agua dentro del bidón hace un ruido de borboteo, y cuando vuelve a la mesa ve que ha desaparecido la

tensión de su rostro. Tiene los labios húmedos. Se sienta relajadamente y le habla con dejadez, como si ya no tratase con una clienta.

—Hay otras familias implicadas en este caso. ¿Por qué yo?

—Porque usted se considera responsable de la muerte de su hermano. Eso me pareció entender a raíz de lo que publicaron los medios sobre usted y al conocerla. El hecho de que su hermano pequeño se dejase arrastrar por una mujer como esa, en apariencia tan acogedora y familiar, debió de ser un duro golpe para su madre y para usted. ¿No guarda relación todo esto con su apego por las casas? Se vio obligada a dejar su trabajo en una empresa grande de construcción y luego ha vuelto a trabajar en algo relacionado con las casas.

La señora Yamamura levanta la vista y a Rika le parece notar el olor del agua. En el juicio de apelación se volvió a hablar de la vida privada de su hermano. Dijeron que era triste y solitaria porque, aparte del trabajo y de su afición por los trenes, no había nada más. Aquellas líneas en el cuaderno de visitas de esa cafetería las escribió para liberarse del estrés del trabajo y no tanto movido por sus sentimientos hacia Kajii. Eso determinó el experto en grafología que declaró.

—Pero ¿qué significa en realidad eso de ser acogedor, familiar? —pregunta Rika casi en un murmullo sin saber si la señora Yamamura la escucha o no—. En esta época en la que las familias han cambiado tanto, yo creo que ya no significa nada, no se concreta en nada real. Tanto los hombres como las mujeres sufren por esa idea tradicional que no se sustenta en nada. A mí me da la sensación de que la clave de este incidente está ahí.

Una vez más el agua de la máquina borbotea.

—Me gustaría comprar ese piso porque tiene un horno muy decente. El único de ese estilo que he visto hasta ahora. Quiero asar un pavo y hacerlo lo antes posible, antes de que cambie de idea. Manako Kajii quiso hacerlo y no pudo.

—¿Se puede hacer algo así en casa?

La señora Yamamura la mira incrédula esforzándose por no cruzar sus ojos con los de Rika.

—En el Salon de Miyuko conseguí la receta del *boeuf bourguignon*. Es el plato que Kajii le cocinó a su hermano justo antes de que muriera. Ayer mismo preparé uno.

—¿Qué quiere de mí? —La señora Yamamura habla en voz baja, pero parece hacerlo a gritos. La observa con una mirada furiosa, con un aire de protesta.

Rika encuentra al fin el parecido con su hermano pequeño. Tal vez de niños eran iguales.

—Su hermano confundió ese plato con un simple estofado de carne y quiso mezclarlo con el arroz. En el juicio Kajii se rio de él por eso, pero cuando yo misma lo preparé me di cuenta de que la receta es casi igual a la del estofado de carne. La comida occidental en Japón empezó a ponerse de moda en la época Meiji,[1] y la forma de cocinarla se adaptó al gusto local. Su hermano no se equivocaba. Todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿No hacía bien su madre el estofado de carne? ¿No lo mezclaban siempre con arroz como si fuese un plato japonés?

La señora Yamamura se limita a mirar la cocina en el plano de la casa.

—No solo se trata del *boeuf bourguignon*. Durante estos meses he preparado los mismos platos que Manako Kajii y gracias a eso he empezado a comprender la atracción de sus víctimas por ella, lo que pretendía con ellos, sus verdaderos sentimientos.

La señora Yamamura apoya la espalda en el respaldo de la silla.

—¿Es necesario que una periodista como usted haga todo eso?

—En realidad, no es muy diferente de lo que hace usted en su trabajo. Hemos ido a ver casas en dos ocasiones y gracias a eso me he dado cuenta de que la información de la que dispone es la misma que la de la gente del barrio, porque se dedica a conocer en profundidad los lugares en su tiempo libre.

Tras un silencio responde de nuevo con un murmuro.

—Digamos que mi madre nos crio sola a mi hermano y a mí. Estaba ocupada con el trabajo y no le quedaba tiempo para dedicarse a las tareas de la casa. Se sentía culpable, y para expiar

su mala conciencia mimaba mucho a mi hermano pequeño. A mí no me prestaba tanta atención, pero con él se esforzaba por satisfacer todos sus caprichos, y cuando yo me opuse a su relación con Kajii, ella se mostró condescendiente y dijo que debíamos esperar a ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Tenía una especie de complejo frente a una mujer tan entregada y familiar como Kajii. El estofado de carne que ella preparaba no era el plato de un profesional que le dedica mucho tiempo y esfuerzo. Lo hacía con esas pastillas de caldo del supermercado. Le ponía muchas verduras, eso sí, y creo recordar que también un poco de miso y de mantequilla. —Se separa un poco de la mesa y al cruzar las piernas se adivina la estilizada silueta de su cuerpo.

—Para mí eso ya es un plato más que decente.

El comentario de Rika tiene el efecto de devolverle a su rostro algo parecido a una sonrisa.

—¿Por qué hablo tanto si ya estoy escarmentada?

—¿Por qué no me concede una entrevista? Todo lo ocurrido me ha ayudado a comprender que no me enfrenté como debía a Manako Kajii, pero estoy convencida de que puedo hacerlo con las mujeres a las que ella tanto hirió. En realidad, todas nos parecemos. Le pido una oportunidad. Protegeré su intimidad, no cometeré los mismos errores para no perjudicarla en nada.

Rika tiene la impresión de oír las voces de unos niños en alguna parte, pero ha debido de ser el frenazo de un coche. La señora Yamamura se levanta para preparar un té.

> La noche del 1 de agosto celebro la fiesta de inauguración de mi nuevo piso. Asaré un pavo. Espero que puedas venir. Trae algo de bebida y algo de comer para compartir entre todos. También agradecería unos cojines. Aún no tengo mesa ni sillas. Rika.

Envía el mensaje a sus contactos y Yuu contesta enseguida para preguntarle si puede ayudar en algo. En ese tipo de situaciones suele ser Reiko la primera en ofrecerse, pero debe de

estar ocupada con Ryōsuke y no tiene tiempo para eso. Rika se alegra por ella.

Acepta el ofrecimiento de Yuu y después del trabajo van juntas a un supermercado con muchos productos extranjeros en Azabu.

Reiko, Ryōsuke, Yuu, Kitamura, Shinoi, su madre, Mizushima, el marido de esta, cinco años menor que ella, y la hija de ambos. En total nueve personas han confirmado su asistencia. Falta una para llegar a diez, y lo duda mucho antes de decírselo a Makoto. A lo mejor a ellos no les importa su situación, pero es posible que los demás se sientan incómodos. Desiste.

Al final de la escalera mecánica se choca con una cesta llena de lichis y frutas del dragón frente a la sección de alimentos frescos. Son las diez de la noche pasadas. Quizás por eso apenas hay clientes. Huele a naranja, a carne. Hay más variedad de productos de lo normal, cierto, una oferta pensada para satisfacer diferentes culturas culinarias. En las estanterías de la sección de carnes se vende incluso carne de cocodrilo y el brazo peludo de un animal desconocido.

El enorme congelador está lleno de pavos de todos los tamaños protegidos por redes de plástico, como si fueran pelotas de rugby gigantes. Están tan congelados que si se le cae uno encima seguro que le rompe el pie.

No los hay listos para asar, de manera que busca uno de alrededor de seis kilos. Mira el precio. Es realmente barato. Ya se lo habían dicho. La bandeja del horno de su casa nueva es plana y necesita algo para que la salsa no se le derrame. Compra una especie de caja profunda de aluminio de tamaño extra, especial para asar pavos. Se dirige a la caja empujando el carrito.

—¿No hace falta hielo?

—No. Se necesitan tres días para descongelarlo. Lo podemos llevar así.

Aunque no se lo ha pedido, Yuu echa al carrito platos de papel, vasos y tenedores de usar y tirar. Rika cae en la cuenta de que no había pensado en ello. Yuu se ríe y lo paga a pesar de la insistencia de Rika.

Cuando emergen de la atmósfera congelada del supermercado, el aire cálido y húmedo del exterior las acaricia suavemente. Cada una agarra de un asa la bolsa para dividir el peso del pavo y aun así no se nota gran cosa. De pronto a Yuu se le escapa un gritito seguido de un gesto de arrepentimiento. Mira un póster en la puerta de entrada de una gran librería. «Manako Kajii. Mi autobiografía. A la venta el próximo 10 de agosto.» Aparece en una foto que ya ha visto en muchas otras ocasiones, pero ahora la han retocado para que se la vea más joven y elegante de lo que es en realidad.

—Según tengo entendido ya están las galeradas. Yo creo que ese libro no se va a vender. Ese prometido suyo es un tipo rarísimo, un auténtico tacaño que solo piensa en promocionarse. —Yuu habla rápido, como si estuviera enfadada—. Esa mujer es la reina de la tergiversación —continúa—. Si lees lo que dice no das crédito. Lo que tú has escrito hasta ahora es mucho más objetivo, más interesante. Es el trabajo de una profesional. —Yuu acaba de terminar el curso de formación de la empresa y la han destinado a la sección de no ficción.

—No hay nada que hacer. Esa mujer... —Esa mujer no tiene a quien la escuche, pero, en lugar de decirlo en voz alta, Rika se traga sus palabras.

Por mucho que vuelva a llamar la atención del público y cuente con un apoyo, cuanto más hable y más retuerza la realidad, más sola se encontrará. Por mucho que grite, solo conseguirá lanzar palabras al aire, palabras sin destinatario. No siente lástima por ella, tan solo le resulta lógico. Es su manera de entender la vida, y tampoco es la primera ni será la última en hacer algo así.

Kajii parece mirar a Rika con aire tranquilo. La mira fijamente con esos ojos suyos en forma de uva, como si la desafiase: «¿Cuál es la verdad y cuál es la mentira? No hay tanta diferencia entre ambas cosas. ¿Por qué entonces es malo si elijo lo que me parece mejor para mí? ¿Hasta dónde nos afecta la amarga realidad? ¿Qué hay de malo en condimentarla cuando es tan insípida, tan sosa? Yo vivo así. Es mi forma de ser. ¿Realmente merece la pena enfrentarse a todo? ¿De verdad te parece que este mundo merece

la pena?».

—Lo cierto es que nunca ha sido una auténtica gourmet —murmura Rika.

Pasa un camión grande y se detiene justo entre Manako Kajii y Rika. Yuu se extraña por sus palabras y Rika se hace cargo ella sola de la bolsa y sigue caminando.

A Rika no solo le gustan los platos sofisticados que exigen una gran dedicación. También le gusta la comida preparada de los supermercados, los fideos instantáneos que toma a veces en la oficina cuando se le hace tarde, el arroz frío con soja fermentada o las verduras que guarda en fiambreras y que siempre se le atragantan. Le gusta descubrir sabores nuevos, desconocidos. Todo le gusta por igual, no tiene preferencias. Puede que a partir de ahora experimente la amargura, el miedo y la humillación, pero eso no la va a hundir, porque ha conocido muchas cosas, ha pasado por situaciones horribles.

Aparta su mirada de Kajii y se fija en el cielo nocturno de Roppongi iluminado por las luces de neón, sumergidas en el aire viciado que sale de los tubos de escape. Pero por muy contaminado que esté el aire de la ciudad, sigue siendo más limpio y transparente que los ojos de Kajii. De la bolsa del pavo caen gotas al suelo. Yuu se ha quedado atrás. La apremia y se dirige a la entrada del metro.

Encuentra un asiento libre. Se sienta, se extiende un pañuelo en las rodillas y coloca encima el pavo. Durante el trayecto hasta casa no deja de repetir mentalmente el mensaje que le ha enviado Reiko cuando estaba en la oficina:

> He confirmado con Chizu lo que me pediste. Tenías razón. Al principio lo negó, pero estaba alterada y terminó admitiéndolo. Como me dijiste, el mes de noviembre del año 2013 recibieron una invitación de Kajii, justo después de su detención. Las tiraron a la basura sin pensarlo dos veces y no se lo dijeron a la policía para no levantar sospechas.

El trayecto hasta su nueva casa es breve, pero aún tiene la sensación de hacer un viaje. Le agrada el aire tibio de la noche que calienta sus rodillas congeladas. Como son quince minutos a pie desde la estación, para un taxi. En el parque enfrente de su casa las cigarras cantan como si fuera mediodía. Un grupo de jóvenes hablan animadamente junto a la fuente. Abre la cancela y sube andando.

Enciende la luz y Yuu dice:

—Con permiso.

Observa el interior de la casa. Aparte de la cama no hay nada, ni muebles ni cortinas. El salón tiene el suelo de madera y las paredes resplandecen recién empapeladas. Es un ambiente frío. Abre la ventana y descorre la mosquitera. Enseguida entra un aire pesado cargado de humedad.

Coloca el pavo en la caja de aluminio, lo pone todo en la bandeja del horno y lo mete dentro. Al abrir y cerrar la puerta suena como si estuviera oxidada y huele ligeramente a manzana tostada. El horno está apagado, a oscuras, pero solo comprobar que cabe sin problemas basta para calmar su inquietud.

Abre su nevera nueva. Ha sacado una de las baldas para hacer hueco. El pavo cabe perfectamente en ese espacio iluminado por luces blancas. La cara de Yuu se refleja en los tiradores metálicos de la puerta de la nevera.

—¿No habrás comprado esta nevera solo para guardar el pavo?

—La verdad es que sí. Antes tenía una pequeñísima, como la de esos hoteles de negocios.

—Si lo dejas fuera, va a tardar menos de tres días en descongelarse.

—Pero así se estropea la carne.

Rika acompaña a Yuu a la puerta para despedirla.

—Por cierto —le dice Rika antes de que se vaya—. No creo que te ocurra, pero por si acaso: no te quemes en el trabajo desde el principio. Plantéate mejor mantenerlo, aunque yo no soy quién para decirte eso, ya que te he obligado a ayudarme mucho.

—Te admiro, de verdad. A lo mejor no lo dicen en voz alta,

pero tienes muchos aliados en la empresa. Todo este asunto tan feo de Kajii no les ha afectado en absoluto.

—Gracias por decírmelo —murmura Rika.

Cuando se despierta al día siguiente mira el móvil junto a la almohada y ve un mensaje de Shinoi:

> Tenías razón. Encontraron un pavo podrido de unos cinco kilos en la nevera de Manako Kajii después de su detención.
> ¿Cómo lo sabías?

No le sorprende la noticia. Ella quería preparar ese plato, aunque por el camino se llevase por delante la vida de tres hombres o incluso cinco. Un pavo se pudría en la nevera sin que nadie lo supiese.

En el trabajo sigue dándole vueltas al asunto. Haga lo que haga no consigue apartar la cocina de su mente. A Kajii debió de pasarle algo parecido.

Se refugió en casa de Yokota, pero sin duda pretendía regresar a la suya. Le preocupaba el pavo descongelándose poco a poco en la nevera. En ningún momento debió de tener intención de vivir con ese hombre. Quería preparar un pavo para celebrar una fiesta de Navidad con sus compañeras del Salon de Miyuko y, como buena perfeccionista, seguro que quería probar a hacerlo antes para no lanzarse a la aventura como Rika. Si iba a invitar a sus compañeras, tenía que hacer algo extraordinario para ellas y sus paladares exquisitos.

Nada más volver a casa por la noche, lo primero que hace Rika es ir a la nevera. Ya ha pasado un día entero, pero el pavo aún pesa como una piedra.

La segunda noche vuelve a tocarlo temerosa y nota que está más blando, si bien no descongelado del todo.

Quita la red del paquete y después el envoltorio. Por fin ve su carne blanca un poco rosácea. La parte de la pechuga dibuja una línea curva y le da lástima ver esos muslos redondos perfectamente

doblados. Tiene un pincho de color rojo que, por lo visto, sirve de testigo para saber cuándo está bien asado. Parece un ser vivo, la parte de un cuerpo humano a punto de moverse en cualquier momento e incluso de ponerse a hablar. Rika se desanima.

El primer paso consiste en salar la totalidad de su superficie. El tacto rugoso de la piel le pone los pelos de punta. Solo de pensar que aún debe meter la mano dentro para sacar el intestino y el cuello le da ganas de renunciar. Corta la cuerda que lo sujeta. Levanta la piel por la parte delantera y aparece un agujero que conecta con la oscuridad interior. Vacila antes de introducir la mano en esa boca del lobo que le recuerda a los ojos de Kajii. Se aparta un poco para tener una visión de conjunto y calmar sus temores. En unas diez horas llegarán sus invitados, y cuando piensa en la cantidad de cosas que aún le quedan por hacer se le nubla la vista. Siente como si las paredes de la casa la oprimieran.

Cierra los ojos y mete la mano derecha por el agujero. Sobre el dorso nota un espacio hueco, frío, húmedo. Se choca con las costillas y de pronto le inquieta la posibilidad de no volver a verla nunca más. Tiene la sensación de que su mano vaga por el espacio exterior mientras unos seres desconocidos la observan extrañados. Palpa el cuello fino que le parece una salchicha, el corazón y el hígado metidos en una bolsa de parafina. Lo saca todo y se mira la mano como si fuera la primera vez que la ve.

El siguiente paso es condimentarlo. Ha consultado muchas recetas en internet para preparar el marinado. Echa agua y sal en un bol y después añade una buena cantidad de apio, zanahorias, cebolla y clavo. Como no tiene vino blanco usa el sake que le han regalado por comprar la casa. Mete el pavo en una bolsa y vierte también el líquido. Contempla el resultado iluminado por la luz fluorescente. El movimiento del agua dentro de la bolsa le produce la ilusión de una piscina pequeña. Cierra la bolsa lo mejor que puede. La introduce en una segunda por seguridad y las cierra herméticamente con gomas. Después vuelve a guardarlo todo en la nevera. Cuece el cuello con un *bouquet garni*, una mezcla de hierbas aromáticas, de perejil, tomillo y laurel. Añade harina tostada con mantequilla para espesar. La salsa *gravy* aún no está

lista. Mañana debe añadir el jugo del pavo asado. De momento ha terminado con los preparativos. Se tumba en el sofá cama del salón y se queda dormida tal cual.

Se despierta a mediodía. Ha dormido mucho más de lo que tiene por costumbre y se siente fresca. Se levanta y se apodera de ella una sensación de plenitud. Por fin ha llegado la hora. Dobla la cama, va a la cocina y encuentra un charco de agua debajo de la nevera. Abre la puerta enseguida. El marinado se ha salido de la bolsa a pesar del cierre. Respira profundamente para no entrar en pánico. Coge un rollo de papel de cocina, se pone de rodillas y lo limpia todo. Cuando termina, se lava las manos y saca el pavo de la bolsa. La carne se ha suavizado. Lo levanta y cambia de forma como si quisiera salir corriendo. Seca la piel y vuelve a untarlo de sal y zumo de limón. Después lo coloca en la caja de aluminio. Ahora es el momento de preparar el relleno con arroz.

Lava el hígado y el corazón. Los corta en trozos pequeños, los saltea con cebolla cortada en juliana, carne picada, arroz, piñones, hojas de laurel y hierbas aromáticas. Según la receta, debe añadir agua hasta que el arroz esté cocido, pero como es la primera vez y no está segura, prefiere hacerlo en la arrocera. Es un truco que le enseñó Reiko para preparar una paella infalible.

El arroz absorbe los distintos sabores. Lo huele en el vapor que sale de la arrocera. No sabe por qué, pero cada vez está más nerviosa. Ha leído en un blog de cocina que el pavo relleno puede provocar algún tipo de intoxicación si el relleno entra en contacto con la carne cruda. Hay que asarlo bien, pero al hacerlo se corre el riesgo de que se seque demasiado. Para evitarlo hay que rellenarlo justo antes de asarlo, ser generoso con la mantequilla y untar cada cierto tiempo mientras se asa. Tres pasos a tener en cuenta para garantizar un resultado óptimo. Tiene nueve invitados, incluida una niña. Una gran responsabilidad.

Precalienta el horno y saca la mantequilla de la nevera para dejarla a temperatura ambiente. Extiende el arroz en una fuente para que se enfríe. Los granos resplandecen gracias a los jugos de los intestinos. Se han teñido de un color oscuro. La responsabilidad le pesa cada vez más y le duele el estómago. «Para alguien

acostumbrado a cocinar no debe de resultar difícil matar a alguien», piensa. Baja un poco la temperatura del aire acondicionado.

Cuando el arroz se ha enfriado lo suficiente, rellena el pavo. Se repite a sí misma que no debe excederse y que tiene que evitar que entre en contacto con la carne cruda. Por si acaso deja un cuenco de arroz de reserva. Luego le ata las patas al pavo con un hilo de cocina y cierra la abertura con unos palillos.

Unta la mantequilla con la mano. Al fundirse con el calor de sus manos y extenderse por la piel, se acuerda del tacto de la espalda desnuda de Makoto cuando le dio un masaje. La mantequilla se impregna abundantemente. Sujeta el pavo resbaladizo con ambas manos, lo coloca en la caja de aluminio, lo pone todo encima de la bandeja y abre el horno.

El espacio interior iluminado por una llama azul le recuerda a uno de esos aros de fuego de los circos por donde saltan los animales. Cuando atraviese su aro particular seguro que la aplauden. Nota el calor en las mejillas y lo deja dentro. Cuando cierra la puerta suspira aliviada.

A partir de ahora tiene tres horas a su entera disposición. Se lava las manos y vuelve a suspirar. Debe cocinarse hasta el último intersticio, y para eso debe sacarlo de vez en cuando y untarle mantequilla. Debe estar bien asado y jugoso. La mantequilla es la clave.

Prueba el relleno que había dejado reservado en un cuenco. Está delicioso. Funde mantequilla en una olla pequeña, friega los cacharros y limpia bien el suelo de debajo de la nevera con alcohol.

La alarma del móvil la avisa de que ha transcurrido una hora. Se pone los guantes y abre vacilante el horno. Empieza a coger color y la carne parece firme, pero aún no se puede decir que se haya tostado. Como mínimo ha dejado de ser esa masa cruda que tanto le inquietaba.

Se siente aliviada. Unta la mantequilla fundida con la brocha. La carne caliente la absorbe con voracidad, desaparece en un instante. En cuanto cierra la puerta del horno suena el telefonillo.

—Hola —dice—. Bienvenidos.

Son Reiko, Ryōsuke, su madre y Kitamura. Han coincidido en el portal. Sonríe.

—¡Qué piso más amplio!

—Enhorabuena por tu nueva casa.

—¿Ni siquiera tienes mesa? —dice Kitamura—. ¿Cómo es posible que nos invites en estas condiciones? —No le preocupa en absoluto la presencia de la madre de Rika.

Extiende una esterilla que ha traído de una conocida marca de *outdoor* del norte de Europa y, cuando los cojines están colocados, el salón parece aún más grande y cómodo. Rika pone una mesa baja en el centro. Todo está listo para la cena.

—Parecemos nómadas —dice riendo su madre mientras se sienta en el suelo con las piernas cruzadas.

A Rika le alegra verla hablar tan entusiasmada con Ryōsuke y Kitamura, a quienes ha conocido hoy mismo. Reiko sirve en los platos puré de patata y panecillos calientes que ha hecho ella. Poco después llegan Mizushima, su marido y Miki, su hija de cinco años.

—¡Qué bien huele! —dice Miki entusiasmada nada más entrar.

Al otro lado de la ventana se extiende la calidez de un atardecer de verano. Dentro flota el aroma de la mantequilla y del pavo asado con un olor mucho más profundo que el del pollo. Se sirven las bebidas y empiezan a picar.

Yuu se presenta con una sandía debajo del brazo. Rika no se aparta del horno, pero la fiesta da comienzo con toda naturalidad. Reiko actúa de ayudante, quita y pone, distribuye el queso, ofrece bebidas frescas, sándwiches.

Abre el horno por segunda vez y confirma que todo va bien. Procura que no la vean y vuelve a untarlo entero con la mantequilla fundida.

Shinoi es el último en llegar, apenas quince minutos antes de que el pavo esté listo. Su voz suena a través del telefonillo.

—He venido con alguien. ¿No te importa? Siento no haberte avisado antes. Le he hablado de la fiesta y me ha dicho que quería venir.

—No pasa nada. Mejor, porque la receta es para diez.

Al abrir la puerta, detrás de Shinoi aparece una chica alta de brazos largos y piel muy blanca vestida con una sencilla camiseta y unos vaqueros.

—Hola. Soy Saya Kamiyama. Estoy en tercero de carrera.

Lleva el pelo corto recogido detrás de las orejas adornadas con unos pendientes de un complicado diseño. Rika se siente incapaz de relacionar a la chica que tiene enfrente con esa otra de la que le ha hablado Shinoi. Lo mira pidiéndole ayuda. Él tiene un gesto avergonzado, como si no supiera bien cómo comportarse. No dice nada. Su hija continúa hablando en un tono cortés:

—Mi padre me ha hablado de la fiesta y desde hace tiempo tenía ganas de probar el pavo. En la universidad estamos estudiando sobre la alimentación y he pensado que podría ayudar.

De sus palabras Rika deduce que se ha servido de su mala experiencia para ir más allá. No quiere examinarla demasiado, pero no puede evitar la curiosidad. No está ni muy delgada ni tampoco rellena. Solo es una chica normal para su edad. Tiene los ojos grandes, un poco caídos, lo cual produce en ella una sensación de tristeza. Sin embargo, las cejas bien definidas la hacen parecer una mujer de ideas claras. En el físico no se asemeja a su padre. Tal vez sí a su madre. Cuando le habló de ella hace tiempo, Rika pensó que no iba a recuperarla.

—Encantada. Siento presentarme así de improviso.

—Soy Rika Machida. Tu padre se ocupa mucho de mí. ¿Se te da bien la cocina? Yo soy una principiante, así que enséñame todo lo que quieras.

Shinoi y Ryōsuke se saludan formalmente e intercambian sus tarjetas de visita.

—Mucho gusto. Gracias por cuidar de mi mujer. Siento haberle causado tantas molestias.

Rika está sorprendida. Reiko ha debido de contarle dónde ha estado todo ese tiempo.

—No se preocupe. Soy yo quien se lo agradece a usted, porque me ayudó mucho y se ocupó de la casa. Ahora está impoluta y puedo venderla a mejor precio.

Rika observa al matrimonio que está frente a Shinoi y al fin comprende.

En algún momento Reiko ha empezado a comportarse como si todas sus preocupaciones se hubieran esfumado, a reír por todo, a comer. También Ryōsuke ha recuperado la tranquilidad y ha vuelto a ser el de siempre. Es evidente que en ese cambio ha influido Shinoi. También él ha vuelto a ver a su hija. De pronto, Rika sospecha algo que le resulta inapropiado, casi vulgar. Aun si fuera cierto, ¿quién podría juzgar a Reiko?

Suena la alarma del móvil. Corre hasta la cocina. Respira profundamente y abre el horno con las manoplas. El pavo dorado que aparece dentro tiene la piel tostada y un aspecto jugoso. Todo un éxito, sin duda. La concreción de un deseo ansiado desde hace tanto, una de las imágenes más reales que ha visto hasta ahora. Si por alguna razón se deprime, pensará en este momento. El pincho rojo se ha levantado. Le duelen los ojos por el calor.

—¡Está listo! —grita desde lo más profundo de su ser—. Reiko, ayúdame. Tengo que terminar la salsa.

Saca la bandeja con esfuerzo y se lo muestra a todos, que se quedan atónitos, con los ojos brillantes de la alegría. Incluso hay quien hace una foto con el móvil.

—¡Qué maravilla! —dice Reiko—. ¿Cómo vamos a cortarlo?

—Pues no lo había pensado. —Rika sacude la cabeza y lo deja en la mesa baja del salón. Nota la tensión en los antebrazos.

—He encontrado un vídeo de Martha Stewart sobre cómo cortar el pavo del Día de Acción de Gracias. A lo mejor nos sirve de ayuda. —Saya le enseña el móvil a Yuu.

Tal vez por ser casi de la misma edad la conversación entre ellas se anima. Saya no parece muy habladora, pero si el tema de conversación tiene relación con la comida se entusiasma. Mueve las manos sin dejar de mirar la pantalla del móvil. Retira el cordón impregnado de salsa, después separa los muslos y luego corta la pechuga. Los movimientos del cuchillo son precisos. Debajo de la piel tostada y crujiente aparece la carne humeante. Rika se sorprende al descubrir que tiene mucha más carne de la que había imaginado. Su madre suspira. El color rosáceo recuerda un poco al

jamón york. En un plato vacío empiezan a amontonarse las piezas deshuesadas. En ese momento Rika entiende la anatomía del pavo. La abertura por donde metió la mano y que se le antojaba un pozo infinito es, en realidad, un agujero pequeño, y el relleno apenas ocupa un quinto del volumen. La habitación se inunda de un dulce olor a tostado mezclado con mantequilla.

—Esa Martha Stewart estuvo en la cárcel condenada por uso de información privilegiada, y mientras estaba presa se dedicó a hacer mermeladas que alegraban la vida a sus compañeras.

Lo explica Kitamura y Mizushima no deja pasar la ocasión.

—¡Uy! O sea, que es la Manako Kajii de Estados Unidos.

Ya nadie se angustia por Rika y estalla una carcajada general. Cuando se ríe, el mentón de Saya se redondea, las mejillas se le levantan y su rostro produce una sensación más infantil. Los demás miran con atención el vídeo mientras la mujer que aparece en pantalla habla sin parar.

«Esforzarse mucho cuando se invita a alguien es una mala costumbre de los japoneses. Todo el mundo quiere hacerlo todo perfecto sin pedir ayuda. Si no arraiga la costumbre de invitar a alguien sin tantas formalidades, de hacerlo solo por el placer del momento...»

Rika se acuerda del comentario de Miyuko en clase y se siente aliviada al pensar en la vida que le espera a partir de ahora. Al fin consigue relajarse después de tanto lío con la mudanza y con la comida.

Kitamura se pone en pie.

—Brindemos, pero antes unas palabras de la anfitriona.

Todas las miradas se dirigen a Rika. Levanta su vaso e intenta ordenar la mente con todo lo sucedido en los últimos días.

—A partir del mes que viene voy a empezar a publicar una nueva serie de artículos en otra revista de la empresa dirigida al público femenino. Quiero hablar de mi experiencia, dar mi interpretación sobre todo lo ocurrido hasta ahora en torno al caso de Manako Kajii. Quiero entrevistar a las mujeres cuyas vidas se han visto afectadas por ella. Ya me han concedido varias: la hermana de una de las víctimas, la madre y la hermana pequeña de

Kajii, la responsable del Salon de Miyuko, algunas de sus alumnas... Han aceptado mi propuesta con la condición de que no las publique en la misma revista de la serie de Kajii. Le he insistido a mi jefe hasta aburrirle. Sigo trabajando en mi puesto de siempre, pero de momento no me dejan salir a la calle y creo que las cosas van a seguir así durante un tiempo. Eso me va a obligar a cambiar de método de trabajo, pero voy a continuar, voy a abrir nuevos caminos. Esta casa no está muy cerca de la estación, pero como podéis ver tengo habitaciones de sobra, así que siempre seréis bienvenidos, como pasó en casa de Shinoi. No tengo muebles, pero hay tres futones para invitados. Os agradezco de corazón vuestro apoyo hasta ahora.

Durante unos instantes reina el silencio. Como era de esperar, lo rompe su mejor amiga.

—Yo también quiero que me entrevistes —dice Reiko con gesto serio—. Puedes ocultar mi verdadera identidad.

—Por supuesto. Lo tendré en cuenta.

—¡Salud!

Brindan con sus vasos de papel y enseguida se concentran en el pavo como si ya no pudiesen esperar más.

—Es la primera vez que como pavo. ¡Está buenísimo! —Kitamura está entusiasmado y habla en un tono de voz que parece el de otra persona.

Todos están impresionados.

—No tiene nada que ver con el pollo ni con el pato. Es suave y tiene un aroma riquísimo.

—La piel está crujiente. Me recuerda al pato a la pekinesa, pero la carne es más jugosa.

—Yo también es la primera vez que lo como. El relleno está delicioso. ¿Lo has hecho todo tú sola? Ya me podías dar la receta.

Rika es la última en coger el tenedor y llevarse un pedazo a la boca. Respira hondo. Está en su punto. La textura es resultado, sin duda, de una buena cantidad de mantequilla. La boca se le llena de jugo, de un aroma que recuerda a las hojas caídas del otoño. El relleno de arroz, carne picada y piñones es más denso al haber absorbido el jugo de la carne y de la mantequilla. Tiene una

textura firme, una riqueza de matices que da ganas de comer sin parar.

—¡Es lo mejor que he comido en mi vida! —dice Miki con la cara manchada de salsa *gravy*.

—No hace falta que todo el mundo se entere de que tu mamá solo sabe hacer cosas sencillas —le reprende su madre mientras le limpia la boca.

Todos se ríen.

—Está rico porque es algo que no se come todos los días —le explica Rika.

La salsa *gravy* pasa de mano en mano. Es una salsa espesa, rotunda, como si concentrara en ella el sabor de todas y cada una de las partes del pavo. Los panecillos acompañan deslumbrantemente y todo desaparece en un santiamén.

—Fue Miyuko quien me dio la receta del pavo —le dice a Reiko en voz baja—. A ella se la había dado a su vez una compañera de la universidad que había vivido mucho tiempo en Estados Unidos. Eso me ha hecho caer en la cuenta de que la historia de Manako Kajii empezó también por una receta, ¿te acuerdas? Pero todas las que me ha dado son, en realidad, de otras personas. ¿No te parece curioso eso de intercambiar recetas?

—¿Y de dónde sacó ella la receta del pavo?

—Supongo que se la dio Miyuko.

—¿Tú crees? ¿A pesar de la que montó?

—Puedes dejar de asistir a algún lugar, pero al menos debes avisar. Yo también me sentí fatal cuando me descubrieron, pero le mandé un mensaje a Miyuko a pesar de todo para devolverle un cuaderno que me había prestado.

¿Por qué le había dejado ese cuaderno de recetas? Con el paso de los días cree entender los sentimientos de Miyuko.

Ha debido de preparar esas recetas infinidad de veces, tantas que al final han terminado formando parte de ella, de su ser. Más aún en su caso particular, el de una profesional. El cuaderno ya no le servía de nada, casi ni le pertenecía. Lo conservaba para mostrárselo a sus alumnas, como si fuera una especie de documento público. Aunque las clases sean poco numerosas, los

grupos son de lo más heterogéneo, y a Miyuko lo que de verdad le importa es transmitir sus recetas. Le da igual no ver nunca más a esas mujeres con tal de que su conocimiento se extienda poco a poco, se dé a conocer. ¿No es esa su mayor satisfacción? ¿No es eso una forma de placer, una forma de libertad?

Si Kajii le ha dado tantas recetas a Rika y le ha hablado de tantas cosas deliciosas es porque entiende bien el significado de ese placer.

Si las alumnas de Miyuko, Reiko incluida, no volvían a cocinar lo mismo que en clase, no era por negligencia o desinterés, sino por la tranquilidad de tener la receta, de saber ejecutarla. Es posible que una vez que Kajii consiguió esas recetas sintiera que ya había cumplido con su objetivo.

Ya no queda mucho pavo. Mientras contempla los huesos amontonados en el plato, Rika repasa mentalmente los últimos cuatro días y, de pronto, le surge una duda. ¿Adónde fueron a parar los huesos de los tigres?

Los tigres de *Little Black Sambo* acabaron convertidos en mantequilla, pero Rika no recuerda que el cuento dijera nada al respecto de unos huesos alrededor del árbol. ¿Realmente se convirtieron en mantequilla? No. No ocurrió así. Si nadie los encontró, eso significa que no existe la certeza de que murieran. ¿No será que volvieron a la jungla vivitos y coleando?

En cuanto a las víctimas de Kajii, nadie ha llegado a saber a ciencia cierta si estaban enamorados de ella o no. ¿No será más bien que habían renunciado a su vida, que se habían abandonado en el remolino del día a día, molestos por todo, renunciando incluso a comer, a vivir? Rika aún no ha encontrado una sola prueba fehaciente de que alguien haya llegado a amar a Kajii. Un amor verdadero como el que ella misma puede ver en ese instante en los ojos con los que Shinoi mira a su hija, o en el gesto de Reiko cuando sirve a su marido.

En la modesta celebración ya nadie se preocupa por mantener la compostura. Todos se relajan, se tumban sobre la estera, en el suelo, e incluso dejan de meter barriga para disimular los excesos. La madre de Rika tiene la cara roja como si se hubiera

emborrachado.

—Estoy muy contenta —dice—, y encima no es nada pesado. Estaba buenísimo.

—Hay mucha gente que lo prefiere el día después. Se le añade puré de patata a las sobras y se gratinan con queso al horno. También sirve para hacer sándwiches. Es una cosa que se ve muchas veces en las películas americanas.

Es Reiko quien lo explica deleitada, y Rika piensa cómo podría hacerlo, aunque quizás preferiría algo completamente distinto para el día siguiente. Se lleva la mano a la tripa y se concentra en lo que le pide el cuerpo.

—Es una comida abundante. Yo casi prefiero algo japonés, un caldo, algo con soja.

—¿Vas a cocinar un pavo al estilo japonés? ¿Se puede hacer eso? —pregunta Reiko incrédula.

—¿Y por qué no? Por supuesto que se puede —dice Rika con toda naturalidad.

La sorpresa general la hace sentir vergüenza por esa inesperada demostración de seguridad en sí misma.

—Si alguien quiere comer mañana sobras de pavo, puede quedarse a dormir, pero no va a ser la típica receta americana, sino algo japonés con mi toque personal.

Su madre es la primera en decir que se queda. Como está siempre ocupada con su anciano padre, no es habitual que pase la noche fuera de casa. Shinoi ha bebido mucho y dice en un tono aún más suave de lo habitual en él:

—A mí también me gustaría probarlo, aunque no sé si mi presencia es oportuna entre tantas mujeres.

—¡Pero ¿qué dices, papá?! Pues entonces... —Su hija parece muy sorprendida, y sin pretenderlo echa un jarro de agua fría al ambiente distendido que reinaba hasta ese momento—. Pues entonces yo también me quedo. La universidad no está lejos y mañana tengo que ir.

—¿Cómo?

—Hay tres habitaciones, ¿verdad? Dormiré en la habitación contigua a la tuya ¿Puedo, Rika? ¿Me puedes dejar algo para

dormir?

La decisión de Saya sorprende a todo el mundo.

—¿De verdad? No te sientas obligada.

Shinoi es el más sorprendido de todos, pero Saya le ignora y empieza a recoger los platos. Si el padre de Rika viviera, también ella habría actuado así, le habría mostrado una tercera vía con toda naturalidad.

—No es por nada en especial. Solo me gustaría desayunar pavo.

Su madre, Shinoi y Saya. Una combinación bien improbable hasta hace poco. Sin embargo, a Rika no le choca la idea de dormir todos juntos bajo un mismo techo. ¿Será por su amplia casa recién estrenada o será por haber compartido un pavo con ellos? La conversación continúa desenfada. Shinoi mira a su hija de tanto en tanto sin decir nada.

Uno tras otro se van marchando. Reiko y Ryōsuke son los últimos. Rika sale al balcón para ver cómo desaparecen engullidos por la oscuridad sin dejar de decirles adiós desde el balcón. Enseguida vuelve dentro y termina de recoger con los demás. No tardan mucho, porque se trata solo de tirar los platos y vasos de papel a la basura. La comida prácticamente ha desaparecido. Después se bañan por turnos y cuando acaban es ya más de la una de la madrugada. Rika extiende los futones en cada uno de los cuartos y les prepara la ropa para dormir. Shinoi se pone un chándal que solía usar Makoto. Tiene las mejillas rojas por el agua caliente, pero en realidad parece como si estuviera avergonzado.

Rika se tumba por fin en el sofá cama del salón. Una noche así es una especie de milagro que la ayuda a ahuyentar la soledad, y no puede evitar preguntarse cuándo será la próxima. Hojea un libro que tiene a medio leer cuando aparece su madre con la piel resplandeciente y vestida con la ropa de estar por casa de Rika.

—¿Necesitas algo? —le pregunta.

—No. Hacía tiempo que no me divertía tanto. Hay mucha gente extraña y divertida a tu alrededor. —Observa el salón vacío y dice con cierta reserva—: Estaba preocupada por ti, porque me parecía que estabas atravesando un mal momento, pero hoy te he

visto animada y ha sido un gran alivio.

Rika coloca el marcapáginas y se incorpora. Al estar así, la una frente a la otra, tiene la sensación de que no ha cambiado nada desde que se fueron a vivir solas cuando su madre tenía cuarenta y tantos años. Si Rika tuviera una hija en edad escolar a su cargo, no estaría tan alegre como estaba su madre entonces.

—Siempre estoy ocupada con el trabajo y no te ayudo en nada. Lo siento mucho, de verdad. Cuando te canses, puedes venir siempre que quieras. Si he comprado este piso ha sido también con la idea de que quizás podamos vivir juntas algún día.

—Gracias por decírmelo, pero aún me las arreglo sola. Si no puedo más, te pediré ayuda. De momento quiero que vivas tu vida y que no te preocupes por mí. Eso es lo más importante. Yo también voy a hacer todo lo posible por pasarlo bien. Por eso me divorcié de tu padre. No quería estar todavía peor de lo que ya estaba; quería vivir, divertirme. —Después de confesarle eso se marcha como si quisiera esconder algo vergonzoso.

Rika apaga la luz. Contempla la oscuridad y empieza a pensar qué va a cocinar mañana. Se acuerda de que tiene unos tallarines de *soba* secos que compró para la mudanza, como es costumbre en Japón.

—¡Ah, sí! Buena idea. Haré *soba* con pavo —murmura en la oscuridad.

Una Nochevieja ya lejana su padre se enfadó mucho cuando su madre preparó algo parecido para la cena, y desde entonces no se le había vuelto a ocurrir, pero, de repente, siente añoranza por el sabor de los fideos fríos mojados en una salsa caliente. La salsa del pavo, la mantequilla con la salsa de soja y el caldo harán una buena combinación. Es un plato fácil de preparar. Solo hay que cocer los huesos a fuego lento, añadir un poco de caldo de bonito y corregir con salsa de soja y salsa *mirin*. Después, cocer los tallarines y enfriarlos bien para que tomen consistencia. Echará también los restos del pavo, un poco de piel de *yuzu* y los berros que le han sobrado de la ensalada. Lo servirá acompañado de un poco de *wasabi* y cebollino.

¿Para qué quería asar un pavo Manako Kajii?

Para reconciliarse con sus compañeras del Salon de Miyuko. Por fortuna para ella la detuvieron y nunca se enteró de que Chizu y las demás habían tirado a la basura su invitación. Tal vez siga pensando en Rika y en las demás. ¿Qué lugar ocupa Rika en la mente de Manako Kajii? ¿Qué lugar ocupa en ella esa mujer que ha conseguido herirla tan profundamente? Rika no puede evitar preguntárselo.

«¿Ha logrado hundirme en realidad? ¿He sido yo capaz de hundirme?» «Ni siquiera eres capaz de hundirte», le reprochó Kajii a gritos en una ocasión. Debe de pensar de ella que es una mujer muy aburrida. Y no solo Kajii pensará así, sino todos los que quieren verla hundida y no lo consiguen. Kajii detesta esa forma suya de vivir, de detenerse a cada paso, de repensar las cosas, pero Rika no tiene la más mínima intención de cambiar. Ahora ya sabe lo que le falta y sabe también que es capaz de obtenerlo por sí misma. Por eso tiene el presentimiento de que mañana y pasado mañana serán un poco mejor que el día de hoy.

Rika se considera a sí misma una mujer obstinada. A pesar de haber estado a punto de fracasar en su profesión, no deja de escribir, no renuncia, y vuelve al trabajo para insistir una y otra vez. Ha abierto su propio camino, le han concedido una hipoteca y aún tiene suficiente margen para pensar qué es lo que va a comer al día siguiente. La gente a su alrededor podrá opinar que es una insolente, un extraño personaje como lo es Manako Kajii, pero esa idea solo le divierte.

Mezclar los fideos de *soba* con el pavo se le ha ocurrido a ella sola después de pensar en su propio gusto, de escuchar a su cuerpo.

A partir de ahora le gustaría inventar recetas originales para su vida, transmitírselas a alguien sin importarle siquiera si esa persona es santo de su devoción o no. También esa persona aportará algo peculiar a la receta y la hará suya. Si esa alegría que ella ha sentido se extiende más allá, le bastará para estar satisfecha. Será así como algo totalmente suyo se expanda por el mundo como hacen las ondas en el agua, incorporando siempre nuevos colores, nuevas formas, siempre con un toque secreto que aporte un sabor definitivo. Le gustaría vivir a partir de ahora de

ese modo, sentir en un rincón de su corazón que forma parte de esa cadena.

«Me gustaría ver a Kajii —piensa—. Me gustaría decirle que merece la pena vivir en este mundo o, mejor dicho, saborearlo vorazmente.»

El día ha terminado y a nadie le ha sentado mal la comida. Ha sido todo un logro para ella. Su cuerpo se relaja y cada vez lo nota más pesado. Es la justa recompensa a estos últimos cuatro días. Se cubre con la sábana que huele a ella. Piensa en la relación de un padre con su hija que se recompone a pocos metros de distancia.

Al final no han quedado más que los huesos.

Rika cierra los ojos y, mientras repasa la forma de esos huesos color avellana, mientras piensa qué va a hacer con ellos al día siguiente, se hunde en un plácido sueño como no disfrutaba desde hacía mucho tiempo.

Asako Yuzuki

Nacida en Tokio en 1981, Asako Yuzuki es ya una escritora consagrada. Sus nueve obras publicadas acumulan galardones: su primera historia le valió el All Yomimono Prize for New Writers, más tarde consiguió el prestigioso Yamamoto Shūgorō Prize y hasta la fecha ha sido nominada en cinco ocasiones al Naoki Prize, el premio literario más importante de Japón. Varias de sus novelas se han adaptado a películas y series.

Notas

1. *Citrus junos*. (Salvo indicación contraria, todas las notas son de los traductores.)

1. *Perilla frutescens*, planta de origen asiático cuyas hojas se usan para acompañar una gran variedad de platos.

2. Dulce tradicional japonés.

3. Snack tradicional a base de trigo.

4. Bebida alcohólica destilada del arroz, del boniato o de la cebada.

5. Vainas de soja inmaduras.

6. Masa hecha a partir del tubérculo de la planta del mismo nombre muy frecuente en la comida japonesa.

7. Dulce francés.

1. Fideos de trigo sarraceno.

2. Pasta de arroz típica de Año Nuevo.

3. Tiras de papel que hay en los templos para leer la fortuna.

4. *Adonis ramosa*. Planta endémica del norte de Japón y de la región de Kantō.

1. Para ofrecerle treinta mil yenes.

2. Es la actual prefectura de Niigata. Se conoce así por ser uno de los lugares de Japón y del mundo con mayor precipitación en forma de nieve.

3. *Lycium chinense*.

4. Agencia de talentos masculinos de donde salen algunos de los ídolos juveniles más populares de Japón a los que por extensión se conoce con ese sobrenombre.

5. Plato de carne y verduras ligeramente azucarado.

6. Puertas de acceso a los santuarios sintoístas.

7. Dulce típico de la ciudad de Nagasaki de origen portugués.

1. Carne al vapor envuelta en una especie de pasta filo.

2. Un tipo de agua con alta concentración de carbonato de potasio, carbonato de sodio y ácido fosfórico que se utiliza en la cocina japonesa, en especial para la preparación del *ramen*.

1. Kenji Miyazawa, *El tren nocturno de la vía láctea*, Gijón, Satori, 2012.

1. Mesa baja para sentarse sobre el suelo de tatami con un hueco debajo donde estirar las piernas.

1. De 1926 a 1989.

2. Mesa baja cubierta con un brasero debajo para sentarse en el suelo de tatami.

3. El *oden* es una especie de cocido japonés sin carne y el *borsch* es la sopa agria típica de Ucrania.

1. El baño es un ritual cotidiano en Japón. Las familias se bañan en la misma bañera duchándose antes y tapan la bañera para conservar el calor para el siguiente en usarla.

2. Arroz en forma de triángulo a modo de tentempié relleno con una gran variedad de productos.

3. Burbuja financiera e inmobiliaria entre 1986 y 1991, época caracterizada por el derroche y el exceso.

1. De 1868 a 1912.

La gula
Asako Yuzuki

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de colección: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: David Despau

© Asako Yuzuki, 2017
Publicado originalmente en japonés por SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd.,
Tokyo.
Esta edición se ha acordado con SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd. through The
English Agency (Japan) Ltd.
Temas de hoy agradece el apoyo económico de la Japan Foundation

© por la traducción, Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2022
Corrección de estilo a cargo de Ana Robla

© Editorial Planeta, S. A., 2022
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-9998-932-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!